

José Manuel García Marín

LA
ESCALERA
DE LA

AGUA

Del autor de *Azafrán*, una novela histórica que aporta una teoría sobre los expulsados de al-Ándalus y recrea la belleza de dos de sus reinos.

ePUB

Ángel es un muchacho que malvive en una mísera alquería de Las Hurdes, dedicado a las labores del campo y sin más ambición que lograr comer cada día. No sabe que su familia y sus vecinos guardan un secreto, pero su abuelo se encargará de desvelárselo cuando, según la tradición, llegue el momento: son descendientes de moriscos, expulsados de Granada en el siglo XVI, desterrados del reino de Toledo en el XVII y refugiados en ese remoto paraje para huir de la persecución.

Ese hecho marcará la existencia de Ángel, así como un desgraciado suceso que le obligará a escapar de su aldea y a rehacer su vida en Toledo, al amparo de unos padres franciscanos que le darán cariño y educación y harán de él un hombre admirable. Una novela que habla de la huella del pasado, de la superación, del amor y de dos ciudades mágicas, Toledo y Granada: fascinantes y eternas.



eBooks con estilo

José Manuel García Marín

La escalera del agua

ePUB v1.0

Crubiera 10.10.12

más libros en epubgratis.me

Título original: *La escalera del agua*
José Manuel García Marín, 2008.

Editor original: Crubiera (v1.0)
ePub base v2.0

Las chozas del fin del mundo

Siglo XX

Capítulo I

El sol enciende los pétreos cirios, pomposamente elevados sobre la única nave de la iglesia del monasterio. Revela así su destino frustrado de catafalco de reyes, libre de las entrañas y del hedor de sus cuerpos que, clavados como saetas en el corazón del sur, llevan siglos ofendiendo las tierras sometidas a su rapiña, en una postrera burla permanente.

Aún es demasiado temprano para que los rayos calienten las fauces abiertas de las gárgolas, cuyas sombras oblicuas hendirán los arcos conopiales de la planta más alta del bellissimo claustro. San Juan de los Reyes, gris, se mantiene en la penumbra. El Tajo ya se desperezó de estrellas, pero Toledo sueña todavía.

La noche ha sido un largo forcejeo con los recuerdos. He tenido que atravesarlos, despojarme de ellos para, desde la distancia, ordenar los vestigios de la memoria, desenredar la madeja de evocaciones que, a esta edad, confunden los sentimientos. El mismo procedimiento que seguí con esta ciudad hace ahora un año: salir de su núcleo laberíntico para mejor sumergirme en ella, cruzar el río que, de puro amor, la abraza y, por pasión, casi la estrangula. Desde la ventana veo la roca Tarpeya, la vieja judería y, a mi izquierda, el puente de San Martín, por donde Isabel de Castilla y Fernando de Aragón tenían dispuesto que su propio cortejo fúnebre traspasara la muralla, ascendiese la cuesta y accediera a la iglesia por la puerta suroeste. El templo está orientado a conciencia, de tal manera que esa puerta que mira al puente, acechante, como deseosa de engullirlos, esperase su llegada. Hoy,

como Granada les da sepultura, está sellada por mejor callar una boca abierta de lúgubre esperanza.

También mi crimen fue sellado, involuntariamente preservado por los frailes, dentro de los muros de ese monasterio. Él me acogió durante la adolescencia y me enderezó la vida, que yo creía extraviada para siempre a pesar de mi corta edad. Éste no es sino un caso más de cómo un homicidio queda impune por las circunstancias y no por un plan concienzudamente trazado, ¡tantos han debido de ocurrir en los hechos de la humanidad!, ¡y el hombre, tan soberbio, cree no habersele escapado ninguno! Quizá quien lea estas páginas piense que yo mismo me estoy descubriendo y que, por ese motivo, la justicia caerá sobre mí; pero no será así, el delito prescribió por el tiempo. Además, ¿se interesó alguien en investigar el cadáver de un hombre tan miserablemente pobre como lo era yo? Estoy seguro de que nadie se entretendría en eso, únicamente en enterrarlo y acabar cuanto antes una jornada desagradable. Podría afectarme revelarlo por cómo influiría en la gente que me conoce, pero me queda escasamente una semana para morir. Sé que no resistiré la operación que me espera. Estoy débil en exceso, me ahoga la insuficiencia cardíaca, a la que añado la fatiga de toda la noche en vela; pero no importa, ha sido necesaria para decidirme a relatar mi historia. Mejor dicho, la crónica de mi familia, que es, a su vez, parte de la historia de miles de legítimos hijos de este sufrido pueblo, expulsados hace siglos. Arrancados de las casas que los cobijaron en la infancia, de sus haciendas, producto del trabajo de años o legado de sus mayores, fueron condenados al destierro mientras les era entregado todo a otros que podían demostrar sangre de cristianos viejos. No, no soy judío. Soy un auténtico morisco.

Debo aclarar, para asombro de la historia oficial, que mis ascendientes, originarios de Talavera de la Reina, no salieron nunca de la Península, aunque sí abandonaron su pueblo natal. La inmensa mayoría fue obligada a salir por puertos de mar, pero ellos se adelantaron y partieron hacia Portugal, adonde no llegaron. Ésa es la causa de que yo viniera al mundo, el 4 de abril de 1942, en uno de los extremos más occidentales de Las Hurdes, en una alquería llamada El Gasco, el poblado que fundaron al establecerse allí, en 1610, junto con otras cuatro familias moriscas.

Las condiciones en las que se vivía en la minúscula aldea, muy semejantes a las padecidas trescientos años atrás, eran infrahumanas; mas para nosotros, que no conocíamos otra cosa, aquel pedregal en el que se levantaban las chozas de piedra, era nuestra tierra, el hogar. Sin embargo, el número de familias había aumentado en siete más, a finales del siglo XIX, a pesar, o quizá por ello, del aislamiento en el que se encontraba la alquería. Al principio —contaba mi abuelo—, hubo reticencias por parte de los nativos, que desconfiaban de los recién llegados, pero éstos ni hacían preguntas ni estaban dispuestos tampoco a contestarlas y sí a amoldarse a la situación, a las costumbres y a la autoridad inapelable del «consejo de hombres», a la cabeza del cual había un anciano descendiente de las primeras familias.

Las diferencias sociales eran inexistentes. Como mucho, alguno podía gozar de la mínima ventaja de un par de cabras más, pero estábamos igualados por abajo en la penuria, tanto en higiene como en ropa, enseres o alimentos, lo que favorecía una atmósfera malsana, provocadora de innumerables enfermedades. La desnutrición, común a todos, resultaba en cuerpos famélicos, de poco más de metro y medio de estatura en los hombres y aún menos en las mujeres. A estos graves problemas, capitaneados por el hambre, había que sumar la endogamia, que allanaba el camino al cretinismo y lo hacía harto frecuente, hasta el punto de representar un obstáculo más para el desarrollo de la comunidad que, cuando menos, se estancaba, habida cuenta del lastre que supone que una respetable proporción de miembros padezca las consiguientes enfermedades mentales y, en lugar de verse aumentada en dos brazos, éstos necesiten y sigan necesitando a lo largo de su existencia el auxilio de los hermanos; pero el miedo atávico a la relación con el exterior, los propios impedimentos del terreno para comunicarse —tan serios que al conjunto de los más aislados, como La Fragosa, Martilandrán y El Gasco, se le llamó «Las Hurdes Negras»— y las circunstancias, nada envidiables, favorecían los enlaces entre vecinos, en realidad ya parientes. ¿Quién, de fuera, querría emparejarse con uno de los habitantes, para compartir hambruna e infortunio? ¿Quién, de buen grado, aceptaría unirse al abandono de aquel purgatorio de almas desamparadas?

Por fortuna, en nuestra casa no experimentamos este mal, pero no pudimos

eludir los restantes derivados de la pobreza, pues ya se sabe que a ésta solamente acude la abundancia de desgracias, que era de lo único que andábamos cebados, como bien lo manifestaba el desmedrado aspecto que exhibíamos y que nos igualaba a los convecinos. Asimismo, el bocio que, por ser endémico en la zona, no era extraño que aquejara a más de un componente de cada familia, nos había respetado, salvo al abuelo Anastasio, que era viudo y vivía con nosotros, pues mi abuela Restituta había muerto en el parto de su único hijo: mi padre. Los padres de mi madre hacía mucho que disfrutaban de mejor vida. De forma que, por la noche, nos hacinábamos siete personas, aparte de las cabras, que nunca fueron más de seis, y el borrico, que ocupaban abajo una pequeña cuadra. Desde allí, junto a la puerta de entrada, unas piedras planas de pizarra se amontonaban en codo para componer la corta escalera que subía a la otra habitación, donde dormíamos. Mis padres sobre un camastro que no se separaba más de diez centímetros del suelo, colocado bajo el ventanuco, y que tenía por jergón helechos y otras hierbas. El abuelo y los cuatro hermanos, de los cuales yo era el menor, dentro de la misma estancia, pero introducidos en un hueco en alto, a medio metro, que más parecía un nicho común. El colchón, también de helechos, era colectivo y cuando éstos se pudrían, se usaban de abono y eran sustituidos por otros frescos.

Las chozas no disponían de agua corriente ni de retrete. Las necesidades se hacían en el campo, aun en medio de la lluvia o de la noche, en este caso armados con un palo o acompañados mientras éramos pequeños, por si las alimañas se atrevían a acercarse más de lo prudente. Los niños, por frío o por miedo, aguantábamos hasta el límite de nuestras fuerzas que, en ocasiones, no bastaban. Los cinco amanecíamos mojados, y cubierto de vergüenza el que, en su sitio, era delatado por el charco más grande, siempre uno de los dos menores: Gabriela, que no llegaban a tres los años que me llevaba, o yo, con más frecuencia. Hubo veces que ambos. Entonces no quedaba más remedio que soportar las protestas del abuelo y las burlas de los hermanos mayores: Anastasio, que se llamaba así por el abuelo, y José, por mi padre.

Cuando el dedo de la culpa me señalaba, mi hermana, en silencio, pues rara vez hablaba, me acariciaba la cara con sus manos, ya ásperas de ayudar a

mi madre, y me enjugaba el llanto. En cambio, cuando la víctima era Gabriela, yo me sumaba a los demás, no sé si por inocencia o por pura crueldad, hasta que ella corría y desaparecía por los senderos del río, con aquellas pierrecillas flacas como cañas, volándole la falda. Al cabo de unas horas volvía con una brazada de ramas finas para encender el fuego que hacía nuestra madre, Joaquina, en un ángulo en el suelo, frente al camastro; porque las chozas no tenían un sitio específico para guisar ni chimenea por donde escapara el humo, sino que éste se filtraba por las lajas de piedra. A mí me fascinaba ver crecer las llamas y me ponía a su lado, en cuclillas como ella, hasta que algún tufo me asfixiaba. Sólo había otra cosa allí dentro que despertara mi curiosidad infantil: las mandíbulas descarnadas de un lobo que mi padre había cazado en la sierra, colgadas de un pincho hincado entre la pizarra.

A mí, eso de matar a un lobo me parecía una hazaña que distinguía a mi padre y lo dotaba de un sello, poco menos que visible, de «hombre entre hombres». Otros de la aldea, en encuentros con el temible animal, habían conseguido ahuyentarlo a gritos y pedradas, que no es poco. Pero él lo había despachado de una certera cuchillada, con las fauces rabiosas junto a su cuello, que llegó a sentir el estuoso aliento. Así nos lo contaba, sentado en la piedra grande de la puerta de la choza, donde otras veces cosía mi madre para aprovechar la luz del día. Nosotros lo rodeábamos tirados en el suelo y, sobre todo yo, le hacíamos repetir la historia o las partes de ella que más excitaban nuestra imaginación.

Muchas veces se agregaban otros niños a escucharlo y acabábamos jugando a matar al lobo, que era el papel perpetuo de Isidoro. A él igual le daba, con tal de participar, aunque se escapara alguna que otra pedrada. Apenas se le entendían las cuatro palabras que pudo aprender, pero era vecino y se criaba entre nosotros, ¿qué importaba que no hablara? Aparecía retraído, esperando ser aceptado, pero a la menor señal se acercaba contento y reía con fuerza. Era un niño de risa eterna. Nunca supe si comprendió el juego o se limitaba a huir. Decían que estaba «alunado» porque la madre olvidó recoger sus ropas, puestas a secar, antes de que asomara la luna. De vez en cuando salía la pobre mujer y me decía a voces: «¡Ángel, un día le vais a dar una mala

pedrada y me lo terminaréis de desgraciar!». Mi hermana lo miraba con tristeza, quizá consciente de que el caso del chiquillo era peor que el suyo.

Tras las lluvias salíamos a las inmediaciones del poblado y pasábamos el tiempo lanzando al barro unos chuzos, de alrededor de dos cuartas de largo, que cada cual se había fabricado de herramientas inservibles o encontradas casualmente. Trazábamos un círculo en el suelo y ganaba el que acertara el blanco y más enterrara la lanceta. Nos inventamos unas normas en las que si, por ejemplo, el segundo más cercano al centro la había hundido un dedo más, ganaba éste y no aquél. A Isidoro no le permitíamos más que ser espectador, porque estuvo por atravesarse un pie. Yo ganaba con frecuencia y cuidaba del punzón, orgulloso de mi único juguete, y lo afilaba contra las rocas hasta dejarlo plano, como un cuchillo. Luego lo escondía en un sitio secreto o me lo colocaba en la cuerda que sujetaba mi remendado pantalón, como lo llevaban los hombres en el monte.

También el abuelo nos contaba cosas, pero eran leyendas de la comarca oídas a las gentes de los alrededores, y nunca a mediodía, que era la comida fuerte y que consistía en alubias con patatas, o sopa de castañas, si era el tiempo, echadas en una palangana que hacía de plato común y en la que cada uno metía la cuchara tantas veces como podía, o le dejaban. Era de noche cuando solía hacerlo, después de que diéramos cuenta de algún mendrugo de pan de centeno o de lo que bien pudiera componer mi madre, para no irnos a la cama sin algo con lo que consolar las tripas. Unos de pie, otros sentados sobre el jergón de mis padres, todos a la luz del ennegrecido candil que, con cada chisporroteo, expelía suaves vaharadas que inundaban el aire de olor a aceite quemado, y que pronto apagábamos por no hacer gasto.

Advertíamos que iba a hablar porque era como un ritual. Cogía la botella de cristal tallado, en otro tiempo de aguardiente, le extraía despaciosamente el corcho y se echaba el turbio vino de pitarra en su jarrillo de hojalata. Enseguida, antes del primer sorbo, se alisaba en vano la chaqueta en la que, de tan raída, asomaba el relleno, más claro, por los varios agujeros cercados de hilachas que tenían las solapas, mientras sonreía con aire misterioso y empujaba para atrás el sombrero de ala corta, del que nadie habría osado precisar su color. Con el vino en la mano izquierda, gesticulaba con la otra en

continuo vaivén de arriba abajo, a fin de cargar de gravedad lo que exponía, aun cuando le contradecían las arrugas de sus ojos divertidos, que sugerían contento y regocijo. La barbilla, en la que dejaba crecer cuatro pelos, adelantada por efecto de la absoluta falta de piezas en la boca y, con esa voz atiplada suya, propia de un cuerpo tan pequeño, nos remontaba a muchos años atrás, en los que pastores anónimos se tropezaban en el campo con espíritus de moras, que guardaban tesoros escondidos en cuevas o que penaban errantes, malditas por no se sabía qué entidades caprichosas, hasta que alguien atinara a pedir su mano. Mas como el cabrero, asustado por la aparición, no daba nunca con la respuesta al acertijo, era perseguido por las lomas entre maldiciones y amenazas de la defraudada mora que, condenada a vagar otros cien años, en ocasiones lo alcanzaba y le cortaba la lengua con unas tremendas tijeras, y en otras, en las que le favorecía la suerte y se zafaba del espectro, el pobre infeliz irrumpía a todo correr en su aldea, sin resuello y con la palidez en el rostro de quien ha visto las ánimas a un paso. Los chiquillos, a esa altura del relato, andábamos apretados unos con otros, buscando la protección de los demás, aunque los mayores lo negaran, y las caras no debían de ser muy distintas de la del pastor porque, al misterio de la conseja, contribuía el aire que jugaba con la llama del candil, creando sombras que se movían por las irregulares paredes, y que encogían por entero nuestro ánimo.

Que jugáramos no significa que no trabajáramos, pues las faenas corrían trenzadas a la infancia, lo que no evitaba que, mientras éramos pequeños, aprovecháramos la menor oportunidad para divertirnos de cualquier modo, especialmente los domingos, que era descanso obligatorio. Nos restaba tiempo la misa que, entre lo que duraba, y el ir y venir por el camino, a pie, hasta Nuñomoral, se nos iba la mañana. Pero encontrarnos todos los niños juntos, por delante de los adultos, era en sí una fiesta de saltos, correteos y diabluras. Luego, en misa, nos imponían silencio y quedábamos muy serios, imitando la actitud solemne de los padres.

Los bancos estaban reservados a las mujeres, y los hombres y niños ocupábamos el resto del espacio, apiñados por la escalera y el coro, por cuya balaustrada asomábamos, entre los maderos. Desde allá las veíamos, intimidadas por el ceremonial, más que piadosas, con sus pañizuelos oscuros

puestos con idéntico método: hacían del cuadrado un triángulo y lo ponían sobre la cabeza. Sin soltarlo, cruzaban las puntas en la nuca, debajo del pico que se dejaban para anudarlo más arriba de la frente, donde les nacía el pelo, y sobre la primera vuelta.

A nuestro entender, el cura se traía un ajetreo que no comprendíamos, pues estaba de espaldas y recitaba en una lengua desconocida, que más adelante supe que era latín. Al rato se volvía y afeaba la conducta de los ausentes. Nos lo decía a nosotros, ¡que estábamos allí! Pero enseguida pasaba a otros temas en los que, de común, exponía los penosos deberes de los opulentos, inexcusables con los menesterosos, quienes debían velar como un padre por sus hijos, puesto que Dios les había confiado la administración de las riquezas de la Tierra, ser justos y ejercer la caridad cristiana, so pena de no hallar salvación. Nosotros no conocíamos a ningún rico, como no fuera el propio cura, que se veía bien alimentado y lustroso; pero debían de ser dignos de lástima, con tanta responsabilidad sobre sus hombros.

A la vuelta, en cuanto comía, me iba al río con los de mi edad, apartándonos de las sendas, a la búsqueda de culebras, lagartijas o del primer bicho viviente que se dejara atormentar un poco para servirnos de entretenimiento. No digo que no fueran crueldades, pero en lugar tan inhóspito no pueden esperarse más que conductas rudimentarias. La naturaleza es dura y a ella pertenecemos sin separación alguna. Era lógico, pues, que actuáramos como cualquier cachorro, que juega con su víctima antes de matarla. Ese primitivismo que predominaba en nuestro comportamiento se enjuicia, en mi opinión, con demasiada ligereza en cuanto a sus facetas negativas, como si fueran las únicas que lo componen. Pero no debemos desdeñar el hecho de que es el más acorde con el medio y que, en éste, los hombres están más cerca de ellos mismos, son más solidarios y las relaciones humanas son eso: humanas. En pueblos, en ciudades, donde las sociedades son más refinadas, he visto tratar a un coche o a un animal mejor que a un semejante. ¿A eso llamamos civilización?

Cuando quería estar solo, para dar rienda suelta a mis fantasías, cogía el sendero que me llevaba a alguna cueva, siempre con el punzón a la cintura. A Gabriela le gustaba acompañarme en esas correrías. Ella sólo miraba y

sonreía, resuelta a hacer todo lo que le ordenara. Más que un estorbo, era una cómplice perfecta que sabía correr conmigo y agazaparse tras una roca, a sabiendas de que huíamos de fantasmas o acorralábamos lobos imaginarios a los que, finalmente, daba caza y mataba con la ferocidad de un bárbaro; o descubría uno de los tesoros de aquellas moras que nos contaba el abuelo, repleto de piedras preciosas, y del que la hacía partícipe regalándole dos o tres, que ella aceptaba muy contenta y guardaba en su bolsillo, como si los tristes gujarros fueran carísimos rubíes que, por otra parte, jamás habíamos visto.

Esas andanzas nuestras, clandestinas, llegaron a unirme mucho con mi hermana, testigo de privilegio de audacias por las que estaba seguro de que me admiraba. Y tal vez lo hiciera. Lo cierto es que nos envalentonamos; bueno, yo, porque ella se limitaba a seguirme, y exploramos todas las cuevas de los alrededores. En todas había excrementos de cabra. Debían de haber servido como refugio de pastores en alguna noche de tormenta. Pero una, que hallé medio oculta por los arbustos, estaba más limpia que las otras. Supongo que debido a que era más difícil encontrar el acceso, por lo espeso de la maleza en su entrada. Me pareció un escondite perfecto, y a partir de ese momento la elegí como favorita. Hacía menos frío dentro que fuera, a pesar de que en el techo había un agujero que dejaba pasar una pequeña corriente de aire, pero que de igual modo filtraba la luz y eso permitía que nos moviéramos con soltura. Y aún tenía algo más que enseñarnos, pues observamos que en la pared derecha había grabados unos signos extraños. Eran varios, unos formaban escaleritas y otros eran círculos atravesados por líneas que los dividían en dos partes iguales. Creímos que serían marcas de pastores, aburridos de pasar allí un día entero de tempestad, pero ahora sé que, años después, se descubrieron multitud de petroglifos en toda la comarca.

Para distinguirla de las demás, la llamamos «cueva de las rayas», mas sería un secreto que no desvelaríamos a nadie. La cueva de las rayas sólo sería nuestra.

La vida en aquel rincón se apartaba poco de la monotonía, pues hasta las

muerter de los recién nacidos, de parturientas o de niños, víctimas de debilidad, eran cosa frecuente y, a pesar del drama, no nos asombraban, tal vez asumido el papel de criaturas olvidadas de Dios y de los hombres, de los que no esperábamos nada excepto maldades. Por eso nadie era bien recibido, y del temor se desprendía el recelo. Un recelo mezclado con el desconcierto de no saber exactamente qué se buscaba allí que fuera objeto de castigo. Por intuición o eliminación temíamos todo lo relacionado con la Iglesia, pues las demás fuerzas vivas de la comarca no nos tenían en cuenta para nada, porque nada se nos podía arrebatar, pero los poderes clericales, encarnados en el cura de Nuñomoral, tenebrosos, retorcidos y más sutiles, podían contribuir a añadirnos amargura a la existencia, mortificando a cada paso a aquél que fuera señalado como impío o sospechoso de serlo. Para ello se servían de gentes que, aun cuando no se beneficiaban directamente, ya que la iglesia no les daba nada, obtenían un halo de autoridad con el que ganaban en respeto. Éste era el caso de las beatas que, como abejas en derredor de su reina, atosigaban al párroco con la misma tenacidad que ellas y lo informaban de aquellas actividades de los vecinos que consideraban poco ortodoxas. El sacristán también participaba y, en diferente medida, todos aquellos que proveían de algo al templo, a quienes mucho les complacía hacerse ver en la taberna en compañía del cura, don Isidro, para más tarde pavonearse de su confianza y presumir de influencia sobre él. Como consecuencia, los «influyentes» eran consultados y a menudo se les suplicaba su intervención para algún favor. El protagonista, en estas ocasiones, procuraba ajustarse a la estampa que a él se le antojaba más afín a la que tendría el sacerdote en esa situación, y hacía gala de movimientos pausados, propia de alguien reflexivo, reposado, alguien acostumbrado a escuchar y sopesar graves problemas. Al fin, y tras un estudiado silencio, soltaba la frase esperada: «Hablaré con don Isidro». El párroco, avisado, les dejaba hacer, sabedor de que un buen número de personas interpuestas entre él y la masa de feligreses reafirmaba su imagen de poder, aumentándola, con la esperanza de que llegara a oídos superiores lo reverenciada que era su figura y, ¿quién sabe?, con el tiempo le fuera propuesta una mitra en cualquier lugar. Daba igual dónde, él no tenía raíces. Al menos, de la vanidad, a falta de otras cosas de más provecho, se hacía

algún reparto.

De este grupo destacaba, entre los más voluntariosos, el vinatero de Martilandrán, abastecedor de la parroquia y que, de un pestilente tabuco en la propia casa, al que llamaba con grandilocuencia «el almacén», había logrado prosperar y arrendarle un cuarto al vecino, en el que su mujer regateaba, sin piedad, con aquellos que iban a ofrecerle sus modestas cosechas de pitarra, mientras él vendía por las poblaciones cercanas. A ella la apodaban la Pedrusca, más que por ser la hija de Pedro, por la dureza de corazón que exhibía en los tratos, pues, cuanto más necesitado estuviera el agricultor, más rebajaba la oferta y más desprecio ponía en el sentido y el tono de sus palabras. Buena alumna del marido, había hecho suyas las tácticas de éste. Claro que las bofetadas que le propinaba Juan Sánchez eran un indiscutible estímulo para el aprendizaje.

Los métodos de este Juan para vender su mercancía no variaban, en esencia, de los que usaba con la Pedrusca. El sistema era sembrar la inquietud, aplicar la presión que provoca el miedo.

Llegaba con el mulo cargado con los serones de pleita que contenían las cántaras de vino, el embudo de madera de cerezo y los cacharros de hojalata que daban las medidas de litro, medio litro y cuartilla que, chocando entre sí a cada paso del animal, producían el áspero sonsonete de las esquilas rotas. Entraba en la alquería empuñando el bastón que se había fabricado de rama de castaño y que esgrimía, en son de amenaza, en cuanto los niños nos acercábamos al mulo más de lo que él estimaba conveniente, sin dudar ni un instante en cumplirla. Pasaba entre las hileras de chozas hasta llegar a un ensanche formado por la conjunción de dos callejas, un cruce que abría un espacio ligeramente más amplio y al que otorgábamos el desproporcionado calificativo de plaza. Allí esperaba, mientras escupía alrededor con saña, como si maldijese el lugar por no ser digno de su presencia, entretanto liaba un cigarro con picadura de tabaco que sacaba de una petaca de cuero, y que guardaba en el bolsillo interior de la deshilachada chaqueta de rayas con que se le veía todo el año, hiciera frío o calor.

Como nunca hubo taberna ni colmado, cada casa compraba para su consumo que, con ser reducido, no era tan escaso como cabría suponer, ya que

creían que confería fuerza a la sangre, por lo que no sólo los adultos lo tomaban, también se les proporcionaba a los niños, a los que, en algunos casos, después de tres años de lactancia, se les destetaba con vino. Eran las mujeres las encargadas de adquirirlo, cargándolo en los envases de barro que tuvieran.

Rodeado de ellas, se sentía el gallo del corral. Las despachaba escatimándoles la cantidad con tan aparatosa cicatería, que hasta de las gotas que derramaba quería resarcirse. En lo que no ahorra el vinatero era en comentarios envenenados o soeces que consideraba ingeniosos, crueldades relacionadas con los defectos físicos o las enfermedades de cada una. De las que padecían bocio, se gozaba en decir que hasta el cuello tenían preñado de puro vicio. Pero a nadie engañaba, pues los roces casuales y las miradas que dirigía a las más jóvenes, casi niñas, le delataban como el protervo libidinoso de que se trataba. Lo que de veras causaba que el sobresalto se mostrara en los rostros, era que empleara su táctica preferida, a la que recurría si la venta no se acomodaba a sus planes: recordarles la ausencia a los que habían faltado a la misa del domingo, o la desgana con que acudía el resto, colgándonos a todos el sambenito de moros, de lo que el poco gasto de vino, aseguraba, era signo indudable, advirtiendo que, aunque demasiado paciente, ya estaba cansado de nosotros y que daría cuenta a don Isidro de tal hatajo de renegados.

Para contentarlo y que nos dejaran en paz, unas prometían comprarle más en la próxima visita y otras, las que pudieran, hacían el esfuerzo de pedirle otro litro. Pero no fiaba a nadie, él cobraba al contado.

Servía a estas últimas con ponderados movimientos de cabeza, a regañadientes, escandalizado de lo que maliciaba que allí acontecía y de lo que él mismo, por verse arrastrado de la caridad, era encubridor.

Por fin, se iba. Tiraba bruscamente del cabestro del mulo y, cuando éste echaba a andar, nos dedicaba la quejumbrosa frase que decía siempre: «¡No sé para qué vengo a este sitio miserable! ¡No hay una vez que no pierda dinero!».

En realidad, lo de «moros» lo repitió tanto a lo largo de mi infancia que, de familiar, me había pasado desapercibido. No obstante, presentía que, si amedrentaba a los mayores, debía de ser algo malo. Fue a eso de mis doce años que la palabra cobró vida, penetró en mi cerebro y lo urgió a averiguar

su significado. Gabriela, que por entonces se acercaba a los quince años, y yo, habíamos acompañado a mi madre a la plazuela. Las dos enganchadas del brazo, muy juntas. Fuimos de los últimos, pero a tiempo de escuchar la consabida letanía. Recuerdo bien la escena porque Juan, a la par que vertía el líquido en la cantarilla, echó una mirada a Gabriela y exclamó:

—¡Vaya, Joaquina, cómo se te ha puesto la moza! Ya mismo te pide macho —dijo, soltando una risotada.

Ella, inocente, no apagó su sonrisa. Yo, que estaba a la espalda del hombre, entre el mulo y él, tan próximo que hasta mí llegaba el espeso hedor a cebollas y vino rancio del sudor del vinatero, tenía de frente las caras de ambas y vi cómo le mudaba la suya a mi madre. Eso bastó para que me indignara.

—¡No vuelva a mirar así a mi hermana! —protesté a voces.

Él se volvió para darme un pescozón, pero yo ya había saltado lejos de su alcance.

La andanada de improperios rebotó contra las chozas y descendió al suelo empedrado, donde acabaron posados, que no en mi mente, ocupada en desentrañar el turbido título con que nos investía aquel mostrenco.

El sonido de unos pasos apresurados hizo que girara la cabeza. Era Eusebio, un chico mayor que yo, que había sido testigo del fugaz enfrentamiento. Al ponerse a mi altura me echó el brazo por el hombro, en muda señal de aprobación por el valor demostrado.

—¿Tú sabes quiénes son los moros? —le pregunté.

—No lo sé —confesó, arqueando las cejas—, pero tampoco me importa. —Se quedó pensativo y añadió—: Te diré un secreto, si me juras que no le contarás nada a nadie.

—¿Nunca?

—¡Nunca!

Asentí.

—Me voy de aquí en cuanto empiece el verano —declaró muy serio—. Estoy harto de esa gente, del frío, del hambre. Sé por Paco, el hijo del Manco, el de Cerezal, que en otras partes todo es más fácil; que si continúo el camino de Nuñomoral, llegaré a una carretera ancha y que desde allí podré ir a

Plasencia, que es un pueblo muy grande en donde se vive mejor. También me dijo que en Plasencia está su tío Eutimio, que pregunte por él. Si quieres, Ángel —agregó, después de un corto silencio—, puedes venirte conmigo.

—Lo pensaré —le respondí.

—Es cosa tuya. —Y se levantó para irse, mas, a unos metros, apostilló sin volverse—: Has jurado silencio, recuérdalo.

Le prometí pensarlo, pero sin convicción. Que un chico de más edad, casi un mozo, me invitara a acompañarlo en tamaña aventura, era un elogio a mi hombría; pero por nada del mundo quería imaginar siquiera el dolor de la familia, sobre todo el de mi madre, y el desconcierto en el alma quebradiza de Gabriela. No, no lo haría, mi destino se hallaba unido al de ellos. Tal vez, cuando fuera mayor... Ahora, lo que reclamaba mi atención era obtener respuesta al enigma que rondaba mi cabeza y, para despejarlo, necesitaba encontrar al personaje más locuaz de la aldea.

Sentado al sol, como yo había previsto, esperaba la comida mientras calentaba sus bregados huesos. Me arrimé a él, disputándole un trozo de piedra donde sentarme, y le espeté:

—Abuelo, ¿quiénes son esos moros con que nos compara el vinatero?

Me miró y algo se alteró en su rostro, fue como un soplo, pues de los ojos se esfumaron aquellas arrugas que los tornaban risueños; pero no tardaron en reaparecer, de vuelta de algún recoveco inescrutable, engastado en su memoria.

—A la noche hablamos —contestó, bajando la voz, seguro de que así no nos oirían. Enseguida alzó una mano, mandándome callar.

En las faenas de la tarde, observé que él y mi padre se apartaban un poco más de lo necesario para echar un cigarro. Vi como discutían muy circunspectos, entre murmurios, y que algo acordaron, a la postre. Por ser desusado en ellos ese grado de reserva, concluí que se nos preparaba una noticia, si no mala, de mucha trascendencia para nosotros.

Hay puntos críticos que jalonan nuestra existencia. Por lo general, a estos conflictos vitales se los reconoce tardíamente, cuando con una mirada retrospectiva atamos cabos, y se revelan como hitos que originaron cambios: la elección del camino ante una bifurcación o una noticia, que engendra una

actitud que, en sí misma, nos depara un nuevo destino. De ser accidentales, el propio estrépito las enmascara y pasan desapercibidas como causa de una cadena de sucesos. Sin embargo, algunos de estos puntos sí los identificamos inmediatamente, porque vengan nimbados de solemnidad o porque, si provienen del pasado, nos ubiquen de repente en el lugar del tablero de este mundo que, gracias al conocimiento que aportan sobre nuestras raíces, entendemos que debemos ocupar, para bien o para mal.

El aspecto de excesiva formalidad de mis padres y del abuelo, los tres encerrados en un raro mutismo durante la frugal cena, hizo que mis sospechas se confirmaran. Mis hermanos también debieron de notarlo, porque terminaron por contagiarse de la gruesa atmósfera, de la mudez que allí reinaba. Pero lo que corroboraba que algo anormal se cocía, fue que mi madre retirara del alféizar de la ventana las tijeras abiertas en forma de cruz, así dispuestas para espantar la entrada de brujas u otros espíritus indeseables, y colocara una tabla de madera que se adaptaba al ventanuco y que se usaba para impedir que el viento o la lluvia irrumpieran en el interior de la choza. Mas, si la noche era apacible, como efectivamente ocurría, la finalidad no podía ser otra que la de soslayar la luz y el contenido de lo que se fuera a hablar, a ojos u oídos indiscretos.

A mi padre le tocó ser el encargado de ponernos en antecedentes sobre lo que nos comunicaría el abuelo. Comenzó por anunciarnos que habían esperado a que fuéramos mayores, pues lo que se narraría era un secreto que nos concernía, muy comprometido para nosotros y que, incluso, arriesgaría la seguridad de todos los habitantes de la alquería si no guardábamos la más estricta reserva, por lo que exigió que empeñáramos nuestra palabra antes de continuar.

En un sólo día, era la segunda vez que me veía obligado a juramentar silencio.

Satisfecho con el asentimiento de sus hijos, pero con la preocupación expresada en el semblante y en la voz, transformada en apenas un susurro, atestiguó que, por edad, correspondía al abuelo relatar las aventuras y desventuras de la familia, asimismo compartidas por la mayor parte de los vecinos de la aldea.

Mi padre calló y los cuatro clavamos la mirada en el abuelo. En esta ocasión, si bien tenía el jarrillo de vino en la mano, no sonreía. Dejó pasar unos instantes, durante los cuales comprendí que se esforzaba en luchar, por el afán de encontrar los términos adecuados, con la desventaja del limitado vocabulario de un hombre de campo que no había salido nunca de Las Hurdes, ni aprendido a leer y escribir. Un analfabeto en toda regla, pero ni más ni menos que nosotros o, como decíamos, de su «misma igualdad».

Sí, eran otras palabras, mas, como pudo, vino a decirnos que aquello obedecía a un mandato que se cumplía de generación en generación, por no perder la única posesión que nos quedaba: el conocimiento de nuestros orígenes. Todo lo demás, como sabían los que iniciaron la consigna de transmitirnos la historia, tras la absorción que produce el mimetismo y la imposición de las costumbres del vencedor, sería sepultado en las arenosas páginas de los vencidos que, como el polvo, serían arrastradas por el crudo viento del olvido.

Anastasio, el abuelo, hizo una pequeña pausa para beber, pero él y mi padre no cesaron de estudiar, ni un segundo, nuestras posibles reacciones. Mi madre, en cambio, sentada en el jergón junto a ellos, parecía ensimismada, con los ojos fijos en sus manos entrelazadas sobre el regazo.

Cuando de un largo trago acabó el jarrillo, prosiguió para contarnos, en suma, que, hacía siglos, nuestros antepasados vivían felices en un reino que se llamaba Granada, en el que habían nacido tanto ellos como los padres de sus padres, en una sucesión casi infinita hasta llegar, probablemente, a los primeros pobladores de esas tierras. Por allí pasaron y se quedaron, por comercio o como resultado de sucesivas invasiones, muchos hombres de países muy distantes y creencias diferentes. El último de esos pueblos, aunque en minoría con respecto a los habitantes, trajo consigo una cultura superior a la conocida, costumbres a las que se amoldaban los nativos con placer, y una religión, que defendía que Dios sólo era Uno, que tomaron libremente éstos como propia después de mucho tiempo. Al menos, la mayoría, porque había otros que practicaban el judaísmo y algunos, los menos, el cristianismo, pero convivían en paz. A esa mayoría, a la que pertenecieron nuestros antiguos parientes, se les llamó «moros».

Ese pequeño reino, último bastión de otro, inmensamente más grande, que ya había sido dominado por los cristianos, era muy codiciado por éstos, pues sus campos eran extraordinarios vergeles por donde se derramaba la nieve en caudales de aguas cristalinas que corrían, inagotables, a fecundar las huertas. La nieve, que en delirios se licuaba, enamorada de la Vega, o que acudía a erguirse en altivos surtidores, por mejor gozar de la visión de los jardines, y precipitarse luego, desmayados de belleza, desde su aérea altura.

De quimera, de ilusión, juzgarían una corte en la que el refinamiento empezaba por apreciarse en los muros de palacio, recamados de poesía; en las cúpulas, cuajadas de místicos planisferios; en los capiteles que, por tan profusamente labrados, maravillaba que tal fragilidad no se abatiera bajo el peso de los cimacios, con calados que semejaban huecos, a modo de exquisitas jaulas, cuya función fuera retener los alientos de la elocuencia. Azulejos, sedas, ataifores, celosías, arquetas, maderas talladas, loza dorada de mágicos alfares, mármol para las columnas de fustes anillados... un arca, en fin, repleta de tesoros que, de un lado, suscitaba la avidez de riquezas de los cristianos y, de otro, aprensión, desconfianza en una cultura que se mecía entre astrolabios, instrumentos de óptica, de medicina, y libros de admirable factura, encuadernados en cuero repujado e iluminados con el primor de la mano de un artista, de un virtuoso obsesionado por la perfección, pero, y he ahí la desconfianza, escritos con caracteres ilegibles y en la lengua de unas gentes de hábitos tan ajenos que concedían la máxima importancia al baño, a la higiene corporal; que hasta para rezar se lavaban, sólo entonces oraban a un dios que, en el fondo, era el mismo. Gentes de una religión hermana, mas propia y enemiga. A un pueblo así, únicamente cabía avasallarlo por el camino sangriento de las armas, para despojarlo de abundancias, usurpar sus bienes y legalizar lo injusto, convirtiendo el reino en un desmesurado botín de guerra que repartirse.

Primero exigieron, luego apremiaron, para después asediar con un ejército, próximo a las puertas de la ciudad, que ya había sometido a las poblaciones del territorio musulmán con rigor y ensañamiento execrables. El soberano andaluz rindió Granada, en previsión de la carnicería que esperaba a sus súbditos, bajo el pacto de respetar vidas y creencias, firmado en

capitulaciones que jamás fueron cumplidas.

El nuevo gobernador, el conde de Tendilla, recibió el anillo de la mano del sultán: «Con este sello se ha gobernado Granada; tomadle para que la gobernéis, y Dios os dé más ventura que a mí». Esto dijo, y salió por la Puerta de los Siete Suelos. Siete profundidades, siete infiernos. Perversa pero ajustada paradoja, porque sus pupilas no se volverían a posar en los siete cielos de la cúpula del Salón del Trono, el de Comares. ¿Qué mejor puerta para abandonar la Alhambra que aquella, que debía apresurarle a los infiernos?

Él, el Zogoibi, el más desventurado de los monarcas, entregó el trono y hubo de exiliarse. Pactado de esta guisa, sin plantar cara, incomprendido, quedó como un cobarde en lugar de lo que fue, un hombre de Estado sensato y responsable.

El primer signo de que las capitulaciones no serían acatadas por el invasor sobrevino el 31 de marzo de 1492, tres meses después, cuando en contra de lo pactado, los judíos fueron compelidos a marcharse de su querida Sefarad, mediante edicto de los Reyes Católicos. Se les agració con cuatro meses para malvenderlo todo, que hubo a quien no quedó más remedio que trocar su casa por un asno. Se les prohibió sacar oro, plata y cualquier clase de moneda. El rey Fernando acaso creyó que así salvaguardaba la hacienda, sin percatarse de que el mayor bien lo constituía la industriosisidad de aquellos a quienes desterraba. El sultán turco, Bayaceto II, que dio cobijo a los que arribaron a las costas de su país, supervivientes del amargo éxodo, exclamó: «¿Éste me llamáis el rey político, que empobrece su tierra y enriquece la nuestra?».

La infausta disposición, que rebajaba a los judíos a la infame condición de proscritos, alertó a numerosos musulmanes, que no cayeron en la fatal ingenuidad de pensar que la cosa no iba con ellos. Algunos, pocos, escogieron el alejamiento de su patria, pero la generalidad, esperanzada en la tolerancia y la capacidad de mediación del arzobispo Hernando de Talavera —no en vano era de ascendencia judía—, decidió quedarse. Este buen fraile jerónimo, elevado a la más alta jerarquía eclesiástica de la nueva Granada, comprensivo y respetuoso, demostró tan a las claras su deseo de armonía, así como de conversiones por propia voluntad, que llegó a aprender árabe y fue llamado el

Santo Alfaquí. Él y el conde de Tendilla, Íñigo López de Mendoza, conciliaron numerosas porfías que enfrentaban a cristianos con musulmanes, o a conversos, a los que se les dio el apelativo de moriscos, con cristianos viejos, que recelaban de la sinceridad de aquéllos y que habrían podido derivar en hostilidades de no haber intermediado ellos con sabia diligencia, logrando la avenencia de las partes. Había paz, pero la oscura sombra de la inquietud opacaba el fulgor de la ciudad de las nieves perpetuas.

Ocho años de paz conseguidos con el esfuerzo de los dos grandes personajes que, quizás idealistas o en exceso crédulos en la palabra de los reyes, trabajaron con denuedo por una armonía que en verdad no interesaba. Ocho años de labor desperdiciada en cuanto irrumpió Cisneros. Junto a él se establecieron el desprecio y la intolerancia, definidas como «eficacia». Pronto, muy pronto, expuso su postura y en la plaza de Bib Rambla quemó miles de libros. Ésa fue la primera hoguera. La gente se amotinó y fue sofocado el tumulto gracias al conde de Tendilla y a Hernando de Talavera, lo que valió a éste las sospechas de la Santa Inquisición. Era el comienzo del ultraje, hasta que se desató desde las Alpujarras, transcurridos muchos años, afrentas y paciencia, la reacción de los moriscos. Entonces se anunciaron otras hogueras, pero de humanos y en la plaza de la Chancillería. La sangre tintó el río Darro, atónitos los puentes.

De ahí a la expulsión ya sólo hubo un paso. Granada vio otra vez a sus hijos forzados a expatriarse, unos ochenta mil en diversas oleadas, en desdichado peregrinaje a tierras de ambas Castillas, Extremadura y la Mancha. La muralla bermeja de la Alhambra, las almenas, los adarves, contemplaron, turbados, cómo era arrancado lo mejor de sus parterres; cómo, de sus patios, desertaban los más firmes capiteles; cómo los hombros abatidos de sus tiernas criaturas, las que daban sentido a su presencia, se desvanecían en la distancia, sin esperanza de retorno. Los ajimeces pretendieron, tal vez, cegarse, por no padecer la terrible aflicción; los muros, estremecerse, por sí, con la convulsión, aflorara la vibrante llamada del almuédano, grabados siglos de ecos en la piedra, y los convocara en un intento desesperado de retenerlos.

Hambrientos, entre innumerables apuros y amenazas y con el cansancio que resulta de ignorar adónde nos conducen nuestros pasos, empujados a un

futuro incierto, nuestra familia hizo el largo camino hasta Talavera de la Reina, donde se avecindó finalmente. Allí se figuraron que podrían emprender una vida pacífica, pero sólo se sostendría unos años, pues los cristianos nunca creyeron que fueran otra cosa que musulmanes que simulaban acatar las doctrinas de la Iglesia.

Todo esto nos era relatado por el abuelo poco a poco, noche tras noche, durante meses y con omisiones que yo, más adelante, aprendí a completar y que ahora resumo. Mas, aun así, con lagunas, asimilamos que aquellos moros, seres fingidores y perversos, proclives a la herejía, éramos nosotros, los descendientes de los que, en franca huida, se ocultaron en El Gasco. Llevaban razón, era imprescindible que algo tan delicado y peligroso se conservara en el más absoluto silencio.

Conforme el más pequeño de la última generación de cada casa crecía y se le consideraba apto para entender, y especialmente para mantener los labios cerrados, se hacía partícipes a los hijos, no individualmente, sino congregados a la vez, de la procedencia común. De manera que, como en los antiguos clanes, la transmisión oral de la historia era un rito que nos tornaba iniciados, pero que no tenía relación directa con la edad, puesto que estaba basada en la del menor de los hermanos. Desde ese momento perdíamos la denominación de muchachos y éramos designados mozos. Pese a ello, la genealogía, en cuanto a los verdaderos apellidos y no los que adoptaron en la conversión, fue borrada de la memoria, por descuido o a conciencia, que nunca lo sabré, pero irre recuperables por esa vía.

De Eusebio, por ser mayor que yo y benjamín de los Ortiz, deduje que había pasado a la categoría de mozo, es decir, de conocedor de la tragedia. Pero eso no obligaba más que a comunicarlo, como un legado, a los descendientes y a no contravenir el precepto de hermetismo que se nos imponía. No estábamos sujetos a ninguna otra regla, ni estorbó para que el muchacho consumara su propósito de fuga a comienzos del verano.

La voz de que había desaparecido corrió a media mañana, entre huertos y bancales. A la madre, Agapita, le había extrañado no encontrarlo en la choza

al despertar, pero lo achacó a que habría salido a hacer sus necesidades. El padre, que no lo vio en el campo, como suponía, decidió buscarlo en las inmediaciones, después en la alquería y, por último, casa por casa. Las mujeres se juntaron y lo llamaban a voces; los hombres, al escuchar el griterío, se presentaron en el poblado para enterarse de qué lo provocaba. Se dispararon los nervios y la alarma. Nadie lo había visto desde la noche anterior. Los viejos hablaron y se organizaron cuadrillas de rastreo a un lado y otro del río. Cualquiera era capaz de seguir huellas, pero Eusebio también y había evitado dejarlas. Además, el terreno pedregoso se lo facilitaba.

Para evitar a Agapita, que lloraba temiendo que lo hubieran matado las alimañas, me fui con el grupo que debía batir por la otra ribera del Malvellido, hacia el sur, en el viejo volcán de El Gasco, y luego hasta la cascada del Chorro de la Miacera. Como éramos tres partidas, la segunda recorrió el camino de la sierra de la Corredera, al norte, comprendidas las faldas del monte Fragosa y la última cubrió las poblaciones de La Fragosa, Martilandrán, Cerezal y Nuñomoral, haciendo indagaciones entre la gente, por si lo habían visto o tenían alguna razón que darnos. Igualmente, preguntaron en el Cottolengo, una institución de monjas, las Hermanas Servidoras de Jesús, que acoge, todavía hoy, a los enfermos más pobres, y que se había instalado dos años antes, en 1952, cerca de La Fragosa, ante la posibilidad de que, herido, acudiera a ellas, o alguien que lo auxiliara lo acarreará hasta allí con la ayuda de una bestia.

Yo ascendía por la senda del volcán sumido en la incertidumbre y la indecisión que me causaba un dilema: si revelaba que, simplemente, se había fugado, se abandonaría la búsqueda, pero ¿y si no era éste el motivo de su desaparición? En ese caso, sus restos serían encontrados cualquier día por algún pastor, mientras yo lo imaginaba fuera de Las Hurdes. ¿Con qué caras me mirarían entonces Carmelo y Agapita cuando, por mi culpa, el cuerpo de su hijo habría quedado insepulto? Pero ¿cómo podía dejarles en la amargura de pensar que había muerto, devorado por los animales, sabiendo que estaba en Plasencia? Había empeñado mi palabra...

A la hora fijada, ya oscurecido, nos reunimos las tres cuadrillas en la plazuela, donde los viejos alimentaban una hoguera que serviría para

alumbrarnos. Cada una confiaba en que las otras supieran algo, pero los rastreos y las preguntas resultaron infructuosos. Allí estábamos todos, de vacío, sin nada que pudiera dar la más leve luz sobre el paradero de Eusebio, como si se hubiera evaporado. Eso, sin embargo, me confirmó que estaba a salvo. Carmelo y Agapita iban de un grupo a otro, requiriendo, angustiados los ojos, una noticia, un mínimo indicio. Los hombres, aún sudorosos, cansados y envueltos en el desánimo, agachaban la cabeza y trasteaban en los bolsillos, sin saber qué hacer con las manos, incapaces de haber agarrado con ellas al muchacho y traerlo de vuelta a casa. El padre estaba hundido. La madre, sujeta por las mujeres, lloraba sin consuelo al filo del desmayo. Los ancianos opinaron que, aunque no fuera de nuestro agrado, pues nos gustaba arreglar las cosas entre nosotros, debíamos recurrir a la guardia civil. Ellos tenían más medios y en pocos días darían con él o... con su cadáver, dijo el que hablaba, evitando la mirada del abatimiento, que era la de toda la aldea. Agapita no pudo más. Yo vi cómo una extraña fuerza se apoderaba de ella y entraba por su boca, con las mandíbulas desencajadas, una bocanada de aire interminable que absorbía con insaciable voracidad, como si quisiera aunar los alientos de los vecinos en su garganta, para poder gritar; porque gritó, gritó con un desgarró que atemorizó el aire y amedrentó el fuego, que se encogió por un instante, y con el que reclamaba a la tierra el fruto de sus entrañas:

—¡Mi hijo!, ¡quiero a mi hijo!

El silencio que sucedió al alarido de la madre fue completo. Ni una palabra, ni un ruido, ni el crepitar de los leños... ni un ladrido. La alquería entera permanecía paralizada, agarrotada en la inmovilidad del estupor. Sólo yo luchaba con mi dilema, con el aprieto de romper, o no, un juramento. ¿Qué valía más, mi compromiso o aquel dolor humano? Me sentía torturado, me superaba la prueba a que se me sometía. Miré a mi madre. Lágrimas densas, plomizas, venían a caer a sus pies. Supe que había tomado una decisión por más que me espantara, mientras adiviné una sombra que se desplazaba inaudible desde un rincón. Se abrieron mis labios para anunciar:

—Eusebio está vivo. ¡Dejad en paz al chico! —sonó una voz autoritaria a mi espalda. Una voz seca, agostada, que parecía producida por un organismo marchito, rasgó la doliente quietud.

Clementina, la vieja partera que había ayudado a traer al mundo a nuestros padres, avanzó despacio hasta el centro de la reunión, abriéndose paso, sin miramientos, con la nudosa garrota que usaba para apoyarse. Aunque por un sólo segundo, no quebranté el voto convenido; le debía agradecimiento.

Carmelo se acercó a la anciana. Si estaba allí, era seguro que sabía algo, de lo contrario no habría salido de la choza en la que vivía, apartada en lo más alto de una lomilla, rodeada de cachivaches, cazuelas, hierbas y pucheros en constante hervor. No dio tiempo a preguntarle. De nuevo chirrió aquel sonido de metales oxidados.

—El chico se ha ido porque le ha dado la gana. Está en un pueblo, lejos de aquí. No diré cuál, pero él me lo contó y yo misma le he visto irse esta madrugada. Cuando él quiera... sabréis más —y dicho esto, la vieja, magra y huesuda, movió garrota y andrajos camino de su altozano.

Agapita cayó desfallecida, sobrepasada por las emociones. Las mujeres, una vez que consiguieron reanimarla, la llevaron hasta la casa, aún sostenida por los brazos, para confortarla.

Sin proponérmelo, eché a andar detrás de la vieja partera, meditabundo. Para mis adentros hice una nueva promesa: en adelante, cuando pretendieran de mí un juramento, recordaría los acontecimientos de este día, que habían hecho sufrir a tanta gente, y me lo pensaría dos veces antes de aceptar; no porque me preocupara el pecado de faltar a él, sino por las fortuitas derivaciones que pueden desprenderse de ello.

—¡Eh, tú! ¿Qué quieres? ¿Te vas a escapar tú también? —escuché de repente.

Clementina me sacó de golpe de mis pensamientos. Me paré asustado. Frente a mí, había enderezado la joroba y me miraba desafiante. No era más alta que yo, quizá dos dedos o quizá menos, pero me impresionaba.

—¡No! Si yo... —balbucí.

—¡Ven con la vieja Clementina! —me ordenó—. Otro que tiene miedo. ¡Estos muchachos sólo sirven para matar lagartijas! —Y entró en la choza conmigo detrás.

Subía la escalera lentamente. En cada escalón emitía un suave gemido, como para sí. De ir tan despacio, perdí el equilibrio y le rocé la espalda.

—¿Qué haces? ¿Piensas tirarme, inútil impaciente? ¡Baja y cierra la puerta, que te la has dejado abierta! —casi bramó.

Obedecí con la mansedumbre de un cordero. Todos los chicos la creíamos loca, pero el influjo que ejercía sobre nosotros la libraba de travesuras y moliendas. Se decía que se enteraba de todo, por no sé qué sortilegios, y que podía quitar el mal de ojo. Me constaba, en efecto, que se recurría a esta mujer por cualquier dolencia, desde una infección a la reparación de un hueso roto o dislocado, que sólo ella acertaba a recolocar; mas su ciencia abarcaba materias más sutiles que atañían a la luna y que encandilaban a la aldea, pues aseguraban que leía cosas en las estrellas.

Cerré la puerta y la alcancé en el último escalón. Del fuego quedaban las ascuas. Se quitó la toquilla más que remendada y se fue a sentar sobre algo que alguna vez fue una silla y que se sostenía por las cuerdas que tenía atadas y la suciedad que, como soldada, había hecho cuerpo con ellas. A mí me señaló un escabel. Tampoco había más. Me miró con una chispa pícara mientras se desataba el pañuelo y dejaba escapar el pelo suelto y desgreñado, que no era del todo blanco, sino que se alternaba con jirones de tonos amarillentos; puso unas trébedes en la candela y sobre aquéllas uno de los pucheros y me tendió un soplillo para que la avivara. Una vez que apoyó los antebrazos en las rodillas, para acercárame más, me contempló a placer, sin disimulo.

—Bueno, mi ayudante se fue. Pareces más vivo que los otros, ahora tendré que prepararte a ti, veremos si me equivoco. ¿Eres ya mozo? —me preguntó.

—Sí —me atreví a responder mirándola a la cara, por demostrar un arrojo que no tenía.

—Bien, mozo. Salvé tu palabra y eso me debes. Vendrás, como venía Eusebio, cada tres días, por la mañana, temprano —apostilló—, para lo que te mande.

Y acomodándose en el respaldo de la silla, me indicó que me fuera. Todavía, antes de bajar la escalera, añadió:

—Tráete hojas de lentisco, que del miedo te va a dar diarrea. —Y las punzantes aristas de su risa agrietada me acompañaron hasta la puerta.

Volví a mi casa sin apremio, en tanto hacía especulaciones sobre cómo

sabría la anciana de mi pacto con Eusebio, ¿se lo diría él? Y, de cualquier modo, ¿cómo supo lo a punto que estuve de hacerlo trizas, y ser tan oportuna como para librarme del apuro, con su providencial intervención?

Mi padre prescindió de mi ayuda en los días en que debía atender a Clementina. He de suponer que él conocía los deseos de ésta, porque no desaprobó la pérdida esporádica de mis brazos en la huerta. Contaba con mis hermanos pero el mayor, Anastasio, con diecinueve años, era un hombre que pronto compondría su propio hogar. Ya había elegido mujer y en cuestión de meses, a lo sumo un año, comenzaría la construcción de su choza. Por edad y la recién adquirida condición de mozo, como yo, una noche el abuelo le ofreció papel y picadura. Él miró a nuestro padre en busca de su autorización, como estaba mandado, y éste se la dio brindándole fuego con su mechero de yesca. De esta manera se desligaba, definitivamente, de las últimas partículas que le unieran a la infancia, mientras a mi madre se le humedecían los ojos y yo, noblemente, le envidiaba. Y sigo, sigo; porque él pudo traspasar naturalmente las etapas en las que estaba ordenada entonces la vida, y a mí me las vedaron las circunstancias. Pero no estoy siendo justo, también tuve oportunidades que ninguno de mis hermanos soñaría.

En mi primera jornada, lo que recibí de Clementina fue un coscorrón por aparecer sin el lentisco. No sabía distinguirlo entre los demás arbustos. Todavía me frotaba el lugar de la cabeza que me había castigado cuando la anciana me sentó en el escabel, abrió una talega y me mostró sus hojas. Después quiso que las observara en mi mano y me fijara en su flexibilidad, en el brillo, el color, en el tacto duro, en la forma de lanza y en los nervios. Sacó hojas de otras plantas, de un cestillo, y me las hizo comparar y olerlas. Me pidió que cerrara los ojos y que sólo por el tacto encontrara y separara las del lentisco. Lo conseguí y soltó un gruñido de aprobación que era más para ella que para mí. Se adelantó y me retiró las hojas, entretanto me decía:

—¿Quieres saber para qué las quiero? ¿O si soy una bruja? —Yo creo que disfrutaba haciéndome esas preguntas—. Pues no, sólo soy una vieja, Ángel, tan vieja que conozco el estómago, el vientre, la voz y la debilidad de todos, y a casi todos os he visto nacer. A muchos os he curado con hierbas y emplastos, para eso me sirven. Desde niña —prosiguió— me he interesado por ellas, por

las plantas. Aprende esto: son seres que no andan, pero que son auténticos hijos de la naturaleza. A diferencia de los demás, que unos están en el aire, otros en el agua y otros en la superficie, ellos asoman al exterior sin perder el contacto, enraizados, con la Madre. Son un don, un regalo de la tierra, están vivos entre ambos mundos.

La anciana no mentía ni exageraba. Por la choza desfilaba la aldea en su totalidad. En un momento u otro requerían los servicios de Clementina y cada cual los pagaba como buenamente podía. Le llevaban algo de comida, aceite, sal, pan, o se ofrecían, las mujeres, para lavarle la ropa. Yo escuchaba consultas y remedios, pero sin interrumpir el aporreo de la maja contra el centenario almirez de bronce, donde machacaba las hierbas que me ordenara, ya que si dejaba de oír el monótono golpeteo o apreciaba que aflojaba el ritmo, me destinaba una mirada furiosa que me producía escalofríos. No obstante, ésa no era mi única función. La principal consistía en recolectar plantas, como el romero, que hay que recogerlo en verano, después de florecer, o el hipérico, al terminar junio, y para el que debía subir a la sierra, a menudo en compañía de Isidoro.

Juana consentía esas excursiones al hijo, no sin soltarnos un rosario de precauciones que él oía muy atento y muy serio, pero, nada más pisar el primer recodo de la senda de la sierra, brincaba y reía con la euforia de una cabritilla libre y en su medio, como si al perder de vista la alquería me traspasara toda la responsabilidad, enteramente abrigado bajo mi protección.

Confieso que me halagaba tan total entrega y que yo adoptaba pose y gestos que se me figuraban de adulto curtido en inimaginables lances, a los que había sobrevivido triunfalmente y, por acentuar el aguerrido ademán, portaba en la mano, con indolencia, pero amenazadoramente, el chuzo que aún conservaba afilado. Le ordenaba y le prohibía futilidades por el gusto de verme obedecido y para hacerle creer que peligros imperceptibles o negados a su comprensión, yo, como individuo avezado, localizaba de una somera mirada, debido a mi superior perspicacia. Me daba cuenta de que me comportaba con el mismo proceder, voluble y arbitrario, con que las niñas cuidan a criaturas más pequeñas cuando las ponen a su cargo, mitad bebés, mitad juguetes; pero ambos nos divertíamos de lo lindo mientras llenaba mi

bolsa de plantas, sin descuidar su vigilancia. Él me traía flores y manojos de hierbajos de cualquier clase, hasta ortigas, que no sé cómo no le lastimaban, y que yo, por no hacerle el desaire, tiraba con disimulo. Pero un día me propuse enseñarle a recolectar romero... y lo logré. Lo senté en una piedra, para que no se desperdigara su atención, y le puse la planta ante los ojos. Se la hice tocar y oler, como había hecho conmigo Clementina, y a continuación me inventé una frase para fijarla en su cabeza: «Romero, romero, ¡que Isidoro te encuentre primero!». Y salía disparado, corriendo por esas lomas, y yo detrás, preocupado de que no se me descalabrara, hasta que de improviso se detenía y cogía la planta a puñados, persuadido de que no erraba.

Cuando, al terminar, llevaba mi recolección a la anciana, solo, porque Isidoro se obstinaba, con tozudez equina, en ni siquiera pisar la sendita del altozano y se plantaba abajo a despedirme con la desolación pintada en el rostro, Clementina toleraba que me quedara con ella bajo la condición de no marearla con mi palabrería y de ponerle a su alcance lo que precisara para fabricar los ungüentos o las pociones, según me lo fuera pidiendo, que ya tenía medio elaboradas previamente en maceraciones o por cocimientos que borboteaban prolongadamente en los pucheros, desbordando la choza de fragancias, únicamente a falta de filtrarlos y hacer la mezcla adecuada.

Pero no bastaba con eso. Con los recipientes a mano, la viejecilla se adornaba de pulseras y collares, de los que pendían decenas de amuletos, y rodeaba pausadamente la desvencijada mesa en tanto elevaba las manos o las sostenía a centímetros de las vasijas, poco antes de hundir los dedos en ellas para hacer las mixturas, momento en el que se iniciaba lo que debía configurar la apoteosis del acto litúrgico y que consistía en una extensa cadena de sonidos guturales salteados de rezos, jaculatorias y palabras retorcidas como sarmientos, que se suponían implorantes, pero que eran tan conminativos por la agudeza del tono y el apremio que les transmitía que comprimían mi estómago; mas, todavía estoy convencido, aquellas salmodias impregnaban a los remedios de poder.

Con poderes o sin ellos, nos arreglábamos con los preparados y auxilios de Clementina, pues aunque las hermanas del Cottolengo habían abierto una maternidad y un comedor para niños, centurias de prevención trababan las

invitaciones que caritativamente nos hacían. Sólo tras cuantiosos testimonios de que los motivos que las impulsaban a estar allí eran causas de misericordia y se ceñían a la voluntad de aliviar a los enfermos y socorrer a los niños pobres, los habitantes de las alquerías comenzaron a confiar tímidamente. Quitaron mucha hambre y no pocas miserias. Arrimaban el ascua a su catecismo, claro, pero trabajaban en una misión de probado servicio. Costó familiarizarnos con sus hábitos negros y sus tocas, igualmente negras, con la banda blanca allegada a la frente, a modo de ancho ribete. Asimismo con los acentos, que provenían de localidades apartadas de las que nunca habíamos tenido referencia, en los que despuntaban muy remarcadas las eses finales, y el control de la pronunciación, con modulaciones que nos sonaban afectadas, a lo que había que unir el empleo de vocablos chocantes con que conversaban, exóticos a nuestros oídos. Nada de esto favorecía la comunicación. En justa reciprocidad, les ocurría lo mismo, pero aprendieron a entendernos antes que nosotros a ellas.

La novedad de las forasteras, que lo serían por mucho tiempo que llevaran establecidas en nuestras tierras, enardecía mis deseos de aventura. Espiarlas era una travesura inocente que entrañaba el riesgo de ser sorprendidos y regañados por mujeres tan serias, pero era lo que otorgaba emoción al juego. Por eso, nos aproximábamos al Cottolengo desde las lomas cercanas, resguardados por los matorrales, para ver el —para nosotros— enorme edificio, sólido y funcional, desprovisto de ornamentación superflua. Yo, como cabecilla de mi exigua mesnada, avanzaba mientras Isidoro y mi hermana quedaban apostados y de la mano, para que aquél, en su entusiasmo, no corriera tras de mí.

Desde mi escondrijo les hacía indicaciones para que callasen y se percataran del atareado ir y venir de las monjas, en contraste con alguna que paseaba rezando, con las cuentas del rosario entre los dedos o leyendo en libritos que armonizaban con el color de sus hábitos y que eran el colmo del misterio.

En una de estas «avanzadillas» tuve que ocultarme entre unos bultos, cubiertos por grandes fardos, que estaban en el patio. Vi venir a una hermana y pude meterme a tiempo debajo de éstos, pero pasó tan pegada que no me pisó

la mano con sus alpargatas de esparto por escasos milímetros. Gabriela e Isidoro, viendo que desaparecía, se pusieron de pie en su escondite. Si la monja no nos descubrió, fue porque o estaba muy concentrada o andaba mal de la vista.

Clementina a mí y el abuelo a todos los miembros de la familia, nos exhortaron a no bajar la guardia con estas piadosas mujeres. Por muy benévolas que demostraran ser pertenecían al clero, el círculo de poder más represor de las libertades, y aunque ellas directamente no representaran peligro, tendrían comunicaciones con otras instancias que sí se encargarían de serlo.

—La llegada de las monjas es señal del cambio de los tiempos. Hay que mudar el pellejo —decía la vieja—. Tenemos que estar preparados, pronto no estaremos solos y esto se llenará de gente curioseándolo todo.

—Eso es malo, ¿no? —quise saber.

—Es bueno y malo. De alguna miseria saldremos —reflexionaba la astuta anciana—. Hemos rehuido a los forasteros, pero ya mismo vendrán tantos que será imposible, es cuestión de años. Toca someterse y mudar, mudar el pellejo —insistía—. La pena es que se descuide y muera nuestra historia, ¡eso no! —quedaba absorta y añadía—: Espabila, mozo, hay que aligerarse... ¡somos hijos de un reino!

La campana sonaría allá en la espadaña del Cottolengo, mas las vueltas y revueltas en los menos de tres kilómetros del camino a El Gasco impedían la resonancia del tañido en los oídos de la alquería. Para la partera, sin embargo, la tortuosidad del trayecto no era óbice a la hora de estar informada de novedades y hablillas, de las que extraía conclusiones tan afinadas que, a la corta o a la larga, los hechos le daban la razón. No eran magias ni profecías, sino el natural uso del pensamiento, aderezado con la necesaria intuición.

A pesar de que ella no asistía a las reuniones de los ancianos, vedadas a las hembras, su criterio tenía preeminencia sobre cualquier otro, y los viejos, sabiamente, contaban con él. Entonces, ¿era una sociedad masculina con un trasfondo matriarcal?

El crimen

Siglo XX

Capítulo II

Los relatos del pasado no se interrumpieron, pero sí se espaciaron cuando alcanzaron el punto en que nuestra familia y las otras cuatro, prevenidas por lo ocurrido en Valencia en septiembre, acordaron aceptar la Cédula Real por la que se permitía la salida libre de los moriscos de Castilla la Nueva, de la que dependía Talavera, y de otros lugares, con sus bienes muebles, durante treinta días a partir del 28 de diciembre de 1609.

A los valencianos, notificados por Bando Real, se les había concedido un plazo de tres días para abandonar sus casas y embarcarse rumbo a otros reinos que no fueran los de España. Expirado éste, Felipe III autorizaba, a cualquier persona que los encontrara por los caminos, a desvalijarlos y matarlos si se defendían, sin que incurrieran en delito alguno por ello. Asimismo disponía que los cristianos que encubrieran, escondieran en sus casas o ayudaran a los moriscos, serían condenados a seis años de galeras, entre otros grandísimos e inhumanos dislates. Lo sensato, pues, era aprovechar la Cédula Real e irse antes de que en Castilla la Nueva se repitiera lo previsible: después de los levantinos, serían expulsados los conversos de las demás zonas y en idénticas condiciones. Si no se practicaba el destierro en masa, era por sustraerse a una rebelión, al posible ataque de los turcos y de Berbería, o todo esto a la vez.

Como he mencionado, se desistió de las sesiones diarias, puesto que se nos había desvelado lo fundamental, para dejar asignada la narración exclusivamente a los viernes. Durante la semana nos asaltaban dudas que preguntábamos esa noche, lo que implicaba pensar reiteradamente en ellas y

en toda la historia, para hallar algún resquicio de claridad. Esta práctica resultó ser muy eficaz, ya que imprimía, por repetición, los hechos a la memoria. Pero no creo que el abuelo fuera tan sagaz. Él reproducía con minuciosidad la actuación de las generaciones anteriores, que habían optado por el viernes para entregar a sus hijos la herencia histórica, como romántica fórmula de sacralización de ese día, en honor y recuerdo de la vieja fe, desechada por obligación y no por convicción.

¡Hijos de un reino! Un reino esfumado del que sólo subsistían furtivos bisbiseos. ¡Y nosotros machacando el tema por tradición! Dos años llevábamos ya y el asunto no tenía visos de acabar. ¿A quién interesaba esa historia? ¿Es que íbamos a recuperar algo? Esto pensaba, en tanto daba puntapiés a los guijarros del río, aquella mañana de mediados de junio en la que la anciana me había dispensado de trabajos con un misterioso: «Hoy no tienes nada que hacer aquí, ve». Y, para más misterio, me miró con reconocible ternura y acarició la pelusilla de mi cara de catorce años. Extravagancias de ella, me dije. Pero, en ese momento, distinguí la figura de Gabriela, que recogía broza para el fuego, al otro lado del río, no muy distante. Crucé y me fui a proponerle que dejara las ramitas y nos fuésemos un rato a la cueva, que no visitábamos con la frecuencia de antaño, y de este modo olvidarme de orígenes familiares y de expulsiones.

Mi invitación le pareció, más que apetecible, la celebración de un festejo. Soltó los rastrojos y, sin articular palabra, pues seguía hablando poco a sus recién cumplidos diecisiete, anduvo junto a mí por el sendero que conducía a los aledaños de la cueva. Ya muy cerca escuché un crujir de ramas, pero lo achaqué a alguna cabra que tascara por el lugar. Cuando faltaban unos cincuenta metros, que ya entreveíamos la entrada de la covachuela, le pedí que se adelantara mientras descargaba mi vejiga detrás de unos arbustos. De nuevo oí crujidos que, igual que antes, no me inquietaron, pero, a escasos segundos, sonó un grito ahogado que sin duda provenía de la gruta. Corrí alarmado, reconocí en él la voz de mi hermana.

Desde el tranco de la cueva, el espectáculo que presencié me dejó paralizado. Durante la breve carrera hasta la entrada, pensé que la habría asustado cualquier bicho con el que, por mala suerte, hubiera coincidido

dentro. Con previsión, saqué el punzón mientras corría; pero lo que encontré no era una alimaña o, mejor dicho, era la peor de todas. En la fracción de tiempo que dura un relámpago, tuve que interpretar lo que sucedía, porque mi mente, en el primer instante, se resistió a comprenderlo. Allí se hallaba Juan, el vinatero, abrazado a Gabriela, que me miraba con los ojos extremadamente abiertos, inmóvil, escandalizada su naturaleza inocente de que aquel hombre le hubiera levantado la falda y se atreviera, con aquella burda zarpa con la que había sorteado el elástico de las bragas, a palpar, a manosear, su parte más íntima, reteniendo su talle inútilmente estrujado, ya que el estupor la mantenía conmocionada, asombrado el cuerpo, los sentidos y hasta el pensamiento, incapaz de reaccionar. Pero yo sí, yo pude, porque en los nervios, en el ánimo y en la piel de mi hermana sentí, no sé cómo, el apestoso resuello de la boca del vinatero y la dureza de su miembro, que frotaba, aún en el interior de los pantalones, contra la cadera de ella. Unido al asco, un hormiguero furioso ascendió desde mi vientre, irreprimible, inundó mi pecho, que se dilató en el acto, y llegó, como un torrente de hirvientes lavas de ira, a mi cabeza.

Me abalancé sobre él, que debió de oírme y se volvió alertado. Todavía pudo aflojar su malcarado gesto de sorpresa, al descubrir que era un niño quien le atacaba. Todavía una mueca bravucona. Yo juro que quería golpear su repugnante rostro con mi puño, quitárselo de encima a mi hermana, pero olvidé, arrebatado por la violenta cólera, arrolladora, poseído del ansia de castigo, olvidé, digo, que empuñaba el afilado punzón, que le entró limpiamente por el ojo izquierdo atravesando el cerebro hasta tropezar con la cara interna del parietal, que hizo de tope. La muerte fue instantánea y cayó desplomado al suelo, boca arriba. Ni siquiera retiré el pincho. Me volví para ver cómo Gabriela resbalaba despacio por la pared de la cueva hacia el suelo y quedaba sentada como una muñeca de trapo, mancillada por el espanto y con la mirada perdida.

Ahora tenía que actuar rápido. Mi obsesión era poner a salvo a mi hermana y escapar, ¡escapar como fuera! Pero ¿cómo? ¿Y hacia dónde? Estreché a Gabriela entre mis brazos y, tirando de ella, la puse en pie. Entonces le escuché decir muy quedo, con la vista en ninguna parte: «Ese hombre sucio... ese hombre sucio...». Cubrí sus labios con mi mano, para

acallarla, mientras le dije: «Tranquila, Gabriela, ya ha pasado todo. Ese hombre sucio ya no vendrá más, ya no te tocará más. Lo he matado, Gabriela, para que nunca más pueda tocarte». Me miró y brotaron dos lágrimas, que yo enjuagué, y acaricié su cara, como ella hacía conmigo de pequeño.

Aún veo su imagen con plena nitidez: menuda, descarnada, con el pelo enmarañado y con los churretes que yo le había dejado al limpiarla, desvalida y sin entender muy bien qué perseguía el maldito vinatero. Le coloqué el pañuelo, que colgaba de su hombro, le sacudí la falda, manchada de polvo, y la llevé a la entrada. Allí la apoyé al muro de piedra y, con una lucidez y una frialdad que hoy me admiran, extraje el chuzo del ojo de Juan de un único tirón, aunque me temblara la mano al sentirlo de nuevo en ella y el extraño sonido que produjo en la quietud de la caverna, como un blando siseo, lograra ponerme el vello de punta.

—¡Vamos a casa! —le indiqué, tomándola del brazo—. Daremos un rodeo, para que nadie nos vea. No debes llorar, Gabriela, ni hablar de lo que ha pasado, corremos peligro —añadí.

Ella asintió dócilmente. En el camino comprobé que la luz seguía iluminando la mañana, los pájaros volaban o se posaban en las ramas, como siempre, y las nubes eran desplazadas por el viento. Como si no hubiera sucedido nada o el universo fuera ajeno a mi crimen, todo continuaba como siempre. Y me sorprendió, porque comprendí que yo había matado a un hombre.

Por atajos menos trillados que ambos conocíamos, entre collados, accedimos al costado opuesto de la alquería; mas, al vadear el río, nos detuvimos a enjuagar el punzón, para borrar de él los rastros de sangre, y lavé y sequé la cara a mi hermana valiéndome de su pañuelo.

Regresábamos como crías apaleadas que se prometieran una feliz mañana de retozos y que, por haberse alejado traviesamente de la protección de sus mayores, la desgracia hubiera recaído sobre ellos, implacable.

Me aterraba el castigo de mi padre, su rechazo por la ruina, la maldición que descendería, por mi delito, sobre toda la familia, pero aún temía más el de la justicia. Me imaginaba preso en un calabozo, encadenado, sin mi libertad ni mi sierra de crestas salvajes; sin comida y cubierto de moratones por las

palizas que recibiría de sañudos desconocidos, que serían la mano ejecutora.

Gabriela se sentó en el camastro. Su expresión ausente, habitual en ella, no indicaba nada; pero la mía, agitado, jadeante, seguramente lívido, proclamaba a voz en cuello un incidente escabroso. Tenía que confesarlo, mas no cedí a las presiones de mi madre. Aguardé a que estuviéramos todos reunidos. Ninguno comió. Me asediaron a preguntas mientras mi madre abrazaba a mi hermana, que sollozaba temblorosa. Expuse los hechos con todos sus pormenores: mi corta separación de ella, por apenas unos instantes; su grito, la repulsiva escena que contemplé al llegar a la gruta, el abuso del que era objeto mi hermana, el dolor y la furia que me invadieron, cegándome hasta el punto de olvidar el arma que llevaba en la mano, y el frustrado puñetazo, que se transformó en homicidio.

Mi padre mandó callar y él mismo enmudeció. Después preguntó, para cerciorarse, dónde se encontraba el cuerpo sin vida. Tras mi respuesta, se mantuvo pensativo y terminó por decir:

—Tú no salgas de aquí esta tarde. Los demás iremos al campo, a trabajar, como a diario. Esta noche nos llevarás a la cueva —ordenó, mirándome.

Se fueron, pero mis hermanos, Anastasio y José, uno tras otro, me obsequiaron al pasar a mi lado con sendas palmaditas, cargadas de gravedad y calidez. Esos toques, tan espontáneos como breves, que me transmitían por contacto su incondicional respaldo a mi defensa de Gabriela, con la asunción solidaria de las consecuencias, provocaron que me desmoronase y estallara en un desconsolado llanto del que no me libré hasta el oscurecer, que me quedé dormido.

Las palabras de mi padre, enviando a José por una buena carga de leña, me sacaron del letargo. Estaba entumecido, pero el dolor de cabeza resultante de la llorera había disminuido. Se respiraba en la choza excitación e impaciencia contenidas por realizar el plan tramado, que yo ignoraba. Luego, que la Providencia se apiadara de nosotros.

Cuando se apagaron los candiles de los vecinos más cercanos, mi padre entendió que era el momento adecuado para pasar inadvertidos. Encargó a José que aparejara el burro y lo cargara con la leña que había recogido, procurando el máximo sigilo, y me pidió que los guiara, hasta la caverna, por

el camino que había hecho con Gabriela. La luna llena, alta, tutelaba las estrellas.

Íbamos en fila. Detrás de mí, mi padre; tras él, mi abuelo, y el último, Anastasio. Los cuatro, a buen paso, tardamos unos minutos. En la entrada de la cueva quedó de guardia mi hermano, para darnos aviso de cualquier movimiento anormal.

Ya en el interior los tres, el abuelo encendió cuatro cabos de vela y los colocó en el suelo, cerca del cadáver, para iluminarlo bien. Los dos en cuclillas, examinaron el cuerpo y la tierra de alrededor, detenidamente, buscando huellas de sangre, pero no se halló nada. De repente, mi padre extrajo algo abultado del bolsillo de la chaqueta que, al pronto, no identifiqué. Sólo cuando empezó a manejar aquello me percaté de que eran las mandíbulas de lobo que colgaban de la pared, en la choza. Con los colmillos de la fiera, más que muerta, despojó de carne el ojo por donde había penetrado el pincho para desfigurar la incisión, y arrancó los párpados y lo que quedaba del globo ocular. A mí se me agolparon las náuseas, pero aguanté sin vomitar. Concluida la maniobra, simuló la herida que debería haber sido la causa de la muerte: mordió el cuello con las quijadas lobunas para cortar la yugular, de la que, por las horas transcurridas, ya no fluía sangre, y masticó con las fauces, a la altura de donde estarían los músculos maseteros, que son con los que el lobo imprime más fuerza, para acabar rasgando parte de las ropas y darle, con ello, verosimilitud al ataque del carnicero.

Mostrado así, parecería que mi progenitor perteneciera a la vil categoría de hombres carentes de escrúpulos, brutales e inhumanos. No cabría veredicto de mayor desatino. Era tosco, sí, mas estaba forzado a salir en defensa de su familia con los medios que poseía: ocultando las pruebas del delito, no obstante con esto se implicara. Él no tenía influencias, ni dinero para obtenerlas, sólo sus manos, que empleó a fondo aquel aciago viernes.

Conformes con el aspecto que presentaba el difunto, de víctima del feroz asalto de un lobo solitario que, espantado por algo, hubiera huido sin saciar el apetito, reclamaron a mi hermano. Entre los cuatro, sosteniéndolo cada uno por una extremidad, lo trasladamos a la orilla del río, haciendo de tripas corazón. La cabeza y el cuello quedaron bañados por el agua, lo que haría

suponer que el mismo río habría lavado la sangre, y camuflamos nuestras pisadas. Los animales que merodearan en la noche igual colaboraban y hacían el resto.

Reaparecimos en la aldea con tanto cuidado como pusimos al partir. Tengo la certidumbre de que no se notó nuestra ausencia ni fuimos sorprendidos en la sospechosa expedición. Mi madre había tapado el ventanillo de la choza y conservaba vivo el candil. Mi padre, cuando nos tuvo congregados en torno a él, se llevó el índice a los labios para imponer silencio y explicarnos su idea, fraguada de acuerdo con el abuelo.

—¡Qué desgracia...! —empezó a decir, pero mi madre le interrumpió.

—¡Eso es que nos han echado mal de ojo! —sentenció ella, limpiándose de lágrimas la cara con el delantal.

—Clementina puede quitarlo —intervino el abuelo.

—¡Callaos! —exigió mi padre, y añadió—: Dentro de lo malo... a ver si le damos arreglo a algo. Mañana encontrarán al muerto, pero está mordido como si lo hubiera matado un lobo. ¡Ojalá traguen! Nosotros —y echó un vistazo a todos—, ni una palabra. Aquí nadie sabe nada, ¿está claro? —Y sin dar lugar a respuesta, continuó—: Ángel, por si acaso, se tiene que ir... y para siempre —el sollozo de mi madre fue inevitable, como la angustia reflejada en los rostros de mis hermanos—, de forma que parezca llevar a alguna parte leña con el asno. Esto es cuanto podemos darle, el borrico, para venderlo o hacer con él lo que le convenga. Cuando la gente pregunte, diremos que se fugó, como el Eusebio.

—¡Yo me quiero ir con él! —declaró inesperadamente mi hermana, con la frase más larga que jamás le habíamos escuchado.

—Solo va más ligero, Gabriela —contestó mi padre, y puso su brazo sobre mi hombro—. Ángel, coge al animal y vete, pero antes llévate esto. —El abuelo me entregó, aparte de unas monedas, algo duro, metálico, dentro de una diminuta bolsa de tela—. Mételo en los calzoncillos y no lo enseñes a nadie. Es un talismán de plata, el único recuerdo de nuestra familia que te sujetará a la historia de antaño, ¡ése es el hilo! El abuelo y yo hemos pensado que lo guardes tú, que te has portado como un mozo valiente —y diciendo esto me estrechó contra su pecho—. No pierdas tiempo, aprovecha la noche, hijo, y...

no vuelvas nunca, ni nos mandes recado, si quieres ser libre.

Todos se me abrazaron, emocionados, mientras mi padre ponía una manta en la grupa del asno, hasta que el abuelo los empujó a la choza. Yo también lloraba, de dolor, de miedo y de soledad, pero mi partida era irremediable. Mi madre, asomada al ventanuco, entre lloriqueos y sin importarle más que la protección de su hijo, conjuraba el aojamiento:

Tres ojos te han hecho el mal,
tres te lo han de quitar:
Padre, Hijo, la Virgen santísima
de la Trinidad.
Cristalinos son,
cristalinos serán.

Cogí el cabestro y el burro me siguió mansamente. Mas, antes de salir de la alquería al camino, vislumbé una sombra, una silueta oscura y menuda que me acechaba y me hacía señas. Era Clementina. Sin hablar, me apremió a clavar una rodilla en tierra, plantó sus manos en mi frente y murmuró algo ininteligible de lo que sólo entendí las palabras finales: «Isa y María te protejan». Entonces experimenté una especie de leve aturdimiento, de enajenamiento nebuloso, demulcente. Al recuperarme, la enigmática vieja ya no estaba.

Emprendí la marcha acobardado; sin embargo, el temor, que no me permitía pensar, me eximía de la abrumadora congoja sufrida de haber podido hacerlo. Sabía que debía pasar desapercibido hasta donde no me conocieran, esto es, hasta más allá de Nuñomoral. Evitar preguntas era eliminar problemas. La suerte estuvo conmigo y, cuando atravesé el pueblo, cabeza del municipio, no me tropecé con un alma; si bien, calculo que serían las seis de la mañana.

A partir de ahí, por el camino vecinal, me acompañó el río Hurdano, a mi derecha, hasta hora y media después, en que entré en una población a cuya salida había una encrucijada. Allí mismo pregunté a un vecino, que me informó

de que me hallaba en Vegas de Coria y me indicó la ruta a Plasencia. Por primera vez sentí hambre en veinticuatro horas. Con algunas monedas despaché mi necesidad en una venta, a las afueras, y di de beber al jumento.

Ir al encuentro de Eusebio y del tío Eutimio era la única expectativa que tenía de arrimarme a unas manos amigas. Les diría que me había escapado de la aldea, sin desvelar la verdadera causa. Así pues, continué el viaje hacia mi meta: Plasencia. A media tarde, lejos ya de Caminomorisco, donde debía torcer a la izquierda, me senté en el borde de una fuente en Mohedas de Granadilla. Yo creo que el cansancio soterraba el miedo, porque la cara de la gente que me miraba no reflejaba más que la curiosidad que despierta un forastero. Sin embargo, el instinto me decía que debía moverme. No es bueno estar mucho tiempo quieto, podía llamar la atención de la guardia civil. Tiré del pobre asno, que echó a andar sin ningún entusiasmo. En una calleja vi una tienda abierta. Aquello era un pequeño paraíso de comida distribuida por las estanterías, con latas grandes, abiertas, de manteca; sacos de harina, café, legumbres, cestos de huevos apilados entre paja, y un peso, junto a un rimero de papeles de estraza, sobre el deslucido mostrador de madera que separaba a la tendera de los parroquianos. La oronda señora me vendió un par de bollos y dos trozos de chorizo de una larga ristra que pendía de un palo horizontal, por encima de su cabeza.

El esposo, requerido por ella para aconsejarme algún paraje donde pasar la noche en el campo, surgió de detrás de una cortina, que comunicaba con otra habitación. El hombre me preguntó hacia dónde me encaminaba, para determinar el lugar, y me remitió a lo que él llamó un «muro», como denominaban en Mohedas de Granadilla a los refugios de pastores, en dirección a Plasencia.

A una media hora, en la dehesa, en medio de encinas, divisé el redondo abrigo de piedra. Estaba construido con pizarra, techo de adobe y sin ventana alguna, supongo que por evitar corrientes de aire frío. Me alegré de que aún no hubiera anochecido, porque no lo habría encontrado. Até el burro a una rama y accedí al interior.

Hacía tiempo que no se le daba uso, pues el barro traído por las lluvias del invierno había penetrado y, seco, formaba una costra dura sobre la que no

habría sido posible dormir. Utilizando gruesas varas de encina rompí la capa de lodo y amontoné la grava; lo suficiente para extender la manta en terreno liso. Por cierto que, al limpiar, me topé con una navaja de cachas de hueso, corta, como de cuatro dedos plegada, de las que tienen un seguro para que no se cierren.

Froté la hoja contra la pizarra, hasta que raspé todo el óxido, y vacié el filo. Aunque las cachas habrían gozado de mejores días, los remaches las mantenían sujetas y los trocillos de hueso que les faltaban, muescas como bocados de ratón, no afectaban a la navaja. Me vino muy bien para cortar el pan y los chorizos. Una opípara cena como nunca había tenido.

Al animal, que ramoneaba por allí descargado de la leña, lo introduje en la choza, por darnos calor mutuamente, a pesar de ser noche de junio. Me envolví en la manta y traté de dormir. El sueño me venció, pero estuve muy inquieto. Las pesadillas y los ruidos que no me eran familiares me despertaron en más de una ocasión. Incluso salí a la puerta, cuando creí que algo o alguien merodeaba alrededor, pero eran falsas alarmas provocadas por mis temores.

Despuntó el domingo en un cielo claro, sin una nube. Desayuné las pocas sobras de la cena, cargué el borrico y me fui en busca de la carretera. Se notaba que era festivo, porque en todo el recorrido del viaje no me crucé con nadie. Vi algunos campesinos de vez en cuando, a lo lejos, echando comida o en otras labores con su ganado, que no entiende de fiestas ni de días de culto. Pero ni una persona en el camino. Buena señal para mí. Acaso montaba una efímera ola de buenaventura.

Plasencia era la aglomeración más grande que había asomado a mis retinas. La imagen de la abundancia, con edificios de un tamaño y una riqueza que, para alguien como yo, superaba lo espectacular. Me adentré en la ciudad, atravesando la muralla de la parte antigua. No tenía ningún destino previsto, mas el propio pasmo ante tal cantidad de calles, bares, comercios, me incitaba a seguir, admirando cada cosa que veía. Llegué, por fin, a la Plaza Mayor, inmensa y, a pesar de que eran las cuatro de la tarde de un domingo, repleta de gente. De súbito, aquella masa humana se movió en la misma dirección. Cuando observé mejor, comprendí que asistía a un entierro. Entre seis personas portaban a hombros el féretro, escoltados por un cura y dos

monaguillos, con los dolientes y el resto del personal detrás, en abigarrada procesión. Enfilaron una calle y decidí acompañarlos, cerrando la comitiva. Debía de ser extraordinario ver el fúnebre séquito con un burro a retaguardia.

Delante de mí iba un hombre con una boina. Me fui fijando en el porte, en la fisonomía de los lugareños, en sus ropas. Había algo que los diferenciaba de nosotros: eran de complexión más recia, más altos y con mejor atuendo. Otro mundo, semejante, pero otro. El efecto del dinero. El de la boina, calada con desenfado hacia atrás, estaba ya a mi lado.

—Tú no eres de aquí, ¿verdad? —me interpeló.

—No, señor. ¿Y usted? —pregunté a mi vez, para evitar una respuesta más concreta.

—Sí, aunque no conocía al muerto más que de vista. Era un rico, y a mí a los ricos me gusta seguirlos hasta la «piedra de los muertos». —Y agregó, jocosamente—: Luego me vuelvo, pero sé que ya queda uno menos.

—¿No los entierran? —dije, pensando que los abandonaban.

—¡Claro que sí! Pero, verás, es una costumbre. Ahora pasaremos el puente de Trujillo y tiraremos a la derecha. Allí hay un bar y una piedra donde dejan el ataúd, para descansar, antes de recorrer los últimos cien metros que quedan para el cementerio. Los familiares invitan en el bar a los conocidos. Como a mí no me van a convidar a nada, me voy a mi casa.

Continuamos juntos el interesante itinerario; yo, por comprobar la veracidad de lo que refería y porque el individuo no tenía trazas de ser preocupante, y él, para disfrutar de algo de charla. Para la vuelta, por el trayecto de ida, ya me había contado que trabajaba a las órdenes de una viuda que regentaba, con mano de hierro, la posada que había heredado del marido, y que me mostró al pasar, pues la entrada de La Cisterna estaba en la calle Trujillo. Él hacía de «hombre para todo»: se encargaba de las reparaciones que hubiera menester, encalaba cuando era necesario e incluso hacía los mandados que la dueña dispusiera, lo que le proporcionaba un discreto margen de libertad para zascandilear por el pueblo, de lo que inferí, dadas sus dotes a la hora de pegar la hebra, lo bien informado que estaría de los chismes y nuevas del lugar. Quizás era el sujeto cuyo temperamento se ajustaba a mi necesidad, capaz de conocer a los forasteros que se hubieran asentado en

Plasencia y, por ende, de localizar a Eusebio y al tío Eutimio.

—¿Adónde llevas la leña? Porque has venido a venderla, ¿no? —como buen fisgón, pugnaba por averiguar por puro pasatiempo.

Su pregunta ratificaba mi apreciación acerca del buen placentino, que ahora se quitaba la boina y la sacudía para sacarle el polvo, fingidamente más atento a su maniobra que a mi respuesta.

—Sí, pero no tengo comprador —y quise tentarle—: En cuanto la venda buscaré a mis paisanos, que sé que viven aquí aunque no dónde, a ver si me encuentran trabajo y me quedo en esta ciudad.

—¿Cómo se llaman esos paisanos tuyos y de dónde son? —inquirió rápidamente.

—Los dos son de Las Hurdes, como yo. Uno se llama Eusebio, el más joven, y el otro, Eutimio. ¿Los conoce?

—Pues no, no me suenan. Igual trabajan en Malpartida de Plasencia —se rascó la frente, pensativo, antes de continuar—: ¿Cuánto quieres por la carga?

—Lo razonable. Ni más, ni menos —declaré.

—¿Te parecería bien a cambio de cena y posada? La cena no es muy abundante, no te voy a engañar, pero los pobres no morimos de indigestión —dijo, guiñándome divertido.

—Y cuadra y forraje para el burro —estipulé, inquebrantable.

—¡Hecho! Y luego visitaremos al Anselmo, el sacristán de la iglesia de San Pedro —y a la par que me explicaba, me estrechaba la mano, sellando el negocio—. Si él no tiene razón de ellos, es que no están aquí. Vamos a la posada.

La Cisterna era un caserón grande, con bastantes habitaciones en la parte alta y algunas menos en la baja, donde estaban la cuadra y otras dependencias. Aligeramos al asno, le di agua en un cubo y lo amarré al pesebre, en el que vaciamos un saco entero de paja. Yo recogí la manta y la llevé al cuarto que me fue destinado, mientras el hombre avisaba a la patrona del acuerdo.

Cerré la desencajada puerta verde, eché la llave y me detuve a examinar la habitación. Pegada a la pared de la ventana, una cama metálica, con barrotes en pies y cabecero y bolas de latón dorado en las esquinas, pulidas por manos no muy seguras a juzgar por la cuantía de las abolladuras, ocupaba una

considerable parte del espacio. Me tumbé sobre ella, con la nuca en la almohada. Mi cuerpo no había catado tales blanduras ni, mucho menos, el delicioso cimbreo producido al moverme, ejercicio que repetí con más violencia cada vez, ignorando la batahola de los flejes. Tanta fue que, al poco, escuché los berridos de la señora, quien, desde el pasillo, me abroncó preguntándome si estaba loco y quería romper la cama y que, si así era, tendría que hacerme cargo de los daños.

La acerba reprimenda de la patrona me apeó del festejo y me concienció de mi brusco desabrigo. Entre extraños, aislado de cualquier afecto, sólo contaba conmigo mismo, que es absoluta carencia para un muchacho de catorce años, indefenso en un medio hostil, por desconocido y distinto. Hacía calor pero ¡qué frío sentí en el espinazo!

Para combatir aquel estado, que me arrastraría a la postración, opté por distraerme husmeando en el mobiliario del aposento; pero, aparte del armario, vacío, la mesita y una silla, el palanganero de madera constituía la pieza más original, dentro de que todo fuera novedoso para mí, por el espejo oscilatorio que, gracias a esa particularidad, se adaptaba al gusto de contemplarse de cada cual.

Enfrascado en monerías frente al lustroso óvalo, de improviso recordé el talismán que atesoraba en mi ropa interior. Los dedos tuvieron tiempo de notar la solidez metálica del amuleto, pero en eso llamó el recadero a la puerta y convinimos en irnos a buscar a su amigo Anselmo.

Cuando doblamos la esquina de la posada, Fulgencio, que era su nombre, —«como el patrón de la diócesis», dijo—, me tendió un paquete, un bocadillo liado en papel.

—Toma, vete comiendo el bocadillo —me ofreció, compasivo—, que habrás comido poco, o nada. Si no tienes hambre, guárdalo y tendrás el desayuno de mañana. Es lo que he podido burlar de la cocina —reveló.

Fulgencio me informaba como un experto guía de las vías que atravesábamos y de las casas señoriales, en las que moraban los notables, y que atestiguaban sus fachadas suntuosas. No obstante, fue enseguida, ante la catedral —en realidad dos, adosada la nueva a la vieja—, donde extasiado por la riqueza arquitectónica, el hombre hubo de avivarme, tirando de mí hasta

embocar la calle Encarnación, por la que seguimos hasta Morenas y finalmente la de San Pedro, en la que se hallaba la iglesia de igual nombre.

Cruzamos el templo y Fulgencio empujó la puerta, entornada, de la sacristía. El sacristán charlaba con un fraile, ambos sentados en sendas sillas de anea. Anselmo se levantó, sonriente, a nuestro encuentro.

—Hombre, Fulgencio, ¿qué se te ofrece? —exclamó, alargando la mano para saludarle, a la vez que aprovechaba para echarme una rápida ojeada.

—Buenas tardes —respondió, cumpliendo, con una ligera inclinación de pasada, al fraile—. Este mozo, que viene al pueblo buscando a unos paisanos suyos. A ver si tú tienes noticias de ellos.

—Haremos lo que podamos, con el permiso del padre Luis —manifestó, volviéndose parcialmente hacia el franciscano, quien dio su venia con un gesto, al tiempo que se incorporaba del asiento y se unía al grupo.

—El padre Luis Zaragüeta —dijo Anselmo, al sospechar que debía presentarlo—, ha viajado desde Toledo, por orden del archivero de su comunidad, a recoger unos libros viejos, desaprovechados y arrumbados en la parroquia, para la biblioteca del monasterio al que él pertenece, San Juan de los Reyes.

El monje, de apariencia severa y enérgica, alto para los míos, enjuto y un poco cargado de espaldas, nos miraba a través de sus gafas de cristales marrones con la fijeza de una rapaz. Sin embargo, por algún detalle indefinible, comunicaba confianza.

—Bien —prosiguió el sacristán—, y tú, mozo, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Ángel Castaño Crespo, señor, y soy de Las Hurdes.

—¿Y los que buscas? —inquirió Anselmo.

—El mayor se llama Eutimio, y el otro, de poca más edad que yo, Eusebio. Los dos de Las Hurdes —contesté.

—¿Cuánto hace que vinieron? —volvió a preguntar, pero esta vez arrugó el entrecejo, reflexivo.

—Hará dos años, señor sacristán —repuse.

—Pues si son los que creo, no los vas a encontrar aquí. Estuvieron con un carpintero hasta que éste cerró, hará seis meses, por enfermedad. Pero les consiguió trabajo como albañiles, por medio de un cuñado suyo de Barcelona

y... ¡allá se fueron! Así que, ¡nada que hacer, muchacho!

—¿Barcelona está muy lejos? —quise saber, dispuesto a ir tras ellos.

Al fraile le asomaron las cejas por encima de la montura de las gafas, impresionado por mi desconocimiento.

—Pues con un burro cargado de leña, como has llegado a Plasencia, calculo que tardarías un par de meses —pronosticó Fulgencio, socarrón. Mas al padre Zaragüeta, por su rostro repentinamente más serio, no le gustó la respuesta.

—Bien —intervino Anselmo—, pues acabado el asunto, mejor nos tomamos unos vinos, ¿les parece?

—Vayan ustedes —dijo el monje—. Prefiero esperarles en la sacristía. Ángel, quédate conmigo que vamos a hablar —me ordenó, mientras se dirigía de nuevo a la silla y me señalaba la otra, para que me sentara.

Tímidamente me acomodé en el asiento, pero en mi mente presidía el temor. ¿Qué podía hacer ahora, sin nadie a quien pedir ayuda? Me imaginaba mendigando por las calles, desahuciado de calor humano.

El fraile me observaba interesado, con sus ojos de halcón atravesándome.

—Estás solo, ¿eh? —Era una afirmación más que una pregunta—. Así que has venido desde Las Hurdes para... ¿qué? Explícamelo sin miedo.

Yo también lo miraba ahora a él. En nada se asemejaba al cura de Nuñomoral. Su hábito marrón de basta lana, con capucha, ceñido en la cintura por una cuerda corriente, no pregonaba ostentación ni riqueza, precisamente, sino humildad y privación. Quizás ese punto en común conmigo, la pobreza, fue lo que hizo que me fiara de él. No del todo, claro.

—Verá, señor...

—Llámame padre —me interrumpió.

—Pensaba, padre, que mis paisanos podrían arreglárselas para conseguirme un trabajo en cualquier cosa, con tal de tener para comer y dormir.

—¿Te has escapado de tu casa? —me preguntó abiertamente.

—Escapo del hambre, padre —y le mantuve la mirada.

Hizo una pausa, en tanto me escudriñaba a sus anchas.

—Bien, dime otra cosa, ¿has robado ese asno del que habla el que te

acompañaba?

—No, padre, me lo dio mi familia para que me buscara la vida.

—¿Has ido a la escuela o de alguna manera has aprendido a leer y escribir? —me siguió interrogando.

—En mi pueblo no hay escuela, padre —le respondí—. No sé leer ni escribir.

—Entonces, ya que desconoces el paradero de tus amigos, te volverás a tu pueblo, ¿no? —dijo, convencido de que así sería.

—No, me quedaré hasta que encuentre de qué comer. No pienso volver.

—Esto es absurdo, no me cuadra que, a tu edad, no desees regresar con tu familia inmediatamente. Demasiado decidido estás. ¿Hay algo que no me quieras contar? —Y clavó aún más su mirada, dispuesto a que un gesto mío confirmara sus sospechas.

—Padre, si no quiero contarle algo... no se lo contaré —alegué con resolución.

Su expresión se endureció, mas al instante las comisuras de su boca se plegaron hacia abajo, en un rictus extraño que obligó a los labios a separarse y mostrar la dentadura. Era una sonrisa.

—Llevas razón, ¡coño! —soltó sin vacilar. Y se retrepó en la silla, dando por concluido el interrogatorio.

No es que ofendiera mis oídos, pero me chocó que un religioso incluyera palabrotas en su vocabulario. Francamente, esa espontaneidad suya conquistó mi simpatía y una porción más de confianza. No podía adivinar cuánto terminaría debiéndole, ni que aquel frailuco irascible —como comprobaría pronto—, de cara alargada y nariz aguileña, enérgico y ordenado, excepto en sus cabellos, peinados con descuido, sería como un segundo padre para mí.

—No haber ido a la escuela —quiso aclararme—, te convierte en un ignorante, un analfabeto —pronunció estas palabras sin pasión alguna, para que las comprendiera; no era su intención ofenderme—. Los trabajos que se les destinan a éstos son y serán siempre los más duros; pero hay quienes, pudiendo, eligen conformarse con esa situación. Sé tan sincero como antes y responde: si tuvieras la oportunidad, ¿te gustaría poner remedio a eso o prefieres mantenerte como estás? Piénsalo.

—Nada tengo que pensar —aseveré—. En este pueblo he visto casas de gente rica. Seguro que éstos no pasan hambre. Debe de ser una buena vida. La otra, la mía, ya la conozco. Cualquiera querría cambiar pero, si fuera a la escuela, ¿quién ganaría dinero por mí?, ¿de qué comería?

El padre Zaragüeta, cruzadas las piernas y con el codo apoyado en ellas, descansó la barbilla sobre la palma de la mano. Se diría que pesaba los pros y los contras de lo que hubiera concebido en su interior.

—Eres un chico inteligente —continuó el agudo monje—. Voy a intentar darte esa oportunidad, aunque hayas omitido parte de las verdaderas razones por las que estás hoy frente a mí; pero, a tus años, se puede rectificar la trayectoria con una pizca de disciplina y otra de amparo. A un monasterio nunca le viene mal un muchacho que haga los recados o que se ocupe de trabajos menores. En el caso de que estés conforme, nosotros nos encargaremos de ti, y yo, personalmente, te enseñaré a leer y escribir.

»Tengo que advertirte que no tengo la última palabra. Si quien dirige la comunidad, el padre guardián, no te admite, tendrás que marcharte. Es un riesgo pero ¿qué tienes que perder? En Plasencia tienes menos posibilidades que en Toledo. Dale vueltas a lo que te digo, madúralo durante la noche. Mañana, si a la salida del sol estás en la puerta de esta iglesia, partiremos juntos. Si no, ¡que tengas suerte, Ángel!

La expulsión

Siglo XVII

Capítulo III

Gerónimo Castaño paseó la vista en derredor, valorando las circunstancias. Las mandíbulas, fuertes, ahora apretadas con rabia, le hacían el rostro más cuadrado. El agua goteaba por su cara, oscurecida por la barba de más de cuatro días. La lluvia, incesante, había calado a hombres, bultos y animales. Sólo las mujeres y los niños, repartidos en los dos carros, se libraban a duras penas del aguacero, pero no de la humedad. El barro dificultaba el avance, por más que se esforzaran las parejas de mulas que, en línea, iban enganchadas a las carretas, cuyos toldos encerados brillaban a la luz como láminas de cristal.

La salida de Talavera de la Reina, cinco días antes, había sido gradual desde que, al amanecer, se abriera la Puerta de Quartos. Las cinco familias pasaron bajo el arco —acarpanelado, construido y engalanado con el escudo de armas, por encima de la clave, del arzobispo Bartolomé de Carranza para festejar su visita en 1558— separadas entre sí y mezcladas con el gentío, eludiendo ser reconocidas como un grupo a fin de evitar la suspicacia de los guardias. Bastante tendrían con la Santa Hermandad en los caminos, que les importunaría a base de vanos interrogatorios, inútiles pero peligrosos, pues si eran tomados por asaltantes serían, con fortuna, vilmente azotados. De mala estrella, les conducirían a la ermita de Peralvillo, allá por la pedanía de Miguelturra, donde la horca esperaba ceñirles el cuello. Y es que los hermandinos, más atareados en supervisar y cobrar los derechos de «asadura» que engordaban sus finanzas, habían descuidado otras obligaciones que

interesaban a la seguridad del pueblo, por lo que éste hizo circular el famoso dicho: «A buenas horas, mangas verdes», en alusión al color de sus jubones y al tardío socorro con que era asistido, y ahora reaccionaban con desproporcionada rigurosidad.

El riesgo estaba anunciado, mas convenía arrostrarlo si se tenían en cuenta los sufrimientos de los moriscos expulsados de Valencia; penalidades de las que Nicolás Cerezo, amigo y vecino del suegro de Gerónimo, Francisco Oliva, tuvo referencias por los mercaderes de lanas, cristianos viejos, en el taller de tejedores en el que ejercía de oficial encargado, por mucho que Felipe III quisiera silenciarlas para evitar rebeliones en todo el territorio de su soberanía. Aquello auguraba una expulsión escalonada, si no se era ciego de entendederas. No cabía otra deducción, y en ella coincidieron Francisco, Nicolás y Antonio Crespo, los tres viejos amigos, reunidos discretamente en la casa del segundo, por ser más grande, de más tumulto y contigua a la del primero, en el callejón de las Ánimas.

—Estamos como hace cuarenta años, en 1570 —dijo Francisco, el primero en intervenir tras las calamitosas declaraciones de Nicolás—, cuando nuestros padres fueron arrojados del reino de Granada. Yo tenía quince años.

—Aún no, pero lo estaremos si no nos anticipamos —respondió Antonio—. Yo tenía catorce y me acuerdo perfectamente del suplicio por el que pasamos.

—¿Qué pretendes decir con anticiparnos? —preguntó Nicolás.

—Que no estoy dispuesto a revivir ese infierno, ni tengo edad para soportarlo. Puedo andar lo que sea necesario, pero sin humillaciones —alegó, impávido, el corpulento Antonio—. Sabemos lo que vendrá después de Valencia, ¿no? Entonces, adelantémonos y vayamos en la dirección que, libremente,elijamos. De todos modos, parece que estemos condenados a no echar raíces en ningún sitio.

—Pero tenemos prohibido salir de estas tierras. Ni siquiera se nos permite ser arrieros, por expresa orden del rey —argumentó Francisco, con sensatez—. Seríamos apresados por la Santa Hermandad.

—Tenéis razón los dos —expuso el tejedor—. Hay que marcharse. A los valencianos los han embarcado para enviarlos al otro lado del mar, y con

nosotros harán lo mismo. Esta vez no se contentan con trasladarnos de un reino a otro, nos quieren fuera de todos. Sin embargo —y arrugó las facciones, cariacontecido—, no echemos en saco roto lo que dice Francisco, los cuadrilleros son un obstáculo, un tropiezo muy considerable que puede dar con nuestros huesos, y los de nuestros hijos, en galeras.

—O si no —recalcó Antonio—, bajo tierra en Berbería, con las mujeres e hijas mancilladas y vendidas como esclavas en Argel, si sobreviven. ¿No son éstos los rumores que te cuentan, Nicolás? ¿Acaso no nos toman aquí por musulmanes simuladores, y con excepciones, aciertan, y allí por conversos cristianos? Somos enemigos de unos y otros. Sólo se nos ofrecen estos dos horizontes. Pues bien, yo digo que busquemos un tercero, el propio. Si hemos de sufrir, e incluso morir, que sea persiguiendo la libertad y, como decía mi padre, ¡que Allah nos guíe! —terminó, descargando un sonoro manotazo en el muslo, con resolución.

Francisco Oliva se levantó y anduvo ensimismado por la estancia, con los pulgares introducidos entre el gastado cinto de cuero, que oprimía la voluminosa barriga, y el grisáceo sayo de lana, como acostumbraba cuando un asunto requería una especial atención, en tanto sus inseparables compañeros le seguían con la mirada.

—Ciertos son tus argumentos, Antonio —opinó, sin abandonar el paseo—. Estamos sentenciados al exilio en las peores condiciones. Puestos a correr riesgos, que sea el elegido por nuestra parte y no como si fuéramos un rebaño de borregos que mandaran al matadero. Estoy de acuerdo —afirmó, sentándose en el escabel—. Pero debemos pensar la manera de reducir el peligro, esquivando a la Santa Hermandad cuanto podamos.

Nicolás asentía con la cabeza, enredando distraídamente con las fibras de esparto que sobresalían de la alpargata, cuyo pie descansaba sobre la otra rodilla.

—Sólo los Cerezo —enumeró, mientras extendía los dedos de la mano, previamente cerrada, uno a uno, como si contara—, con los nietos, mis dos hijos y sus mujeres, Francisca y yo, somos once. Los Oliva y vosotros, Antonio, los Crespo, otro tanto. Más de veinte personas son una buena tropa. Con los carros y animales necesarios, nos convertiremos en una caravana que

se avistará a distancia.

—Luego —razonó Francisco—, habremos de permanecer en los caminos el menor tiempo posible.

—¡Sí! Y eso reduce el viaje a una única dirección —advirtió Nicolás—. Ir al sur está descontado, ya nos desterraron de allí. Cometeríamos una locura, por provocación. Cruzar Castilla, o la Mancha, es caer en las garras de los del jubón verde tantas veces como lográramos escapar. Y para dirigirnos al norte tendríamos que franquear una sierra inaccesible, con carros y niños. Propongo la solución más fácil: que sigamos el Tajo hasta el reino de Portugal.

Antonio fue a pronunciarse con respecto al rumbo fijado, aunque ya se leía su completa aprobación en el ademán, mas Francisco le interrumpió.

—Si es lo que determinamos, y me temo que no hay más componendas, queda organizarnos. Es urgente deshacernos de los pobres bienes que poseamos, para obtener dinero con que adquirir animales de tiro, carros, víveres, mantas o aquello que precisemos. No tendremos, por buena o mala ventura, ese problema con las casas, que son en arriendo. Los que compraron sus hogares, como los Villena, los Alcázar, los Carmona... y tantos otros —y llegado aquí le mudó la voz, entristecida—, verterán lágrimas de hiel, al malvenderlas, viendo, impotentes, cómo se aprovechan de ello los cristianos viejos, incumplidores de sus sagrados principios de caridad y de justicia. Se repetirán los hechos de Granada —concluyó, e hizo un alto en el discurso, como para ahuyentar melancolías, y prosiguió con una propuesta—: Nos iremos con antelación a que esto suceda. Sin embargo, antes de partir, quiero que estipulemos un pacto: el plan y todo lo que atañe al destino de nuestras familias se someterá al consejo de nosotros tres; pero, de la ejecución de ello, se responsabilizará una sola persona: mi yerno Gerónimo, a quien juzgo más capacitado y a quien obedecerán todos en la forma y manera que él estime procedente para llevarlo a cabo. ¿Convenimos en esto?

Ambos camaradas accedieron, sin reservas, a los prudentes deseos de Francisco. En tales empresas se hace imprescindible un líder vigoroso y eficiente que, gobernado por la experiencia y la serenidad de los mayores, tome las riendas de la acción.

—La decisión está tomada —concretó Nicolás—, ahora debemos

comunicarla a nuestros hijos sin más dilación.

—Me pregunto —consideró Antonio— con qué vara de medir actuarán, porque algunos se salvarán, ¿no? Especialmente aquellos que fueron apadrinados por los nobles, de quienes, en caso contrario, quedaría su honor en entredicho. Acordaos del caso de aquel turco que, con ochenta y cuatro años, en 1594, se hizo bautizar aquí, en Talavera, y cuyos padrinos fueron don Cosme de Meneses y su esposa, doña María de Estrada. Ya hace años que murió pero, de no ser así, ¿sería expulsado?

Nicolás lo miró con media sonrisa irónica.

—Depende de las muestras de reconocimiento que hubiera tenido para con sus señores. El poder hace siempre lo que se le antoja, Antonio. Los nobles y los clérigos escogerán a sus fieles. Y serán ellos quienes decidan la sinceridad del acatamiento de la fe de los moriscos, si el número es mínimo y acorde con los deseos del rey. Estos que queden, vivirán abocados al servilismo, obligados al agradecimiento eterno con sus amos. ¿Puede salir más barato el precio de un hombre?

—Hagamos la tarde provechosa —les exhortó Francisco, hastiado de improductivas lamentaciones—, no estamos sobrados de tiempo. Pongámonos manos a la obra. Como dijo Nicolás, lo primero es informar a los hijos y, a continuación, mañana mismo, vender lo que no sea de absoluta utilidad. Entre todos, es preciso que nos hagamos con dos buenas carretas, donde se acomoden las mujeres, los niños y las vituallas indispensables. Serán pesadas, requerirán dos mulos cada una.

—Mi hijo Gonzalo tiene una mula, y el otro, Cecilio, un burro —apuntó Nicolás.

—El mío, Pedro, sólo dispone de un burro, y bastante viejo —especificó Antonio.

—Es forzoso, entonces, comprar cuatro mulos —aconsejó Francisco—. Los demás animales transportarán, en fardos, lo restante. Pero —y volvió a sus paseos por la pieza, con la sempiterna postura de los pulgares en el cinto—, estoy pensando que los carros podrían poner sobre aviso a la gente de que algo tramamos, habría que esconderlos.

—En casa de mi Gonzalo, en el callejón del Matadero, cabría uno en la

cuadra —expuso Nicolás.

—El otro puede guardarse en la nuestra —ofreció Antonio—. Además, la calle del Tinte está cerca, pero no lo suficiente como para que relacionen ambos carros en una misma causa.

—Faltan diez días para que finalice el año —señaló Nicolás, con las manos apoyadas en los hombros de sus amigos, plantados en pie los tres—. El último, nos congregaremos de nuevo aquí, si os parece, para hacer recuento de lo conseguido y fijar la fecha de la partida.

Y así fue, pero con lo que no contaban era con la Cédula Real por la que Felipe III permitía, durante treinta días, la libre salida de los moriscos de todos los reinos, por no oponerse, según decía, a la voluntad de éstos:

... Y agora viendo, que los de dicha nacion que habitan en los Reynos de Castilla Vieja y Nueva, Estremadura y Mancha, se han inquietado, y dado ocasion de pensar: que tienen gana de yrse á viuir fuera destos dichos Reynos, pues han començado a disponer de sus haziendas, vendiéndolas por mucho menos de lo que valen; y no siendo mi intencion que ninguno viua en ellos contra su voluntad: por tanto permito y doy licencia, en virtud de la presente, á todos los que se quisieren yr, adonde bien visto les fuere, dentro de treynta dias, que corran desde la publicación della; y tengo por bien que puedan durante el dicho tiempo, disponer de sus bienes muebles, y semouientes, y no de los raíces, y llevarlos, etc. De Madrid á 28 de Deziembre de 1609.

Esta favorable coyuntura, a pesar de la velada amenaza acerca de lo que ocurriría transcurridos los treinta días, les facultaba para viajar sin ser hostigados por la Santa Hermandad —al menos, teóricamente—, por lo que se dieron buena presteza en consumir los preparativos, si bien el grupo había aumentado en una familia más, cinco en total, pues Cecilio, el mayor de los hijos de Nicolás, en cuanto fue enterado del proyecto y recabado el permiso de los ancianos, corrió al Postigo de San Ginés a avisar a su amigo Luis Molina, para que se sumara al incierto éxodo, quien, el lunes once de enero de

1610, con la mujer, los tres pequeños, y sus dos cabras, junto a las otras cuatro familias, franqueó la Puerta de Quartos, como estaba previsto.

El panorama que presenciaba no era muy halagüeño. No carecían de víveres, pero iban muy ajustados. La lluvia no había cesado, y esto les había impedido cazar liebres o alguna otra presa con la que aumentar la despensa; el segundo carro estaba atascado en el lodo; de los hermanos Cerezo, el mayor, Cecilio, se había lastimado un brazo y lo llevaba en cabestrillo, y Gonzalito, el pequeño del otro hermano, Gonzalo, ardía en calenturas, tres días ya, a pesar de los cuidados de Francisca Torres, su abuela, que le suministraba cocciones de borraja con una tenacidad a toda prueba. Merced a ello habían desaparecido las convulsiones, pero conmovía verlo amodorrado, delgaducho, con los cabellos pegados por el sudor, y respirando fatigosamente por la naricilla que, de tan respingona, devenía en insolente. Aunque lo peor era encontrar cerrados aquellos ojos, castaños, comunes, pero muy vivaces, con la pimienta de la travesura en la mirada. Cuantiosa experiencia de sus diabluras tenían las dos cabras atadas a la trasera del primer carro, que, al presentirle, se apresuraban a resguardarse debajo de aquél, escarmentadas y balando. Un ciclón de cinco años, aletargado por la fiebre.

Gerónimo se miró las pantorrillas. Envueltas en pañetes de basta lana hasta las alpargatas, ya no se reconocía nada de ellos, por la capa de fango que los cubría, en paridad con todos los demás hombres que, como él, marchaban en torno a las carretas o conducían las bestias que cargaban los bultos. Le dolían los pies, fríos, maltratados y por entero empapados, pero había que activarse y remover los ánimos. Tensó los poderosos músculos pectorales, colmó de aire los pulmones y vociferó sus órdenes bajo el turbión de la tormenta:

—¡Francisco —gritó a su hijo de quince años—, coge una soga y enganchad la mula suelta a las del carro! ¡Vamos, moveos! Tú, Cecilio, agárrala por la jáquima con el otro brazo y tira de ella. Los demás, conmigo, a empujarlo cuando yo avise.

Cuando la tercera mula ya estaba ensogada, y los hombres distribuidos por

los laterales y la trasera de la carreta, Gerónimo rugió de nuevo y sonó el restallido del látigo de Antonio desde el pescante. Con los cascos hundidos en el barro y las patas haciendo palanca contra el suelo, los nervios de las acémilas se tensaron a la vez. El esfuerzo se percibía en las cabezas de los animales, que agachaban, replegadas, como para mirarse el pecho, y en los hinchados cuellos de los hombres, rojos y relucientes por el agua, con las venas a punto de reventar.

En medio de gritos, juramentos y de los quejidos guturales que emitían a una las gargantas, por el ímpetu que otorgaban al envite, emergió el crujido anunciador del movimiento de la carreta, seguido del rechinar de la rueda contra las piedras y, al fin, se puso en marcha el carromato con un violento traqueteo que vació los charcos y embarró a los hombres de pies a cabeza.

Pedro Crespo y Luis Molina inspeccionaron ruedas y ejes, por si se habían resentido con las sacudidas, mientras Gerónimo percutía los adrales buscando anomalías.

Fuera por el palmoteo o por la barahúnda anterior, del toldo de la trasera asomó una carita maltrecha, mas sonriente y con la resulta de buena nueva de un arco iris, pues la tempestad comenzó a remitir. Era Gonzalito, repuesto de las fiebres, para alegría general y disgusto de las cabras. Pero el galope que escucharon aproximarse a sus espaldas les hizo estar atentos y atajar la algazara que iniciaban.

—Es un cuadrillero de la Santa Hermandad —avisó Gonzalo Cerezo, con buena vista.

—Si cabalga solo, será un correo. No hay que inquietarse —manifestó Francisco Oliva—. Además, ya nos registraron en El Puente del Arzobispo y en Berrocalejo y se contentaron con eso. La Cédula Real permite que viajemos en libertad, con la condición de salir de sus reinos —abundó, para tranquilizarles.

Sin embargo, el cuadrillero se paró ante ellos.

—Moriscos —les espetó, sin preámbulos—, me manda el alguacil de la cuadrilla de Berrocalejo. Hemos tenido un descuido con vosotros y me envía a repararlo. Os dimos paso franco, pero no habéis satisfecho la contribución de asadura.

—No tenemos rebaños. ¿A qué ganado os referís, señor? —preguntó Nicolás, con toda la cortesía que fue capaz, no sin rabia.

—A esas dos cabras, que no declarasteis, y a los animales de tiro y carga —dijo, señalando a las mulas.

Antes de que se elevaran las previsibles protestas, Gerónimo dio un paso al frente y apartó a Nicolás, asignándose, de esta guisa, la tarea de exclusivo interlocutor de la pequeña caravana; y, con inesperada solicitud, tan sospechosa que los miembros del grupo comprendieron, en el acto, que no debían intervenir, inquirió:

—Y ¿cuánto ha pensado vuesa merced que le pagemos? De dineros estamos escasos —declaró, con humildad—, como puede imaginar en bolsa de braceros y menestrales; y de bienes, ya veis que, de tan reducidos, caben en los dos carros, que tenemos más caudal de bocas que de pertenencias.

—Nuestro cabildo prefiere recaudar en especie —aseveró, respaldado por la única verdad de todo lo que refería—. En los años que corren, los dineros pierden su valor con demasiada presteza. Me bastará —y se corrigió de inmediato—, bastará con aquella cabra —dijo, eligiendo la más robusta.

—¡Será como ordenáis! —exclamó Gerónimo sin regateo ni discusión, ante el asombro de las familias, que todavía habrían de escandalizarse—. Siempre fieles vasallos de nuestro rey, hemos acatado sus leyes con fervor y obediencia ejemplares y, como muestra de buena voluntad y de lo cierto de cuanto digo, os haremos entrega de las dos. Mas, quiero imponer una condición: que me hagáis la honra de aceptar un vaso de vino en mi compañía —y dicho esto, pidió dos cubiletes y una cantimplora con el poco vino que les quedaba.

El jinete se amoscó por la descabellada largueza del morisco, que lo movió a temer algún truco, pero a la vista de las dos cabras, allí preparadas para él, la avaricia enajenó su corta inteligencia y pensó que acaso eran más tontos de lo previsto.

—¡Adelantaos! —decía Gerónimo con entusiasmo—, que ya os alcanzaré yo después de brindar con nuestro honesto y esforzado cuadrillero. —Y dirigiéndose a él, en tanto extendía un calandrajo sobre una ancha piedra, para sentarse protegidos de humedades, le rogó—: Sírvase descabalgár vuesa

merced, que en tierra estaremos mejor acomodados y me será más grata la cercanía.

Los carros reanudaron su viaje. El hermandino bajó de su montura y asentó las posaderas en el adoquín, aparejado por quien se reputaba jefe del pobre grupo de desheredados. Éste llenó de vino ambos vasos y le ofreció uno, pero no hizo amago de brindar. Incluso de su rostro, ahora contraído, se había desvanecido toda huella festiva.

—¡A fe mía que las leyes mudan de un día para otro en estos reinos! — proclamó irónico—. Ayer mismo, el derecho de asadura se cobraba por el ganado trashumante, nunca por caballerías ni por dos cabras sueltas. ¿Qué explicación tienes a ese cambio... Francisco Brabo? —interrogó al cuadrillero, a quien llamó por su nombre, apeándole el obsequioso tratamiento conferido minutos antes.

Los ojos pequeños y esquivos se detuvieron, incrédulos, en los de Gerónimo. Se atusó las guías del grasiento bigote y se ordenó la ratonil pelambre, tal vez para rehacerse de la zozobra que le originaba la reciente actitud del personaje que, en solitario, le convidaba.

—Las cosas son así —objetó, a pesar de la desazón— pero ¿cómo sabes mi nombre, morisco?

—Un cuadrillero que viene solo, a robarnos con malas artes una cabra, no podía ser otro que tú. Tu podrida fama te precede, ¡mentecato del demonio!

Francisco Brabo oyó las expresiones despectivas a la par que observaba, demudado, cómo la sangre, entremezclada con el vino, chorreaba por la muñeca de Gerónimo, sin importarle a éste, tras haber aplastado con la mano el cubilete de barro. Aquello iba en serio.

—Las denuncias que te culpan se acumulan en el cabildo y —continuó el morisco— tengo entendido que los alcaldes don Gabriel de Guzmán y, con más interés, si cabe, don Agustín Ruiz de Fuentencalada, te meterán entre rejas antes del verano. Si no me anticipo yo y te arranco las tripas, para dárselas a los perros.

—¿Te atreves a enfrentarte...? —consiguió articular, pero no terminó la frase.

—Me atrevo a degollarte —confesó Gerónimo, con glacial indiferencia, y

tiró del cachicuerno que portaba en el cinturón, a la espalda, mientras se incorporaba—. Nadie sabe dónde estás, porque te habrás ocupado de que no te vean perseguir a unas familias para raposearles... ¡una cabra! Luego, si acabo con tu vida y me quedo tu caballo, que bien nos viene, ¿quién se enterará?

El miserable presentía su final. Tenía la cara desencajada. El adversario era más corpulento que él y se le adivinaba diestro con el cuchillo. Tragó saliva. Más valía claudicar.

—Te lo doy, pero consiente que me vaya en paz. No os volveré a molestar —prometió acobardado.

—El jamelgo puedo tomarlo cuando quiera —declaró el responsable de la caravana jugando, indolente, con las crines del animal, como si las examinara—. Veo que no eres tan bravo como pretende tu apellido. Sin embargo, has ido demasiado lejos, uno de los dos debe morir —anunció solemne.

A Brabo le temblaban las piernas, sólo tuvo que dejarse caer para hundir sus rodillas en el barrizal.

—¡Te ruego que me perdones! No ganarás nada con matarme —aseguraba en sollozos.

—Ganaría la seguridad de tu silencio. Pero, escúchame bien: tengo amigos, los mismos que me informaron sobre ti. Permitiré que te marches; mas, si nos procuras algún perjuicio, ellos se encargarán de matarte, de no ser posible hacerlo con mis propias manos. No lo olvides, pórtate como un hombre o te juro que perecerás como una sabandija. Coge tu caballo y, antes de que me arrepienta, ¡vete en mala hora!

No necesitó oír ni una palabra más. Saltó a la silla, ansioso por distanciarse de la muerte, a quien creyó haberle contemplado la faz a un palmo.

Las ramas desaguaban copiosas gotas todavía, pero el sol estaba radiante, como la cara de Gerónimo cuando, con las dos cabras, alcanzó a las carretas.

—¿Lo convenciste? —se interesó admirado Luis Molina, el dueño de los animales.

—Sí, pulsé la fibra que más congoja entrañaba para él. Con ello bastó, pero le guardaba otra alternativa —reconoció Gerónimo, enigmático.

Al final de esa jornada, la cuarta del duro viaje, debilitados y exhaustos, pudieron calentar ropas y cuerpos en la hoguera que, con las dificultades naturales de la leña húmeda, lograron prender, acampados cuando, por lejanía, ya no se distinguían las torres almenadas del cuerpo central del castillo que mandó construir el duque de Alba, a mediados del último tercio del siglo XV, en el pueblo de Granada, denominado Granadilla con posterioridad.

Al calor de la fogata, la severidad de la vida parecía atenuarse, más clemente. En particular, tras haber rellenado los estómagos con un poco de carne fresca, fruto de la incursión practicada por Gonzalo Cerezo y Luis Molina entre los matorrales de los sotos que les rodeaban, y de la que obtuvieron un par de hermosas liebres. Reducida cena para veintiocho personas, pero con pan duro y alguna verdura en la cazuela, si no se mataba, se entretenía la hambruna.

Francisco Oliva, enterado por boca de su yerno de lo acaecido con el deshonesto miembro de la Santa Hermandad, se temía las represalias de éste. Sentado junto al fuego en compañía de Antonio Crespo, Nicolás Cerezo y de Gerónimo, se preguntaba en voz alta:

—¿No vendrá a buscarnos con sus compinches, para tomarse la revancha?

Su yerno se apresuró a responder:

—Él actúa solo, sin testigos de la Hermandad. Se atreve por lo que intimida el uniforme, pero pierde el coraje en cuanto se le encara.

—Puede inculparnos con algún artificio para su desquite, por el escarmiento recibido —planteó Antonio.

—¿Con qué ardid? Tiene sobradas acusaciones en su contra como para arriesgarse —arguyó Gerónimo—. Además, ¿estarían dispuestos a seguirnos fuera de sus reinos?

Las mujeres, apartadas de la conversación, se repartían las tareas: unas fregaban y recogían en los carros las escudillas, cacerolas y demás bártulos empleados en la cena, con el consiguiente cacharreo de tiestos y latones, mientras otras, con ayuda de la hija del cabecilla de la caravana, Teresa Castaño, una mocita de doce años, vigilaban a los niños para que no se escabulleran del contorno o cayeran a las brasas, como había peligrado ya, por dos veces, la doble coronilla de pillastre de Gonzalito, emperrado en

saltarse las ardientes ascuas. La única excepción era Francisca Torres, madre de Cecilio, que comprobaba la mejoría del brazo y le aplicaba un nuevo emplasto, bajo el cabestrillo, para rebajar la hinchazón.

El bracero, que se había accidentado a los dos días de camino, miraba complacido el trapajoso vendaje, ajeno a la proximidad del temible chicuelo, alejado del fuego a empellones; hasta que éste, en sus constantes brincos, tropezó y fue a dar con la mollera en el codo de la extremidad dolorida. Las maldiciones y reniegos de Cecilio, que juraba que, de no ser su sobrino, arrojaría gustoso a las llamas al endemoniado niño, se cruzaron con el desesperado llanto del zagal, que corrió a refugiarse entre las piernas del abuelo Nicolás, afirmando que era su tío quien le había golpeado a él.

La llantina abrió dos limpios surcos en el sucio rostro del arrapiezo, que se frotaba la cabeza con empeño. Pero mientras Francisca volvía a colocar la cataplasma y calmaba a Cecilio, que seguía protestando airado, Gonzalito ya se desinteresaba del percance y acometía otro asunto.

—Abuelo —dijo, chispeantes los ojos por las recientes lágrimas—, ¿por qué una de las mulas tiene una mancha blanca en la frente?

—¡Cómo! ¿No lo sabes? Esas manchas son luceros perdidos. Se extravían por niños como tú.

—¿Por qué? —preguntó, con el candor asomado al semblante.

—Escucha, porque lo que voy a contarte lo sabe muy poca gente: Dios crea las estrellas para rechazar a los demonios y alumbrar a los hombres en la noche. Cada una, cuando es creada, ocupa un lugar en el firmamento, pero ha de recorrer su camino sin equivocarse. ¿Ves aquellas que centellean? Viajan hasta el punto que Dios les ha preparado. Pero, como acaban de nacer, todo es nuevo para ellas, y si ven correr o saltar a una criatura tan traviesa como tú, olvidan su destino cautivadas y se pierden. Entonces, el Misericordioso, puesto que desean conocer las cosas de la Tierra, las coloca para siempre sobre la frente de algunos animales. Por esto, cuando veas a una de éstas, que relucen como al ritmo de latidos, estate muy quieto, pero mucho, para que no se distraigan por tu culpa.

La última advertencia acaso la oyera el niño desde el mundo de los sueños, recostado en el pecho del abuelo. Nicolás miró la bóveda celeste. En

el cielo viajaban luceros perdidos... moriscos también.

Alonso Valle, el pastor de la sierra de la Alberca, hacía un año que rondaba a María Monforte y tres meses que ambos sustentaban su amor con citas clandestinas, en medio de peñascos y canchales.

Desde que los dos eran niños la veía con la madre por los senderos, cuando iban a recoger castañas, o por miel a los colmeneros vecinos. Pero entonces ella era una nena de nueve años, que le sonreía al pasar, y él un rapazuelo de once, metido a pastor, que enseguida silbaba a los animales para que bulleran a su llamada y deslumbrar a la niña con el dominio que tenía de ellos.

Seis inviernos después, María se había transformado en una mujer esbelta, de paso grácil y rasgos suaves, nada habitual en aquellos rigores de monte. Alonso, prendado, trató con el padre de ésta el pastoreo de sus cabras y, de este modo, obtuvo más ocasiones de recrearse con la dulzura de su presencia que las meras coincidencias en el campo.

A la chica, la figura y el aspecto curtido de Alonso, unidos a la mirada de fascinación que le dedicaba al hallarla, le atraían más a medida que transcurría el tiempo. Hasta que un buen día, al crepúsculo, de vuelta con las cabras, él le propuso pasear entre los centenarios castaños de la ladera y ella notó un revoloteo en la sangre y un vacío desconocido después, cuando el muchacho se marchó con las retinas incendiadas y en sus tímpanos trinaba la risa de María. Ya eran presos, sólo libres el uno junto al otro.

La comezón por la lenta cadencia de las horas se les hacía intolerable; mas, el júbilo del encuentro, cuando él devolvía los animales al corral y volaban divididos a reunirse bajo las peñas, era un alborozo de retoños, una embestida de potrancos; la pujanza, retirado el portillo, del primer raudal fluyendo, desbocado, por la pendiente de la acequia; un embravecido asalto de ternura.

No obstante la efervescencia amorosa, los padres no apreciaron mudanzas en la conducta de María, si bien, a la madre, le extrañaron las risitas que, como una bobalicona, les destinaba a las gallinas, pero lo atribuía a

chifladuras de juventud. Erraba.

Al abrigo de los vientos, en el roquedal con aromas de castaño, melojo y romero, ermita del idilio frisada de musgo y alcatifada de helechos, Alonso y María resolvieron que el pastorcillo la pediría en matrimonio.

El padre se opuso. Quería mejor partido para su hija que la indudable estrechez que le depararía casarse con aquel cabrerillo de zurrón y pies deshechos. El chico parpadeaba desconcertado y suplicaba una oportunidad para probarle la rectitud de sus intenciones. Rafael Monforte, inclinado a creer que Alonso husmeaba la herencia de María, desoyó cuantos ruegos éste le hizo y, prohibiéndole volver a su casa, le pagó el jornal y lo despidió.

El joven, atribulado, enceguecido con el atisbo de un porvenir que, sin ella, estaba poblado de nubarrones renegridos, fue en pos de su amada, que lo esperaba en el canchal, ilusionada.

Cuando la novia escuchó la fatal respuesta de su progenitor, titubeó un segundo, pálida; pero, de súbito, una llamarada que debía provenir de las honduras de su alma arreboló las galanas mejillas.

—Si me amas, ráptame esta noche, aquí estaré —dijo de repente—. Si no vienes, me despeñaré en lo más alto de la sierra —amenazó, con una frialdad que erizó el vello del pobre Alonso, al que no le cupo más que asentir.

Compelido por el audaz desafío de María y por sus propios anhelos, el enamorado se estimó exhortado por los cielos a no ser menos osado que ella e impedir el suicidio de su adorada.

Mucho antes de la hora acordada, desvelado e impaciente, Alonso ya estaba en el paraje. María apareció acompañada por el ruido de un leve resbalar de pedrezuelas. Tocada con el pañuelo de fino bordado, uno de los picos le caía sobre la frente y, tras una vuelta por el cuello, el resto del lienzo se derramaba, amplio, por los hombros. Era ahí donde se percibían nítidos los motivos vegetales y animales, todo muy colorido, y en los pescuezos de éstos el obligado collarín, pues dictaba la tradición de la sierra que, como el Libro prohibía la representación de seres vivos, las figuras reproducidas, aves, de ordinario, debían tener las cabezas cortadas y, por ende, estar muertas —que de difuntos no decía nada—, y vueltas a pegar, sujetas por las gargantillas.

Bien es verdad que, desde hacía decenios, nadie, que se supiera, seguía sin

tapujos las leyes de ese libro sagrado, sino las de la nueva doctrina; pero algunas cosas, por temor o prudencia, había que respetarlas, que incontables son los demonios y no es aconsejable tentarlos. Por esto, mejor es sumar precauciones unas con otras, vengan de la parte que vengan. Con más motivo, lanzados a una azarosa fuga.

María, consecuente, se llevó consigo las cadenillas de plata con amuletos con que engalanaban el «traje de Vistas» las novias serranas, todas de su madre, con excepción del «corazón de novia», no hereditario, sino que debía ser regalado por el padre a la desposada, se colgó la del cuerno para el mal de ojo, la trucha articulada, símbolo de fertilidad, la «pata de la bestia», protectora indestructible contra el poder de las brujas, y cuatro o cinco más, con las que, pensaba ella, sería menos vulnerable. Hasta la medalla de su Virgen morena, preservadora de daños y valedora ante la Providencia.

Alonso fue a besarla, mas la muchacha le agarró una mano y arrastró de él ladera abajo. Ya se darían arrumacos en lugar y condición más apropiados. Una mujer enérgica, coligió el pastor, buena defensora de su hogar y excelente madre para sus hijos.

La noche les acompañó. El firmamento estaba limpio y la luna paliaba las tinieblas. Alonso encontró pronto las veredas que les llevarían al otro lado de la sierra, al sur, donde él había apacentado, en ocasiones, a los animales. Atravesaron barrancos y riscos, orillaron torrenteras, por terrenos pizarrosos, salvajes, cencidos.

De improviso, una ronca llamada, entre lastimera y ceñuda, surgida a menos de tres pasos de la pareja, les paró en seco. Alonso se volvió en su dirección. Dos ojos fosforescentes le miraban con firmeza, inmóviles. Aún avanzaron dos cuartas, saliendo de la fronda de matojos de recio tallo. La luz de la luna perfiló la peluda estampa. Era un lince, con las características vellosidades, tiasas como pinceles, en las orejas, y las patillas de la cara que rebasaban la barbilla, por abajo, unos centímetros. El cabrero dedujo que tendría unos ocho años, por la longitud de adulto de esos mechones. La borla de la corta cola se mecía, lo que indicaba excitación. Estaba listo para atacar. Una rareza, porque solían escapar o esconderse. Tal vez defendía a la hembra y su camada, que tendrían la madriguera próxima en exceso.

Alonso sintió la mano de María aferrarse a su brazo, percibió su miedo y, con un movimiento pausado, se interpuso. Él también era un macho y ampararía a su hembra. Apretó el corto cayado e inició una lenta maniobra de retirada hacia atrás. El hermoso felino se contrajo alerta, lo que produjo que se pegara unos milímetros al suelo, abrió las fauces, bufó y luego las entrecerró con ligera indiferencia. Ésa era la señal. Los humanos recularon. Había ganado él. Se aseguró de que huían, siguiéndoles con la mirada. Después paseó la lengua por el hocico, se dio un lametazo en el abultado pecho y se volvió, majestuoso, para adentrarse en la espesura, con los suyos.

Jadeando por el sofoco del sorpresivo episodio, continuaron cautelosos su travesía de colinas. En breve les asistiría la aurora y se internarían en una región más áspera, pero que él conocía. Alonso paladeaba el íntimo orgullo de haber sabido proteger a su amada, al escudarla con su propio cuerpo, frente a la fiera. Ella, de sentirse cobijada en él.

Los cenicientos restos de la hoguera humeaban al clarear el día. El campo olía a tizón y leña quemada, con un tufo picante que se incrustaba en la nariz, se adhería al olfato y enrojecía los ojos, llorosos de la irritación; a rescoldos, a las boñigas de las bestias y a tierra, mojada todavía por las lluvias y el rocío de la mañana.

Arrebujados en las mantas, los hombres habían pasado la noche al sereno, arrimados al calor de la lumbre pero, sobrepuestos al anquilosamiento que padecían sus cuerpos, tenían a los animales, cargados los unos y con los arreos de tirar los otros, listos para partir. Sólo dentro de los carros permanecía la pesada atmósfera de letargo y aire viciado, en la que aún dormitaban los infantiles viajeros, porque las mujeres trajinaban, madrugadoras, al unísono con sus compañeros.

Gerónimo reparó en que las contadas nubes que persistían iban siendo barridas por el viento. No llovería más, aunque los caminos tardarían en secarse y, por tanto, seguirían enfangados durante semanas. Cuando se evaporara el agua se tornarían más intransitables, porque se endurecerían los profundos huecos formados por las huellas de las caballerías y las roderas,

con el peligro que suponen para tobillos y ruedas.

Antonio Crespo y Nicolás Cerezo esperaban la orden de marcha subidos a los pescantes. El respetado guía se fijó en Cecilio, quien, aún con el brazo en cabestrillo, parecía menos incómodo. Los emplastos de Francisca habían surtido sus efectos terapéuticos. Dio una voz de aviso, pero los carros no se movieron, demasiado clavados en el lodo por el peso de toda la noche, hasta el segundo tirón, dado en el punto en que los látigos resonaron en el aire.

Como ya había despejado, las mujeres caminaron para aliviar a las mulas. Charlaban entre ellas —mientras salvaban terrones y charcos— de niños, de enfermedades, de maridos, comidas o trajines, para desembocar, persistentes, en lo que ocupaba sus cabezas y sus corazones y que no entendían: el injusto castigo, aquel indiscriminado destierro de infelices. Si, por lo que contaban, años hacía que se habían apoderado de las fincas y de las casas familiares, allá en Granada, ¿qué más querían?

Benita Talavera, la esposa del carpintero, Luis Molina, se repetía a sí misma y a María Ribera, la de Pedro Crespo, la ingenua pero lógica pregunta. Aunque unida a todas, se sentía identificada a esta última más que con las otras, porque ambas tenían tres hijos y coincidían en las edades. Además, María era una mujer fuerte, de físico y de ánimo. No había más que verla remangarse y meterse en faena como si de un fornido varón se tratara. En cuanto advertía algún signo de debilidad en Benita, la cogía con sus manos grandes y la apretaba contra sí, como una hermana o una madre. Así, en realidad, se portaba con cada una, prodigándoles su calor y ánimo bajo la mirada aprobadora de los abuelos. Ella, en cambio, era tan pobre de espíritu como su endeble cuerpo revelaba. Pero ¿se ceñiría a ese papel para siempre? Aquellas familias habían contado con la suya para formar un bloque indivisible con un destino común, el que resultase. Debía corresponder, estaba persuadida. No era vigorosa, como María, mas sí inteligente, sensible y le gustaba observar. Echó una ojeada al grupo. Su marido iba junto al segundo carro, a su altura, pero a la derecha de los animales, sujetando la jáquima del principal, y detrás de él, Isabel Moreno. En cabeza, Gerónimo, seguido por Pedro Crespo, a cuyo asno habían atizado con las testuces en la grupa y recibido sendas coces en represalia, la nerviosa mula y el burro de los

hermanos Cerezo, que flanqueaban a las bestias. A continuación de éstos, Francisco y su nieto y, justo tras ellos, Josefá, callada, a buen seguro derrotada por la lucha y las noches pasadas en blanco, velando las fiebres de Gonzalito; a su espalda, Teresa, que no sostenía su alma, y Francisca, que disfrutaba de una fortaleza que, a su edad, era una incógnita impenetrable. Por último, Antonia Ortiz, sola, taciturna, que las precedía a ellas dos. Se les notaba el caminar pesado, indolente, con las ropas sucias y desmadejadas, casi harapos, secadas sobre los cuerpos. Parecían una partida de espectros atormentados. Porque lo que los distinguía de arrieros o trashumantes, que también marchaban con apuros y miserias, lo que convertía en inhumano el viaje, radicaba en la atrocidad de la causa.

Ese dolor, ese, no tenía cura más que con las compensaciones que les procurara la vida, pero otros sí podrían mitigarse con su auxilio. Francisca poseía ciertas nociones en cuanto a remedios elaborados a base de hierbas. Podría aprender, incluso ampliar esos conocimientos, y erigirse ella en el lenitivo de los padecimientos de aquellos que ahora se constituían como una gran familia. Ésa iba a ser su desinteresada aportación a la comunidad. Y Luis consentiría, sin la menor duda.

Benita apreció los renovados bríos con que el objetivo trazado la dotaba. Quizá la idea había germinado por la curiosidad que, en su niñez, le infundían el personaje y todo lo que rodeaba a la extravagante herbolera del Postigo de San Ginés, recalcitrante soltera en plena madurez, que se decía venida del pueblo más alto de La Alpujarra granadina, donde moraba el silencio de las nieves; la ranciedad que exhalaba la casona, atemperada por el característico olor de las plantas medicinales, o la propia puerta de cuarterones, abierta de día, oscura, tachonada de clavos anchos y redondeados, con su aldabón de bronce, una garra de águila que aprisionaba una piña maciza, al que a ella le apasionaba acariciar, pero con prevención, por si las descomunales uñas metálicas soltaban la piña y atrapaban su tierna manita. Allí podía pasarse horas, pendiente del trasiego de gente que entraba y salía: recolectores, asiduos, compradores o mandaderos del médico.

Pues bien, zanjado; si atinaban con un rincón de paz, ése sería su oficio. Renunciaría a su carácter pusilánime y desecharía ensoñaciones, para

emplearse con tenacidad en el aprendizaje.

María la miró. Su instinto le avisaba de que algo nuevo pergeñaba Benita, pero los niños demandaban sus cuidados. El pequeño Pedro enrabiaba a la menor, Isabel, arrojándole pellas de barro, y María, la intermedia de sus hijos, iba medio descalza. Tendría que sentarla en el pescante con Antonio Crespo, el abuelo, y pedirle a éste que le fabricara unas alpargatas de esparto. Ahora el momento exigía acallar a los propios y a los ajenos. Se disponían a atravesar una localidad, al parecer mediana, y no facilitaba las cosas el escándalo.

Los hombres y mujeres de la vecindad estaban en el campo a esa hora, el mediodía; no obstante, los que quedaban, intrigados por la aparición del silencioso desfile, se asomaban a las ventanas o se paraban en la calle a verlo, con el descaro peculiar e innato de los aldeanos, más inocente que suspicaz, mas inquietante para los acongojados integrantes de la caravana.

Pero serían éstos los que quedaran boquiabiertos cuando, dejada atrás la población, divisaron dos figuras que descendían un talud: un pastor sin rebaño, en unión de una moza de porte tan estrambótico que podría equipararse al de una recién casada, por los ropajes que vestía y la profusión de colgantes con que se acicalaba.

Había que admitir que encontrar una emperifollada novia en mitad de inhóspitos parajes, y de la mano de un mísero cabrerillo que, además, carecía de la más triste oveja, entrañaba hallarse ante el colmo de lo disparatado. Claro que, para Alonso Valle y María Monforte, pues ellos eran los aparecidos, la inopinada visión de las carretas, más los jumentos, la acémila y las dos cabras —inadvertidas hasta que una de ellas baló—, escoltadas por aquella caterva de mendigos enfangados, componía un cuadro irreal, poco tranquilizador. María, por sí o por no, retuvo entre sus dedos la «pata de la bestia».

La inaudita pareja y la estrafalaria partida se escrutaron. Unos y otros se habían detenido por la mutua sorpresa. Gerónimo, que los conceptuó rápidamente como un par de inofensivos jóvenes lunáticos, se dirigió a Alonso:

—¿Sabes, mozo, a cuántas leguas estamos del reino de Portugal?

El muchacho, que no las tenía todas consigo con respecto a quiénes serían y qué querían, decidió responder al hombre con cortesía, por miedo a provocarle.

—No sé contestaros, buen señor, nunca estuve en ese tal reino, acaso al otro lado de la sierra, pero —añadió solícito—, sí puedo informaros de que el pueblo que acabáis de cruzar se llama Nuñomoral. ¿Qué nombre recibe ése al que vais? Tal vez lo haya oído nombrar.

—Tampoco lo sabemos nosotros. Lo que deseamos es salir de los dominios del rey don Felipe —aclaró Gerónimo.

La novia no les quitaba ojo, y más ahora que, a pesar de lo impreciso, insinuaban ser fugitivos.

—Como os dije, puede que esté tras esas montañas, mas es imposible transponerlas con vuestros carros. Sin embargo, a poco más de legua y media hay tierras sin amos y hasta ahí es hacedero llegar. He apacentado cabras en ese lugar. Si queréis, os serviré de guía —planteó, pensando en que alguna comida tendrían para compartir.

La cara del talaverano expresaba contrariedad.

—¿Cómo evitaríamos esa sierra? —preguntó al pastor.

—Tendríais que deshacer el camino e ir más al norte o al sur, para rodearla. ¿Os persiguen los justicias? —interrogó, aventurándose con aplomo.

—Nadie nos busca... por el momento. Pero esto trastorna nuestros planes —pensó en voz alta—. Tendremos que hacer una parada y decidir, de nuevo, el rumbo. ¿Adónde os dirigís vosotros?

—No tenemos destino fijo, señor. Ni comida, ni agua.

Gerónimo reflexionó unos instantes, para enseguida decirle:

—Bueno, repartiremos los pocos alimentos que llevamos... por dos más no se aumenta la indigencia. Pero aguardad a que nos reunamos y deliberemos sobre la dirección que vamos a tomar. No os vayáis hasta entonces.

El capataz morisco mandó hacer un alto, puso a los novios al cuidado de su mujer, Teresa, para que fueran atendidos, y convocó a los ancianos.

—Malas noticias. Este valle no tiene paso por el oeste, ni por ninguna otra parte, para las carretas —comunicó a los tres—. La serranía lo impide. Precisaríamos regresar, con el fin de sortearla por otros puntos. Pero dice el

cabrero que a una legua y media hay tierras que no pertenecen a dueños ni incumben a señoríos. Quizás asentarnos en ellas no suponga una insensatez. ¿Qué hacemos? Vosotros tenéis la palabra.

Antonio se adelantó a los demás:

—¿Es lógico que confiemos en pareja tan insólita? ¿No serán unos endemoniados locos? —soltó resoplando.

—Desde luego que su aspecto no es normal; aunque, si nos acogemos a eso, tampoco el nuestro, Antonio. La chica no ha hecho aspavientos ni ha hablado siquiera, que ya es actitud extraña en una loca, y en la conversación del muchacho yo no he descubierto ningún desvarío.

—Pues o volvemos o anidamos donde dice el pastor, ésta es la disyuntiva —enunció Nicolás—. Pero hay que ventilarla con rapidez, no debemos permanecer aquí, a la vista de cualquiera que pase y se pregunte quiénes somos. Cuantas menos lenguas, mejor.

—Esperad, concedámonos un poco de calma para recapacitar, las prisas no son buenas consejeras —opinó Francisco que, como siempre, paseaba mientras pensaba—. Si retrocedemos llamaremos la atención dos veces, y avanzar, con la intención de quedarnos definitivamente, puede reportarnos una desagradable sorpresa si el pastor está equivocado. A la consecuente decepción sólo cabría añadirle haber agotado el plazo del rey, para que la huida sea un calvario. Pero, según se me ocurre, una solución a medias no estaría mal —dijo, en tanto los tres hombres rogaban por que hubiera hallado una salida airosa—. Aún faltan quince días para la fecha límite del rey. Pues bien, yo planteo que nos encaminemos a ese lugar del valle y esperemos diez días, mas con la conciencia de que en cualquier momento nos dé la espalda la suerte y seamos expulsados. Si esto sucede, tenemos cinco jornadas para huir, que creo suficientes.

Antonio, no obstante su naturaleza, más impulsiva que la de sus dos compañeros, suscribió, como Nicolás, la conclusión de Francisco Oliva. Sin embargo, contrapuso una cuarta premisa, más conforme con los caracteres de uno y otro que con el suyo.

—No me resulta descabellado, Francisco —declaró, balanceando el corpachón—, pero propongo que Gerónimo se anticipe a nosotros, junto con el

chico, para que explore y se asegure de que sea emplazamiento que reúna los requisitos mínimos de espacio o agua, para instalarnos cinco familias. ¡Ah!, y que observe si hay rastros de labor, porque eso haría ostensible que no está lo abandonado que el cabrero sostiene.

—Es una excelente medida. Así, si el terreno no es apropiado o, en contra de lo anunciado, tiene dueños, nos ahorramos tiempo y esfuerzos —corroboró Nicolás.

—Entonces vamos a descargar el burro y la mula de tus hijos, Nicolás, para montarlos el mozo y yo y que estemos pronto de vuelta —determinó el activo capataz—. Entretanto, apartad carros y personas de manera que queden resguardados de la vista de los campesinos. No nos sería provechoso que desconfiaran, rumiándose que venimos aquí a urdir algo contra ellos.

Gerónimo y Alonso se alejaron de la caravana con los animales, mordisqueando queso rancio y pan duro. Durante un rato no conversaron, entretenidos con los exiguos bocados. Seguían el espacio casual que proveían las bases de los collados, un paso natural del que el morisco estudiaba su anchura preocupado por la de los carros. Más abajo se veía o se presentía el río, en dependencia de las revueltas del sinuoso carril.

—A nosotros nadie nos busca, pero me huelo que a vosotros sí. No vamos a denunciaros —hizo constar el hombre para no intranquilizar al muchacho—, tampoco a ayudaros, ya ves que no podemos ofreceros nada. Quizás experiencia. ¿Qué os ha pasado? —le interpelló.

Alonso escrutó los rasgos del capataz. Ninguno de los componentes del grupo tenía pinta de proscrito; ni éstos, sabía él, viajan con mujeres, carretas y niños, sino como bandas compuestas solamente de hombres, de forma que en el ataque y la posterior huida sean veloces. Por esto no tuvo inconveniente en dejar a María con ellos.

Necesitaba el consuelo de sincerarse, de confiar en alguien. Echó pie a tierra, apretó la cincha de esparto y lana del aparejo, más floja de lo seguro, y narró a Gerónimo lo acontecido después de montar en el asno.

Lo que desconocía el pastorcillo era que, con mucho más lujo de detalles, la novia hacía lo propio con las moriscas, sentadas en el suelo, y que éstas escuchaban arrobadas el relato, de tal modo que hasta el hambre arrinconaron,

hechizadas por la magia que desprenden las historias de amor cuando son apasionadas y los protagonistas generosos e inocentes.

Las mayores ponían pegas a la fuga y tachaban a la chica de alocada, pero las demás respondían defendiendo, acaloradas —con una irreconocible Benita de líder secundada por Teresa Oliva, a quien la parada ocasional había permitido recobrase de su fatiga—, la impulsividad de los jóvenes y la valentía mostrada. Incluso culpaban al padre de no haber sabido ser más tolerante y a la madre la tildaban de insensible, por no darse cuenta a tiempo ni ablandar al esposo como era debido.

Las discusiones no se sucedían, se agolpaban; pero a ninguna importaba más que el valor de sus argumentos, que compaginaban con caricias a María para confortarla; le enjugaban lágrimas, emocionadas como ella, con puntas de pañuelos si de pulcritud cuestionable, con amoroso tesón.

Algunas ya se interesaban por los llamativos collares, que tocaban, seducidas por el bruñido y el suave tacto de la plata, de los cuales inquirían su significado y celebraban con inofensivas risas las explicaciones de la serrana que, por fin, también reía. Otras, por los bordados, igualmente alabados por el atrayente colorido y la gracia de sus motivos.

Los niños desatendieron sus juegos, absorbidos por la alegre tremolina, e hicieron un corro alrededor con el ánimo de participar e imitar a los adultos, toqueteando los encajes, las cadenillas, los amuletos, con clara predilección por la «pata de la bestia» o la trucha, dada la ingeniosa movilidad de ésta, para asombrarse luego, como antes habían hecho sus madres.

Gonzalito rivalizaba con los otros por coger en sus manos los objetos deseados, pero no lograba atinar con un hueco por el que colarse y, pese a sus protestas, era ignorado. Sin embargo, pronto descubrió un resquicio detrás de la joven por el que se metió con la agilidad de un ratón, pegó su cuerpecillo a la espalda de la moza y se enganchó con los dos brazos a su cuello, sin que fuera rechazado por nadie ni reprobado por la inmoderada confianza. Ahora estaban a su alcance todos aquellos trastos tan brillantes.

Los hombres infirieron, del pasivo proceder de las matronas, que María acababa de ser adoptada por las mujeres.

El alígero repiqueteo de cascos, indicó el retorno de Gerónimo al trote

más rápido que conseguían obtener de los animales, sin reventarlos. Inmediatamente se arremolinaron en torno a él, que se apresuró a informar de su exploración. La extensión era bastante para las familias, aunque de tierra no muy fértil y sí abarrotada de piedras, pero esto tenía sus ventajas para la construcción de las casas. Había castaños, robles, alcornoques y encinas entre la jara y el brezo. El agua sobraba, con el río de vecino; y cultivos, ninguno. Luego, sin amos. Ni una criatura se vio en todo el rato que permanecieron allí, excepto una mula enteramente blanca, con arreos, que se espantó al reparar en ellos, y que no capturaron, fuera a ser que los culparan de robo. El cabestro, desflecado, probaba que la acémila había escapado semanas atrás.

Alguien dijo que toparse con la alba mula, sola y libre, encerraba presagios de buena suerte. Gonzalito, a lo suyo, tiró, insistente, del brazo del abuelo Nicolás, para preguntarle cómo podía, la pobre bestia, con todos aquellos luceros extraviados encima.

El pastor, entretanto el guía exponía lo observado, consultaba aparte con María. Cuando se dio por acabada la reunión, en la que se optaba por llevar a efecto la propuesta de Francisco, el chico pidió permiso para hablar y, dirigiéndose a los ancianos, solicitó unirse con su pareja a la caravana.

Francisco, Antonio y Nicolás detectaron las miradas de aprobación de esposas e hijas. Era un problema negarse. Sin embargo, este último se sintió obligado a advertirles:

—Somos moriscos, Alonso, se nos expulsa de estos reinos. Si os unís a nosotros, seréis tratados como tales hasta las últimas consecuencias, que pueden ser terribles. Créeme, no os conviene.

Gerónimo intercedió.

—Yo mismo se lo dije, después de que él me confesara su aventura —refirió a los presentes, girando para abarcar a todos de una mirada—. Ya veo, en algunos rostros, que las mujeres estáis al tanto. No son más que dos locos enamorados —continuó—, que han huido sin la más simple reflexión. Si los encuentran con nosotros, pueden ocasionarnos conflictos, pero cuento con que sean de poca envergadura. No obstante, pongamos condiciones. En el caso de comprometerse a aceptarlas, nos acompañarán. ¿De acuerdo? —cuestionó al grupo, pero atento a los ancianos.

Detrás del morisco se alzó un coro de voces femeninas en su apoyo. Francisco levantó un brazo para acallarlo y hacerse oír.

—Comprended que no corremos un riesgo menudo, aunque Gerónimo le quite importancia —notificó, dirigiéndose a los muchachos—. Mas es asunto nuestro consentirlo o no. La voluntad de la mayoría es acogeros, pero con tal que...

Cecilio Cerezo explotó, furioso, e interrumpió a Francisco.

—¡Me opongo! ¡Ni condiciones, ni nada! —clamó, iracundo—. No se puede jugar con las vidas de todos, por muy bien que le parezca a Gerónimo. Vamos con mujeres y niños. No estamos en circunstancia de dar refugio a extraños que desconocemos por qué huyen, ni quiénes los persiguen, como tampoco la brutalidad del castigo concebido para vengarse.

—Cecilio, te entiendo —dijo el capataz—, pero exageras. Los estará buscando el padre de ella, un labrador. ¿Es un agricultor una gran amenaza?

El mayor de los Cerezo parecía perder la paciencia. Tenía el rostro congestionado. Antonia Ortiz, su mujer, se aproximó a él, por sosegarlo, pero la frenó con gesto adusto.

—Pues yo no te entiendo a ti. Tu desafío al cuadrillero, ¡por dos cabras!, aún puede costarnos una desgracia. Pero —le increpó—, ¿quién crees que eres? ¡No toleraré que hagas lo que te venga en gana con mi familia!

Gerónimo inició una respuesta, pero Nicolás no le dejó.

—¡Te ordeno que te calmes! Quien no tolera pugnas soy yo. Aquí se hace lo que Francisco, Antonio y yo decidimos. Acordamos confiar en Gerónimo y así se hará mientras no nos defraude, y por el momento no lo ha hecho. ¿Es que se te ha reblandecido el seso con la lluvia, hijo? Si hubiera accedido a la petición del hermandino, éste habría regresado con más exigencias y, probablemente, acompañado. Obedecerás, como todos. No me avergüences. ¿Has olvidado la virtud de la hospitalidad? —Hizo un movimiento significativo, terminante, como de haber allanado la polémica, e invitó a Francisco a proseguir.

Cecilio, por unción y respeto a su padre, consintió, pero el despecho brotaba en su semblante. El capataz —especulaba en su fuero interno—, se pensaba, el muy iluso, que comandaba una hueste competente y pertrechada, y

no valoraba los poderes, inexistentes, de que disponía: ocho hombres sin armas, maniatados para contender, por el bien de esposas e hijos. Transigía, pero forzado y en desacuerdo. La tirantez, que presidiría en adelante las relaciones entre ambos, vendría en antagonismo.

—Pues... como iba diciendo —reanudó Francisco su discurso—: no valen medias tintas. No basta con acompañarnos, sino integrarnos por completo. Para ello, en primer lugar, es necesario jurar ante los presentes que esta fuga es sólo producto de vuestro amor y no de ninguna fechoría o delito pendiente con la justicia. En segundo, acatar las órdenes que os sean dadas por el capataz, ahora, y, en el futuro, los dictámenes del consejo de mayores, incluso si resolvemos entregaros a quienes os reclamen, y aun guardaréis discreción en todo lo que respecta a nosotros. Siendo así, también sois libres de marcharos cuando os convenga; pero, recordad, tendremos la palabra dada —recalcó, amenazador, y aguardó la contestación del cabrerillo.

—Señor, no queremos causar riñas ni desavenencias —repuso el pastor—, y, menos aún, atraeros nuevos problemas. Con los que tenéis, a mi entender, ya vais cumplidos. Somos gente cabal, señor. No hemos cometido más faltas que enamorarnos y no tener ni un real. Pobres y sin experiencia, pero honrados como los que más.

Al viejo bracero le hacían gracia el talante y las maneras formales del muchacho. Fibroso, greñado y —tan joven— tostado por el sol, le miraba con sus ojos castaños, directos, en los que no debían de caber mentiras, y los brazos caídos a lo largo del cuerpo. ¿Tendría padres, o sería huérfano? Pero el pastorcillo no había cesado de hablar y comenzaba a empeñar su palabra.

—En nombre de María y en el mío, juro ante Dios y los presentes que lo dicho es cierto, que la justicia no nos persigue por ningún delito, y que nuestra única culpa es que María ha salido de la casa de sus padres, sin consentimiento de ellos, ayudada por mí. También juro que lo que nos mueve a unirnos a vosotros es el deseo de sentirnos amparados, y siempre que el trato sea de igualdad y no como servidores. Sabremos ganarnos el alimento.

Más que en las promesas, en las últimas frases, gallardas y dignas, conocieron los ancianos la nobleza y honorabilidad de Alonso.

Finalizado el compromiso de los muchachos, se les otorgó el beneplácito y

Gerónimo, dando palmadas, avivó al grupo para restablecer la marcha con prontitud.

Los carromatos, con los animales en reata, siguieron su andadura al prudente paso que la angostura, entre vertientes y despeñaderos, permitía.

El capataz caminaba abstraído. No le agradaba que surgieran enfrentamientos en una situación como la que vivían, en la que los nervios afloraban con facilidad. De haber sido otra la coyuntura, Cecilio no se habría exaltado, pero la tensión y el cansancio acumulados se abrían paso. En tales reflexiones se hallaba cuando escuchó un golpe y el parón en seco del último carro. Temió que fuera una rueda, mas enseguida verificó que las cuatro se conservaban dentro de límites aceptables. Este segundo carromato era de batalla más larga, por lo que las curvas cerradas las tomaba peor. Antonio Crespo, desde el pescante, no calibró esta mayor distancia entre los ejes y siguió, prácticamente, los surcos del precedente, por lo que el lateral trasero derecho colisionó con las aristas salientes de la colina y quedó encajado.

Los desperfectos, superficiales, no afectaban al interior. La compostura se efectuaría cuando dispusieran de tiempo, podía esperar. Ahora obligarían a las acémilas a retroceder hasta que los adrales se destrabaran.

La engorrosa operación necesitó que alguien cogiera de la jáquima al animal más próximo a las ruedas, para guiarlo, mientras Antonio tiraba de las riendas y Gerónimo vigilaba, desde atrás, que la trasera no excediese el borde del camino.

—Arrancando la piedra del saliente obtendremos la anchura apropiada — explicó Pedro Crespo, tan vehemente como Antonio, su padre, cuando acabaron la maniobra.

—Nos llevará mucho. Es una roca grande y pesada —objetó Francisco Oliva.

—Quizá —intervino Gerónimo—, si desenganchamos las mulas y movemos el carro nosotros mismos, salvaríamos la curva.

Nicolás sopesaba esta propuesta, pero discrepó con pesadumbre:

—Corto provecho sacamos, ya que la mula de cabecera no cuenta porque dobla lo que se quiera con la reata; sin embargo, los largueros casi alcanzan al pecho de la otra, con lo que viramos igual, al ser fijos.

—Hay otra solución —se decidió a plantear Alonso—. Haciendo palanca con ramas gruesas, que no se quiebren, levantamos el carromato y lo colocamos en la posición que interese —ante la atención de que era objeto, el muchacho buscó un canto rectangular y unos palitos para hacer ejemplo de lo que decía—. Primero, así, de atrás —y simulaba desplazar la piedra como si fuera el carro—, por separarlo de la pared, y después delante, para ceñirlo. Luego, basta con que tiren los animales. Si es preciso hacerlo varias veces, las repetiremos, pero me parece que, como mucho, con dos será suficiente.

El capataz sacudió la cabeza repetidas veces, en señal de afirmación, y se dispuso a organizar a su gente.

—Bien pensado, chico —proclamó gustoso—. Creo que funcionará. Que se baje todo el mundo del carro; cuanto menos peso, mejor. Traed maderos de mi altura, que se vean sólidos.

Con los leños elegidos, Gerónimo distribuyó a ocho hombres por los flancos de la carreta, con un palo por barba, y se volvió a Cecilio, a quien había eximido de realizar esfuerzos.

—No es conveniente que abuses del brazo magullado. Es preferible que dirijas tú la faena.

—Aun así tengo más fuerzas que un pastorcillo. Además, ¿no es idea suya? ¡Pues que la ponga en práctica él!

El muchacho, azorado, soltó el leño. El capataz resolló, exasperado. Empezaba a cansarle el comportamiento pueril del bracero. Anduvo unos pasos hacia ninguna parte, con las manos apoyadas en la cintura, exigiéndose tolerancia para no darle de cachetadas. Lo logró a medias, pues tenía la cara roja, contraída, cuando le exhortó:

—Seamos juiciosos. Bastante tenemos ya, ¿no crees? Cualquier brazo es importante que esté sano y al servicio del grupo. Así que, ¡haz lo que te digo! Si tienes alguna diferencia conmigo, más adelante la arreglaremos —dijo, y le dio la espalda, dando por hecho que sería obedecido—. ¡Alonso! —llamó—, coge el palo y regresa a tu lugar.

»Ahora, atendedme: meteremos los maderos debajo del cajón del carro apuntalados en la tierra, de esta forma —y para demostrarlo, puso uno oblicuo al suelo, con la parte superior tocando el cajón, pero sobresaliendo de éste.

Así, al empujarlo hacia arriba, haría de palanca y se alzaría el vehículo—, y lo levantaremos en vilo, todos a la vez, cuando se nos indique. Después, muy despacio, los del lateral izquierdo dejarán que el peso recaiga sobre sus leños, bajándolos muy poco a poco, mientras los del derecho haremos lo contrario. De este modo se desplazará la carreta. Cecilio que, desde donde está, ve ambos lados, nos irá dando instrucciones para que no se desplome de golpe ni nadie resulte dañado.

Como supuso Alonso, con dos cambios de posición esquivaron el atolladero. Sin más contratiempos, ya no tuvieron más que andar la media legua que distaba hasta su destino, del que ignoraban a qué corona pertenecía, si es que alguien había reparado en su existencia. Pero el aire de tierra inexplorada, silvestre, con aquel río de aguas limpias y frías, que resonaba libre en una naturaleza sin humanos, como para sí, pareció acogerles.

Las familias moriscas contemplaron lo que podría constituir, desde un mero posarse, provisional, como el alto de un ave migratoria, hasta el término de su viaje, a convertirse en su futura patria chica, el lugar donde descansarían sus huesos y los de sus descendientes, subordinadas sus vidas a lo que ocurriera en los próximos días.

La mula blanca, oculta en la enramada, les venteaba con los ollares abiertos, cual zafio remedo de escurridizo unicornio al que truncaran el asta y, con ella, la inocencia; tal vez la magia. Pero ya no fue vista más, salvo por los niños y nunca, éstos, muy seguros de si sus atisbos eran quimeras henchidas de realidades o certezas nimbadas de sueños. Sólo Benita Molina, la pequeña de la futura herbolera, pudo acariciarle el belfo suave, tres años más tarde, el día que se hizo mujer allá sola entre los riscos, momentos antes de flaquear y caer desvanecida. Nadie la tomó en serio, creyendo que serían alucinaciones producto del desmayo, y a punto estuvieron de convencerla, pero en sus dedos quedó impreso el dulce contacto.

El reconocimiento del terreno se redujo a un breve recorrido en círculo; se trataba de obtener una visión general, orientativa, más que nada. En la siguiente jornada tendrían tiempo para explorar. De cualquier manera, no cabían más opciones, les gustara o no; fuera la tierra más o menos fértil o combatiera demasiado el viento. Los montes les impedían avanzar más. Si no

los echaban, ése era el rincón del mundo que la Providencia guardaba para ellos.

Como el cielo no anunciaba lluvia, Gerónimo pidió a Luis Molina que, junto con otros cuatro bajo su mando, construyera un cobertizo de ramas para los hombres, que aunque no fuera el mejor encargo para su oficio, siendo carpintero tendría más conocimiento que los demás y no saldría volando o se derrumbaría, el refugio, al menor soplo. Sin ellos, las mujeres y los niños dormirían más holgados en los carros. El resto iría de caza con él, a ver si lograban dormir con los buches ocupados en algo que no fuera aquel rezongar de entrañas.

Pedro Crespo, Gonzalo Cerezo, Alonso y el capataz cruzaron el río y ascendieron una colina en la que el pastorcillo decía haber avistado cabras salvajes meses antes. Subieron con lentitud y con aún más tiento de no romper la paz del monte, para no ahuyentarlas si se encontraban por allí. El viento corría en su contra, lo que entorpecía que ruidos y olores llegaran a los animales. Sin embargo, no era tarea sencilla ésta, porque las piedras, de un tipo que crujía al pisarla y se partía con facilidad, abundaban más conforme se acercaban a la cima. Los moriscos recogieron algunas. Jamás se habían tropezado con gujarros similares. Eran muy porosos, oscuros, tirando a grisáceos con jirones terrosos, frágiles y muy livianos. Se trataba de lava solidificada; expulsiones, quizá milenarias, del volcán que aquella colina fue en una época remota.

Gonzalo Cerezo se asomó por una escarpadura e hizo señas a los demás. Más abajo, sobre una peña, una cabra se alimentaba de las matas que nacían entre las grietas de las rocas. Alonso rodeó el risco hasta colocarse en una posición desde la que dominaba un costado del animal y preparó su honda. Mediante signos indicó a los hombres que dejaran caer a plomo una pedrezuela, para asustarla, mientras él iniciaba el rápido volteo de las correas. Cuando el canto rebotó, el rumiante ya comenzaba, con la confianza en la precisión que le dotaban sus pezuñas, el brinco ágil que le trasladaría a otra roca, pero el proyectil lanzado por el pastor impactó en la cornamenta, causando un chasquido seco, sordo, que desequilibró la trayectoria del astado. La cabra lo miró, paralizada en el aire, con los ojos desorbitados; mas el

desenlace yacía hilvanado a sangre en las pizarras del fondo de la barranca.

Cuando recogieron el cuerpo, Gerónimo lo colgó de la rama de un árbol y le cortó la yugular con su cuchillo. El potente chorro manó incontenible y caliente.

—Alonso —dijo—, ve al campamento y di que enciendan un buen fuego. Nosotros esperaremos a que no le quede una gota de sangre a la cabra. Esta noche —agregó—, comeremos carne bien desangrada, como manda nuestra tradición.

Tal como pidiera el jefe de la caravana, las mujeres hicieron una fogata a la que rodearon de piedras en rectángulo, pues previeron espacio para las dos cazuelas de mayor tamaño de que disponían. No consumirían toda la cabra, pero se desquitarían con un discreto banquete y guardarían lo sobrante. Para varios días tendrían, bien racionada.

El rumiante fue desollado y despedazado por Antonio Crespo, operación en la que demostró ser un experto, diligente y eficaz. Acto seguido, Francisca Torres, con ayuda de Josefa Medina, la madre de Gonzalito, se ocupó de trocearlo en tacos mientras Isabel Moreno chafaba ajos, sin pelar, en un almirez. Con el machete más afilado para tajar la dura miga, cortaron rebanadas de pan seco, capaz de aguantar una semana sin fracturarse al meter el cuchillo en la corteza. Buena harina de molino, amasada a base de puños y recia espalda.

De una alcuza vertieron —oro esplendente al claror de las llamas— el denso aceite de olivares de Talavera en las cazuelas y, ya caliente, echaron los ajos y el pan que, al quedar dorado éste, retiraron. Entretanto, recubrieron los untuosos trozos de carne con mucho romero y tomillo, sacados de dos graciosos costalitos que poseía Francisca, y los pusieron al fuego, en el que chisporrotearon de inmediato, humeantes, despidiendo el apetitoso aroma de las olorosas plantas mezclado con la grasa animal, que hizo que las glándulas secretaran, anegando las bocas de saliva y de impaciencia los estómagos. A continuación añadieron vino, agua y las rebanadas de pan frito machacadas.

Benita cuidaba las brasas, atizándolas para aplacarlas o bien avivándolas con su pringoso soplillo de esparto, según precisara, con tal de que la sabrosa vianda se cociera a fuego lento, invariable. Simultáneamente, vigilaba que no

faltara agua, hasta que la carne estuvo tierna y del color del bronce. Entonces dejaron que aquélla se evaporara, para que los trozos se conservaran en su propio aceite. Ése fue el momento de apartarlo todo de la lumbre.

Terca biega les supuso a Francisca y a la regordeta Isabel evitar que se quemaran las incontables sucias manos que se arrimaban a las ardientes tajadas con la intención de pescar alguna, pero entre las manotadas que repartían, incompativas, y el irrevocable sermón, a gritos, de Benita, terminaron por disuadir a los más contumaces.

Por fin, a una temperatura aún abrasadora, que combatían a fuerza de soplidos, se les permitió hincar el diente a la cena, que devoraron con fruición. Las caras, rojas al resplandor de la hoguera, mostraban la complacencia del hambre satisfecha, y a ésta, en los más viejos, se sumaba la esperanza de haber llegado a un sitio, acaso, definitivo.

Gerónimo masticaba despacioso, dividida su atención entre el placer de saborear la gustosa cabra y el del fulgor hipnótico de las llamas, y el pensamiento, abrumado con la multitud de quehaceres que deberían llevar a cabo en los próximos días, sin garantías de que no fueran en balde, pues si les obligaban a irse de allí nada de lo que hubieran compuesto les serviría. No obstante, tampoco podían andar de brazos cruzados; en beneficio del grupo, era necesario levantar muros y construir techados, acomodarse y proveerse de alimentos.

El morisco observó a sus hijos; los dos, algo más allá, en el corro formado en torno a la candelada, estrechaban a su esposa, somnolientos después de saciados. Teresa, la menor, dejaba caer la cabeza en el hombro de la madre, medio enredada en el astroso manto de ésta. Se puso en pie, se aproximó al árbol contra el que descansaba el cántaro y bebió de su agua fresca, recogida del río por las mujeres. Desde la penumbra contempló al corrillo. La luz, oscilante por el flamígero tremolar, daba aspecto fantasmagórico a los cuerpos, que parecían disminuir o alargarse a capricho de luces y sombras, en tanto el cielo permanecía imperturbable, inaccesible a las pequeñeces humanas.

Poco después de amanecer, Cecilio y Alonso, a quienes se les encomendó la guardia de la noche, despertaron a las familias. Tal vez fuera extraño que se les propusiera compartir esa misión, pero la desconfianza que se tenían propiciaría la vigilia. A ellos les tocaría descansar tras el almuerzo, con una corta siesta. Ahora, como estaba diciendo el capataz, se necesitaba de todos para dar comienzo a la construcción de las chozas.

El talaverano adjudicaba a cada cual un cometido. A Cecilio le tocó acompañar a Francisco Oliva a Nuñomoral, ambos montados en mulas provistas de serones, para guardar los comestibles que comprarían en el pueblo. Así, el mayor de los Cerezo reservaría su brazo, casi repuesto, y serviría de asistente y escolta a Francisco que, de paso, tantearía a los naturales respecto a la presencia de los moriscos, con bastante más experiencia y tacto que el primero. Los demás debían dividirse en grupos. A Gerónimo, junto con Gonzalo, el hermano de Cecilio, les competería hacer tres montones de piedras de diferentes dimensiones, ayudados por las mujeres, que harían acopio de las pequeñas y prepararían barro o arcilla. Mientras, dirigidos por Luis Molina, Nicolás Cerezo y Antonio Crespo, armados de hachas y azuelas, procurarían las ramas más rectas que encontraran, de chopo o pino, para las vigas, de un máximo de cinco codos y medio, de los llamados codos medianos moriscos, y de un diámetro no inferior a seis pulgadas y media. Con esta proporción entre longitud y anchura, se prevenía el alabeo de los maderos. Finalmente, a Pedro Crespo, Alonso y al hijo del capataz, Francisco, les había correspondido la dura empresa de cavar una zanja de un codo y tres cuartos, bien pasados, de anchura, por codo y cuarto de profundidad, a lo largo del contorno de la casa, que dispondría de un frontal de algo más que la envergadura de las traviesas, por nueve codos de fachada. En esa zanja se colocarían las rocas más pesadas, para sustentación de los muros, y se volvería a rellenar a ras de suelo. La última de la pila, fuertemente trabada por un lecho de tierra y piedras apisonadas, iría fijada con barro a la inferior y sobresaldría en la superficie la mitad, o menos, de su altura.

En pocos minutos el asentamiento se transformó en un hervidero. Unos

rodaban grandes cantos con palancas, para emplazarlos cercanos a los que abrían los fosos; otros arrastraban largas ramas sin desbistar, apilándolas para su futuro empleo, y los encargados de excavar los hoyos se afanaban en sacar terrones con las herramientas con que contaban: una pala mellada y dos picos, romos del uso de años. A María Monforte le hicieron cambiar de ropa para que no estropease el vestido de novia más de lo que estaba, de resultas del camino. Le pusieron un sayo y se dedicó a limpiar de guijarros el solar de la choza que previamente delimitara Gerónimo con un simple surco, realizado con la punta de una varilla. Los niños tampoco se libraban. Se les había asignado la función de llevar alcarrazas de agua a las recién constituidas brigadas que la requiriesen. Con Gonzalito al mando, naturalmente, adueñado del cacillo como símbolo de su autoridad, ya que tirar del recipiente lleno era imposible para él. Pero al pequeño líder de los azacanes no le bastaba con acudir cuando lo llamaban. Se aburría y aparecía con los acólitos, obligados a acarrear el cántaro, insistiendo en que bebieran o protestando vivamente si se negaban, pues, si la gente no quería agua, ¿qué clase de trabajo era el suyo? Con este procedimiento y aunque sudaran a goterones, nadie corrió peligro de deshidratarse, continuamente forzados a beber sin ganas.

Todavía así se desanimó el chiquillo, cuyo cargo juzgaba desprovisto de actividad comparado con el infatigable trajinar de los adultos. De un vistazo, repasó el campamento. Mulas y asnos, liberados de cabestros y aparejos, pastaban o ramoneaban tranquilamente, ligadas con maniotas las patas delanteras. Las cabras, separadas de los equinos, pacían ensogadas a estaquillas clavadas en el suelo. Se las percibía apacibles, de una docilidad que movía, como mínimo, a acariciarlas. Tocó los cuellos y espinazos de los animales y éstos transigieron sin apenas alterarse. «¡Qué mansitas!», pensó. Se merecían sustraerlas de aquella inmovilidad injusta, comprendía él, y concederles, de una en una, un pequeño paseo, perfectamente compatible con repartir el agua. Desató resuelto una de las sogas y quiso atraer a la cabra con una ligera sacudida, pero ésta, al advertirse libre, echó a trotar, remolcando tras ella a Gonzalito, con una fuerza inesperada en animal tan menudo. El muchacho corría a trompicones detrás de aquel demonio, que galopaba ya con un disparatado bambolear de ubres entre las patas que cualquiera supondría un

obstáculo, pero que al caprino no afectaba en su alocada carrera. El chico entendió que no debía soltarla pero sí pararla cuanto antes, si no quería ser arrastrado por las piedras. En un instante concibió el recurso de liar la sogá a un árbol y valerse de él como estaca. Los árboles son fuertes. Casi rodeó el acebuche, sin tiempo a darle una vuelta completa. La ingrata cabra era rápida y la soguilla se deslizó por la corteza arrancando astillas, hasta que fueron sus manos las que padecieron la abrasiva fricción, en lugar de la cuerda, y el dolor y la visión de sus dedos ensangrentados desencadenaron el llanto. Entonces, soltó.

Alonso arrojó el pico a la zanja al escuchar los sollozos y corrió a ver al niño. Llegó el primero hasta él y lo encontró sentado junto al árbol, con la cara anegada en lágrimas, gritando y con los brazos separados del cuerpo, a medio extender, como si no quisiera ver las heridas y, en cambio, sí mostrarlas a los mayores, para que lo curaran. Observó que eran simples magulladuras con la piel arrollada y quiso cogerlo en brazos, mas ya estaba allí la madre para consolarlo. Aunque Josefa, tras percatarse de lo que se había hecho, no sabía muy bien si darle consuelo o de capones.

El pastor, para ir en busca de la cabra, abandonó la apiñada tropa de mujeres que, como protectoras gallinas, se habían congregado para evaluar la gravedad del asunto. Mientras tanto, el manajo de niños que llevaban cosidos a sus faldas, miraban entre compungidos, visto el estado lastimoso de su camarada, y satisfechos, por no ser ellos los protagonistas de la desventura.

Al animal no tardó en hallarlo. Corría en dirección al pueblo, pero la sogá quedó prendida a un haz de ramas caídas, que también arrastró, hasta que éste se enganchó a su vez a unas rocas y hubo de detenerse. Alonso no necesitó más que desengancharla para devolverla al campamento, donde la criatura aún gemía con los dedos embadurnados en el jugo de azabara que Benita, asumiendo por primera vez sus funciones de herbolera y curandera, le había aplicado y con el que notó inmediato aplacamiento. El cabrerillo tuvo una idea para distraerlo. Se hizo con una caña de la ribera y la cortó hasta dejarla en menos de un palmo. Con la navaja le practicó una incisión para formar el bisel de la embocadura, le talló tres agujeros y, confeccionado el instrumento, se presentó por detrás del chico entonando tan jovial y trepidante musiquilla —a

la que brindaba, cual jubiloso dios Pan con flauta de un sólo tubo, toda suerte de brincos y piruetas— que conquistó la atención de Gonzalito, magnetizado por el ritmo y las cabriolas, y finalizó con una breve reverencia en la que aprovechó para hacerle ofrenda del improvisado objeto.

El crío, feliz con el sonoro canuto, arrinconó los lamentos y se fue con sus compinches a presumir de tan flamante posesión, sencilla pero codiciable por sus perturbadoras posibilidades, inclusive la postrera, que no había por qué descartar: la de hacer música.

Los niños se disputaban la vez para que se la prestara siquiera unos segundos, y lo colmaban de zalemas y promesas, arrimados a él, dándose empellones por aproximarse y vociferando, mientras los adultos volvían a su trabajo, tan divertidos por la ocurrencia del serrano que Josefa exclamó:

—¡Buen padre para tus hijos te has mercado, María!

La novia siguió barriendo piedras, mas, ufana por el comentario, sonreía y, tierno, encendido el rostro, miraba a Alonso complacida.

Francisco y Cecilio regresaron en ese momento. Venían andando junto a las mulas, que traían atestados los serones, de los que colgaban por fuera tres pares de gallinas vivas, atadas por las patas. El capataz llamó a los hombres para reunirse y las mujeres descargaron las vituallas y las aves.

—Venís bien abastecidos —dijo Gerónimo—. Contadnos, ¿cómo os han recibido?

Francisco se dejó caer sobre una piedra y los demás le imitaron.

—Estas gentes miran con desconfianza —acabó por señalar, al mismo tiempo que aligeraba las alpargatas de barro con ayuda de un trozo de rama—. No les gustan los forasteros. Ni hacen preguntas ni son dados a responder para satisfacer a nadie.

—Eso puede ser favorable para nosotros —apuntó Nicolás—. No se meterán en nuestras vidas a cambio de que no fisgoneemos en las suyas.

—¿Os han dado nuevas ciertas sobre la situación de estas tierras? —preguntó Antonio Crespo, visiblemente preocupado.

—Hicimos lo posible, pero son huraños. Hemos recibido más encogimientos de hombros que indicaciones concluyentes —explicó Francisco—. ¡Hasta que nos dijeran quiénes vendían víveres ha sido difícil! Alguno se

limitaba a señalar vagamente una calle, una casa, mas sin abrir la boca. A quienes hemos comprado les explicamos que volveríamos y que no estamos de paso, sino dispuestos a quedarnos, dejando claro el lugar donde pensamos establecernos, por si se pronunciaban con algún impedimento, pero les era indiferente. Habrá que esperar. Ahora ya están informados de nuestra presencia.

Cecilio, que parecía distraído todo el rato, por fin, intervino.

—Son humildes. Por las trazas de sus hogares, es un pueblo pobre; todas las casas son parejas en modestia.

—La solidaridad entre pobres puede protegernos —comentó Antonio.

—Seamos prudentes —objetó Francisco—. También se da la traición por causa de pobreza. El tiempo dirá.

—¿Qué habéis conseguido comprar? —inquirió Gerónimo.

—Aparte de las gallinas —enumeró el suegro—, hemos traído panes, harina, vino, sal, huevos, aceite, y lo más importante: tocino, para que se deduzca que somos cristianos.

—¿Y qué haremos con él? —preguntó Luis Molina.

—Comémoslo, Luis, comémoslo —sentenció Francisco y acalló a continuación los murmullos de protesta que se levantaron—. Si vamos a vivir aquí, en paz, tendremos que adoptar sus costumbres, al menos las más significativas, las demostrativas, cara al exterior, de que abrazamos sinceramente su fe. Las nuestras son importantes, y los ritos también, pero la vida lo es más y el Clemente sabrá perdonarnos. Si no comemos cerdo, ¿cuánto tiempo tardarían en darse cuenta y echarnos de aquí?

—Lleva razón Francisco —opinó Nicolás—. Además, es comida y no estamos sobrados de ella.

En la generalidad de las caras podía leerse la repugnancia; en el resto, la resignación.

Gerónimo meditaba en silencio. A nadie gusta rociar sal en las llagas de los suyos; no obstante, antes se trague lo amargo, antes se acaba.

—Mañana es domingo; habrá que ir a la iglesia del pueblo. No me miréis así —dijo el capataz—, es propio de cristianos, ¿no? Tenemos que ir con pies de plomo —agregó—, al menos hasta saber el terreno que pisamos. Entonces

ya veremos.

Cecilio se removió, inquieto.

—Pues si hay que andar con disimulos, como en Talavera, no aprecio qué ganamos con irnos; si, al fin, nos hemos empobrecido más para resultar en lo mismo. Estamos en precario, en unas tierras de las que nos pueden echar sin estorbo, apenas alguien proteste. ¿Qué hemos obtenido y en qué nos hemos convertido?

—Hijo, nos hemos convertido en supervivientes, cosa que otros, para su desgracia, no han logrado —alegó Nicolás, con tono comprensivo—. En cuanto a qué obtenemos, te diré: ganamos que no nos embarquen, maltratados y expoliados, rumbo a lugares desconocidos, no escogidos por nosotros, y en los que se nos masacre precisamente por cristianos, que es buena ironía; y en que, si nos quedáramos en Talavera, lo más probable es que fuéramos enviados a galeras, por rebeldes, o a la hoguera, por relapsos. Y aquí estamos, mal, pero salvos y todos juntos. Eso hemos ganado.

De Cecilio brotó un gesto conformista, pero la rebeldía contra el destino roía su temple con la tenacidad de un parásito. En eso, poco se diferenciaba de la mayoría. Dolía en el pecho y en las vísceras. Azotó los pañetes de las pantorrillas, para hacer saltar las costras secas de barro, que cayeron como cascajos sobre la rala hierba, y escuchó a Gerónimo.

—No nos contemplemos más, que lamentarnos no habrá de servirnos, y continuemos con la faena. Francisco: repasa los maderos, que queden los tocones desmochados y haz luego un montón nuevo con éstos. Cecilio, vamos a la zanja —ordenó decidido.

La ocupación de éste, una vez que entre Gonzalo y el capataz conseguían introducir la voluminosa roca en el foso, y con ímprobos esfuerzos la cuadraban, era la de completar los espacios laterales con las piedras pequeñas, barro y, por último, cuñas que las calzaran para asegurarlas y mantenerlas inmóviles. Serían los cimientos de la choza.

Después de comer, excepto Alonso y Cecilio, que descansaron de la noche en vela, reanudaron los trabajos en la hilera hasta las últimas luces de la tarde. Las familias oraban para que no lloviera y se les inundara la zanja, derritiendo el barro y deshaciéndoles la trabazón de guijarros y calzos.

La guardia nocturna no deparó sobresaltos a Pedro Crespo y al joven Francisco Castaño. Salvo los ruidos producidos por las alimañas, transcurrió tranquila y con el cielo despejado.

Pedro mantuvo al muchacho desatento a la modorra, refiriéndole rancias historias picantes de los discretos postigos de la muralla de Talavera, por donde se escurrían, entre las sombras, pícaros, señores y criados de éstos, que les hacían el servicio de escoltarlos, y, a plena tarde, viejas trotaconventos embozadas en sus mantones, amplios como hopalandas, que les ocultaban las facciones; o, punzado por la nostalgia, ponderando lo cómodo que se le hacía vivir en la calle del Tinte, supuesto que su oficio era el de tintorero. Cómo elaboraban los tintes a base de alheña y cartamina, para obtener tonos rojizos, o recurrían al glasto para los de añil, o cómo la mezcla de la gualda, de cuyo cocimiento se sacaba el amarillo dorado, con el índigo producía un verde vivísimo.

Conversando así se les pasó la noche, cobijados en mantas y turnándose para despabilar las brasas, que alimentaban con generosos haces de leña que les hicieran entrar en calor; hasta el alba, en que percibieron ajeteo en los carromatos, síntoma de que la gente despertaba.

La primera en bajar de uno de los carros, en los que dormían mujeres y niños, fue la esposa de Pedro, María, que, por desayunarles, les proporcionó sendos cachos de pan mojados en aceite con una pizca de sal.

En un santiamén las familias rodearon la hoguera, agarrotadas por la humedad y el frío. Nadie quedaba en los carros ni en el cobertizo de los hombres y, mientras tostaba cada uno su pan en el fuego y lo hundía después en la jofaina con aceite, que Antonia Ortiz había colocado diligentemente, el capataz anunció las instrucciones del día: Nicolás Cerezo y Luis Molina permanecerían allí, encomendados de custodiar animales y enseres, dedicando su tiempo a perfeccionar las futuras vigas y a construir un par de escaleras, de medio codo más de la altura de un adulto, para cuando se acometieran los altos de los muros y los techados. Isabel Moreno tampoco iría con ellos. Le tocaba preparar la comida de todos. Los demás se encaminarían juntos al

pueblo, previo aseo y adecentamiento, en lo posible, en donde, como cristianos ejemplares, cumplirían con el precepto de la misa.

Antes de las doce ya estaban frente a la iglesia, pero prefirieron ceder el paso a los vecinos del pueblo y ocupar las últimas filas. Las mujeres delante de ellos, recogidas, con los pañuelos sobre la cabeza, como el decoro exigía, y los varones revestidos de modestia y gravedad.

Al párroco le sorprendió ver tantas caras nuevas, pero recordó que se rumoreaba que había forasteros radicados a legua y media. Tendría que conocerlos, aunque el hecho de la asistencia a misa les catalogaba como fieles. Mas no eran tiempos para credulidades.

Los del pueblo lanzaban ojeadas curiosas a los extraños; pero un hombre, larguirucho, cenceño y nervioso, observaba a Alonso con insistencia, desde su mirada maliciosa, bajo las crecidas cejas. La boca abierta, bobalicona, detenida en una mueca estúpida. Era Nemesio, más conocido como el Jineta por las características físicas que insinuaba el remoquete.

Ni el pastor, ni nadie del grupo, repararon en el individuo, y mucho menos en la prisa con que desapareció de las calles, al acabar la misa, porque el monaguillo salió de la sacristía como una flecha para comunicarles que don Esteban, el sacerdote, les conminaba a esperarlo.

Las familias, confusas e inquietas, se quedaron de pie en torno a los últimos bancos. Gerónimo imaginaba que el cura les obligaría a marcharse lejos del pueblo, para que la Cédula Real no le salpicara. Las mujeres acallaban a los ruidosos niños, por que se les encontrara respetuosos, mientras admiraban las pobres tallas, torpemente policromadas, expuestas en hornacinas o acompañando el altar de la Virgen de la Asunción, y los paños, debajo de aquéllas, bordados con tan malogrado primor como el arreglo de los ramos de flores, encajados en ramilletteros de cobre. Olían, casi masticaban, el rubio aroma del incienso, que lo impregnaba todo; más apagado, el tufillo acre de las torcidas velas ambarinas.

Don Esteban de Villarta era un clérigo pacífico, que vivía dichoso en aquella esquina perdida del orbe, curado de ambiciones. Tampoco quería problemas y, cuando éstos surgían, los lidiaba deshaciéndose de ellos con tesón, sin mirar demasiado atrás. Él se sentía bendito en su casa, servido por

Virtudes, la sobrina, experta en buenos guisos durante la semana y, en días festivos, en algún que otro capón obsequiado por la feligresía. Ambos rollizos y mofletudos, que la cama que compartían hacía tiempo que tenían vencida.

Parsimonioso, apareció el orondo padre, buscando, entre los varones, interlocutor con la mirada. Francisco Oliva comprendió que, por acumular más años, a él correspondía desempeñar el cometido, y se adelantó.

—Vuestra reverencia dirá —dijo, en tanto se inclinaba para besar su mano.

Don Esteban, en el pasillo central de la iglesia, apuntaba con el hombro izquierdo al altar mayor, al mismo tiempo que Francisco, entre dos bancos, cargaba su peso con la mano sobre uno de ellos. Los otros, a su espalda, apiñados, por que ni una palabra se les descaminara.

—Me han dicho que acampáis no muy lejos de aquí —afirmó, con tono neutro, a la espera de que el portavoz de los aludidos se significara.

—Así es, os han enterado bien. Deseamos establecernos en esas tierras, que creemos que no tienen dueño, si vuestro ministerio lo autoriza —agregó precavido.

—¿Sois gitanos? —Y tras frotarse la tonsura, como en un tic, añadió—: ¿Quizá moriscos?

—Somos cristianos, gente de paz, buscando unos terrones que se dejen labrar para nuestro sustento y el de nuestros hijos.

—Que seáis cristianos y gente de paz me basta. En los términos de la parroquia no admito problemas. No os autorizo a que os asentéis en ellos, recordadlo, pero tampoco os lo prohíbo, siempre que viváis honradamente y respetéis los días de precepto, en los que deberéis asistir a las celebraciones, como hoy —advirtió, con el atocinado índice, amenazador—. De lo contrario, si os apartáis de estas reglas, haré que la Santa Hermandad os arroje de mi jurisdicción —dejó de hablar para todos, como había hecho hasta entonces, y se centró en Francisco, para hacerle responsable principal de las consecuencias—. ¿Has comprendido bien?

—Se hará como manda vuestra reverencia —respondió Oliva, repitiendo el ósculo sobre el dorso de la mano del sacerdote, en señal de sumisión.

—Pues ya podéis iros, hijos míos, que he de atender otros asuntos.

Y, tras esperar que salieran, cerró las puertas de la iglesia y se marchó, paladeando con antelación el sabroso pucherillo y el resto de virtudes de su sobrina, que le aguardaban en casa.

No por ser domingo los moriscos guardaron el festivo. Lo que les quedaba de día, la tarde, lo ocuparon en terminar la cimentación de la choza. La ambigua aprobación del cura representaba una esperanza de gran alcance. Les alentaba pensar que sus trabajos, sus construcciones, tendrían utilidad para ellos mismos. Con el propósito de prolongar la jornada, que finalizaba forzosamente con el crepúsculo, Antonio Crespo ideó hacer una fogata sobre la base de un ancho lebrillo que desplazaban, a medida que se necesitaba, empujándolo con palos, para no quemarse.

Por la mañana, la cimentación estaba lista. Las piedras que descansaban sobre las enterradas asomaban su mitad a nivel del suelo. Ya podían arrancar los espesos muros, para los que utilizarían las piedras medianas, que irían combinadas con las pequeñas y con masas de barro alojadas en los huecos.

Gerónimo, albañil de oficio, se fabricaba una plomada con una cuerda atada a un canto, por cerciorarse de la verticalidad de las paredes, cuando los niños avisaron de que se acercaban cuatro extraños a lomos de mulas.

Los hombres se irguieron y, con las herramientas bien sujetas, cercanas al cuerpo, se agruparon, con el capataz a la cabeza. Harto prematuras las cortesías de vecinos, por lo demás desusadas en gente tan encerrada en sí misma, las visitas repentinas no auguraban encuentros cordiales. Acaso alguien, escamado, les había denunciado al cabildo hermandino.

Los animales pararon al comienzo de la pequeña explanada. Rafael Monforte, comprobada la superioridad numérica de los acampados, que les miraban expectantes, empezó por saludar:

—¡A la paz de Dios! —Pero, enseguida, exhibió sus maneras, no dando tiempo a ser contestado—. No sé quiénes sois, ni me ataño...

—¡Padre! —exclamó María en un gemido, interrumpiéndole el discurso.

María Ribera y Benita abarcaron la cintura de la serrana, confortadoras.

—Vengo a recuperar a mi hija, que ese malhechor ha robado para mi deshonra —dijo, señalando al pastorcillo—. Entregádmela u os juro que sufriréis las consecuencias.

—¡Aquí nadie ha robado nada! —soltó Gerónimo, con no menos severidad y, relegando la discusión con Rafael, en prueba de lo poco que las palabras de éste lo alteraban, le habló al Nemesio, a quien atribuyó la función de correveidile—. He visto antes tu cara, ¿no estabas tú ayer en la iglesia?

Uno de los acompañantes del padre de María, un sujeto chulesco y mal encarado, con una cicatriz que le cruzaba desde el pómulo izquierdo hasta la barbilla, respondió al capataz.

—¿Qué te importa a ti dónde hayas visto al Jineta? Haz lo que se te dice, ¡destripaterrones!

El morisco sopesó el temple y la decisión de los cuatro. Rafael Monforte sólo se la jugaría ante la seguridad de que no le devolvieran a su hija. El Jineta, como buen chivato, no tendría ánimos más que para correr, cuando las cosas se pusieran feas. Sólo le quedaban dos: el bravucón y el que no había dicho palabra, seguramente el más peligroso, pero también consciente de la inferioridad en el número, si se le demostraba que eran algo más que unos pobres labradores. Le sonrió a Rafael.

—Es osado el salteador de caminos —proclamó, calificándolo de ese ofensivo modo—, además de deslenguado, pues pronto nos ha hecho saber el apodo del amigo. Me gustará desollarlo después de cortarle la lengua —reconoció con despego, como si extirparle la piel a alguien fuera un inocente esparcimiento—. Te hago una propuesta —formuló a Monforte—: te entregamos a la muchacha a cambio del valentón. Y aun al pastor, tras desorejar al Jineta. ¿Qué me dices?

La oferta ponía a Rafael en un aprieto inaceptable, pero sabía que, para un padre, lo primero era rescatar a su hija. Nemesio, pálido, sentía que la boca se le secaba. Aquel animal estaba demasiado tranquilo como para componer baladronadas ociosas. El rufián callado remiraba, calculador, por descubrir una vía de escape. Sin embargo, el bravucón parecía tener más arrestos y frustró la intervención a la que se disponía el padre de la muchacha.

—En lugar de desollarme, ponme al servicio de vuestras mujeres; se les subirá el contento a las caras —vomitó, posando sus ojos impudicamente en Antonia Ortiz.

Cecilio, al ver examinada así a su mujer, no se resistió a la ira que ya le

asomaba al rostro y, blandiendo el pico, se abalanzó al truhán. La daga, que desenfundó con inusitada presteza, paró el golpe. Pero el choque fue de tal violencia que el brazo, todavía lesionado, se resintió, inmovilizándolo unos segundos, circunstancia que el villano quiso aprovechar para asestarle una buena estocada, quizá de muerte. Mas, no bien hubo levantado el arma para caer sobre él, experimentó una aguda punzada en el muslo que le impidió acertar en la presa. Gerónimo, al percibir inerte a Cecilio, había saltado hacia el contrincante de éste y ensartado la pierna con el cachicuerno, atravesándola hasta el aparejo de la bestia.

En aquel instante, los demás hombres rodearon a los jinetes. No se supo si Nemesio se movió por iniciativa propia o de la acémila; el caso es que se movió. Alonso, que se consideraba causante del desaguizado, interpretó que el Jineta iba a agredir a uno de sus nuevos camaradas, que les acogían y ahora daban la cara por ellos y, de su honda, una piedra del tamaño de un huevo de gallina, salió proyectada, vertiginosa, con la celeridad de una saeta. Si alguien hubiera medido la frente del gañán, habría hallado el centro exacto en el punto en el que impactó el pedrusco.

Fue una caída irrefrenable, pero lenta, como contenida, porque no era obra del empuje del golpe, sino de la pérdida del conocimiento, por lo que dio con la osamenta en tierra. Un círculo blanquecino, casi lechoso por ausencia de fluido sanguíneo, creció en segundos. Gonzalito levantó un dedillo apuntándole, en silencio, por un momento seguro de que a aquel lugareño le había nacido un lucero.

El grito de María se impuso sobre la confusión.

—¡Basta ya! ¡Padre, a mí no me ha robado Alonso! Yo le pedí que se fugara conmigo.

—Sí, concluyamos con esta locura —secundó Francisco Oliva—. Hablemos como personas, sin amenazas ni más sangre. Vosotros, desmontad y sentaos con nosotros. Gerónimo y Cecilio, desarmad y auxiliad al herido.

Rafael Monforte y el callado se aproximaron, obedientes. Francisca Torres, expeditiva, llevó un cubo de agua y se lo volcó por encima a Nemesio, que recuperó la conciencia y, aturdido, se buscó las orejas, por si habían cumplido con lo dicho.

Los enamorados se sentaron a prudente distancia del progenitor de la chica. Francisco retomó la palabra para dirigirse a éste.

—Como ya has oído, María está aquí por su voluntad y puede marcharse cuando se le antoje. Yo mismo estoy en condiciones de dar fe de que Alonso no la retiene, porque se le han presentado oportunidades de evadirse, más de una vez la ha dejado a solas con nosotros, y las ha desaprovechado. Mas, te seré sincero —reveló, observando la faz del serrano, endurecida por el disgusto—, si no quiere irse contigo, protegeremos su decisión.

El hombre asintió con la cabeza. Miró a María y le preguntó, más dolido que encolerizado:

—¿Por qué lo has hecho? Tu madre está como loca. Día y noche se los pasa llorando, y yo he preguntado por ti, sin descanso, en todas partes, y he explorado los alrededores de la casa, temiendo que los animales te hubieran atacado o que te hubieses caído por un precipicio. Vuelve conmigo, él no tiene nada que ofrecerte —atestiguó, indicando con una mano al pastor—. Nosotros te encontraremos un marido.

—Padre, no volveré si no es con Alonso. Él será mi marido... o no lo será nadie.

La pertinaz resolución de la muchacha impresionaba. Tanto más cuanto su físico, de faz amable y armónicos miembros, discordaba con la reciedumbre de su temperamento. ¿Esa fortaleza se nutría del amor o éste se cebaba de su carácter?

Con la colaboración de Cecilio, Gerónimo había atajado la hemorragia y vendado la pierna del perdonavidas, al que descuidó luego, sabiéndolo inofensivo, para unirse al grupo que parlamentaba sobre la suerte de la pareja. Benita, retirada, asistía al Jineta aplicándole paños fríos, por conseguir menguarle el chichón que, en forma de cuerno mocho, le adornaba la testuz.

Rafael fulminaba al cabrero con miradas aviesas, en las que se descifraba, con absoluta transparencia, la promesa de que se las pagaría cuando las circunstancias le fueran propicias. Nicolás, que se venía percatando, estalló:

—¡Esperabas un suceso trágico y has encontrado a la chica viva, libre e ilesa! Para un amante padre, ¿no sería pretexto para glorificar la ocasión y abrazar a su hija? ¡Lo que tienes que hacer es dar gracias al cielo y casarlos

inmediatamente!

Las argumentaciones en defensa de la boda sobrevinieron en avalancha, haciendo recapacitar al albercano que, vanamente, intentaba protestar. Mientras, María aguardaba implorante, aunque firme en sus trece.

—Vamos, transige y deja que sean felices o... ¡lárgate de una vez! —le instó el impulsivo Antonio Crespo, incorporándose por hacer patente que no dilatarían más la entrevista.

A Monforte no le faltaba más que capitular.

—Está bien, ¡consentiré!, pero te vienes ahora mismo. Y tú... igualmente —añadió—. Que ya te daré yo a ti tarea. No pienses que vivirás de la sopa boba.

—No te preocupes por eso, has hecho una buena adquisición. Alonso es noble y no rehúye el trabajo —opinó Gerónimo—. Mas, no se irán sin cláusulas, no nos creas tan estúpidos. Exijo tu palabra de que los casarás debidamente; y al cabrero la suya, en cuanto a que comparecerá ante nosotros, aquí, en el plazo de tres meses. He de advertirte —continuó— que, si no viene o bien me cuenta alguna bellaca argucia tuya, te visitaré yo y entonces arderán tus posesiones, y quizá tú con ellas.

—Y yo lo acompañaré —aseveró, inesperadamente, Cecilio.

El padre de la serrana, que había reparado en la dureza de la mirada de Gerónimo y en su determinación para clavar un cuchillo sin vacilaciones, se doblegó a la voluntad de éste a pesar de que le sublevaran las amenazas. Ambos, el pastor y él, juraron cumplir con lo que, a cada cual, le tocaba.

Con esto resultaba implícita la conformidad de Alonso con regresar a la sierra de la Alberca; sin embargo, optó por ser más expresivo.

—Preferiría vivir entre vosotros, que nos tratáis como si fuéramos de vuestra familia y nos habéis defendido como tal, pero comprended que no quiera separar a ella de la suya por mal que a mí me vaya —explicó, aludiendo a los modales de su futuro suegro.

—Haces lo que debes —interrumpió Francisco, viendo que la emoción le jugaba al cabrerillo una mala pasada.

—Aquí nos tienes —dijo Nicolás.

Gerónimo echó una última mirada de aviso al Jineta y al herido, que

entendieron a la perfección. Jamás pondrían los pies en aquellos parajes, sino a costa de sus vidas.

Teresa Oliva, entretanto, había hecho un hatillo con el traje albercano de novia que le entregó a María.

La despedida no estuvo, en efusividad, a la altura del afecto que habían tomado a la joven pareja, pues Francisco quería que aquellos hombres abandonaran el lugar cuanto antes; pero, ya próximos a desaparecer por la primera curva, Benita no pudo aguantarse y gritó:

—¡Que seáis felices!

María Monforte se giró, desde lo alto de la mula de su padre, para saludar con la mano. A esa distancia no se percibía el brillo acuoso de sus ojos.

El responsable de los moriscos rompió la inmovilidad del grupo.

—¡Las chozas nos reclaman!

Cecilio y él procedían a colocar las piedras medianas cuando el primero se enderezó para confesarle:

—Sin tu pronta actuación me habría malherido o muerto el endiablado jaque —expuso, oprimiéndole cariñosamente el hombro.

—Cierto, mas también lo es que, como anunciaste, hemos corrido un riesgo innecesario.

—Los muchachos lo valían —aseguró sonriente.

—Eso sí —admitió Gerónimo, continuando con el trabajo.

Las paredes progresaron a buena velocidad, robustas y bien perpendiculares al suelo, por la constancia en la aplicación de guías y plomadas a que el capataz las sometía. En una semana alcanzaron la altura, de poco más de tres codos, prevista para la primera planta. Asimismo, dejaron terminado el vano de la puerta, sobre el que plantaron el cargadero, un grueso tronco de encina que Luis Molina tornó en rústico paralelepípedo, a fuerza de hachearlo con la azuela.

Los extremos de las doce vigas empleadas, distanciadas entre sí trece pulgadas, fueron embutidos en los muros hasta la mitad de su grosor y sellados desde el exterior con sendas piedras.

Al acabar la siguiente semana, encajaron las vigas del piso superior con la misma técnica. Después adosaron transversalmente las alfajías a las traviesas, atándolas con tiras de corteza verde, para crear, de este modo, la consistente armadura que recibiría la pizarra, fragmentada en espesas láminas, que la recubriría por completo. Entre las lajas y las alfajías insertaron una capa muy tupida de ramaje, con objeto de que les sirviera de protección contra el frío y el calor. La altura de este piso era mayor que la del inferior. En la parte más baja, pues el tejado tenía una inclinación de alrededor de un quince por ciento, se podían calcular algo más de tres codos y un tercio. Gerónimo insistió en emplazar aleros en el frente y en el muro trasero, por mejor defensa de los aguaceros. El de la fachada, más amplio, llegaba a proteger parcialmente la única ventana de la choza.

Los peldaños de la pobre escalera, de tierra apisonada y cantos, con troncos de ramas para los bordes, no disonaban de lo rudimentario de la propia cabaña, que no poseía chimenea ni tosco cañón para conducir el humo, y debía éste colarse por el ventano o los huecos que, entre las piedras, buenamente hallara.

Por la duración de la obra, quince días en total, estimaron que necesitaban dos meses más para edificar las otras cuatro. A treinta y uno de enero, como estaban, significaba que podrían habitar las cinco chozas a primeros de abril, siempre que las condiciones no variaran. Una cuantiosa lluvia o un viento demasiado impetuoso postergarían la ansiada hora en que las familias podrían disfrutar de independencia.

La fecha aún contenía otro mensaje: que el plazo del rey había expirado y, felizmente, no se les hostigaba. Aunque, en el caso de reconocerles como moriscos, serían juzgados en rebeldía; acreedores, en consecuencia, de las penas impuestas por el monarca.

Al concluir la segunda casucha, las mujeres y niños, que habían sido hacinados en la primera, se repartieron por ambas. Con este régimen se organizaron hasta coronar la última, momento en que cada cual ocupó, con su parentela, la que, por sorteo, a pesar de la semejanza de las cinco, le adjudicó el azar.

Habían culminado dos meses y medio de trabajo intenso, en el que las

mujeres se tuvieron que hacer cargo de guisar los alimentos que ellas mismas conquistaban a la naturaleza, mientras los hombres consagraban sus fuerzas a crear las sencillas moradas. La urgencia las trocó en hábiles maestras en el arte de poner toda clase de trampas a perdices y conejos, y en pescar barbos o carpas del río. Cuando las capturas no daban para saciar la perenne gazuza, echaban mano de verduras, tubérculos o de las castañas recolectadas en invierno, para la socorrida sopa.

Por hambre, pensaron, adelgazaba María Ribera, antes tan fuerte y ahora siempre tan cansada, que tardaba más que ninguna en apostar o dar repaso a las trampas. Lo único que no se le veía tan flaco era el cuello, extrañamente más hinchado en la parte anterior a medida que corrían las semanas.

A la anochecida de un día de mayo, transmutada en alquería lo que fue campamento, dormidas las gallinas, las cabras y demás animales a buen recaudo, y engullido el parvo sustento, Gerónimo anunció a sus hijos, Francisco y Teresa, que el abuelo iba a contarles algo; en adelante, un secreto que debían ocultar. Pero también un legado para sus descendientes, el relato de la historia familiar, de su tradición. En resumen, la clave de su identidad.

El abuelo se levantó del escabel en que se hallaba sentado, paseó, como era su costumbre, con los pulgares en el cinto de cuero, y comenzó la narración: «Hace más de un siglo, nuestros antepasados vivían felices en un reino que se llamaba Granada, en el que habían nacido tanto ellos como sus padres, en una sucesión casi infinita hasta llegar...».

Horas, sólo horas antes, don Agustín Ruiz de Fuentencalada y don Gabriel de Guzmán, alcaldes del cabildo hermandino, mandaron liberar al preso Francisco Brabo para que presentara su título de cuadrillero en la sala capitular. El escribano, Antonio Velasco de Arriaza, hizo trizas el documento delante de todos los presentes y le exigió una fianza, a la que aquél se allanó, si no quería pasar otra temporada entre rejas. Con ese gesto del escribano, el corrupto Brabo quedaba expulsado para siempre de la Santa Hermandad.

De ello no se tuvo noticia en la alquería, ni el caso guardaba relación con lo sucedido a ellos con el hermandino, ni nadie se volvió a acordar de él. Si los árboles murmuraron, se debió sólo al viento que los balanceaba; y si se escuchó aullar a los lobos, fue de hambre que tenían... como todos en el valle.

El monasterio

Siglo XX

Capítulo IV

Aún era noche cerrada cuando yo ya estaba en la puerta de la iglesia de San Pedro, a la espera del padre Zaragüeta.

Dejé que el burro, suelto, mordiera la seca hierba que nacía entre los guijarros, para aproximarme al arco de la portada que se apreciaba en la penumbra. Cualquiera cosa me maravillaba, tan pocas había visto. Hoy la habría admirado igual, porque lo merece; pero, entonces, no entendía que una construcción de esa magnitud pudiera ser realizada por el hombre. Además de emplear materiales pesados, que ya era mérito, quienes hicieran aquel arco se exigieron la perfección y, no conformándose, se permitieron aderezarlo con adornos, como juzgué los canecillos, también de piedra.

Montado a horcajadas en un mulo zaino, el fraile atravesó las tinieblas hasta que pude verlo. Le asomaban unos pantalones oscuros, preparados para el trance, pues el hábito, aunque largo, en tal postura se le alzaba más arriba de media pierna. Al aspirar el cigarrillo, la punta incandescente se reflejó en los cristales de sus gafas y le iluminó la cara por un instante.

—¡Buenos días! —saludó, cuando se apartó el pitillo de la boca—. ¿Has desayunado?

—Buenos días, padre —saludé a mi vez—. Todavía no he comido nada.

—Me lo figuraba —dijo, y de uno de los serones sacó una fiambreira metálica, me tendió un trozo de chorizo y, de la talega, una buena porción de pan. Después me apremió—: Sube al borrico, que nos queda mucha carretera por delante.

Seguimos la calle Sol y cruzamos la puerta del mismo nombre, en la muralla.

—¿Sabes? —comentó cuando perdíamos de vista la población—. Me alegro de que vengas al monasterio. Por poco que el plan que tengo para ti salga bien —me animó—, tendrás la ocasión de hacerte un hombre de provecho. Si Dios lo quiere... y tú perseveras.

—Sí, padre.

Desconocía lo que significaba ser un «hombre de provecho», ni «perseverar», pero lo deduje. De lo que no había duda era de que me alejaba más y más de mis padres y mis hermanos; de la alquería; de los gruñidos, que ahora añoraba, de la vieja Clementina; de la risa explosiva e inocente de Isidoro. La suma de todo ello constituía, para mí, la imagen de la infancia, la protección y el afecto, de los que quedaba desposeído.

El mulo nos rebasó al burro y a mí. En el otro serón conjeturé que había guardado los libros que el religioso fue a buscar a Plasencia, por el cuidado con que estaban recogidos, bajo una lona impermeable. Era evidente que les dispensaba un gran valor.

El franciscano, parco conversador, de vez en cuando se dirigía a mí, pero más para comunicarme particularidades del camino o para anunciarme el nombre de los lugares por los que pasábamos, como hizo al cruzar el puente sobre el río Tiétar, que para emprender un diálogo.

Únicamente, mientras paramos a comer, a mediodía, me preguntó si, al encontrarnos de madrugada, miraba la fachada del templo por simple curiosidad, a causa de que hallara algo extraño, o porque me gustaba. Al responderle que lo hacía porque me deslumbraba y que tuviera en cuenta que jamás había contemplado obras semejantes, se congratuló de que le concediese mérito al arte, que eso revelaba un espíritu sensible, aunque estuviera por cultivar, y que en Toledo me sorprendería.

Ya no volvimos a hablar hasta que entramos, a media tarde, en Navalморal de la Mata, donde le aguardaba el párroco de San Andrés; una iglesia, esta, de sólida estampa que, según refirió, mandó construir un obispo de Plasencia cuatrocientos años antes.

El cura tenía preparada una habitación para el monje, en el hogar

parroquial, pero como a mí no me esperaba, hube de alojarme en la casa de una vieja beata que creyó que acudía al monasterio a tomar los hábitos, lo que pesó positivamente en su comportamiento. Pícaramente, no la saqué de su error, y se desvivió por que en el cuarto no faltara detalle para mi bienestar. No obstante, los tres cenamos en la casa del párroco, quien se sumergió de inmediato en una apología, no exenta en absoluto de razón, sobre el interés artístico de su iglesia de San Andrés, a lo que el fraile asentía pacientemente. Yo callaba y comía, sabedor de mi ignorancia, hasta que el sacerdote sacó a colación el reloj de sol. No dije palabra, mas mi cara de incredulidad fue decisiva para que el buen hombre se ofreciera a enseñármelo.

En la fachada principal señaló una semicircunferencia, situada en el segundo contrafuerte. Nos explicó que, con anterioridad a su ubicación en la iglesia, en el siglo XVI, estuvo junto a una antigua posada que daba al Camino Real, y que los viajeros se detenían allí para consultar la hora y seguir su camino o descansar. Después se entretuvo en precisarme cada uno de los componentes del reloj: el limbo, el gnomon, también llamado estilo... y cómo la sombra proyectada por este último, sobre las líneas horarias grabadas en aquél, determina la hora.

—¿Y de noche, padre? —pregunté ingenuamente.

El párroco me miró, por si le tomaba el pelo, en tanto el franciscano reía abiertamente. Cuando se convenció de que la pregunta sólo estaba motivada por mi rusticidad, accedió a responder.

—Sin sol no sirve para nada, hijo. Había entonces otros relojes: de arena, de agua, algunos mecánicos; pero éste, como su nombre indica, únicamente puede consultarse con iluminación solar.

Fuera por lo que fuese, el cura ya no insistió en mostrarnos el interior del templo y ambos me acompañaron a casa de Rosario, la anciana que me hospedaba, a la que dieron instrucciones para que me despertara antes de rayar el alba. En el trayecto, al padre Zaragüeta no se le borró la sonrisa socarrona que tenía dibujada en el rostro.

La amable beata me acechaba con un vaso de leche caliente y no consintió en separarse de mí hasta que me lo tomé. En la habitación, y seguramente en toda la casa, la humedad rezumaba en las oscurecidas paredes, tal vez por

efecto de aguas subterráneas, y de ellas se desprendía un intenso olor; pero, sobre aquella mullida cama y con el estómago lleno, me sentía en un palacio.

La jornada siguiente fue muy penosa, por prolongada, pues nuestra meta era alcanzar Talavera de la Reina. Igualmente, pernoctamos a expensas de un párroco. Más que un pueblo, era una ciudad, por habitantes y por extensión, porque tardamos bastante en atravesarla al marcharnos. El monje me documentaba sobre la importancia de sus ferias de ganado y de la artística cerámica que en los alfares talaveranos se fabricaba, sin saber que yo andaba distraído pensando en que de allí, hacía siglos, habían partido las familias que fundaron mi humilde alquería.

El viaje a la ciudad imperial se me hacía interminable; aunque esta etapa, hasta La Puebla de Montalbán, era más corta que la anterior. Pasamos Cebolla y Carpio de Tajo. El descubrimiento de pueblos y monumentos aplacaba, a pesar de todo, la congoja que la lejanía y el continuo camino me provocaban. Había visto un castillo, a las afueras de Cebolla, que el franciscano denominó de Villalba, y que tenía tantos siglos que me perdí en las cuentas, pero que si allí estaba, dijo, era por defender una calzada tan antigua como la fortificación y que discurría paralela al río. La orografía, las tierras, tenían una textura y una tonalidad diferentes que declaraban su fertilidad, acaso por los múltiples afluentes que la atravesaban para ir a fundirse con el Tajo.

Fueron los franciscanos los que, en La Puebla, nos dieron asilo en el convento que aún tiene allí la Orden. Tanta importancia le había dado a su monasterio el padre Luis Zaragüeta que creí que dependían éstos de los toledanos, mas no era así: los ocho o diez frailes que conté debían su obediencia a Madrid. Sin embargo, cuando mi circunspecto monje pidió unos libros para la biblioteca de San Juan de los Reyes, en nombre del padre Antonio Abad, el archivero, se subordinaron a los deseos de éste y le entregaron las obras requeridas. Con protestas, desde luego, pero se sometieron cuando les fue advertido que, en caso contrario, sería el bibliotecario en persona quien iría por ellos.

Como aún quedaban horas para la cena, al padre Luis se le antojó pasear por la población y me invitó a ir con él. Mientras nos aproximábamos al centro me contaba la trascendencia histórica del pueblo, entre la que destacó

el nacimiento del autor de La Celestina, que ensalzó como una obra fundamental de la literatura española. Yo apenas entendía nada, claro. Años después he repetido, en numerosas ocasiones, esta visita, y siempre tuve, en La Puebla, sensación de afinidad, así como de placer al contemplar su plaza porticada, sustentada sobre columnas de granito. Asimismo con el palacio de los condes de Montalbán, que se comunica con la iglesia de Nuestra Señora de la Paz a través de un arco, el Arco de Palacio, sobre el que se levanta un pasadizo cerrado, con balcón. Por aquí la señora condesa, según me relató el sacerdote, pasaba para sentarse tras una celosía, con jabalcones, adosada al interior de la parroquia en el muro oeste, muy por encima de la altura de los fieles, y desde allí seguía la misa. Para no mezclarse con el pueblo, deduje, y no ser contaminada de la vulgaridad plebeya.

Regresamos poco después de vísperas, pues a él, por estar de viaje, lo habían eximido de rezos en comunidad, me reveló el fraile. Así supe que tenían dividido el tiempo de día y de noche, con toques de campanas que diferenciaban uno de otro.

El guardián esperaba al padre Luis. Al entrar le hizo una seña para que se acercara solo, y cuchichearon un rato, dirigiéndome miradas. Yo no les quitaba ojo, a unos metros de distancia. Imaginé que de nuevo discutían sobre la posesión de los libros, mas me equivocaba. Al cabo, aquél le dio a éste lo que me pareció un hatillo. Más tarde me enteré de que las lamentables condiciones de mis pantalones, sucios y remendados hasta la saciedad, no habían pasado inadvertidas a la escrutadora observación del superior, y me proporcionaba unos que, si bien eran usados y algo grandes para mi talla, gozaban de mejor estado.

Me cambié de pantalones en la celda que me destinaron para esa noche, teniendo buen cuidado con la bolsita de tela que contenía el talismán y que, hasta el momento, todavía no había examinado. Ya lo haría en el otro monasterio cuando, acogido a la hospitalidad de los monjes, estuviera a solas. Si es que me admitían. Los otros los tiré por recomendación del padre Zaragüeta, que me prometió una muda completa.

El desasosiego que me procuraba el cúmulo de novedades me perturbaba para tener un descanso profundo, pero eso no sirvió de impedimenta suficiente

para que reaccionara con rapidez en cuanto escuché el golpeteo de nudillos en la madera de la puerta. Oímos las tres campanadas de prima cuando salíamos de La Puebla por el camino de Toledo, al despuntar la aurora.

Este último tramo de mi éxodo era el de menor extensión, pero el calor se hacía insoportable conforme avanzaba la mañana. Por fin, aquel veintiuno de junio, a las dos de la tarde, pisábamos el extremo meridional del puente de San Martín, bajo la sombra de la puerta que lo guarda, cuya torre de piedra ofrece diez o doce segundos de frescor antes de recorrer su calzada, expuesta a un sol inclemente, abrasador. No obstante, quedé boquiabierto, embobado, ante la visión de Toledo y del propio puente, hasta el punto que, haciendo caso omiso del fuego que ardía en mi cabeza, me asomé por el apartadero, para ver los cinco ojos que cuenta y los tajamares, agudos divisores de la corriente, con que la rompe y defiende sus pilares.

El fraile me vigilaba como quien se halla con una criatura recién salida del bosque, que a cualquier cosa reputa de portentosa. No andaba equivocado, excepto que el puente de San Martín no es cualquier cosa, como no lo es nada en Toledo.

Cruzamos el arco del otro lado y ascendimos la cuesta de San Martín. Dejamos a la izquierda la Puerta del Cambrón y enfilamos, a la derecha, la última subida hasta el monasterio. Entonces apareció ante mí aquel soberbio edificio, macizo, con aquellas agujas que apuntaban derechas al cielo. Tan colosal, que la candidez me impulsó a preguntarle:

—Padre, ¿esto es obra de Dios?

Me observó, indeciso; primero a mí y, enseguida, al templo, yo diría que emocionado. Acaso la sencillez de espíritu y la ignorancia de los más elementales conocimientos descubra puertas o intersticios que los prejuicios velan. Quizá, desnuda nuestra mente, libre de prevenciones, la visión de conjunto, en determinadas condiciones, sea reveladora de matices, de detalles que debieran sumarse a los que el cultivado considera. La mirada inocente, sospechosa de estupidez, puede aportar ángulos nuevos no contemplados que no merecen repudiarse apresuradamente sin dedicarles un tiempo de reflexión.

—Es comprometido responder a eso —replicó, pensativo, el padre Luis—. Dios, directamente, no fue. Pero... ¿quién nos dice que no se obedeció una

orden suya? De lo que puedo darte fe es de que desde dentro nos comunicamos con Él.

Me detuve un momento. No comprendía qué objetivo tendrían unas cadenas colgadas en su portada que, por lo demás, no armonizaban con el resto de la fachada.

—Bien, vamos —dijo el monje—. Estás a punto de entrar en San Juan de los Reyes o San Juan ante Portam Latinam.

Como era lógico, entramos por el lateral que da al monasterio, dejando fuera a las bestias, que descargamos previamente. De ninguna manera se dejaría el franciscano los libros en la calle. Dentro del portal llamó a un timbre y salió a recibirnos un estudiante, de los que llaman teólogos y han de estudiar cuatro años bajo la supervisión de los frailes profesores, tengan la preparación que tengan y vinieren de donde fuese. El teólogo, bastante joven y de tez excesivamente pálida, que contrastaba con el negro de su cuidada barba, se encargó de llevarse a los animales, a los que introdujo por otra puerta, y los encaminó al huerto. Nosotros dos recorrimos un largo pasillo, donde había un buen número de celdas. Llegados a la altura de un pequeño oratorio, determinó él que le aguardase allí, mientras hablaba con el padre guardián.

Me senté, pero yo sabía que en aquellos instantes se dirimía mi futuro. Al menos, al amparo de la orden, mi existencia, aunque dura, podría ser provechosa; mas, si no se consentía mi estancia... ¡no quería ni pensarlo! Los nervios me carcomían y sentía desmandarse el corazón. Una talla, a la izquierda del frontal, reclamó mi atención. Era un fraile, de cara entre bondadosa y severa, que me miraba. Por insólito que fuera, aquellos ojos, que parecían decirme que no había que temerle a la vida, consiguieron aquietar los disparatados latidos.

En realidad no llegarían a diez minutos los que pasé en la capilla, cuando el padre Zaragüeta requirió mi presencia en el corredor. A su lado estaba el padre guardián, a quien fui a besar la mano y que, con gesto natural, me ofreció el cordón del hábito en su lugar.

—Bueno, padre —le decía el superior a éste—, le acompaño al refectorium y continuaremos en él nuestra charla mientras come. Le hemos dejado un plato de comida caliente. Al muchacho haré que le preparen algo de

la despensa y podrá comer en la cocina.

Les seguí por el pasillo y la escalera hasta la planta baja, donde se encontraba el refectorium, contiguo a la cocina. El guardián se dirigió a ella, mientras el padre Luis se sentaba a la mesa, donde un plato tapado con otro y cubierto con una servilleta, para mantener la temperatura lo más posible, le esperaba en su lugar.

El padre Francisco Moya, el superior, dio instrucciones al cocinero, el padre Baltasar Burgos, para que mitigara mi hambre. Éste se dispuso a hacerme un bocadillo con lo primero que halló en la despensa, una tripa de salchichón que troceó con sus manos gordezuelas y que fue depositando en el bollo abierto. Olí la apetecible grasa del embutido al primer corte que hizo, y mi boca se inundó. Los blancos puntos del tocino dejaron su huella de pringue en el delgado y bien vaciado cuchillo. Di tal dentellada, cuando el cocinero terminó, que estuve en un tris de atragantarme. Luché con el bocado hasta dominarlo, en tanto veía el huerto desde el ventanal. El fraile no me quitaba la vista de encima, con sus ojos azules, plácidos y como prontos a la risa. Me ofreció un vaso de agua y acto seguido volvió al fregoteo de platos en el que debía de andar cuando llegué.

Yo aparentaba estar concentrado en el bocadillo, pero no despegaba la oreja de la conversación que se desarrollaba en el comedor.

—Padre, comprenda que no sabemos nada de él —decía el guardián—. ¿Quién sabe si se ha escapado de su casa o es un malhechor?

—Padre Moya, nadie que tenga prisa por huir lo hace con un borrico cargado de leña. Por otra parte, ¿qué clase de malhechor puede ser éste, de catorce años? Yo más bien creo que es un desgraciado, al que podemos socorrer a cambio de su trabajo.

—Hay mucha gente desgraciada y no nos la traemos a casa. Esto es una orden religiosa y no un hospicio. ¿Cómo le ha convencido? Dígamelo. Usted es un hombre inteligente.

—A él ni se le hubiera ocurrido convencerme. La idea es mía, lo confieso. Pero... ¿no necesitábamos alguien que ayudara al padre Baltasar? Pues aquí lo tenemos.

—¡Eso! —saltó el superior—, y si mañana viene a prenderlo la Guardia

Civil, ¿qué le decimos al comandante?, ¿en qué situación nos pone?

—¡No me venga con historias, coño! Le repito que tiene catorce años, ¿qué crimen ha podido cometer?

Yo miraba por entre el quicio y la puerta, en descuido del cocinero.

—¡Qué tozudo y qué malas pulgas tiene, padre! Cómo se conoce que es usted navarrico, ¡por Dios!

El padre Zaragüeta alzó la nariz aguileña y suspiró de impaciencia.

—Pero si es que está claro. Es sólo un muchacho muerto de hambre, que puede colaborar en las faenas del monasterio. En la cocina, en la iglesia, en el huerto, incluso cederá el asno para nuestro uso, estoy seguro, a cambio de comida, ropa e instrucción.

—¿Instrucción? —preguntó el guardián—. ¿Quién le va a dar instrucción?

—Pues... yo había pensado en usted, padre —mintió—. ¿Quién mejor?

—¡Sólo faltaba eso! Me trae usted nuevas obligaciones, como si no tuviera ya bastantes. ¡Olvídelo!

—Está bien, usted gana... Si me autoriza, me haré cargo yo.

—¡Por supuesto que lo hará usted!

—¿Quiere decir que lo admitimos? —preguntó. Pero, sin dar oportunidad a responderle, añadió—: Lo celebro, nadie sabe si no despertaremos en él la vocación.

El padre Moya cayó en ese instante en que había sido envuelto en una ingenua celada. Se puso en pie e intimidó al otro con el dedo índice varias veces, antes de advertirle:

—Esta noche puede pasarla aquí, pero mañana expondré el caso a mi consejo. No cante victoria todavía. ¡Ah!, y me reza dos rosarios, ¡por malhablado! ¡Parece mentira que sea religioso! —rezongó, saliendo del refectorium.

Entré en el comedor a tiempo para ver cómo el astuto fraile mudaba la expresión divertida a la más rancia seriedad, por mantener, ante mí, la compostura.

—Padre Luis, tengo que agradecerle... —comencé, pero me lo impidió a voz en grito.

—¡Cállate, Ángel! ¿Has estado escuchando conversaciones ajenas? ¡Esa

costumbre es de mala educación! Pero, bueno —simuló calmarse—, ya no tiene remedio. Y no me agradezcas nada, que aún falta el visto bueno del consejo. Ahora vamos a buscarte una celda para esta noche, y mañana Dios dirá.

Se levantó y suponiendo que yo le iba detrás, se echó a andar con ese caminar suyo que era una mezcla de decisión y pasos de hombre analítico, que parecía poner los pies, no obstante enérgicos, de modo que no le pisaran los pensamientos.

En un extremo del corredor había una de las pequeñas habitaciones desocupada. Sacó la ropa de cama de un mueble bajo y entre los dos compusimos el lecho, con sus indicaciones. Cuando ya estaba listo, me aleccionó en el uso de los grifos, del baño y de la cisterna y dejó una toalla limpia junto al lavabo. De los interruptores de la luz ya había tomado yo nota en la posada de Plasencia.

—Vamos a dar una vuelta por el monasterio, para que te orientes —me dijo—. Mañana te llevaré a la iglesia y al claustro.

Creía que nos íbamos, mas de improviso se sentó en una de las dos sillas con que contaba la celda, fijó en mí sus ojos de rapaz con gravedad y me preguntó:

—No nos oye nadie —me avisó—. Dime, pero con absoluta franqueza, ¿estás seguro de que tu corazón desea vivir aquí? —y agregó—: ¿Tienes miedo?

Yo estaba de pie frente a él. Pocos centímetros le sacaba aun estando sentado. Intuí que su pregunta sólo contenía interés y preocupación por mí.

—Estoy seguro, padre. Sí que tengo un poco de miedo, pero estando cerca de usted siento menos.

—No tienes que temer nada, créeme. Pero no te avergüences, yo también lo tendría.

Se incorporó de la silla, me dio dos golpecitos cariñosos en el hombro y me sacudió el pelo con la mano.

—Has de bañarte, puñetero, tienes polvo en la cabeza. Lo mejor será afeitártela, que la tendrás comida de piojos.

—Lo que mande, padre.

El consejo del guardián concedió su aprobación, aunque éste dispuso que debería ocupar una celda cercana a la suya, por tenerme bien fiscalizado. Así que, mientras sentado en una banqueta en mitad del huerto el cocinero me rasuraba la cabeza, la limpiadora trasladaba lo indispensable de un cuarto a otro y se calentaba agua, en una gran olla, para bañarme a continuación.

Cuando el padre Baltasar acabó sus funciones de barbero, me condujo a mi nueva celda y me hizo permanecer en ella hasta su vuelta, en que reaparecería con mi mentor, pues querían cerciorarse de que me emplearía con ardor en la tarea de arrancarme toda la roña. La olla emanaba vapores que empañaban, a pesar del calor que ya hacía, el espejo del cuarto de baño. Sin embargo, tras esconder la bolsita del talismán, me asomé a él para contemplar mi nuevo aspecto. Era corriente, entonces, ver muchachos con el cráneo rapado, generalmente huérfanos, por lo que no llamaría yo la atención especialmente.

Ese mismo día, limpio como una patena y con ropa vieja, que consiguió el superior de no sé qué señoras piadosas, comencé mi labor de pinche en la cocina. Fregaba, secaba pucheros, cacerolas, o cortaba carne en trocitos para echar a los garbanzos, en tanto escuchaba las explicaciones del fraile cocinero y sus socarronas chirigotas, pues el afable monje gozaba de tan buen humor que eran frecuentes las carcajadas alrededor de la hornilla. Tenía, aun usando delantal, el hábito repartido de lamparones; pero a él no le importaba y se defendía declarando, ante quien fuese, que las manchas de un cocinero son sus condecoraciones.

Al enterarse de mi lugar de nacimiento, me contó que él era de más al norte, de la ciudad de Salamanca, pues sabía dónde se encontraba mi comarca y había pasado por los pueblos más grandes. Lo recuerdo como un hombre bonachón e indulgente conmigo, lo que no quiere decir que no me ganara algún coscorrón que otro.

Justo cuando me revelaba su edad, treinta y cinco años, que, por su físico, juzgaba de imprecisa, asomó por la cocina el padre Zaragüeta armado de cuaderno, lápiz, sacapuntas y goma de borrar.

—Si el padre Baltasar te libera de tus ocupaciones por un rato, empezarás

ahora mismo las de alumno.

El cocinero, con un elocuente gesto del brazo y el guiño de uno de sus ojos, almendrados cual si fueran femeninos, me eximió de los fogones.

Salimos del edificio hacia el claustro. Mi flamante maestro me entregó los útiles de aprendizaje, sobre los que después me habló y, deteniéndose, me señaló los más bellos arcos que vería en mucho tiempo.

—Es fundamental que conozcas la historia del lugar en donde pasarás la parte de la vida que Dios quiera —hizo una breve pausa, y continuó—: Los franciscanos, en Toledo, tienen un pasado muy anterior, que se remonta a los tiempos de la regente María de Molina, en el siglo XIII; pero no nos vamos a ocupar de esa parte, sino de la fundación de este monasterio, fruto de la victoria en una batalla, la de Toro, en 1476, que acabó con las disputas a la Corona y sentó en el trono de Castilla a doña Isabel la Católica. En agradecimiento al cielo, a San Juan y a San Francisco, la reina adquirió varias casas y encargó su ejecución al arquitecto Juan Guas, quien, aunque murió en abril de 1496, tenía casi finalizado el monasterio. Otros, los hermanos Antón y Enrique Egas, consumaron la obra, destinado el templo a servir de sepultura a Fernando e Isabel de Castilla.

Retuve esos datos en la memoria, si bien ignoraba quién era la tal reina, excepto por lo de «Católica», que hacía referencia a los Reyes Católicos, de los que hablaba el abuelo, ni el reino sobre el que regía. Esfuerzo me costó hacerlo, porque sólo tenía ojos y entendimiento para asombrarme de la hermosura de aquellos arcos suavemente apuntados de la planta baja del claustro, divididos por esbeltos parteluces que semejaban crecer verticalmente, dilatarse, con el efecto de fantásticas palmeras flamígeras, en contraste con los arcos conopiales de la planta superior, más austeros por contener el fulgor de los de abajo, tal vez para recordar a los monjes su misión terrenal y que no les escapara el alma a las alturas o, acaso, para servir de contrapunto a la voluptuosidad de su artesonado mudéjar, que me dejaría sin aliento, ya en un primer atisbo, entretanto ascendía la escalera destruida que diseñó Covarrubias y que rehabilitó Mérida con sobriedad castellana. Ese albo trazo en la cubierta, esa línea infinita que lo entrelazaba todo... ese cielo, denso de encarnadas estrellas.

—Las tropas francesas de Napoleón —proseguía el padre—, en 1809, lo incendiaron, produciéndole daños irreparables, y hasta 1883 no fue debidamente iniciada su restauración. No obstante, el provincial de la Orden en Castilla y guardián del monasterio entre 1808 y 1814, Fr. Francisco Gómez Barrilero, con el apoyo del visitador Fr. Atanasio Villamil, reconstruyó parte de la zona conventual. Mas no terminaron las vicisitudes, pues la Desamortización de Mendizábal supuso un obstáculo insalvable. Es, como te decía, en 1883, cuando Arturo Mérida comienza las obras, eligiendo la fecha, nada casual, del 2 de mayo.

»En resumen, ha sido incendiado, profanado, reparado, abandonado, e incluso aprovechado como almacén de cuadros, tras la parcial reconstrucción de Mérida, hasta 1941, en que se hace entrega de nuevo a la Orden, no ocupándose por comunidad alguna sino a finales de noviembre de 1954, hace menos de dos años —calló, fijo en mi actitud, por si no le atendía. Pareció satisfecho y prosiguió—. La iglesia concluirá por abrirse al culto de los fieles, pero aún no sabemos cuándo. Sobre la desaparecida biblioteca, igualmente quemada por los soldados galos, tú eres testigo del esfuerzo que hace el padre Antonio Abad por colmarla de volúmenes y restituirle, así, parte de la importancia que tuvo y se merece.

Un trabajo encomiable y unos penosos episodios dignos de captar la atención de cualquiera; pero mi curiosidad se decantaba por derroteros diferentes.

—Padre, ¿qué bestias son ésas? ¿A quiénes quieren asustar con las bocas abiertas? —inquirí, señalando por encima de los arcos del claustro alto.

—Realmente son desaguaderos, por donde se canaliza el agua de la lluvia que cae en los tejados —respondió, circunspecto—, pero los arquitectos disfrazan, lo que no serían más que simples tubos, con imágenes de fieras monstruosas. Se llaman gárgolas —se lo pensó mejor y me miró chusco, zumbón, por el rabillo del ojo—, y amenazan a aquellos que entran aquí y no son cristianos, pues de noche —y bajó la voz hasta el susurro, para contarme el resto, como si de un horrible secreto se tratara—, de noche esas bestias cobran vida, resueltas a saltarles al cuello a los impíos para matarlos. Pero tú eres buen cristiano, ¿verdad?

Estremecido, me apresuré a asentir repetidas veces con mi rapada cabeza.

—Entonces, tranquilo. Aunque sería recomendable que no hicieras excursiones nocturnas al claustro, por si acaso —y hecho el terrible comentario, me asió de un hombro mientras con la otra mano me indicaba una de ellas—. ¿Ves ésa, la del lobo, que debajo tiene unos números? Dice: 1888. Significa que en aquel año mató al último pagano que se atrevió a profanar este lugar con su presencia.

Ya se retiraba, complacido con su ocurrencia, cuando le tiré de la manga.

—Padre, padre... ¿y cómo es que no acabaron ellas solas con los soldados franceses, defendiendo así el monasterio?

La estampa de regocijo interior que lucía en el semblante, que atiné a ver de refilón en tanto se volvía a mí, se evaporó como por ensalmo.

—¡Dios decide cuándo y por qué medios! Tú dedícate a lo tuyo, que es aprender. De modo que sígueme a tu celda, que daremos comienzo a las clases.

Me hizo sentar en la humilde mesa y, aunque parezca obvio en exceso, por ser de sobra conocido, me explicó el manejo del sacapuntas y de la goma de borrar. Después abrió la libreta y dibujó unas cortas rayas verticales, todas de la misma altura, en el principio de la primera página, como muestra de la que debería copiar. Ésa fue la tarea que me impuso: hacer palotes en el cuaderno, de manera que mi mano se acostumbrara a tener bien cogido el lápiz, y el pulso a la debida firmeza y precisión en el trazado de las líneas.

Así me tuvo una semana, en la que no sólo rellené el cuaderno entero, sino que por mi cuenta, pues llevaba el lápiz a donde me tocara ir, me valía para pintarrajar de palotes cuanto papel cayera en mis manos. De la cocina, utilizaba el de estraza con el que los colmados envolvían los alimentos, y sustraía, de las papeleras, el que los estudiantes desechaban, para escribir en las esquinas, en los márgenes o entre párrafos. De tal forma apuré el lápiz que ya apenas podía sostenerlo entre los dedos, y el fraile no se explicaba cómo conseguía gastarlo a ese límite. Sin embargo, me las agenció para obtener un ingenioso artilugio metálico que, por casualidad, vi a uno de los teólogos —aquel de blancuzco rostro que se llevó los animales al huerto a nuestra llegada—, en el que se introducía el lápiz cuando la longitud remanente era inferior a

la mitad de la normal, permitiendo consumirlo casi por entero. Recibí este lapicero del estudiante a cambio de lavarle los calcetines durante un par de semanas. A él no debió de costarle nada, porque tenía unas letras, en relieve, con la propaganda de una marca de coñac.

En la soledad de la celda, iluminado con un cabo de vela que recogí de la capilla, por no encender la luz eléctrica y evitar la regañina, recuperaba del escondrijo el talismán y lo examinaba. Consistía en un triángulo de plata bastante pulido, con la pátina que el tiempo da a este metal. Tenía insertas tres estrellas de ocho puntas, ¡como las del alfarje del claustro alto!, una en cada ángulo, de las que, por los restos de pintura, se deducía que algún día fueron verdes. En el centro de la figura, lo que debía de ser un fruto, éste tallado, mas sin colorear, redondo y coronado o con picos por encima, pero no acertaba a saber cuál.

No se me ocultaba que en aquella vieja pieza de plata yacía, reposada por siglos, inmutable, una clave familiar. «¡Ése es el hilo!», había dicho mi abuelo. Por más que la giraba en la mano, no la descifraba. ¿Descubriría alguna vez su auténtico significado? ¿Por qué las estrellas tenían el mismo número de puntas que las del artesonado del monasterio? ¿Era, sencillamente, una coincidencia? Por lo pronto debía doblegarme a mi propia ignorancia, pero en el futuro, me prometí, hallaría la respuesta. Detrás de esta formal declaración de intenciones, siempre guardaba la bolsita y enseguida me dormía.

El estudio de las vocales fue más complicado, pues las reconocía y me aprendí sus nombres con rapidez, pero escribirlas ya era otro cantar. Claro que, superadas éstas, no imaginaba el número de consonantes que me esperaban. Mas a la dificultad le oponía mi sistema, que se componía de tesón y más tesón. Seguía rebuscando a diario entre las papeleras para apropiarme del papel y de toda porción de lápiz, por pequeña que fuera, que repudiaran los alumnos, que llegué a coleccionar un buen monto de ellas. No quería que la comunidad se le quejara al padre Luis por el gasto de materiales para mis ejercicios.

Las exigencias del monje no podían ser decepcionadas. Así lo concebí desde el principio, porque su generosa disposición acabaría por agotarse si

hubiera percibido indicios de incuria o laxitud, pruebas inequívocas de que el esfuerzo era estéril.

Como medida cautelar para prevenir tal desengaño, me propuse que mi empeño estuviera siempre por encima del suyo. Me esmeré en las faenas del monasterio, para que el guardián considerase mi residencia más productiva que gravosa y nunca se planteara cuánto le suponía al convento lo que yo consumiera, por juzgarlo un dispendio inútil, lo que daría en repercutirle, como reproche, al padre Zaragüeta. Mi deseo, que verdaderamente ambicionaba, es que se viera obligado a felicitarle. En cuanto a los deberes de estudiante, hacía más del triple de los que me ordenaba, procediendo como antes relaté.

En los pocos momentos de ocio, entre ellos los que tenía desde que nos levantábamos hasta el desayuno, deambulaba por el caserón que constituía el monasterio o por la huerta, ya que nadie me había prohibido el acceso a parte alguna. Pertrechado de cuaderno, goma y lapicero, terminé por localizar un rincón que adopté como preferido, junto al muro sur del huerto, el más cercano al Tajo. Me sentaba en la tierra o sobre un marmolillo, guardado entre los arbustos, y allí me afanaba en cumplir con las vocales, consonantes o lo que se me hubiese impuesto. A esas horas corría una brisa fresca que movía blandamente las hojas de árboles y otras plantas. Más tarde, estar a pleno sol era una condenación, porque el calor del verano, en Toledo, es extremo día y noche. Sólo al poco de iniciarse el alba, y no durante mucho rato, es soportable, aunque haya quien afirme que bien oscurecido refresca, algo que yo no he experimentado nunca y que dicen, creo, por apelar al poder de la sugestión.

Fui capaz de leer a los dos meses y medio, silabeando, muy despacio, pero comprendía. Y ya no sólo copiaba sino que, con frecuencia, escribía palabras e importunaba a los teólogos con que me tropezaba para que me las corrigieran. Incluso seguía escribiendo en la cama; pues, aquejado de paperas, no me permitían salir de la alcoba, por si se las contagiaba a algún adulto, en cuyo caso la enfermedad sería más perniciosa con ellos. No obstante ser más benévola conmigo, sufría dolores que sólo podían combatirse con analgésicos e ingiriendo grandes cantidades de agua.

Me traían a la celda desayuno, almuerzo y cena. Ahora era servido. Esta inactividad me preocupaba, porque atentaba contra mi propósito de ser útil. Sin embargo, a mi mentor no parecía importarle, siempre y cuando no abandonara las tareas. Este inesperado tiempo libre representó un avance decisivo; en el aprendizaje y en otro orden, pues para cuando me levanté había dado tan fuerte estirón, que al padre Luis le hizo exclamar:

—¡Has crecido, puñetero! Tendremos que procurarte unos pantalones; éstos no te llegan ya al tobillo.

—Lo siento, padre —quise excusarme, con cara compungida.

—Crecer es tu derecho, y convertirte en un hombre, tu obligación. No tienes que disculparte —me respondió, y cambió de tema—. Aunque ya estás curado, te daremos un par de días de convalecencia en la celda, para asegurarnos de que no recaigas. Mientras, buscaré pantalones y faena para entretenerte. La ociosidad no es buena compañera.

Se ausentó unos momentos y regresó con palillero, plumilla, tintero, papel secante y un cuaderno de caligrafía.

Los dejó sobre la mesa, se acomodó en la silla y encajó la plumilla en el palillero. Me hizo notar la posición del cuerpo, de los brazos y del papel, que colocó oblicuo, con respecto a la mesa, en veinte o veinticinco grados.

—Es aconsejable que la plumilla no vaya sobrada de tinta —me sugirió—. Como pauta o referencia, ésta no debe cubrir los gavilanes por entero. Con tal procedimiento precavemos borrones, indeseados siempre; pero si caen, se absorben con el papel secante.

En las iluminaciones, que más adelante encontraría en los libros más antiguos, encuadrados con pergamino, vería las figuras de los pacientes copistas en la misma postura que adoptaba el franciscano.

—Para que la pluma resbale con suavidad por el papel, pero que la mano la dirija apropiadamente, es necesario sujetarla con soltura y delicadeza en la forma adecuada, de esta manera —decía esto en tanto la situaba paralela al dedo índice—. No te acostumbres a descansarla en el hueco del pulgar, porque únicamente cogida como te explico se obtiene la inclinación justa sobre el plano de la mesa. Prueba ahora tú —me invitó, incorporándose para cederme el asiento—, y ten presente dos reglas: la primera, que a mayor presión, más

grosor en el trazado de líneas; y la segunda, que si te habitúas a las posiciones correctas de cuerpo, cuaderno y mano, la escritura fluirá intachable.

Los primeros intentos fueron desastrosos, la pluma soltaba gruesos borrones donde le placía, o la tinta se corría en el cuaderno y, al ir a enjuagarla con el secante, la mancha se expandía.

Durante una larga temporada tuve manchadas las manos a diario, mas esto me gustaba porque me hacía sentir un hombre familiarizado con las letras. El olor del papel y el inconfundible de la tinta me agradaban más que cualquier aroma perfumado, y aún quedo embobado en los escaparates de las buenas papelerías, ante los múltiples objetos que se exhiben en ellas.

En los corredores, en mi celda, en todas partes podía vérseme, cuando no estaba en la cocina, limpiando la plumilla con agua, secándola en un trapo o afilándola, como me enseñaron los teólogos, con papel de lija de gránulo muy fino que encontré en la caseta de herramientas del huerto. Así recuperé muchas que estaban gastadas. En especial, mantenía a la perfección una Soennecken, alemana, que el padre Baltasar me regaló y que mimaba cual si de un magnífico tesoro de la ciencia se tratara, pues el prodigio, común a todas, poco menos que me pasmaba: cómo el fluido discurría por ellas en un delgadísimo hilo y no caía de golpe, o goteaba desde el aire, sino que sólo en contacto con el papel manaban y según se les requería, salvo en mis propios dedos, por los que debía la tinta profesar un incontenible amor.

Gracias a la perseverancia en las tareas, empezaba a leer con bastante desparpajo. El padre Luis me sometió a un examen de lectura ante el superior, que deseaba conocer a qué ritmo avanzaba, si es que lo hacía, o si, por el contrario, era inepto o perezoso.

Antes de que pasaran al refectorium fui reclamado a la sala donde se reunían, y allí, en presencia de todos los frailes, profesores y estudiantes, leí una página completa del libro que eligió el padre Moya, dado que el inteligente guardián rechazó el que traía mi maestro, por si lo hubiese aprendido de memoria. Después me pidió que explicara lo leído, para asegurarse de que entendía lo escrito y no repetía mecánicamente. De súbito, me hizo callar, se levantó y, apretándome cariñosamente contra sí, felicitó al padre Zaragüeta.

—Buen trabajo, padre —y se dirigió a la comunidad—: El alumno, como hemos visto, tiene aptitudes y se aplica, sin ninguna duda. El resultado es que contamos con un analfabeto menos. Pues bien, haremos de nuestro Ángel una persona culta, que sorprenda por sus conocimientos y pueda presentarse ante quien quiera con seguridad y desenvoltura. Para esto es imprescindible que le demos formación —dio frente al padre Luis, para hablarle ya sólo a él—. Usted, padre, ha demostrado que sabe hacerlo. Enséñele ahora gramática, geografía, historia, cálculo, religión y, por supuesto, latín. Más adelante, si continúa siendo del interés de Ángel, agregaremos nuevas materias, como literatura, arte y filosofía. ¿Quién sabe adónde podrá llegar? —Me liberó de su abrazo y, mirándome, decidió alentarme—: Sigue así, eres el más interesado, no te rindas.

El contacto con el basto hábito marrón me pareció, sin embargo, dulce y cálido como ninguna otra cosa, y las palabras del guardián, que me llenaron de orgullo, renovaron mis ansias de aprendizaje.

—Así lo haré, padre —declaré, mientras besaba el cordón franciscano.

Mi maestro me introdujo en las asignaturas gradualmente, porque para aprender la historia, por ejemplo, lo primero era conocer los límites del país, las regiones y sus provincias. El fraile desplegó un mapa de España y comenzó por señalarme, con un puntero, el lugar donde nos encontrábamos y el punto en que nos habíamos conocido, Plasencia. Mi aldea no aparecía, pero sí la comarca. Estimé que España, a la que pertenecíamos, tenía una superficie inmensa, que jamás habría sospechado. Pero el mar, que casi la rodeaba, era todavía mayor y, sin embargo, yo no tenía noticias de su existencia. Constatar todo ese desconocimiento remarcaba mi supina ignorancia, de la que el monje no se escandalizaba. Debió de asumir pronto que se las veía con una mente virgen, como un papel en blanco o una pizarra inmaculada por la tiza.

La voluntad que ponía, a pesar de inquebrantable, a veces se enfrentaba con la dureza de mollera, que alcanzaba a superar a aquélla, y equivocaba provincias, pueblos o cordilleras. En la cocina, fray Baltasar se prestaba a que las repitiera y enmendaba mis yerros con humor.

—No te desanimes, chico, que con ilusión y ganas todo se logra. ¡Basta ver lo que te emociona! —decía, en alusión a las lágrimas que me producía cortar las cebollas, mientras se reía a carcajadas, francas, abiertas, en las que alargaba sin acabamiento la «a» final antes de volver a coger aire, que movían temblorosa su todavía discreta panza, y de las que me contagiaba infaliblemente.

Lo excepcional era ver serio al fraile cocinero. Sólo a la hora del Ángelus callaba. Con las manos metidas en las bocamangas, oraba con total recogimiento, como aislado del mundo; mas, al terminar, recuperaba acto continuo su alegre estado.

Muy generoso al servirme, pues ambos comíamos en la cocina, disfrutaba haciéndome trinar entretanto administraba despacio las cucharadas, tal si cada una fuera la última para, con traviesa mirada, echar otra en mi plato. Como a un niño grande, le gustaba jugar y reírse, e inventaba diabluras, por torturarme, impensables en un monje.

Mientras, por la tarde, preparábamos la cena, cortaba rodajas de chorizo, de salchichón o de lo que pillara, y las dejaba a mi alcance una a una, con trocitos de pan. Yo, que conocía su intención, me las tragaba con el hambre del adolescente con el que siempre anduvo tacaño el alimento. Una tarde cosió un hilo a una de las rodajas y no me la ofreció hasta que me confié con las cuatro anteriores. Cuando acercaba la mano a ella, ésta salió disparada, quedando pendida del borde de la mesa en la que trabajaba, en tanto él explotaba de risa. Mas con lo que no contaba, era que, en mi continuo deambular por la cocina, aprovechara para endilgarle un tremendo pisotón que le hizo aullar de dolor. En éstas entró el guardián, alertado por las carcajadas seguidas de los plañideros aullidos.

—¡Rapaz endiablado...! —gritaba, cuando apareció el superior.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó.

—Nada, padre, que lo pisé sin querer —justifiqué.

Pero los ojos del guardián fueron del cocinero a la rodaja, que se mecía como un péndulo, colgada del hilo, y lo comprendió todo.

—Venga conmigo, padre, que le buscaba para hablar con usted —pretendió disimular delante de mí.

Los dos salieron al pasillo, fuera del refectorium. Yo tuve la osadía de seguirlos, por no perderme la bronca. Escondido, pude espiarles y enterarme de la conversación.

—Dígame, fray Baltasar, ¿cuándo va a echar formalidad? —éste fue a protestar, pero un brusco gesto del prior lo desautorizó—. ¿Usted cree que es buen ejemplo para el muchacho? ¡Es usted fraile, no payaso!

—¿Es más conveniente la seriedad o la tristeza? —inquirió el cocinero—. ¿No debemos estar alegres, de la mañana a la noche, por las obras y las criaturas de Dios?

—No me salga por los cerros de Úbeda y piense en la imagen que se espera de un franciscano. Si nos comportáramos todos como usted, la gente creería que estamos locos. Ande, vaya a la capilla a rezar un rato, a ver si la oración calma sus atolondrados ánimos.

—No volverá a pasar —rezongó el monje, en tanto piadosamente besaba, unos segundos más de lo preciso, el cordón del padre Moya, y se retiraba deprisa a la capilla.

En ese momento, el fraile ecónomo acertaba a pasar por allí.

—¿Qué le pasa a su cordón, padre guardián? —preguntó extrañado—. ¿Lo usa como recordatorio?

El superior observó cómo los extremos habían aparecido atados y con tres nudos más. Levantó los ojos al cielo.

—¡Debí imaginarlo! —exclamó, aproximándose a la ventana del corredor, que daba al huerto. Vagó su mirada por la ladera y, hablando para sí, dijo—: ¡Qué caray, lleva razón! Un monje triste, es un triste monje.

El padre Baltasar era invencible. Seducía su buen humor, tras el que se ocultaban indiscutibles lecciones de espiritualidad y de vida.

En cosa de media hora regresó, hizo un guiño para que comprendiera que nada había pasado entre nosotros y continuamos con los guisos de la cena.

Después de la comida nocturna me complacía asistir al rezo de completas, sin obligación alguna, pues estaba exento por atender la cocina y no pertenecer a la comunidad religiosa, pero lo prefería por no quedarme solo. En cuanto sonaba en el bronce el talán de las cuatro campanadas, me unía a los frailes, con la cara que a mí se me antojaba de más fervor, aunque durante las

oraciones pensara en las musarañas. Fue una saludable costumbre que terminó ejerciendo de análisis de la jornada: de lo estudiado, de lo aprendido y de los sucesos del día. Luego, como todos, me iba a la celda, a dormir. Normalmente caía derrotado, pero hubo noches en que se prendían los recuerdos y tardaba en rendirme el sueño. Entonces se me aparecían las figuras de mis padres, mis hermanos, el abuelo y, sobre todo, de mi hermana, la cueva y la infernal escena, que me atosigaba como una pesadilla obsesiva. Esto ocasionaba que me levantara del lecho y diera vueltas por el cuarto, irritado y con los nervios a flor de piel.

Por encarrilar la atención hacia otros rumbos sacaba el talismán, sin resultado. Pero una noche, especialmente angustiado, decidí comparar las estrellas de éste con las de la galería alta y, con el sigilo de un ratón, me interné en la oscuridad de los pasillos.

Desde la residencia, elegí cruzar por la pequeña y curiosa puerta de jambas en esviaje. Los goznes emitieron un breve crujido, agudo pero impreciso, confundible con otros ruidos. La luna llena de octubre me recibió en el claustro, mas su luz no daría para contemplar el artesonado. Las cincuenta y cinco tallas de santos, esculpidas en piedra, vigilaban desde la altura, en los pilares, protegidas sus testas venerables por galanos templetes abovedados. Los perfiles, las bocas y los pliegues de sus mantos, más guarecidos por las tinieblas, parecían escapar del mundo estático en que moraban, removiéndose imperceptiblemente, roto el hieratismo, mas incapaces de resurgir de su palidez cadavérica, que bañaba por igual rostros y ropajes, al rosáceo color de la vida, muertos para la eternidad. Miré las gárgolas desde abajo. Por encima del ángulo más elevado de los arcos conopiales, hacía su guardia la monstruosa mesnada de cancerberos. El infante, el saurio, el león alado, la fantástica quimera, el gato gigante, el lobo, el monje de larga y puntiaguda barba, todos dispuestos a atacar. La luminosidad lunar creaba cúmulos de umbría impenetrable allí donde, con sol, habría sombras, y deformaba aún más aquellas facciones herméticas de inimaginable ferocidad.

La tensión, el miedo que me suscitaban las temibles bestias, desató la audacia. La reacción, similar a la del héroe, insensata, me obligó a zanjar las dudas sobre si estaban vivas. En el jardín recogí una china, del calibre de mi

pulgar, y la arrojé contra el lobo que o bien no lo notó o carecía del menor hálito de vida, pues no cesó su impavidez. El canto rebotó con la mala suerte de ir a golpear el tiesto de una de las macetas del patio; lo rompió, y mucha de la tierra se derramó por el suelo. La trastada ya no tenía compostura. Salí despavorido, por si el estropicio hubiera despertado a algún fraile, que bien ligero tenían el sueño, y me acosté asustado.

La pregunta esperaba al único sospechoso, a la mañana siguiente. El padre Zaragüeta, a la hora de las lecciones, abrió el libro de Historia, pasó páginas buscando algo que no encontraba y, distraídamente, me informó:

—Esta noche alguien ha roto una maceta en el patio del claustro. ¿Sabes tú cómo ha sido?

Yo decidí hacer lo propio y respondí desentendido también, aunque el rubor de las mejillas me traicionaba.

—Habrà sido una racha de viento, padre.

—El viento habría tirado la maceta. Es, más bien, producto de un golpe: una patada de alguien que tropezara con ella, o una pedrada.

—¿Ladrones? —apunté con cinismo.

Negó con la cabeza.

Me encogí de hombros.

—Pues... si no han sido ladrones, ni el viento... algún animal; una paloma, por ejemplo —dije, ufano de haber dado con un argumento.

—Duermen a esa hora —afirmó contundente.

—Entonces... ¡debieron de ser las gárgolas! —aventuré a exponer, si bien bajé el tono de voz.

—¿Las gárgolas? —cuestionó, mirándome—. No, un animal. Ahora sé que fue un animal, seguro —inclinó el cuerpo para acercarse y me interpeló—: ¿Sabes quién puede ser más cruel que esas feas estatuas que tan poco te gustan? Yo, yo puedo ser más sanguinario que ellas, si descubro a alguien en el patio a horas en las que nadie debe estar rondando por el claustro.

Levantó el puño cerrado, con la falange del dedo corazón adelantada, para darme un capón. Ignoro si fue porque defendí la cabeza con mi brazo, pero desistió.

No había asomado la nariz fuera del monasterio en los cuatro meses que llevaba en él; por tanto, no conocía más que la cuesta de subida hasta éste y el puente de San Martín, que conduce a ella. La oportunidad de ver alguna calle me la dio el padre Antonio Abad, que necesitaba que alguien le ayudara a recoger una biblioteca privada, entera, para los fondos del convento.

Este fraile era, y es, porque todavía vive, de inteligencia y astucia inusitadas, aparte de la vastísima cultura que orna su interior. Esas particularidades suyas, incomparables en grado con las de nadie que después haya conocido, unidas a un carácter fuerte combinado con la mayor resolución, respetuosa siempre, pero atrevida, le hacían capaz de acometer cualquier empresa, por insuperable que pareciera. Los obstáculos, si existían, estaban para ser salvados.

A los treinta y ocho años que tenía, su pelo, tendente al rubio, estaba invadido de canas. Era de un pueblo de la provincia de Burgos, pasó por conventos de distintas poblaciones, entre ellas Madrid y, cuando llegó a San Juan de los Reyes, se interesó en averiguar qué persona, de sus habitantes, sabía más sobre Toledo. En cuanto obtuvo la información —un ameno y caballeroso historiador— se presentó a él y se hicieron amigos. A partir de entonces, la devoción por los libros, que ambos compartían, fue el centro de la mayoría de sus conversaciones, junto con todo aquello que se refiriera a la historia de Toledo. Además, el toledano revelaba al monje cualquier movimiento de libros que se hiciera en la ciudad, si él mismo no estaba interesado o no podía adquirirlos, a sabiendas de que éste se ocupaba de proveer la biblioteca monástica. A cambio, más de una vez, el franciscano le obsequió con algún ejemplar raro y, por supuesto, antiguo.

Fue como consecuencia de una de esas confianzas, justamente, que se requirieron mis brazos. Un conocido del ilustrado manchego había fallecido recientemente, al año de enviudar. El hijo, único heredero, quería vender la casa del padre a toda costa, pero para ello debía vaciarla de mobiliario y de libros; cosas viejas, según el muy botarate. Se trataba de una respetable biblioteca de más de seis mil volúmenes, bastante valiosa.

Antes de visitar al heredero, fuimos a una casa en la que se entraba por un

amplio y destartalado patio en el que había amontonados infinidad de cacharros de mecánica: piezas, latas de aceite, muelles, faros rotos y hasta asientos de automóviles. El dueño de aquella especie de almacén nos hizo pasar de inmediato a su despacho.

—Me alegro de verle, padre —dijo el hombre, sonriente—. Mucho me temo, sin embargo, que mi caja de caudales lo celebrará menos que yo. ¿Qué le trae por aquí esta vez? Pero, siéntese. Este chico es nuevo, ¿no?

El fraile se sentó y, como no me indicó lo contrario, yo permanecí de pie a su lado.

—Jenaro, no vengo a pedirte dinero, hijo mío, ¡que no piensas en otra cosa! Pasaba por aquí y he querido entrar a saludarte y saber de tu esposa, que es mucho más piadosa que tú —añadió, reprendiéndole amablemente—. Una buena cristiana a la que tú no pagas como se merece. Cualquiera día nos reuniremos a hablar los tres.

—¡Padre, aquello ya se acabó! —protestó, alarmado, mientras me echaba a mí una ojeada, por si yo estaba en el ajo.

—Bueno, bueno... que esta ciudad es muy pequeña y se entera uno... hasta de lo que no quisiera oír.

A esa altura, el otro ya estaba rojo como una amapola.

—¿Seguro que no se le ofrece nada? —preguntó, por cambiar de tema.

—¡Qué desconfiado eres! Pero, ya que estoy aquí, te diré que me vendría muy bien que me prestaras una de esas furgonetas tuyas... un par de días.

—¿Dos días? Pero, padre, que yo vivo del transporte —se quejó.

—Es que, entre el chico, que efectivamente es nuevo, y no muy fuerte, y yo, no podemos cargar y descargar en menos tiempo. Claro que, con ayuda del conductor, quizá acabáramos antes. ¿Qué me dices? ¡Si tú tienes muchas furgonetas!

—Eso, además con chofer... Sí, sí, que ni usted ni el chico tienen permiso de conducir. ¿Y para cuándo la necesita? ¡No me lo diga!, para ahora mismo —el tal Jenaro se lo decía todo.

—Tú lo has dicho. ¿Para qué hacer más tarde lo que ya debe realizarse? No lo pienses más. ¿Qué mejor penitencia a tus pecados que colaborar con unos pobres frailes? ¡Ah!, y la ruindad es uno de ellos —sentenció, seguro de

lo que decía.

El repiqueteo de un motor anunció la entrada en el patio de uno de los vehículos.

—Mire qué suerte. Ahí tiene la suya. Esa misma le servirá. Pero, por favor, padre, ¡no más de dos días!

—Sabía que podría contar contigo. En el fondo eres un buen hombre — comentó con sincero afecto—. Sólo hay que empujarte un poco.

El transportista dio instrucciones al conductor y los tres nos subimos a la furgoneta, tras despedirse el franciscano haciendo hincapié en que, a la vuelta, gratificara Jenaro al chofer por ayudarnos, con lo que predispuso a éste en nuestro favor.

Atravesando la Puerta del Cambrón, salimos del casco antiguo para bordearlo y volver a entrar por la Puerta de Bisagra, que era más cómodo que ir por callejas tan estrechas con el vehículo. La furgoneta ascendió la cuesta del Real del Arrabal con ligero renqueo y nos paramos en la calle del Cristo de la Luz, en el extremo más cercano a la Puerta de Balmardón y a la ermita que da nombre a la calle.

El monje y yo entramos en un ancho portal y subimos la única escalera hasta el primer piso. Giró un par de veces el mecanismo de palomilla que hacía sonar el timbre y, al instante, abrió la puerta un hombre de algo menos de treinta años y bien vestido.

—Buenos días, usted debe de ser el padre Antonio Abad, ¿no es cierto?

—Buenos días —respondió éste—. Y usted el hijo de don Octavio, ¿no?

El joven estrechó la mano del fraile y nos invitó a entrar. Se adelantó para guiarnos por un corredor repleto de estanterías hasta un salón igualmente atestado de libros. El padre Antonio se acercó a un grupo de ellos encuadrados en pergamino y, en tanto los observaba, le escuchó decir:

—Ya ve, ¡libros viejos cargados de polvo!

—Sí, ya me hago cargo, sí. ¿Piensa quedarse con alguno o nos los debemos llevar todos?

—Todos, todos —dijo, con rapidez—. Aquí sólo estorban y estrechan la vista de la casa.

—En tal caso, dado que no perderemos tiempo, en atención a su padre y al

amigo común, no le vamos a cobrar el transporte, aunque —y soltó una risilla ingenua—, sí aceptaremos cualquier donativo que le parezca apropiado —bajó la vista, se persignó y me cogió del hombro—, en beneficio de nuestros huérfanos.

Me quedé mudo cuando escuché aquello, pero ni siquiera podía mirarle, apretado contra él, como me tenía.

—¡Ah!, no sabía que cobrarán. Creía que les interesaban los libros, padre.

—Y nos interesarán algunos, no me cabe duda, pero el porte hemos de abonarlo y somos una comunidad a la que no le sobran medios. Por lo que expliqué antes, pasaremos por alto esto último, ya nos arreglaremos; pero ¡no sabe cómo come el chico! —manifestó, volviendo a reír—. Se nota que es usted un hombre de posibles, ¿qué menos que cincuenta pesetas?

—Pues... en fin... no tengo inconveniente —afirmó, tocándose el ridículo bigote de cepillo que exhibía—. Pero ¿cuánto tiempo tardarán en cargarlos?

—Nos pondremos al trabajo ahora mismo. Seguro que mañana habremos acabado —garantizó el monje.

El conductor, para su contento, se embolsó gran parte del donativo. Diez pesetas, sin embargo, me las entregó a mí, que no esperaba nada, ni sabía qué hacer con ellas. Pero se lo agradecí, porque no me consideró un criado, sino una persona a la que se valora su labor.

Hicimos varios viajes desde la casa al monasterio y de éste a la casa. En el camino, el padre Antonio me explicaba cómo individuos, del tipo del hijo de don Octavio, despreciaban la cultura y el cuidado de un progenitor preocupado por enriquecer su casa con ella. Con estos petimetres, que así los calificó, no hay que tener piedad. Nada se merecen, sino que los engañen.

Depositamos los libros en el claustro alto del monasterio, en una sala en la que el fraile me dijo que habían dormido tanto Isabel de Castilla como, más adelante, el Cardenal Cisneros, del que me relató su historia.

Con la colaboración del padre Luis, despejamos dos grandes mesas y pusimos, en una de ellas, aquéllos que estuvieran encuadernados en piel, para que luego él los clasificara.

El vivaz archivero hacía comentarios de las obras que allí se veían, con la profundidad del erudito bibliófilo que era. Para que yo supiera, me indicó las

diferentes partes de un libro: los cortes, la cabeza, el pie, los nervios, que en la antigüedad fueron de caballo; el tipo de pergamino de que estaban revestidos; el tejuelo, donde, en el lomo, lleva el título escrito en tela, piel o simple papel; y la importancia de que fueran encuadernados a la romana o flexible, pues en aquélla, el pergamino es soportado por un cartón interior, mientras que en éste carece de refuerzo alguno.

Me mostró obras que ya tenía en los estantes, anteriores a esta nueva remesa, de Séneca, de Virgilio, la Geografía de Livio, las Vitas Paralelas de Plutarco, en una rara edición, cuyo volumen estaba muy deteriorado, la Opera omnia de Aristóteles, y muchos otros.

A mí me parecía que estos libros debían de valer muchas pesetas, a pesar de que hubiera personas que los estimaran en bien poco, como acababa de presenciar, y no temí ser indiscreto con preguntar:

—¿Cuál de estos libros tiene el precio más alto, padre?

Fray Antonio se sonrió, antes de responderme.

—Aquí hay libros que no tienen precio, hijo. Hay incunables, que son los que se imprimieron entre los años 1450, fecha de la que parece ser el Misal de Constanza, y 1500, encuadernados con vitelas. Se les denomina así por considerárseles «en la cuna». Otros, sin encuadernación lujosa, son únicos o quedan dos o tres ejemplares por el mundo. Su valor es tan alto que depende del bolsillo y del capricho del coleccionista —se detuvo pensativo, y me aclaró—: Habitualmente han sido motivo de muchas alegrías, pero también de graves disgustos, incluso con sangre de por medio.

—O sea, que aquí hay libros como para matar —dije alegre e irreflexivamente.

—Para matar, para matar —contestó como para sí, pero esfumada la sonrisa.

El padre Luis, entretanto, retiró de un anaquel tres volúmenes. En el primero resaltaban las letras capitales, de mayores proporciones que las restantes, a dos tintas y con dibujos vegetales que figuraban brotar de los caracteres como frondosas y elegantes enramadas. Los otros dos tenían grabados religiosos en la página de portada. El más atractivo a la vista era el de un gran sacerdote judío, con sus vestiduras sagradas: el manto, la túnica, el

turbante con la diadema, el cinturón y el pectoral de oro, en el que se distinguían las preceptivas cuatro hileras de piedras preciosas.

—A los libros no sólo hay que leerlos, Ángel —intervino de nuevo el bibliotecario—, hay que amarlos. No son simples objetos, sino mucho más, porque contienen el saber que el hombre ha adquirido a lo largo de los siglos. Es obligación nuestra conservarlos, ya que son la herencia que legamos a las siguientes generaciones.

Callaba, cuando el padre Zaragüeta le hizo un gesto con el que me señalaba, animándole a proseguir. Con ello se convertía en mi valedor, impulsado por la fe que tenía en mí, para que se me hiciera partícipe de las placenteras simas, profundamente sensuales, de un conocimiento que se reservaba a los iniciados en la materia.

—Todo ser vivo —continuó el archivero— debe autorizarte a aproximarte a él. Si, por el contrario, no te da su permiso, únicamente obtendrás una mínima, superficial, comprensión suya. Por tu actitud te delatarás, para bien... o para ser rechazado. El libro, Ángel, que es ser viviente porque encierra, palpitantes, las inquietudes humanas y está compuesto de elementos orgánicos, debe abordarse como tal, con todo respeto, en un ritual por el que aflore la emoción unida a la razón. Este gozoso acto litúrgico comienza por el examen visual, la observación de sus detalles, como has hecho tú a la vista del gran sacerdote; sus colores, los márgenes, la calidad y la belleza de su tipografía, la perfección de los cortes y de la encuadernación —fray Antonio pasó varias páginas y las dejó caer—. Escucha, pues que ahora participa el oído, cómo crujen las hojas, que te darán idea de su consistencia y densidad. Ahora tócalas —y puso mi mano encima—, siente la rugosidad y el grosor del papel en las yemas de los dedos, acarícialo y huele el aroma mixto de pasta y tinta e incluso del tiempo, que aquí se detiene a impregnar las páginas. Disfruta con los sentidos y, después, lee.

Interrumpió un momento la explicación, a fin de darme lugar a asumirla, y siguió:

—Pero has de leer sabiendo que el escritor es un alquimista que une dos naturalezas: la abstracta, en la que se interna para absorber esencias del universo platónico de las ideas, y las conduce, por el alambique de su pluma,

a la terrenal, transformadas ya en palabras, retenidas para siempre en el papel, cautivas de la tinta, no obstante manen como una fuente inextinguible, sólo estática hasta que el lector bebe de ellas. He aquí la magia.

Si al comenzar a leer y escribir había saboreado el gusto por el aprendizaje, ahora, introducido por los dos ilustrados frailes, mi proceder ante los libros era reverencial, mas transmutado en un placer voluptuoso, un regalo sensorial al que comprendí que debía acompañarle invariablemente, como un buen marco a un cuadro de valor, un entorno como el de aquella biblioteca con estanterías de madera labrada y copetes de tres esferas en su coronamiento; de vitrinas, con los cristales levemente inclinados, en expositores horizontales de seis patas, diestramente torneadas, en el centro de la habitación, en la que la luz entraba discretamente por sus dos ventanas de arcos de medio punto en el lateral de fondo, opuesto a los estantes, que guardaban la Patrística.

Me pasaba horas junto a la Patrística porque, mientras el padre Antonio Abad clasificaba y un teólogo tomaba notas en fichas de cartulina, fray Luis me daba sus clases sentados los dos en un buró cercano a ella. En esa noble atmósfera, rodeado de un sinnúmero de exponentes de la sabiduría de todos los tiempos, mojaba en el tintero mi plumilla alemana —ya que resolví que en la biblioteca debía dedicar la mejor que tenía— y escribía los textos que el fraile me dictaba. Sólo interrumpíamos nuestra labor cuando el archivero informaba de algún hallazgo entre los libros adquiridos. Entonces acudíamos a escuchar los pormenores de la obra y admirar su encuadernación o alguna peculiaridad que la convirtiera en singular.

También, en ocasiones, nos visitaban el historiador o el farmacéutico de la plaza de Zocodover, quien además enseñó química en el instituto y que se hizo un incondicional de la biblioteca. Me consta que muchos ejemplares de ésta se lograron por conductos que él facilitó. Entre tales eruditos, yo bebía como de una caudalosa alfaguara. Sé que abundantes aguas de estas fuentes se desperdiciaban, derramadas por mi rostro, pero de un modo u otro me empaparon y me llevaron al éxtasis. Me sentía feliz.

Tan a mis anchas me encontraba que, en momentos en que debiera estar en la cocina, me escurría a la biblioteca, aunque fuera sólo para acercarle las fichas al teólogo. El padre Baltasar, que no lo ignoraba, entraba a buscarme y

me sacaba de una oreja o a fuerza de aparatosas patadas en el trasero, sin causarme daño nunca, ante la estupefacción del estudiante, que desconocía la faceta histriónica del monje y del que ambos nos reíamos, nada más cerrar la puerta, recordando su amedrentada cara.

Quedaban pocos días para entrar en el invierno y ya hacía frío para mantenerme con la ropa que me dieron, a la que pude añadirle un sencillo jersey descolorido que abandonó un teólogo. Por otra parte, había vuelto a crecer, para espanto del guardián, que tuvo que recurrir otra vez a las feligresas de Santa Isabel y Santa Clara, capellanías a las que la comunidad atendía, para conseguirme prendas más acordes con la estación. Lo mejor fueron las botas. Yo jamás me había puesto ningunas. Eran viejas, pero no demasiado gastadas. Solamente la derecha conservaba los cordones, pero eso no era problema habiendo guitas en el taller. Las anudaba cruzando el cordón por todo el empeine hasta la corta caña y allí lo apretaba, sin oprimir en exceso; lo pertinente para que el tobillo estuviera seguro y firme. Con ellas me juzgaba fuerte, y tenía los pies calientes, más que por la noche, acostado en mi celda.

De la misma manera, experimentaría menos frío en el coro. Ese inmenso frío que transmite la piedra, que, durante el rezo de completas, adormecía los pies hasta aletargarlos, exclusivamente desatendido por la contemplación magnética de esa misma piedra, tallada en bordados fascinantes que adoncellaban el templo. Era la aleación jubilosa del gótico flamígero con el mudéjar, la boda alquímica que alternaba austeros lienzos, o sobrios pilares, con ciclos en los que se sospecharían arrebatos de horror vacui, por lo abigarrado de ornamentación tan fecunda. Una pétrea espuma blanca de olas inmóviles de las que partían estilizados nervios, radiantes, que florecían en arcos de medio punto para sostener las bóvedas de la única nave o irrumpían en estrellas al cruzarse. Arcos que, con ritmo geométrico, progresaban hacia el presbiterio, amparado por el cimborrio octogonal que recogía esa otra geometría que es la música de la voz humana, la de los monjes alabando al Creador.

Juan Guas, su insigne maestro mayor, permanecía esculpido afuera, al otro lado del balaustre del coro, sobre el arco escarzano que sustentaba a éste,

hincada una rodilla y con la indumentaria de maestro de armas, absorto en la hermosura que la artera Isabel la Católica no supo apreciar: «¿Esta nonada me aveis fecho?», le reprochó al arquitecto. Sublime en demasía para la aspereza de espíritu tan bárbaro.

Con las recién estrenadas botas, como decía, salía de completas con los pies templados. Mas, con no ser poco, no sólo para retener el calor hubieron de aprovecharme, pues en una ciudad empedrada, como es Toledo, un tropiezo con los dedos descubiertos y fríos habría sido harto doloroso.

Ésta era una razón de peso, en sí misma, para estar contento con ellas, ya que los frailes, obtenida su confianza, agregaron a mis funciones las de recadero, lo que me obligaría a callejear con frecuencia.

El primero de estos recados estuvo relacionado con los libros sobrantes de las adquisiciones del archivero, obras muy menores o inapropiadas para una biblioteca monástica. Entonces tenía que ir a la librería Balaguer, frente a una de las puertas de la catedral, y avisar a don Mariano Pedraza de que debía personarse en el convento. Era una pequeña librería, pero muy renombrada, de la que don Gregorio Marañón fue cliente habitual.

Como es de imaginar, me sobrecogió la grandiosa mole de la catedral, desproporcionada con la ciudad. Se alzaba como un símbolo soberbio del aplastamiento de la Iglesia a cualquier otra creencia; tanto de distinta fe como de heterodoxias dentro de ella. No me atrevía más que a admirar su exterior, pero aun no siendo de mis lugares preferidos, habría de conocerla como la palma de la mano. En especial, una capilla.

Mas mucho lo rumié antes de entrar. La vista de los arrogantes clérigos que transitaban por allí me disuadía. Llevaban sotanas impolutas, de corte y caída intachables, con las que paseaban altivos por la plaza, aireando sus tonsuras milimétricamente trazadas, como a compás, y afeitados perfectos que evocaban la disciplina militar. Imbuidos de una seguridad plena en su formación teológica y en las artes de la oratoria y la retórica, miraban displicentes con la certeza de su inmunidad, completamente a salvo en la localidad sede del Cardenal Primado de las Españas. Nada que ver con la buena disposición de mis frailes, tan preparados o más que ellos, pero mucho más humildes.

Aplacé la visita a la catedral y, a la vuelta, disfruté viendo lo que para mí era una multitud de casas, tiendas con escaparates colmados de objetos, confiterías, bares y, de repente, la airosa torre mudéjar de Santo Tomé, que parece asomarse desde su otero, por encima de los tejados, para avecinarse, amorosa, con la gente y participar de sus vidas. Inauguraba mis pasos en solitario y ya tenía proyectos pendientes.

El invierno fue crudo pero fructífero, porque con el sistema que el padre Luis había ideado para mi instrucción, de manera que aprendiera materias con más aceleración que la de un curso reglamentario, mi educación marchaba con mucha rapidez y provecho. Quizá su naturaleza asténica promoviera esa sistematización, que me resultaba tan ventajosa. A su empeño y a mi constancia, se les agregaba asimismo el hecho de vivir en relación diaria con los frailes, quienes me ofrecían explicaciones, a petición propia, de cualquier tema o bien ampliaban éstos con su profundo conocimiento.

Todas las asignaturas me interesaban, pero la mayor obsesión se centraba en el terreno de la historia. Consultaba la Historia general de España, de don Modesto Lafuente, quien la narraba como si la totalidad de musulmanes hubieran venido del exterior, sin admitir que, en su mayoría, eran hispanos convertidos al Islam por decisión de ellos mismos; anteriormente arrianos y con una minoría de cristianos trinitarios. Según él, y también otros historiadores, fue una lucha de casi ochocientos años en la que los nativos batallaron, de generación en generación, para expulsar a los invasores de nuestra tierra. Como si los pocos venidos de Arabia o del norte de África, a la tercera o cuarta descendencia, mezclados con los naturales, no fueran ya hispanos de derecho. Un plan «cristiano» con una duración continuada de ocho siglos, un proyecto de una persistencia imposible.

—Padre Luis —le interrogaba—, ¿Abderrahmán III no era andaluz?

—Era de la familia Omeya, de procedencia árabe —alegaba él.

—Sí, pero sus ascendientes vivían aquí desde el 755, y él reinó en el 912, ¿no? Además, ¿no creó un califato andaluz?

—Pues sí —respondía, con cierto deje de cansancio—. Pero tú, ¿adónde quieres ir a parar?

—Padre, es que si era andaluz, como lo fueron igualmente los nazaríes, en

las expulsiones de judíos y musulmanes se desterraron auténticos españoles, con otra religión, pero españoles. ¿No sería que el deseo de apropiarse de los bienes, de las tierras andaluzas, se disfrazó de guerra religiosa?

—Eres muy agudo. Demasiado. Los argumentos que expones te pueden atraer muchos quebraderos de cabeza con las autoridades. Más vale que no hagas comentarios fuera de nosotros dos —me advirtió de buena fe—. Y sí, las guerras religiosas, como tales, no han existido nunca. Han sido un piadoso pretexto de otras causas menos confesables.

Adopté una expresión dubitativa, porque no me atrevía a más, pero él leyó en ella las vacilaciones que turbaban mi mente. Al fraile, a duras penas se le podía engañar.

—Vamos, termina. Pregúntame lo que te intranquiliza.

—Es que hay cosas que no me cuadran. La gente de Madrid, Cuenca, Toledo, de cualquiera de las que hoy forman la región de Castilla la Nueva, se supondrán castellanos; pero si tiene ese apelativo de «Nueva» será porque antes sería llamada, o pertenecería a otro reino, con otro nombre, ¿cuál?

—¡No te hagas el tonto, Ángel, que me irritas! Responde tú mismo a la cuestión —exigió con impaciencia.

—Al-Ándalus, ¿no es así? —repuse.

—En efecto, no podía ser de otro modo —ahora fue el monje quien se quedó pensativo—. Me gustaría saber cómo has llegado a esas conclusiones y, sobre todo, si lo has hecho tú solo porque, ciertamente, me extraña.

El padre Zaragüeta fue una persona muy importante para mí, mas no debía traicionar a la familia ni a la alquería, de manera que negué que nadie me hubiera contado algo más.

—Una última consulta —le anuncié—: ¿qué significado tienen las estrellas de ocho puntas del claustro alto?

—No tengo la solución a eso —aceptó con rapidez—, sólo aproximaciones, pero si te bastan... te diré que siempre han estado presentes entre los motivos ornamentales de al-Ándalus, en cúpulas, azulejos, suelos y también en sus escudos. Si obedece a una simbología, la desconozco. Lo lamento, tal vez el padre Abad lo sepa.

Se me seguía resistiendo el mensaje del talismán. No sería la hora todavía

de conocerlo. Me disponía a retirarme, cuando el franciscano me retuvo.

—Espera, Ángel, que ahora seré yo quien te interrogue. Siéntate —hizo un alto en la conversación, quizá para añadirle gravedad o por ordenar las ideas antes de comunicarlas. Estuvo en silencio unos instantes, en los que abstraídamente se recompuso el hábito, y continuó—: Conmigo, a solas, te ruego que seas sincero, porque lo que me digas no saldrá de estas paredes. ¿Cuento con ello?

—Padre, se lo debo todo —me apresuré a reconocerle—, y estaré eternamente endeudado con usted. Sin embargo, hay asuntos familiares sobre los que no me corresponde hablar. Por lo demás, pregunte lo que quiera.

El fraile me ofrendó una de sus miradas aquilinas, con las que parecía desnudarme por entero. Fue consciente, desde que nos conocimos, de que en mi interior se ocultaba un misterio que no estaba dispuesto a desvelar, mas aquel monje de carácter colérico, desabrido, respetaba al prójimo.

—Comprendo, pero no se trata de tu familia. Es sobre algo que has de pensar muy bien si no lo tienes claro: ¿has sentido en estos meses la llamada a la religión?

—No me veo como monje, aunque estoy muy bien en el monasterio —dije con precaución—. Acudo a los rezos y me gusta cumplir con ellos, pero sería distinto como una obligación. No, padre, me apena si le decepciono, pero no he sentido esa llamada y me he comprometido a serle franco.

—¡A mí no me decepcionas! —protestó—. La vocación se tiene o no, y en ello no va la voluntad. Mi interés se basa en ver qué hacemos con tu futuro, porque si no quieres ser fraile habremos de buscarte un oficio. ¿Qué te parece el de sastre? —me soltó a bocajarro—. Sé que necesitan un aprendiz en una buena sastrería de la plaza de Zocodover, y yo podría recomendarte.

—Si a usted le satisface, que tiene más experiencia que yo, y que sé que me quiere bien, a mí también —aseveré, convencido de que, efectivamente, el fraile cuidaba de mi porvenir.

—¡No me seas pelota! —rezongó, en tanto me propinaba un cariñoso capón y daba por terminada la charla.

En menos de tres días trabajaba en la sastrería para militares y paisanos de la plaza de Zocodover, que hacía esquina con la calle del Comercio, encima del Café El Español. Como aprendiz ganaba poco más que las propinas, a veces misérrimas, que daban los clientes por llevarles el traje a su casa, pues también hacía la función de mandadero. Las ventajas consistían en familiarizarme con el dédalo de calles de una ciudad monumental, y en aprender una profesión que, desde el comienzo, entreví que se envolvía en una cierta ceremonia, fundamentada en el ejercicio de las matemáticas y, por momentos, se adentraba en los abstractos deambulatorios del arte, como una arquitectura de menores dimensiones al servicio del hombre, en cuanto a que su atuendo sobrepase la misión de abrigo del cuerpo y lo engalane, compensando, incluso, los defectos de éste.

En el taller trabajaban catorce personas. Su propietario, don Arsenio Calderón, cercano a la cincuentena, lo regía con amabilidad, formalidad y disciplina. Era éste una persona seria, que entendía que el secreto del éxito estribaba en ofrecer tejidos de calidad e idéntica exigencia en cada uno de los procesos de confección del traje. Para ello se había rodeado de empleados eficientes, a los que, de todos modos, inspeccionaba en sus tareas. Daba igual que fueran aprendizas, que sólo picaban cuellos y pasaban hilos; planchadores, ayudantas, encargadas de los bolsillos de pantalón; oficialas, que volvían cantos y ponían bolsillos de chaqueta, como que se tratara de los cortadores o de la oficiala de primera, Conchita, que se hacía cargo de las tapas de cuello, mangas, ojales, y que colaboraba en la revisión del trabajo de los demás, antes de que se le presentara al sastre.

Sólo la chalequera, una viuda que se llamaba doña Leonor, se libraba del examen; pero se debía a que trabajaba en su domicilio y nada más que venía a hacer entregas o a llevarse encargos.

Asimismo don Arsenio no admitía, de los fabricantes, lanas que no pertenecieran al lomo de la oveja, más larga y menos dañada que la del abdomen, que se engancha en la vegetación, resultando un tacto suave y uniforme.

En cualquier detalle resaltaba la pulcritud y buen oficio de este maestro. La propia sastrería era un reflejo: las paredes revestidas de madera negra hasta mitad de altura; las piezas de tela, de valor medio, recogidas en rodillos ovoides, montadas por parejas unas sobre otras en posiciones alternas; la cristalina lámpara, que recordaba, en sus formas, los colgantes canutillos dorados de las hombreras de los uniformes militares de gala, y él mismo, marcial detrás de su mesa, enfundado en un traje oscuro, perfecto aunque discreto, por no ofender con su elegancia al cliente. Sobre los hombros, el metro, y en el meñique, el dedal, desfondado a conciencia para encajarlo en la segunda falange.

Fuera de la vista del público, en otras estancias, se repartía el resto del personal. Inmediatamente se decantaron mis simpatías por Conchita, que se comportaba como una benévola madre con los subordinados. Sólo los ojos negros de cordobesa ardían y parecía consumírsele el moño con la desaplicación y la falta de formas de Amparito, que me llevaba un año, y cuyo temperamento bullicioso y alegre le impedía adaptarse con facilidad a la paciencia que se requería; pero todo se le perdonaba, finalmente, habida cuenta de su inocencia. Conchita la reprendía y Amparito replicaba.

—Amparito, te he dicho mil veces que a la aguja no se la achucha con el culo del dedal, sino con el lado, ¡que eso es de puercas!

—¡Anda la cordobesa!... ¡Achucha!... Se dice empuja —se atrevía Amparito a corregirla.

—Me da igual cómo se diga, tú ya me entiendes, ¡hazlo como se te manda! ¡Habrás visto descarada!

—¿Qué más dará? La cosa es que la aguja entre, ¿no? ¡Pues ya está!

—Pues no es lo mismo. La puntada queda mejor como digo. Lo otro es coser al tuntún.

—¡Manías! —acababa Amparito por decir.

—¡Esta niña no sirve!... ¡No sirve! —murmuraba Conchita desesperada, y Amparito se reía e imitaba con enérgicos mohines, que agitaban la coleta que siempre llevaba, y gesto exagerado de la mano, la forma de usar el dedal de la oficiala.

Al cabo, todos reían al escuchar la misma advertencia de Conchita:

—El día que te vea don Arsenio te pondrá de patitas en la calle y entonces, a mí, ni me mires.

Durante el primer mes, que no recibí prácticamente estipendio alguno, cuando me cansaba de las caminatas a que los recados me obligaban, solía entrar a sentarme en una u otra iglesia, donde nadie preguntaba y no tenía que consumir. Como Santo Tomé estaba enclavada en una zona muy céntrica, era la que más visitaba, y a la que me aficioné porque, defendido por un cristal, protegido a su vez por una reja, se encontraba el grandioso cuadro de El Greco El entierro del Conde de Orgaz, con el que me deleitaba en tanto descansaba unos minutos. La pintura estaba a tres o cuatro metros, y la cortina que la ocultaba se descorría cuando no había culto. Curiosamente, una jovencita que debía venir de algún colegio o instituto, siempre con libros y cuadernos en la mano, entraba con la única finalidad de contemplarlo. Se colocaba apartada unos pasos, tras de mí, ambos cara a la reja y de espaldas a la cabecera del templo, pues el cuadro se encontraba al fondo de la iglesia, a la derecha de la entrada.

Yo acostumbraba a irme antes que ella, que quedaba allí extasiada. Ese instante en el que me levantaba era el único en que, con detenimiento, le veía la cara. Un rostro de una dulzura angelical, en cuya frente parecía asentarse la más pura de las noblezas. Jamás cruzamos una palabra, pero tiempo después tuvimos la ocasión.

Trabajar en el taller no me exoneraba de obligaciones en el monasterio, donde continuaba viviendo, si bien era imposible que las cumpliera todas. Pero, aun atenuadas con la autorización del guardián, ayudaba en la cocina en las tareas habituales. El padre Baltasar, ahora, me llamaba «modistillo», «sastrecillo valiente», «paladín de la aguja» y otros apelativos que usaba por ver si me enfurecía y mofarse luego a mi costa; mas, conociéndolo, lo ignoraba o hacía alusiones, tan envenenadas como las suyas, al creciente contorno de su feliz panza. Eso no era problema. Sí lo constituía, sin embargo, proseguir con los estudios, pero el padre Zaragüeta no transigía, y yo no iba a ser menos. De modo que robaba tiempo al descanso, estudiaba en los mínimos períodos de ocio que se presentaban y leía todo impreso que hallara cerca.

El sastre estaba suscrito, además de al periódico El Alcázar, a la revista

Ayer y Hoy, editada por la Asociación de Artistas Toledanos «Estilo», a la que pertenecía don Gregorio Marañón y con la que colaboraba escribiendo artículos o relatos cortos. Se imprimía en las máquinas de don Rafael Gómez Menor y contaba con fotografías y dibujos en blanco y negro, que yo conceptuaba como producto de un invento fantástico, pues en cuanto el maestro soltaba la revista, me adueñaba de ella.

El señor Calderón estaba al tanto, pero no le incomodaba que ojeara su revista. En cambio, los musculosos planchadores se burlaban de mi avidez por la lectura. No les respondía por temor a los hercúleos brazos que poseían; aunque los bíceps, de verdad desarrollados, se correspondían tan sólo con el brazo que levantaba la pesada plancha de carbón, entera de hierro. El maestro, mientras afilaba los jaboncillos, me animaba a no desatender mi formación, porque decía que en ningún lugar está de más la cultura y que sobraban grosería e ignorancia, con las que no se iba a parte alguna. Hablaba, pero perfectamente atento a la operación del afilado, que gustaba hacer él mismo. Unía, por los agujeros centrales, quince o veinte cuchillas de afeitar mediante tornillos y, con el curioso aparato resultante, dejaba los filos de los jaboncillos listos para dibujar con la finura de línea que deseaba. Claro que observar a don Arsenio se convertía en un placer, como siempre ocurre con un buen profesional en la materia de que se trate; pero si había algo que me atraía, era verlo en sus discusiones con los representantes. Tocaba los paños de las muestras que le enseñaban con las yemas de los dedos y, únicamente con ayuda del tacto, valoraba no sólo la calidad de éstos, sino si los hilos iban trenzados con dos o más de ellos y la condición de la urdimbre y de la trama.

Este hombre de prominente y cuadrado mentón, que remarcaba su expresión de firmeza, mantenía cordiales relaciones con los agentes de venta de paños que pasaban por la sastrería, pero consideraba amigo a don Leandro, el representante de forros de seda, con quien charlaba en tanto cosía, plantadas las prendas sobre las rodillas cruzadas —para darles «asiento», decía—. Don Leandro, que se sentaba en una silla a su lado, tenía bastantes más años que él, como indicaba su pelo cano. Llevaba muchos en La Mancha, vendiendo los productos de la Fabril Sederá, una fábrica de Burgos que manufacturaba tafetanes, sargas y rasos de la máxima calidad, y pensaba retirarse con cierta

prontitud, harto de fondas, restaurantes y trenes de mala muerte. Desde que nos conocimos nos caímos bien. Como persona habituada a tratar con clientes, sabía ganarse las simpatías de la gente con su buen humor, nunca exento de corrección. A veces, cuando me veía salir a algún mandado, me pedía que le trajera tabaco o cerillas, pero como un favor, que luego me pagaba con propina, y obtenido el permiso de don Arsenio.

Los recados constituían momentos de libertad, en los que el aire frío de Toledo me refrescaba el rostro. Llevaba y traía trajes, que algunos enviaban a la sastrería para que se los ajustaran, pero también iba a la mercería La Favorita, muy cerca, en la calle del Comercio, a comprar botones o cintas. Quizá fuese mi tienda favorita, precisamente, porque parecía una bombonera, con los escaparates de cristal curvados en las esquinas de entrada, embutidos en madera y ésta en mármol hasta el suelo; con su puerta de dos hojas, de las de vaivén, retranqueada como un metro, produciendo un minúsculo y gracioso portalillo, guarnecida de blancos visillos que velaban la vista del interior.

Mil revueltas dadas por la ciudad me tenían las botas gastadas para cuando la Navidad llegó; pero me conocía al dedillo el casco antiguo: el Alficén, los cobertizos, la judería, las puertas, los puentes, los barrios mudéjares. Me había colado en las añejas mezquitas, ya iglesias; en conventos, en sinagogas, en un sinfín de palacios; en toda esa gloria que los estudios y las incesantes preguntas que le hacía a los frailes, me permitían entender y saborear de una metrópoli amada desde la época romana; construida para reinar y admirar al mundo con su magnificencia, a voluntad de sus moradores, pues gran parte de su belleza queda oculta al forastero, si bien se la intuye, como verdes ojos árabes, asomados por la franja de su faz descubierta, para turbarle el resuello, sorpresiva, cuando se le ofrece en toda la desnudez de su esplendor. Aunque esta desnudez, en realidad, queda vestida por su milenaria historia, que se adhiere en fina membrana a ella, acaso en fastuosa túnica de tornadizos colores. La historia, que en Toledo, le ha concedido piel a la piedra.

Las fiestas navideñas, apagadas en mi alquería, aquí se manifestaron con una explosión de luminarias, carrillos con golosinas y dulces. Las calles de los obradores despedían aromas dulzones en vaharadas cálidas que

despertaban el deseo, más que el apetito. A través de las vidrieras de las confiterías, abarrotadas de público, se veían montañas de succulentos mazapanes, salpicados de anises y peladillas de colores, algunas como perlas, roscas y anguilas de pasta, rellenas de yema o de cabello de ángel, y los clásicos turrónes. Los chiquillos pegaban las naricillas a los cristales tirando de la mano de sus madres, para que les compraran todas las seductoras tentaciones con que estimulaban su mente infantil, y éstas debían inventarse pretextos extraordinarios para separarles de los escaparates, a menudo entre llantos y rabietas. Las amas de casa portaban bandejas de magdalenas, que ellas mismas habían preparado y con las que volvían después de haber horneado en las tahonas. Corrillos de niños cantaban villancicos y la gente les daba monedas. Los vecinos se saludaban, sonrientes, y se deseaban felicidades. Botones, perfectamente uniformados, se apresuraban para entregar a tiempo, a los ricos, grandes cestas colmadas de manjares, entre los que el jamón era el rey incuestionable, con las que se reconocían favores o prebendas que garantizaban la debida recompensa al recadero.

La ciudad parecía feliz, aun cuando nada había cambiado; pero, en esas fechas, me acogían con amabilidad y las gratificaciones eran más generosas. La mayor que obtuve me vino del director del museo de Santa Cruz, que me faltaba por conocer. Sólo tenía que cruzar la plaza de Zocodover, atravesar el Arco de la Sangre, bajar una pequeña cuesta y enseguida, en la acera de la izquierda, estaba el edificio. Un trayecto tan corto, que de innmercida juzgué la propina. Conforme entré, un ordenanza me informó de que debía dejar atrás las escaleras del claustro para hallar el despacho del administrador, en la planta baja.

Fui recibido por una secretaria de abultados anteojos y pelo recogido en un moño bajo, viva imagen de la modosidad, que me comunicó que esperara mientras el directivo se probaba la chaqueta; de manera que ni siquiera lo vi, pero al regresar me obsequió con una suma que llamó «aguinaldo», de parte del jefe. Salí muy contento con el dinerillo, ya sin prisa.

Había mirado, pero no visto, la escalinata plateresca de Alonso de Covarrubias que, más que una obra arquitectónica, semejava una escultura. Me aseguré de que el claustro permaneciera desierto y subí los escalones sin

atreverme a tocar la marfileña balaustrada; cada tramo rematado con altos florones plagados de angelotes, camaradas, por gracia del arte, de hieráticas sirenas, escudos y monstruos mitológicos envueltos en espeso follaje vegetal. Densos de ornamentación, apretados, como las cazoletas de las pipas turcas de espuma de mar, ebúrneas con el transcurso de los años.

Desde el descanso del primer cuerpo, sentado en el poyete de una ventana, a la derecha, me recreé en el intrincado haz de arcos disímiles: de medio punto, rebajados; unos superpuestos, otros entrecruzados, viniendo alguno a morir, perpendicular, al eje central de la escalera, junto al que, en la estrecha albanega, se exhibe la cruz de Jerusalén, emblema del Cardenal Mendoza. El maestro Alonso, en el punto más alto de la imaginación artística, juega con arcos y líneas de tal forma que, de la materia, prolonga espacios intangibles, en tres dimensiones. Probablemente pretendiera, con estos volúmenes inexistentes, comunicar el mensaje de la Unidad: múltiples sentidos y una única dirección.

El instinto o la curiosidad, me hizo mirar hacia arriba. En el centro del artesanado mudéjar, de nuevo la estrella de ocho puntas. Mi alma, como la luz entre los arcos, se esparcía.

En el monasterio, las fiestas se celebraban con un ligero aumento en los rezos, mas la comunidad fue invitada el día de Reyes al convento de Santo Domingo el Antiguo, de las monjas bernardas, a la oración de vísperas, que sería cantada tras las celosías de la clausura. Por ser la esposa del comandante de puesto de la Guardia Civil una mujer muy parroquiana, aunque algo lerda, la invitación se hizo extensiva a ambos. Lo extraño fue que el padre Zaragüeta insistió en que yo también asistiera, como un fraile más.

El comandante Merchán, un hombre de rostro sanguíneo, inmediatamente se fijó en mí y se dispuso a indagar mi procedencia, queriendo hacer valer su autoridad.

—¿De dónde ha salido este chico? —preguntó, por pura petulancia ante su cónyuge.

—Está a nuestro cuidado —respondió, lacónico, fray Luis.

—Sí, pero... ¿de dónde viene y qué hace en el monasterio? —dijo, mientras se estiraba la guerrera de gala, rodeado por todos los frailes, vestidos con el hábito franciscano, en la sala en la que lo habíamos esperado.

El guardián intervino:

—Se llama Ángel Castaño, es de una alquería de Las Hurdes y, como le ha dicho el padre Zaragüeta, está a nuestro cuidado. Estudia con nosotros, ayuda en diversas tareas y además trabaja de aprendiz en la sastrería de don Arsenio. No tiene por qué preocuparse.

—¿Seguro? Me gustaría hacerle algunas preguntas en la comandancia.

—No es necesario —replicó terminante el padre Moya, pero aún continuó, endureciendo la conversación al reparar en el agreste tono del oficial—. Pero, si de pesquisas se trata, averigüe si en el cuartel se aplica debidamente la virtud de la caridad.

—Padre...

—Reverendo padre —le apuntó, corrigiéndole, fray Antonio Abad.

—Reverendo padre —repitió amoscado—, así como su obligación es la de rezar, la de la Guardia Civil es la de velar por la paz y el orden públicos, y nadie, entérese, puede obstaculizarnos en el cumplimiento de ella.

A mí no me llegaba la camisa al cuerpo, pero fray Luis me dio un apretón en el brazo, para tranquilizarme.

—Naturalmente —respondió el guardián—, y nosotros con la nuestra que, o mucho me equivoco o está fuera de toda sospecha, ¿no es así? Dígamelo por si tenemos que consultar, de su parte, con las altas instancias eclesiásticas. De otro modo, Ángel queda acogido a sagrado, como en la antigüedad, y no estará sujeto a más autoridad que la mía.

El comandante conocía el poder de la Iglesia y las repercusiones que podía tener para él un enfrentamiento con ella, por lo que decidió dejar de medir el suyo con oponente tan irascible, capaz de llevar adelante su advertencia.

—Tampoco se trata de que la sangre llegue al río, reverendo padre. Si usted confía en el chico, es suficiente. Dejemos las cosas como están.

—Si Dios quiere —apostilló el superior, pero viendo que Merchán no contestaba, repitió—: ¡Si Dios quiere!

—Sí, sí... Si Dios quiere —afirmó obediente.

—Alabado sea —añadió el fraile, por dejar sentado que, además, su palabra era la última.

—Sea por siempre bendito y alabado —cacareó la esposa del militar.

El cocinero miró de soslayo a la mujer, con una sonrisa en los labios que, por azar, nadie observó, pues dejaba a las claras su opinión de la pareja.

El canto seráfico de las monjas más la visión de los cuadros de El Greco, en el retablo mayor, anuló cualquier rastro de la enrarecida atmósfera originada por la discusión. No obstante, la proverbial sagacidad del padre Antonio Abad aconsejó a éste honrar al comandante con una breve visita a parte del interior del convento, con la venia de la abadesa. Cuanto menos enfadado, menos enemigo mío sería.

Para el guardia civil, lo más emocionante fue bajar a la cripta donde yacen los restos de Dominico Theotocopuli. La esposa, en cambio, quedó prendada del reducido y colorista comulgatorio y del floreado armario para archivo de documentos, colocado en la última estancia. A pisar el Claustro del Laurel, que se veía desde una ventana, no se nos autorizó; pero la invitación a vísperas y el paso por aquellas íntimas salas valió más que un verdadero regalo de Reyes. Sin embargo, el tropiezo con el comandante reavivó mi desasosiego. Esa noche volví a soñar con el cadáver del vinatero.

Sé que fui seguido por una pareja de guardias de paisano, pues aun así vestidos, el corte del pelo y de las guías de sus bigotes pregonaba su pertenencia al cuerpo de seguridad; pero, cuando quedaron persuadidos de que mis desplazamientos se debían exclusivamente a quehaceres de la sastrería, dejaron de hacerlo y nunca me molestaron. Por entonces, la preocupación se centraba en averiguar si se mantenían actitudes rebeldes o simplemente contrarias al régimen dictatorial del gobierno. También he de reconocer que, una vez vi que no tenían propósito de abordarme, apreté el paso en las cuevas, haciéndoles sudar de lo lindo, para diversión mía. Me encantaba verlos, al salir del portal objeto del recado, limpiándose las frentes con los pañuelos, esperanzados en que después de subir ya sólo tocaría bajar; mas yo me las ingeniaba para dar vueltas innecesarias por la ciudad, recorriendo el mayor número de cuevas posible en tanto imaginaba sus caras de contrariedad.

La alborada de la vida

Siglo XX

Capítulo V

El gorjeo de las golondrinas, en el azul toledano, sumaba alegría al frescor de las mañanas. Cada jornada salía del monasterio y hacía la misma y sugestiva ruta: entraba por la calle del Ángel, seguía por Santo Tomé, luego las calles de la Trinidad, del Hombre de Palo, cuyo lateral derecho bordeaba parte de la catedral, y del Comercio, hasta Zocodover. Con la ciudad calando abril, habían terminado los fríos más rigurosos, pero el hambre propiciaba acciones desesperadas, como la del «palanquista nocturno» que consiguió violentar la puerta trasera del café El Español, comunicada con el portal de la sastrería, y apoderarse de once duros de la caja y más de mil pesetas de los camareros, la mitad del sueldo que podía cobrar al mes un jefe de almacén, y que, sorprendido por el encargado, al hacer éste su revisión diaria de la cámara frigorífica, estuvo a punto de ser reducido.

En una población en la que apenas ocurría nada, el incidente era toda una noticia que se publicó en la página que El Alcázar dedicaba a la provincia. Por lo demás, las crónicas se abastecían de sucesos poco notables: el fallecimiento de un cardenal, la herida en la cabeza que había sufrido un señor en Los Yébenes al caer de su bicicleta cuando se dirigía al trabajo, o tan pintorescas como la del avión «secreto» americano que se había perdido y que nadie encontraría, ya que, a fuer de ser secreto, se negaba toda información sobre sus características.

Estos episodios suscitaban jugosos comentarios en el taller, con arreglo a las tendencias y singularidades personales de los empleados. Los

planchadores, jactándose de su fuerza, juraban que a ellos el ladrón no se les habría escapado, mientras daban golpes, más impetuosos de lo habitual, con la paleta de aplastar hombreras, para impresionar al público femenino. Las ayudantas y aprendizas les animaban, exagerando el miedo que, decían, padecerían en el caso de encontrarse solas con uno de estos cacos; muy en su papel de débiles mujeres indefensas y ellos en el de poderosos machos invencibles. Un cortejo animal, digno de un gallinero, que Conchita sofocaba regañando a unos y a otras, siempre con sus tijeras colgadas al talle por una cinta roja.

El sastre no solía intervenir en las conversaciones con excepción de alguna observación aislada, por que no se dijera enteramente distante de los trabajadores, y se mantenía entre sus reglas y cartabones, en tanto yo, al lado de su mesa, atendía cualquier petición que hiciera. Ambos escuchábamos el comadreo que se traían en el interior, pero él prefería que fuera Conchita quien se encargara de la disciplina. Comprendía que la gente debía trabajar a gusto, en un ambiente distendido y de cierta confianza. Como yo no decía nada, me preguntó:

—Y tú, Ángel, ¿te habrías enfrentado al ladrón?

—Si tengo que defender con ello mi puesto, sí, don Arsenio —alegué sin dudar.

El hombre levantó la cabeza para mirarme, quizá sorprendido.

—¿Y qué crees que puede hacer un muchacho de catorce años contra un hombre de treinta? —se interesó, divertido.

—Ayer, jueves, cumplí quince —protesté, convencido de que mi nueva edad cambiaba radicalmente las cosas, pero lo único que conseguí fue que se riera en mis narices.

—No te ofendas —me pidió, dándose cuenta de la fría acogida que le concedí a su carcajada—, pero si, por el momento, te encontraras en esa circunstancia, corre lo que tus piernas te permitan; tú no sabes qué arma o herramienta lleva consigo. —Soltó las tijeras de corte y agregó—: ¿Sabes qué vas a hacer? Pues, como ayer fue tu cumpleaños y hoy no hay mandados, te doy el día libre, para que hagas lo que se te antoje. Quince años es una edad para celebrarla.

Franqueaba la puerta, todavía sin creérmelo, cuando me llamó, abrió mi mano y depositó en ella cinco monedas de a peseta.

—¡Para que te las gastes! —me deseó.

Me fui sin saber muy bien en qué emplear el tiempo que se me ofrecía, mas pronto decidí irme a leer al Paseo del Tránsito el libro que los padres Antonio y Luis me regalaron el día anterior. Nunca, hasta entonces, me había hecho nadie un presente en mi cumpleaños. El volumen, impreso en Madrid en 1848, en la imprenta de don Wenceslao Ayguals de Izco, se titulaba Memorias de ultra-tumba, de Chateaubriand, estaba encuadernado en cuero, a la valenciana, y en el tejuelo conservaba las siglas de su anterior propietario: «C. G. M.». Quizá no fuera muy apropiado para mi edad, pero se trataba de mi primer libro y me parecía más valioso que cualquier joya.

Horas estuve, en un banco del paseo; ora abstraído en la lectura, ora manoseando el ejemplar con delectación. De repente, movido por un impulso, supongo que por la necesidad física de desentumecerme o porque así lo quería el destino, me puse a caminar, errabundo. Dejé a un lado el Taller del Moro y callejeé hasta la catedral, pasé a Tornerías y desde allí llegué de nuevo a la del Comercio. Cuando me acercaba a La Favorita vi a la chica de Santo Tomé, que miraba cintas de colores en el escaparate, y me coloqué a su lado. Se volvió y noté en su cara que me reconocía.

—¡Hola! Tú eres la chica que va a Santo Tomé, ¿verdad? —le pregunté tontamente.

—Sí, me gusta ese cuadro —repuso con una sonrisa que iluminaba su rostro y, posiblemente, el mío.

—A mí también. Yo me llamo Ángel —me encontré diciendo.

—Yo, Alborada —y buscó mis ojos con los suyos.

—¡Qué nombre tan bonito!... Ayer fue mi cumpleaños.

—¡Ah! Pues... felicidades.

—Te convidó a un refresco —propuse, recordando mis cinco pesetas.

Presumí que no aceptaría, pero lo hizo, arguyendo que nos conocíamos. Si su cara era bonita, su voz, su candidez y su alegría embelesaban. De súbito, se redujeron a cenizas los claustros, los arcos, las torres; las gárgolas perecieron, derrumbadas, en el vacío, y las escalinatas volvieron al polvo, de donde una

vez surgieron, en comparación con aquellos ojos de corza. Si algo fuera de ella me importaba, era El Greco, que nos unía. Hubiera dado mi vida por besarla. Paradójicamente, el corazón me contuvo dándome a conocer que, en esto del amor, las prisas conducían al fracaso más estrepitoso.

Yo me esforzaba en atender a cuanto me contaba, aunque una sola idea giraba en mi cerebro: volver a verla, hablar con ella, oler la tibia fragancia de su colonia, contemplar los suaves movimientos que el aire, al andar, producía en el fino pelo, casi rubio, y que dejaban al desnudo porciones, entre oscuridades, de una nuca tentadora, mimosa de tiernas caricias; a aturdirme con la elasticidad de su cimbreante cuello, la delicada barbilla... Me preguntaba, y balbuceaba respuestas incoherentes, como si estuviera fuera de mí. Por un momento creí que me tomaría por un idiota, un majadero, pero su sonriente despedida apaciguó mis temores.

Las pesadillas de mi crimen con el vinatero concluyeron, suplantadas por sueños venturosos en los que me casaba con Alborada para ser eternamente felices. Ahora tenía varias finalidades en la vida y una ilusión por la que luchar: cultivarme, aprender un oficio para el futuro, desertar de la pobreza y formar una familia con la mujer de la que me había enamorado. Todo eso se hacía posible con trabajo, sacándole provecho a las oportunidades que me habían dado los franciscanos, y una segunda condición: enamorar a Alborada. Pero ¿de qué experiencia disponía? Ni mundo, ni amigos a quienes consultar o contárselo.

El padre Zaragüeta se hallaba en su celda, consagrado a las tareas que llevaban aparejadas sus funciones como docente de los teólogos. Sobre la mesa, mi examen de geografía.

—Siéntate, Ángel —me invitó, después de darme su permiso para entrar—. Aquí tienes los resultados de geografía. Excelente, como de costumbre —aseveró y cambió de tercio—. ¿Qué tal llevas la lectura de tu libro nuevo?, ¿te gusta?

—Bien... bien —manifesté, pero sin extenderme ni hacer preguntas, como habría sido lo habitual.

—Te noto poco expresivo hoy, ¿estás inquieto por alguna razón que quieras contarme?

«¿A quién mejor?», pensé. Fray Luis era lo más parecido que tenía a un amigo o a un padre. Acaso a la combinación de los dos papeles.

—Esto... padre... ¿Usted se ha enamorado alguna vez? —le pregunté de sopetón.

El pobre monje enarcó las cejas, que le volvieron a asomar por arriba de las gafas, como cuando en Plasencia no supe dónde estaba Barcelona.

—¡Pues sí que me enamoré! ¿Crees que nací con el hábito? Hasta que entré en el seminario anduve persiguiendo mozas en mi pueblo... y aun después —añadió en voz baja—. Pero, espera... ¿es que te has enamorado?

—Creo que sí —contesté azorado.

Los dos nos quedamos muy serios. El fraile me miraba fijamente; no sé si soñador o reflexivo. Yo a él, de hito en hito.

—De ti sólo espero que te comportes como un caballero. ¿Dónde la has conocido? Vamos, cuéntame todo... puedes confiármelo.

—La he conocido en la iglesia de Santo Tomé.

—¡Ah! Es buena cristiana. ¿No será un poco beatona? —inquirió con risa cómplice.

—Ella va allí a ver el cuadro de El Greco, como yo.

—¿Y cuánto hace que habláis?

—Hoy hemos tenido la primera ocasión de hablar. La invité a un refresco.

—¿Y ya estás enamorado?, ¿cómo lo sabes?

—Porque sólo deseo estar con ella. No sale de mi cabeza ni un momento... y estoy contento, nervioso; pero tengo miedo, miedo de que no sienta por mí lo mismo.

—¡Sin duda lo estás, puñetero! Y ahora ¿qué?

—Pues eso venía a preguntarle, ¿qué hago?

—¡Conquistarla, mastuerzo! —replicó con suficiencia.

—¿Y eso cómo se hace?

—¡Yo qué sé! —confesó.

—Vaya una ayuda que tengo con usted, ¿pues no decía que tenía experiencia?

—Ángel, cada caso es distinto. Las mujeres no funcionan como los relojes. Lo que a una entusiasma a otra le repugna. ¿Qué le gusta a ella?

—¡El Greco! —respondí sin vacilar.

—Los cuadros de El Greco son un poco caros como para regalarle uno — comentó irónico—. Pero es un dato —dijo, observando mi rostro compungido—. Eso indica que es sensible. Veamos, ¿va a verlo sola o acompañada?

—Sola.

—Le gusta de veras y se deduce que, en situaciones así, no necesita a nadie ni le importan los obstáculos, luego es independiente; tiene los gustos definidos, cuando es tan resuelta, un rasgo de madurez. Sensible al arte es evidente, y eso no cuadra con alguien que admitiera groserías, tenlo muy en cuenta. Puede que sea romántica e imaginativa. Averigua qué es lo que más le gusta del cuadro, será otro dato. Si te lo pregunta a ti, respóndele que, especialmente, la maestría sin par de Dominico en el manierismo. Te aconsejo que te pongas a estudiar inmediatamente ese estilo. Creo que estás ante una mujer inteligente.

—Me está asustando, padre.

—Mejor asustarte que dejar que peques de confiado. Sé muy moderado, déjala hablar. De cualquier forma, ella te sonsacará lo que quiera. ¿Es bonita?

—¡Preciosa! Es... —ya me lanzaba a describir sus encantadoras cualidades, pero el franciscano me interrumpió.

—Vale, vale. Deberás ser prudente y, todavía así, averiguará de ti lo que se proponga.

—Padre, pues no sé si es bueno esto de enamorarse.

—Si te corresponde es... maravilloso, un don de Dios. Si no, una terrible maldición.

Las esclarecedoras conjeturas del fraile me sumieron en una confusión aún mayor. Los rasgos de Alborada, inferidos de lo que pude contarle, vaticinaban una conquista ardua en la que, seguramente, tendría competidores de más categoría que yo. Dejarla hablar; sí, ese procedimiento se configuraba como el mejor.

Ir a diario a la iglesia de Santo Tomé no me lo permitía mi trabajo, aunque lo procurara. Tampoco ella mantenía regularidad en sus visitas; mas, cuando nos encontrábamos, ya no se contentaba con mirar el lienzo sino a mi lado. Después la acompañaba un trecho, hasta el comienzo de la calle Hombre de

Palo. Desde allí continuaba, en dirección a Alfileritos, y yo deshacía lo andado para ir a hacer mis tareas al monasterio. A eso se redujo nuestra relación durante meses.

No desatinaba el buen monje en sus pronósticos pues, si bien la muchacha contaba entre sus virtudes la de la discreción, al poco estaba enterada de mi procedencia, mi trabajo y de cómo había aparecido yo en su ciudad, de la que tan orgullosa se sentía.

Para Alborada, ofrecerme explicaciones sobre Toledo resultaba un agradable entretenimiento del que me valí, como justificación, para atreverme a citarla un domingo por la mañana, después de la misa de doce, con el fin de que me guiara por la judería, donde se enclavan las dos sinagogas; por los cobertizos y conventos, y me relatará sus curiosas historias.

Quedamos en la esquina donde siempre nos despedíamos. Trajo consigo una amiga, por que no se nos viera a los dos a solas. En cuanto la vi aparecer le pregunté el porqué del nombre de la calle, que juzgaba extravagante.

—¿Por qué esta calle se llama Hombre de Palo? —le interpele—. Es un nombre raro, ¿no?

—¿No has oído hablar de Juanelo Turriano? —me interrogó a su vez.

Negué con la cabeza.

—Pues fue un relojero italiano que trabajó para Carlos V, pero que también era matemático e ingeniero. El Emperador, además de otras cosas, le pidió que fabricara un ingenio que subiera el agua del Tajo hasta el Alcázar, y éste, sirviéndose de una noria y otros aparatos, consiguió elevarla hasta donde se le requirió, pero nunca se le remuneró por ello. Cuando murió Carlos V, el ingeniero solicitó a Felipe II que le pagara, pero tampoco lo hizo. De manera que se convirtió en un sabio anciano y pobre que no tenía ni para comer.

—¿La ciudad no hizo nada por compensarle? —me interesé.

—No, porque como el agua del artificio de Juanelo se empleó en las obras del Alcázar, los toledanos nunca la disfrutaron.

—¡Pobre hombre! —opiné.

—¡Y tanto! —dijo ella, sonriendo dulcemente—. Se dice —continuó— que, viejo y enfermo, construyó un autómata con el cuerpo cubierto de madera, que iba a recoger limosnas para él y cuyos pasos, por ser los pies del mismo

material, resonaban en las piedras. De ahí lo del «Hombre de Palo».

La amiga, delgada y morenita, no soltaba una palabra, pero asentía a los detalles de lo que Alborada refería y estaba pendiente de mis reacciones. Sospeché que, más tarde, entre ellas, sí que hablaría. A pesar de su silencio debía de ser simpática, pues tenía aspecto risueño y ojillos juguetones.

—Es triste que un sabio muera en la miseria. Qué ingratos fueron los reyes con él —expuse, mientras íbamos hacia la judería.

Imaginaba que nos detendríamos frente a cualquiera de las dos sinagogas, pero metiéndonos por una calleja inesperada asomamos a un punto, por encima de la roca Tarpeya, desde el que se abría el panorama al Tajo, con el puente de San Martín a la derecha, las casas de la ribera contraria y, en ella, a la izquierda, la ermita de la Virgen de la Cabeza. Recordé los versos de Garcilaso. A riesgo de que se estimara ridículo mi romanticismo, los recité en voz alta:

Pintado el caudaloso río se veía,
que en áspera estrechez reducido,
un monte casi alrededor ceñía,
con ímpetu corriendo y con ruido
querer cercarlo todo parecía
en su volver, mas era afán perdido;
dejábase correr en fin derecho,
contento de lo mucho que había hecho.
Estaba puesta en la sublime cumbre
del monte, y desde allí por él sembrada,
aquella ilustre y clara pesadumbre
d'antiguos edificios adornada.
D'allí con agradable mansedumbre
el Tajo va siguiendo su jornada
y regando los campos y arboledas
con artificio de las altas ruedas.

Pronuncié el último verso y, simultáneamente, escruté el semblante de Alborada. La satisfacción se acomodaba en los deliciosos labios, y descubrí mi acierto en la fugacidad de un feliz brillo de sus pupilas.

La tarde, en el monasterio, fue una ensoñación constante. Me fui con el libro a mi rincón del huerto, por simular que leía, pero ni una frase absorbió el entendimiento.

Tendría que haberme presentado en la cocina, y a ella me encaminé; pero el ánimo, conmovido por el amor, se negaba a trasladarse, en una súbita zambullida, a las prosaicas fritangas sin un intermedio que le proporcionara unos momentos de solaz. Entré, entonces, en el claustro y corrí escaleras arriba a complacerme con las estrellas andalusíes del artesonado. Me asomé por la balaustrada de uno de los arcos y vi una figura que se movía por los aleros del lado opuesto. Creí, alarmado por un instante, que se trataba de un ladrón; mas, primero el hábito, y después el saludo del padre Antonio Abad, me sacaron del error.

—¡Padre!, ¿qué hace ahí arriba? —le grité consternado.

—Revisando unas tejas movidas por el viento, como había sospechado. Teníamos goteras —aclaró, impasible—, pero ya las he colocado en su sitio. Bajo enseguida.

—Pero... ¿cómo se le ocurre encaramarse a los tejados sin ayuda? —exclamé cuando estuvo junto a mí.

—¡Pues no he subido veces! —respondió, ignorando el tono amonestador con que le había hablado.

Como nadie le habría persuadido de lo expuesto de sus gatunas andanzas, no insistí más en ello y opté por cambiar de tema y pedirle, en cuanto nos encontramos en el claustro bajo, que me ilustrara sobre el ingeniero del siglo XVI. Le conté el relato de la pequeña biografía que Alborada hizo de Juanelo. El fraile se extendió en detalles que hacían del italiano un personaje admirable en cuanto a inventiva, quizá de la talla de su compatriota, Leonardo da Vinci. Describió los pormenores de cómo con una noria —ciento noventa y dos grandes cucharones de latón que se rellenaban de fluido los unos a los otros, en continuo ascenso, y de torres intermedias, hasta un total de veinticuatro— logró que el agua llegara al Alcázar salvando un desnivel de noventa metros.

Debió de ser una pintoresca maquinaria, fijada a la ladera como si trepara por ella, ruidosa, atronadora de resoplidos; una criatura aparentemente orgánica, vital, por el constante movimiento de que la dotaba el río, pues no se aplicaban a ella otras fuerzas que no provinieran de éste.

—Como dice mi amigo el historiador —concluyó—, Juanelo Turriano, con su artificio, consiguió que el Tajo se subiera a sí mismo.

—¿Y tal ingenio no provocó las suspicacias de la Inquisición? — cuestioné, según cruzábamos la puerta de la cocina.

—Ya fue perseguido por ella cuando construyó un reloj astronómico, el Cristalino, para Carlos V, pero el monarca salió en su defensa.

—Anda, déjate de cristalinos y de inquisiciones y pela las cebollas — intervino el padre Baltasar.

—¿Usted sólo se preocupa de la comida! —repliqué, descarado y con un imperceptible tonillo de desprecio, en cuanto el padre Abad se marchó.

—¿Estás seguro? —me dijo con inflexión misteriosa—. ¿No será que me entrego a cada cosa en su momento y no como tú, que empiezas a dispersarte?

—No entiendo a qué se refiere —protesté, si bien alterado por que captara algún aspecto de mi comportamiento en que yo mismo no hubiera reparado.

—Piénsalo. Ahora no te lo voy a aclarar, para que en el futuro seas respetuoso.

—¿Bah!, dice eso para tenerme intrigado —arriesgué a sostener.

—No me incitarás a decírtelo. Lo haré cuando yo decida, mocoso — afirmó rotundo, arrojándome un guisante a la cabeza.

Ésa sí que era una señal. Si abandonaba la seriedad, nadie le haría regresar a ella.

—De acuerdo, padre, le pido disculpas. ¿Me lo dirá mañana? —pretendí averiguar, guasón, con voz excesivamente lastimera.

—Es probable, o quizá sólo posible.

—¿A qué está supeditado? —le solicité, interesado de verdad.

—Demuestra que has reflexionado y, como consecuencia, sabes llamar mi atención. Quiero saber que estás aquí; en ninguna otra parte. Solamente entonces hablaré —certificó, declamatorio pero tajante.

Sí que tuve pensamientos para Alborada, claro está, pero esa noche, en el

coro, me concentré en pensar qué pregunta o qué acción serviría para obtener el interés del cocinero. En el caso de los padres Abad y Zaragüeta, consistía en presentarles dudas, problemas o interrogarles llanamente. También el de fray Francisco Moya, que con cualquier demanda de auxilio bastaba; mas no con el salmantino.

Sin excepción, los monjes de la comunidad poseían valiosos atributos, pero el padre Baltasar se distinguía de todos. Acaso en eso radicaba su diferencia. No era el más culto, ni el más piadoso; tampoco el mejor orador. No había elegido investigar, ni ser un instructor para los teólogos. Su función, la más humilde, casi pasaba desapercibida y, sin embargo, llegaba a sorprender con sus respuestas, auténticas enseñanzas, incluso al guardián. Por tanto, la estrategia para lograr su atención no pasaba por los cauces convencionales, tendría que recurrir a otro método, ¿cuál?

Pese a la cantidad de mandados de la mañana, tres nada más pisar la sastrería, el asunto no se me despintaba. En cuanto realicé la entrega del primero, cerca del Teatro de Rojas, de cuya reapertura se había alegrado mucho el sastre, resolví olvidarme. Ya encontraría la solución o, como dijo, soltaría lo que fuese cuando él lo decidiera. No obstante, mientras caminaba ahora hacia la plaza de Padilla, con el tercero, la escena en que me lanzaba el guisante emergía porfiada.

Con la negra aldaba de hierro, martilleé en el postigo de la casa en la que esperaban el traje, en el preciso instante en que vi cómo Carmen se dirigía a la calle Garcilaso de la Vega con un vestido en el brazo. Ella, que miraba en dirección contraria a mí, no pudo verme. Me di prisa en retornar al taller. Si necesitaban utilizar de igual forma a una ayudanta para hacer encargos, es que habría muchos, deduje, y me estarían aguardando para darme más. Lo inexplicable era que, en ese trance, no se lo hubieran pedido a una aprendiz.

—Vaya mañana de recados, ¿no? —le comenté al maestro.

—Sólo te queda uno por hacer; para mañana, seguramente, habrá más —calculó, indiferente.

—Me habría dado tiempo de hacer el otro también. No tenía que preocuparse, don Arsenio —aseveré.

—¿Qué otro?

—El que llevaba Carmen —repuse.

El sastre levantó la mirada de su mesa y manifestó cauteloso:

—No recuerdo ahora lo que llevaba ni adónde.

—Pues un vestido —declaré—. No sé la dirección, pero la vi cuando entraba por Garcilaso de la Vega, hace un rato.

—Ah, sí. Bueno, vete, no vayas a retrasarte.

A mediodía, una hora después de sexta, reaparecí por el monasterio. Me aproximé despacio, sumiso, al feudo del padre Baltasar. Allí estaba, de espaldas a la puerta. Sé que me oyó entrar, aunque no se volviera. Una idea cruzó mi mente como una exhalación. Inspiré con ímpetu, más por proveerme de coraje que de aire. Me jugaba que se enfadara conmigo y diera parte al superior por mi desvergüenza, pero no hallé otra táctica mejor. A la derecha, sobre un poyete de mármol, las sobras de un chusco desechado. Evitando todo acto ruidoso, cogí un trozo de miga, le di vueltas, prensada entre las manos hasta que la suciedad, adherida a mis palmas, oscureció la bola así elaborada. Me cuidé de que no se apercibiera de la maniobra y, casi temblando, ¡se la tiré al cogote!

El franciscano se revolvió a la velocidad de una ballesta; de tal modo que cordón y faldones le siguieron con retardo, describiendo un círculo que los apiñó a un lado y después al otro antes de rendirse a su caída natural. Pero exudaba entusiasmo por los poros de su redondeada fisonomía. ¡Era eso! ¡Había dado en el clavo!

—Aspiro a que me confirmes que no estoy, simplemente, ante una travesura irrespetuosa —preguntó anhelante.

—Padre, no cometería el disparate de faltarle al respeto a conciencia. Intento acaparar su atención —me justifiqué.

El monje me observó e infirió de mi azoramiento la sinceridad de la afirmación.

—Siendo así, he de decirte que lo has conseguido —consideró satisfecho—. Y yo, que estés aquí en cuerpo, alma y mente. Porque me parece que picoteas en varios asuntos a la vez, queriendo asimilarlos todos. ¿Qué te pasa? ¿Se debe sólo a tu propósito de aprender con urgencia o... hay algo más?

—No le comprendo, padre —confesé francamente.

—Las cosas, las materias, se pueden aprender de dos formas: a la ligera, memorizando nada más que lo superficial, el dato o el hecho a secas, o en profundidad, que, además del hecho, implica el porqué —me explicaba, en tanto dibujaba suaves gestos en el espacio, diferentes a los que acostumbraba, para acompañar sus palabras. El cocinero, por una indescifrable razón, fue sustituido por el maestro—. Tú deseas saber qué hizo Juanelo Turriano; pero sólo el acontecimiento, no otros factores, como son sus circunstancias, el entorno histórico y religioso en que lo realizó, los obstáculos morales con que hubo de enfrentarse, que suscitaron los escrúpulos y la incompreensión de gran parte de sus coetáneos y, paralelamente, te interesas por las estrellas del claustro alto. Lo sé —alegó—, porque escuché una conversación entre fray Zaragüeta y fray Abad. ¿Tu pretensión es impresionar a alguien con la acumulación de datos? Porque eso no es cultura, es un almacén. Así, sin ahondar, retendrás fechas y sucesos, mas no entenderás por qué ni cómo se desenlazaron. Necesitas centrarte, hurgar e impregnarte de ellos. De lo contrario, en lugar de interiorizarlos, estarás aventando trigo.

—Está en lo cierto —musité, y me apresté a la confidencia—: Me he enamorado de una chica toledana y quiero conocer las historias de la ciudad igual que ella. Admito mi deseo de impresionarla; sin embargo, sí que persigo aprender... quizá con escasa paciencia.

—¡Buenas noticias! Pero ya hablaremos de ella. No desatiendas el consejo, profundiza, no la encandilarás con apariencias. Si aspiras a deslumbrarla, fascínala con el descubrimiento de los secretos que rezuman en los cimientos de toda ciudad, y con más motivo si, como ésta, posee una historia que excede sobradamente lo milenario.

Menguando los azules iris, las pupilas se dilataron por vigilar de cerca, avizoras, el alcance que, sobre mí, tenían su discurso y la pregunta que formularía a continuación. De manera análoga al cambio en su forma de gesticular, noté que había modulado la voz, que adquirió matices aterciopelados, sugestivos, destinados a subyugar la atención del oyente, rodeado por la armonía de su tono.

—¿Qué es lo que ocasiona tu atracción por las estrellas del claustro? ¿Es su belleza?

—No se limita a eso —negué, seguro de mí mismo—. Como me dijo el padre Luis, es fácil encontrarlas en la ornamentación de monumentos musulmanes andalusíes; pero ¿es porque tienen un significado propio?

—Y a ti, ¿qué más te da? —presionó con la pregunta, por evaluar mi curiosidad.

—¿No me acaba de decir, hace unos minutos, que hay que hurgar? —argumenté.

—Hurguemos, pues —exclamó, decidido a saciar mi avidez—. Esta noche, cuando duerma toda la comunidad, te recogeré de tu celda. Espérame vestido, listo para irnos al claustro.

A la hora convenida, el fraile y yo subíamos la escalera a la galería alta del monasterio, mientras los monjes descansaban. Mantuvimos un momento de silencio, una vez arriba, a la escucha de ruidos que nos revelaran haber sido seguidos. Confiado por el sosiego que reinaba en la oscuridad, fray Baltasar encendió la linterna y enfocó el artesonado.

—Aquí las ves, ¡menudo alfarje! —alabó—. Es un magnífico ejemplo del arte de la carpintería de lazo.

—Una maravilla —corroboré impaciente—. Pero ¿por qué todas las que hallo son de ocho picos?

—Las hay, si bien en menor número, de doce, de dieciséis... son múltiplos de cuatro. Pero no te precipites, o me callo —me previno—. Primero veamos con qué datos contamos y después si éstos guardan relación entre sí, ¿de acuerdo?

—Sí, padre. Disculpe.

—Esta carpintería es una muestra del arte mudéjar, que es constructivo. Se les llamó mudéjares a los musulmanes en terreno cristiano; mas el estilo floreció cuando la religión predominante fue la cristiana, que no deja de ser una paradoja; como lo es, también, que se le reconozca como el más puramente español —enmudeció un instante, en el que, por el brillo de la luz en sus dientes, apreció una sonrisa, y prosiguió—: Un detalle interesante es que las armaduras se elaboraran, primero, en el suelo, como un rompecabezas, y ya terminadas se fijaran al techo.

—Pero elevar luego todo ese peso sería de una enorme complejidad —

razoné.

—El peso no representaba un serio inconveniente, aparte de contar con la opción de montarla a trozos, y a cambio tenía la ventaja de trabajarse con comodidad y sin estar expuestos a los riesgos de la altura, lo que facilitaba que, el complicado trazado geométrico, dispusiera de la exactitud indispensable para que las piezas encajaran con total precisión.

—Debían de ser expertos en cálculo y geometría, estos carpinteros — comenté con cierta extrañeza.

—Lo fueron. No obstante, no nos referimos al puro oficio de carpintero, Ángel; estamos describiendo la obra de constructores, de maestros alarifes, cuya erudición abarcaba diversas artes y técnicas que, por descontado, guardaban celosamente para ellos. Los arquitectos del gótico actuaban de forma semejante y sólo transmitían su experiencia a los que, después de largos años y probado mérito, se convertían en iniciados. Constructores cristianos y alarifes musulmanes, detentadores de una ciencia superior, utilizaban el arte para introducir mensajes en su creación, indescifrables para los profanos, con los que se mantenía la tradición hermética, la mística. Frases, ideas proscritas, que no debían pronunciarse ante la ortodoxia de sus respectivas religiones, se exhibían entonces con la contextura y la perduración multiseccular del granito o, como en este caso, de la madera, encubiertas bajo el hipnótico embozo de la gracia, de la perfección artística. Porque, además de desempeñar su objetivo ornamental, este firmamento de luminarias, de incandescencias inagotables que son las estrellas, es una trampa, una celada para el necio, como la miel para las moscas... un trampantojo en el que, embelesado, te enredas en la belleza, detrás de la que se atesora el conocimiento más sublime.

El religioso estaba transfigurado, mientras yo, silente, admiraba magnetizado el mar de encendidos astros e intentaba, sin éxito, desentrañar ese legado insondable del pasado.

—Las estrellas tienen, como característica principal, la de iluminar. Eso hacen en la oscuridad de la noche. Si definimos las tinieblas como el estado de la ignorancia, ¿qué significarían aquéllas? —me cuestionó de improviso.

—Lo contrapuesto. La luz representaría el saber —opiné cohibido, temeroso de errar y que se pensara que no lo atendía, consciente, en tal caso,

de la cancelación irrevocable de las explicaciones.

—Por consiguiente, donde las hallemos reproducidas, interpretaremos que el lugar, con mucha probabilidad, está presidido por la luz de la sapiencia — extendió el razonamiento—. En este artesonado todas son de idénticas dimensiones y están impecablemente alineadas, lo que marca un ritmo perpetuo, alusivo a los ciclos constantes y a las leyes inmutables de la vida, no a las que dispone el hombre. Cada una es un ser que brilla con luz propia, pero pieza de un grupo bello en el todo y en la parte. El conjunto no es sin las partículas y éstas, por sí solas, nunca constituirían una bóveda celeste. Ese axioma, en el plano humano, nos remite a la dependencia recíproca de los seres, a la necesidad de la convivencia en paz, al equilibrio, al regreso a la Unidad. Sus ocho ángulos sobresalientes son el resultado de la superposición de dos cuadrados, dos elementos estables, que simbolizan, unidos, la armonía terrenal y cósmica. La estrella está ligada a esta ciudad, pero no es privativa de ella porque representa, como hemos visto, algunas de las esencias de la mística musulmana andalusí. Por esto, Ángel, estas metafóricas estrellas de los vientos, que tantas direcciones o planos señalan, se encuentran en cualquier rincón del extenso territorio que, una vez, fue al—Ándalus.

Hubiera sido una sandez suponer que en la comunidad se pudiera tropezar con un ignorante; pero, a mi criterio, los más doctos en cualquier ámbito debían de ser, por antonomasia, los profesores, entre los cuales descollaba el padre Antonio Abad. Incurrimos en abundantes desaciertos cuando catalogamos a las personas superficialmente, y yo, por su función de cocinero, a fray Baltasar no lo conceptuaba, en el aspecto cultural, a la altura de los otros.

—¿Dónde aprendió esas enseñanzas? —le espeté, con imprudencia.

Espontáneamente varió su conducta, retornando a la acostumbrada.

—Eso a ti no te incumbe, ¡condenado e impertinente modistillo! —resopló, teatral, como si las furias se hubiesen encarnado en él, y emprendió mi persecución a grandes zancadas, asestándome los mamporros y patadas habituales, hasta la escalera, donde yo le aventajaba bajando los peldaños de tres en tres.

A los quince años, dormir poco, mal o nada, no impide rendir en el trabajo; lo peliagudo es despertarse, si se ha conseguido pegar ojo. El calor de agosto no colaboraba conmigo y sudaba como una fuente con los trajes al brazo, preservados de mi sudor por una pieza de lino, para no mancharlos, subiendo y bajando cuestras; muchas veces expuesto al aplastante sol castellano, que desata una sed insaciable, pero logré acabar con los recados media hora antes de que el resto del personal saliera a comer.

Carmen, la ayudanta, cruzó la puerta adelantándose a todos. Me pareció que tenía aires de prisa, en el rostro malhumorado, mas no me entretuve en vanas especulaciones y salí con los demás trabajadores.

Solo, caminaba enfrascado en mi Alborada pero, ganando intensidad, en algo menos delicado: en el copioso plato que devoraría en el monasterio, pues el calor no doblegaba mi apetito.

Al dejar atrás la calle del Comercio, apenas dos pasos en la plaza de las Cuatro Calles, oí mi nombre precedido de un sonante siseo. Giré la cabeza. Era Carmen, que debía de venir de Corderías.

—Contigo quería yo verme —declaró encrespada—. ¡A mí nadie me deja mal y se va de rositas!

—¿Qué ocurre, Carmen? —le pregunté sobresaltado, pero sin entender, todavía creyendo que la cuestión no iba conmigo.

—¡Pasa que eres un chismoso y un chivato! ¡Eso pasa! Pero esto no se va a quedar así; no señor, no. Tú te vas a acordar de mí. ¡Por éstas, que son cruces! —dijo, besando los dedos cruzados.

—¿Yo? Pero ¿qué te he hecho yo? Si he estado hoy fuera todo el rato —argumenté en mi defensa.

—Demasiado bien lo sabes. ¡Ir con el cuento a don Arsenio...! La de lágrimas y excusas que me ha costado que no me pusieran en la calle... por tu culpa. ¡Chivato! —profirió, con las facciones encarnadas por la cólera—. Pero te digo que me las pagarás. No te creas que porque seas el niño de la sopa boba de los frailes te vas a librar —y, sin una palabra más, se dio la vuelta y se marchó.

Sólo había hecho referencia a Carmen el día anterior, cuando le dije al

sastre que la encontré haciendo un mandado que presupuse del taller. Ésa tenía que ser la raíz del conflicto, por más que no vislumbrase la derivación que a ella pudiera reportarle.

Comprobado que Carmen no estaba por esclarecerme el incidente, escogí a la más parlanchina: Amparito. Me hice el encontradizo con ella, como la ayudanta conmigo. Iba a comenzar a sondearla pero, con su disparada verborrea, se anticipó.

—Te has perdido el altercado de esta mañana entre Carmen y el sastre. A punto de despedirla estuvo. ¡No lloraba nada! —afirmó impresionada, sacudiendo la mano con exageración.

—¿Qué ha pasado? —me interesé, haciéndome de nuevas.

—Pues que, muy lista ella, mandó a decirle a don Arsenio que estaba enferma y faltaría al trabajo. Era mentira. Resultó que el maestro supo que estaba haciendo recados por su cuenta, aunque no sé por qué medios se enteró, porque hasta ahí pude escuchar...

—¿Cómo por su cuenta? —inquirí, ahora estupefacto.

—Hijo, Ángel, pareces tonto —opinó, moviendo la cola con gesto de mujer pizpireta y experimentada—. Que cosía para la calle a escondidas de la sastrería y que había faltado para hacer una entrega, pero alguien la vio. Ella lo negaba, diciendo que venía del médico y que la ropa que llevaba al brazo era de su madre, que le había pedido que la recogiera de casa de una tía suya; pero, para mí, que don Arsenio no la ha creído. No me enteré bien porque Conchita mandó a cada uno a su puesto y, más tarde, sólo comentó que, por lástima, el sastre la había perdonado.

La rencorosa compañera, que nunca creyó que mi comentario no hubiera sido hecho sino para denunciarla, se las arregló para que, en uno de cada ocho o diez trajes que me asignaran para repartir, el cliente hallara una salpicadura, un desgarrón... cualquier desperfecto que pudiera achacárseme y que el maestro, o la oficiala, me calificaran de descuidado.

No se malogró su mezquina artimaña y me llovieron las regañinas, sin que yo alcanzase a entrever el origen de las reiteradas contrariedades, pues me constaba que las prendas salían del taller sin ninguna marra.

El fallo había sido desoír el juramento de Carmen, por figurarme que sería

incapaz de semejante jugarreta; pero, en una de estas reprimendas, cuando Conchita daba por sentado que me juntaba con otros recaderos en la taberna El Botero a tomar unos vinos, como se sabía que hacían, y que de ahí provenían los males, descubrí en la ayudanta una maligna sonrisa que, instantáneamente, me desveló el porqué de las incidencias.

Me reservé la vileza de mi enemiga, por no enconar más la relación y con el anhelo de que cesara en ella; mas, como medida de precaución, repasaba detenidamente las entregas antes de llevármelas de la sastrería y daba cuenta de las irregularidades. Con dicha prevención se verificó mi descargo y se logró que la resentida mujer, al tanto de las inspecciones que yo hacía y de la súbita ausencia de quejas de clientes, dejara de dañarlas, porque ya era patente que el «accidente» se efectuaba dentro del taller.

Sé que don Arsenio llegó a sospechar de la empleada, pero no existía prueba que la inculpara. Evidentemente, porque se malició a qué se debían las jangadas, pensó, como yo mismo, que dándose por suprimidas podían olvidarse los incidentes. Pero no era ése el proyecto de la abstrusa mente de Carmen. En sus miras se aposentaba la complacencia por verme postrado, humillado, y que me echaran con cajas destempladas; sólo entonces quedaría saciado su orgullo por la imaginaria afrenta.

Su actitud conmigo no se modificó un ápice. No me hablaba más que lo obligado por nuestra actividad y, en tal caso, su rostro, ya de por sí agrio, ostentaba desdén. Sin embargo, se interesó por escarbar en todos los datos posibles acerca de mi persona, en su afán por topár con una fisura de debilidad por donde embestir. Desplegó para ello un estoicismo admirable, si no fuera por el fin a que servía. Acechaba conversaciones, me seguía desde lejos... quería conocer mis gustos, mis ambiciones, mis amistades; me convertí en su manía particular.

Cuando, transcurridos tres meses, conjeturó que sus marrullerías se habrían disipado de la memoria del personal, reanudó las villanías; pero, en esta ocasión, no rompía o manchaba ninguna prenda, sino que hacía desaparecer cortes de tela, utensilios, cajas de botones y otras bagatelas de esa índole, e hizo circular la hipótesis de que a nadie interesaría sisar semejantes menudencias sino a quien, cobrando poco, necesitara venderlas

para salir con su novio, o novia, recalcó. Como era notorio que las aprendizas no tenían pretendientes, claramente apuntaba a mí la acusación.

La fatal contingencia de ser culpado se presentía como el desenlace más factible. O tomaba la iniciativa o me vería en la calle, con las nefastas implicaciones que tendría, en el monasterio, que me expulsaran por ratero.

Sin más alternativa, me las compuse para entrevistarme con el dueño de la sastrería a la hora en que bajaba solo al café, libre de presencias importunas.

Lo encontré de pie al fondo del bar, a la izquierda. Me aproximé a él cuando se disponía a coger un periódico de la estantería, ubicada en ese rincón, que la casa destinaba a la prensa para recreo de sus clientes.

—Don Arsenio —dije, justo detrás del sastre—, disculpe si le incomodo, pero le agradecería que me escuchara un momento.

El hombre, sin mudar la expresión, me agarró del brazo y me condujo hasta una de las mesas, debajo de los frescos que decoraban el techo, en la que humeaba su hirviente bebida.

—¿Quieres tomar café? —me ofreció con llaneza.

En el reloj, imitación gigante de los de bolsillo, que colgaba al aire en el centro del local, sonaron las nueve y media de la mañana.

—Se lo agradezco, pero no tengo costumbre.

—Bien, tú dirás —propuso, invitándome a hablar con un gesto de su mano extendida.

—Señor —expuse—, usted sabe que a partir de que sometiera a revisión los trajes, antes de repartirlos, no ha vuelto a haber la menor queja. Incluso no se han repetido los fallos que se descubrieron y que procedían del taller.

—Sí, y yo tengo mi creencia al respecto —reconoció, llevándose el vaso a los labios.

—Desde hace unas semanas —referí—, como Conchita le tendrá al corriente o usted se habrá percatado, se dan pequeños hurtos que nadie comprende; pero, por los rumores que sé, el sospechoso, como de los desperfectos en los encargos, soy yo.

—Si no eres tú, ¿tienes pruebas de quién es? —me atajó.

—No señor, no tengo; pero, con su ayuda, podría conseguirlas.

El sastre mostró el desconcierto en su ceño ante la contundencia de mi

aserción, pero se contuvo. Taciturno, sacó tabaco de la petaca, lió con parsimonia un cigarro y, con la primera bocanada, me preguntó detrás de la cortina de humo azul que había provocado:

—¿Me pides que colabore contigo? ¿Y si llevan razón y has sido tú?

—Lo que voy a proponerle no obtendría resultado, en el caso de que el culpable fuera yo. Eso mismo me delataría. En cambio, si lo tiene, nos servirá en bandeja al verdadero causante. Usted no perderá nada.

El maestro paseó la vista por la mesa contigua, atestada de platos, vasos y copas relucientes, colocadas en rectas hiladas sobre la negra superficie de madera, a diferencia de las consagradas a clientes, de mármol blanco.

—Vamos al grano. ¿En qué consiste esa propuesta? —me interrogó escéptico.

—Pues en ponerle un cebo al ratero; pero es necesario que se trate de algo que no tenga un uso próximo, para que a quien cojamos con las manos en la masa carezca de justificación y, a ser posible, puesto en un lugar de la sastrería al que no se entre con regularidad. Así no servirá de coartada. De la trampa, ya me ocupo yo.

Don Arsenio, tras meditarlo un momento, se inclinó al fin por realizar la treta planteada.

—Probemos. Pero piensa, Ángel, que la trampa tiene que dejar en evidencia irrefutable al ladrón. En cuanto al lugar, la habitación junto al aseo no se utiliza nunca, puede valer —se acarició la barbilla, pensando en el objeto adecuado para hacer de cebo—. Te mandaré a comprar una caja de botones de fantasía. Ahora mismo, no tenemos previsto ningún encargo que los requiera.

—Después hará falta que todo el personal, sin distinción, se entere de que la caja nueva estará en el cuarto que usted ha elegido —especifiqué, aun sabiendo que bastaría con que se le anunciara a Carmen.

—Eso es fácil. No obstante, tengo que poner un plazo. Te concedo una semana. Superado ese periodo, te consideraré el autor de los hurtos.

—¿Sabe? —me aventuré—. Dudo que usted opine que lo soy.

—Duda lo que se te antoje. Aquí no hay más que dos opciones: o eres tú o alguien quiere perjudicarte. Yo no puedo dedicarme a investigarlo, por eso te

permiso este plan. Lo cierto es que, en ambos casos, desaparecido tú, suprimido el problema. Dicho de otro modo: muerto el perro, se acabó la rabia. Lo siento, muchacho, la vida es dura.

—Lo sé muy bien, señor. Y le quedo agradecido por esta oportunidad.

—Pues no hay más que hablar. Vuélvete al taller.

Para cuando la ayudanta comprendió que se trataba de una treta, ya era demasiado tarde. Soltó la caja y dejó los botones, al sentir el tirón del hilo, pero su zapato marrón se había tornado irreparablemente negro, de tinta indeleble.

Tenderle la trampa fue sencillo, pues recordé la broma del padre Baltasar con la rodaja de embutido y elaboré mi propia versión: de la caja de botones partía un torzadillo que, cubierto por un paño, cruzaba la mesa para bajar hasta el suelo, por el costado contrario al que debía acercarse el ladrón. Abajo se unía, mediante un agujerito que previamente hice, a una lata cargada de tinta china. El sistema era simple. Al tirar de la caja, se volcaba la lata manchando el suelo, con lo que la víctima dejaría huellas o, aún mejor, le caería encima del pie, como, por fortuna, sucedió.

Don Arsenio y yo vigilábamos el calzado de quienes parecían regresar del aseo pues, en realidad, podrían venir del cuarto de al lado. Con Carmen no hubo que aguzar la mirada; la tinta casi le alcanzaba el tobillo. Había intentado limpiarse con un trapo, mas fue inútil. Sólo le quedaba la esperanza de que no nos fijáramos, pero estábamos prevenidos.

El dramático espectáculo que se produjo a seguido, con los trabajadores al completo, fue tan vergonzoso que prefiero omitirlo. En resumen, una vez cazada, fue despedida sin miramiento alguno.

Me deshacía de una irrazonable adversaria, hostil y peligrosamente husmeadora, si bien la sentencia que purgó me pareció alta; pero tan severa decisión no dependía de mí.

Alborada, a quien había informado de cada paso, era de la misma opinión; mas también me indicó que si don Arsenio disfrutaba de unos empleados efectivos y fieles, que convenían al buen cartel de que la sastrería gozaba, lo

acontecido le ofrecía la posibilidad de apartar la manzana podrida y daba oportunidades a otra persona que se las mereciera, quizá más necesitada.

Acaso la consoladora naturaleza de sus palabras, que me sosegaban, fueron suficientes para encontrar el valor por decidirme a entrar en la catedral, en su compañía, naturalmente. Fue el inicio de un día clave, tal vez embrujado, de seguro delirante de lucidez o de locura.

Habíamos bajado desde la calle del Comercio, citados frente al escaparate de La Favorita, cuyas cintas de colores, encajes, botones de metal y otras chucherías tentaban su femenino gusto. Desde ahí, abstraídos en el asunto de Carmen, contorneamos la catedral por la calle de Sixto Ramón Parro hasta la de Puerta Llana. Era temprano, no más allá de las diez menos veinte de aquel último domingo, rutilante, de noviembre. Pensé que iríamos al Pozo Amargo, pero se detuvo en la puerta del templo.

—¿Aún no te has atrevido a entrar en la catedral? —me cuestionó, hermoseedada con la sonrisa de sus ojos.

—Todavía no —confesé, avergonzado de mi aprensión.

—Ven conmigo —exclamó, y echó a andar resuelta, hacia el interior, convencida de que yo la seguía, como así fue.

Giró a la derecha por la nave más externa de las cinco, junto a San Martín, directa a la capilla Mayor. La magnitud y la ostentosa riqueza del templo empequeñecían a devotos y visitantes; unos, sentados en los bancos o arrodillados en las capillas de su preferencia, y los otros, igualmente diseminados, deambulaban con las cabezas levantadas para ver las nervaduras de las bóvedas, con el paso trabado por la abrumadora suntuosidad de la catedral. Ceremoniosos canónigos, racioneros y capellanes, se cruzaban imperturbables, casi hieráticos, con los fieles. Los sesudos prebendados llevaban impregnadas las vestiduras talaes con el aroma del incienso, que se acunaba suspendido en el ambiente.

Aunque fuera una visita apresurada, la muchacha se paró en la girola para que apreciase el Transparente. La luz bañaba la cascada de ángeles, santos y áureos rayos descendentes, que componían una polifonía barroca solidificada en bronce, mármol y jaspe. La sensación de movimiento se hacía tan palpable que parecía que los personajes se paralizaran, advertidos de nuestra presencia

y que, al volvernos, saldrían de esa voluntaria inmovilidad para reanudar sus beatíficas actividades.

Ella, que percibía en mi rostro la admiración, me hizo continuar, orgullosa y satisfecha. Rodeamos el coro, del que me dio tiempo a observar el prolijo tallado de la sillería, labradas hasta las misericordias, y, dispuestos a salir por la misma puerta que entramos, me señaló la capilla Mozárabe, a la derecha, encarada desde el interior.

—En esta capilla no se oficia la misa según el rito al que estamos habituados —me comunicó—, sino otro, muy antiguo, que se llama mozárabe.

—Pero cuando está aceptado por la Iglesia, será que no se desvía demasiado del canónico —repuse.

—No sabría detallarte en qué consisten las diferencias. Estoy tan acostumbrada a ver la capilla que, la verdad, nunca he entrado a oír misa en ella —en ese punto, se volvió con un giro de su delicado cuello hacia mí—. En cuanto a los mozárabes, eran los cristianos en territorio musulmán, lo opuesto a los mudéjares.

Ella no estaba informada de más pero, andando el tiempo, supe que fue el mismo cardenal Cisneros quien restableció el rito, pues a pesar de que, tras la imposición del romano por el papa Gregorio VII, había sido respetado con autorización eclesiástica en varias parroquias, y que el ministerio de Arzobispo de Toledo conllevaba, como actualmente, el cargo de Superior del Rito, éste tendió a desaparecer.

Por lo que interpreté, no hay desigualdades sobresalientes entre ambas formas de celebrar la misa. Quizá la que más destaque sea la fracción del pan, que el sacerdote divide en nueve trozos y forma con ellos una cruz sobre la patena. Una cruz que no cuadra en modo alguno, ya que las dos últimas porciones son posteriores y fueron utilizadas como réplica a la herejía del «adopcionismo», por la que se supone a Cristo hijo adoptivo del Padre. Cada una de las siete originales representa un acontecimiento de la vida de Jesús: Encarnación, Nacimiento, Circuncisión, Aparición, Pasión, Muerte y Resurrección. Las añadidas se refieren a Gloria y Reino y son situadas en la patena debajo del brazo izquierdo de la cruz, verticalmente.

El secreto de la ciudad

Siglo XX

Capítulo VI

El secreto de la ciudad

SIGLO XX

Se nubló la tarde, sin embargo la luminosa mañana, cuando, solo, me fui del monasterio para distraerme con un agradable paseo por el centro. No disponía materialmente de nada, razonaba, pero tampoco nada me mortificaba. Dormía caliente, tranquilo, bajo un techo y junto a personas que me amparaban. Me alimentaba a placer; el hambre había quedado atrás, reducida al recuerdo. Hechos éstos que habían influido en mi físico y por los que ahora era fuerte, proporcionado con el metro setenta que ya medía. Me abastecían de ropa los franciscanos y disfrutaba de algún dinero para mis gastillos. Ellos, mis benditos frailes, se habían encargado de rescatarme de las garras del analfabetismo y de cultivarme. A todo lo dicho debía añadirle la doble felicidad que significaba tener a Alborada, porque ella representaba mi amor y el propio alborear de mi vida, abierto a una existencia más plena de expectativas, con más contenido y menos ignorancia; encaminado al descubrimiento consciente de mis raíces, de las de mi aldea y de bastante más de media España. Un inefable calorcillo, consecuencia de estos pensamientos, irradió desde el estómago y se propagó por todo mi cuerpo.

—¡Eh! ¿Tú no eres el mandadero de la sastrería? —gritó un muchacho desde el umbral de la taberna «de la abuela»—. Ven con nosotros a tomar un vino, que somos todos recaderos.

El chico que me invitaba a unirme al grupo dijo llamarse Felipe, botones

de un banco, y me presentó a los otros cuatro, que se apretaban junto a la barra de zinc. Sebastián, o Sebas, también prestaba sus servicios en un banco, mientras que Cristino, Manolo y Miguelón hacían méritos en el bufete de un abogado, en el Ayuntamiento y en una compañía de seguros respectivamente. Cristino encendió un cigarro, dándoselas de hombre, en tanto procuraba la atención de la dueña para que me sirviera.

La buena mujer, con su moño de pelo blanco, había dado nombre al local de la calle Martín Gamero, suplantando el que se leía en el rótulo, Ambos Mundos, pues la gente lo conocía por el más familiar de «la abuela». El nombre oficial me desconcertaba, porque ignoraba su sentido, pero me traía el recuerdo de la frase de la vieja partera de la alquería, Clementina, al referirse a las plantas como seres «vivos entre ambos mundos».

Después del primer vaso ocupamos una mesa, todas de mármol blanco limpiísimo, pero mate y áspero de tantas friegas, más gastado que las bonitas baldosas de dibujos geométricos con que estaba cubierto el suelo. A la mortecina luz de la tasca pasamos toda la tarde, bebiendo, fumando y contando chistes, aventuras y pillerías de recaderos.

¿Qué podía esperarse?, no bebía vino. Los otros chicos sí, pero no quise ser menos y me las di de hombre yo también.

Advertía cierto desconuelo en las tripas, y las voces de la conversación parecían venir de lejos, pero fue soportable hasta que me levanté. La taberna giró sobre sí misma con la abuela dentro, y algo se agolpó con resquemor en el estómago. No obstante, salí de allí por mi propio pie. Tambaleante, pero salí.

Me daba cuenta de que en ese estado no podía regresar al monasterio y me dediqué a andar, por airearme, mientras declinaba la tarde. Sé que di un desmesurado rodeo para retornar al convento, y que, apoyado en la pared, en una calle que no recuerdo, vomité y escuché las imprecaciones con que alguien me obsequiaba desde una ventana.

Fatigado y tembloroso, me senté en un portal de la Travesía de Carmelitas. La oscuridad ya era total. Encogí las piernas y, abrazadas, apoyé la cabeza en las rodillas.

Comenzó como el crujido de un peñasco que empezara a rodar. Levanté la mirada y no distinguí movimiento a mi alrededor, pero el ruido se fue haciendo

inteligible y, entre el sordo rechinar de un coloso que despertara, entendí con dificultad:

—¿Quién... eres?

Las ideas se atropellaron unas a otras y, por un segundo, creí que era el Hombre de Palo, aquel autómatas que fabricó Juanelo Turriano, que volvía a la vida después de cientos de años.

—¿Quién eres tú? —repitió la voz perentoriamente, ahora con más claridad.

—Soy... Ángel —dije, turbado, al interrogador invisible.

—¡No me basta! —rugió—. ¿Quién eres, que levantas mi piel para escudriñar debajo? ¿Qué me miras?, ¿qué acechas? ¿Con qué licencia curioseas esquinas, casas, templos, artesonados y escaleras? Responde, loco audaz... ¡o te ahogaré en mi seno!

—Soy... soy... —farfullé, deseando dar con el discurso acertado que me salvara de la terrible potencia que percibía, seguro de que llevaría a efecto su amenaza. Pero yo, ¿quién era? ¡Pobre huérfano de padres vivos! Un exiliado de tierras de nadie, un heredero de expulsados, un...—. Soy... ¡hijo de un reino! —repliqué altanero, si bien persuadido de que éstas serían mis últimas palabras.

—No del mío —tronó, como me temía.

—Tampoco Turriano y El Greco nacieron aquí. ¿Y acaso no fueron amados hijos tuyos? —pregunté con el ciego valor que confiere la desesperación.

Más que silencio, se produjo tensión o, aún más que ésta, ese vacío que causa la tormenta en la atmósfera cuando, tras un rayo, se repliega con olor a ozono y augura otro. Como el mar absorbe interminable arena, piedras y agua, al encogerse para enarcar la ola, así parecía aspirar el aire, el oxígeno, incluso el espacio que me rodeaba.

Al cabo, pareció calmarse y dijo:

—Minúsculo e insolente humano, yo soy la Toledo imperecedera. Femenina, como todas las bellas, mas acorazada y guerrera. Escucha e imprégname del saber milenario:

»Córdoba es califal; es la razón y el poder... Yo soy un don al que se venera. Verde es el color de la ciudad llana, y su elemento, Tierra. Granada es

reina, el Fuego es su principio, y rojo real es el tinte de su alma. En Córdoba se estudió la Cábala... Yo soy la Cábala. Ni reina ni califal, soy soberana. No obedezco a un color, a nadie obedecí jamás, porque todos los poseo. La luz, cómplice de la piedra, cambia mi rostro a mi antojo. Cual tea resplandezco, o nieblas, por que me velen, hago ascender de mi líquida estola... Aire, Tierra, Fuego y Agua me pertenecen, porque bajo mí se agrupan, fundidos en la Quintaesencia que me torna Olimpo terrenal y ciudad, en el sagrado Éter, elevada.

»Paladéallos, pero no transijas con el hechizo de mis torres o palacios, que te encandilarán cerrando tus ojos al conjunto, al develamiento del ser vivo que soy. Cruza el Tajo, vete al sur y sube hasta el último otero. ¡Ah, si pudieras volar!, descubrirías una completa masa cerebral, cuyos sinuosos surcos, anfractuosidades, son mis vías, mis plazas, mis calles, en donde sentidos y facultades tienen sus correspondencias. Así, la humana capacidad de hablar se ubica en la judería, entre las dos sinagogas, y la del movimiento voluntario y actividad mental, en Bellas Artes. El sentido de la vista se distribuye por el Paseo de Cabestreros y el Museo de Santa Cruz; el sabor tiene su centro en la Catedral, y el de la audición, en el Ayuntamiento. El hipocampo, donde se guardan fundamentos de mi memoria, se concentra en el núcleo de Santo Tomás, el Palacio de Fuensalida, el Callejón del Alarife y el Taller del Moro.

Ni aun endeble por el vino encajaba en mi discurrir que Toledo se comunicara conmigo. Debía de ser, por tanto, obra de alguna fiebre que aparejara el alcohol, ingerido en abundancia. Me toqué la frente, por constatarlo, y la sentí sudorosa, mas de un sudor helado, frío de escarcha.

—Joven mortal —prosiguió la inveterada pero hercúlea urbe—, si en tu quimérico vuelo me observaras desde el oeste, aparecería ante ti mi antiguo casco transfigurado en el corazón que asimismo soy.

»Por la tradicional entrada a mi interior, el puente de Alcántara, recibo en torrente la muchedumbre de gentes en desconcierto, cosas desordenadas, pensamientos confusos y pobres energías. Ésa es mi sangre venosa, que pasa por la aurícula y ventrículo derechos y sale por la Puerta del Cambrón, bombeada a mis cavernosos pulmones para ser depurada, y regresar, como sangre arterial, energía rica y purificada, por el Paseo de la Candelaria,

atravesar aurícula y ventrículo izquierdos, hipertrofiados de siglos de entrega, y fluir por el puente de San Martín, impulsada a todo mi organismo con la fuerza y celeridad del solícito Tajo.

»El latido de mi corazón marca ritmo de vida a edificios, calles y ciudadanos. El cerebro, en cambio, guarda celosamente, en la maraña de travesías, las pisadas y los ecos de los hombres, grandes y pequeños, que han tejido aquí sus vidas a lo largo de la mía. Yo soy la ciudad viva, el ser que hará de guía imperceptible a aquel que, bien despierto, aspire a descubrirme.

»Piérdete, pues, hijo de hermana, en mi laberinto de callejas, adarves, jardines escondidos y herméticas plazuelas. Contéplame con la sobrenatural mirada de Dominico, ámame como lo hiciera Garcilaso y sueñame prodigiosa, como Giannello.

Dicho esto, enmudeció y se impuso la tensión de minutos antes. Quedó paralizado todo género de sonidos, incluso aquellos en los que no reparamos hasta que cesan. Acaso se detuvo el tiempo, el movimiento, suspendido entre la sístole y la diástole, originando un crispante sofoco, cristalizado el aire que, de súbito, se reagrupó con un remolino, golpeó mi boca abierta y penetró por ella con tal fuerza que cabeceé hacia atrás. Instantáneamente me acarició la brisa y desaparecieron ensalmo y borrachera.

Ni con Alborada, ni con nadie, me propuse compartir la insólita alucinación. No estoy provisto de elementos de juicio suficientes para descifrar el misterio de si fue el vino quien me transportó a la cúspide de la lucidez o Toledo me hizo partícipe de su vital naturaleza secreta. Pero al alcance de cualquiera está verificar con un plano, en posición norte-sur, cómo el perímetro de la ciudad se asemeja a la cavidad craneal; o a un corazón, si es en el oeste donde nos situamos.

Textualmente, de ese modo procedí: cotejé lo revelado por la ciudad en uno, precioso, de 1899, que hallé en la biblioteca del monasterio.

Al siguiente domingo, en tanto paseábamos por la senda de las Tenerías, comuniqué a Alborada esta doble apariencia orgánica de su querida Toledo. Le mostré, con ayuda de un dibujo que había preparado, el trazado de las

calles y su contorno, como si se tratara del producto de mis esfuerzos por observarla. Le mentí, pero no me pesa, porque de sus ojos brotó la dulzura y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, me besó largamente, en un raptó impropio de una muchacha de aquel tiempo. Al contacto de sus labios sentí que bebía juntas las delicias de la vida, y acaricié aquella deseada nuca, cuya piel era más delicada que la seda. No cabía más felicidad. Ese beso sellaba nuestra relación como pareja de enamorados. «Fascínala con el descubrimiento de los secretos que rezuman en los cimientos... » ¡Qué certero el consejo de fray Baltasar! Ahora sí que éramos novios.

El respeto a ella exigía que me presentara a sus padres, pues había que respetar las normas sociales. No hacerlo se prestaría al escándalo, dando lugar al regalado cotilleo de las chismosas, que nunca fueron pocas en este país.

Sorprendidos de que su pequeña, la menor de tres, llevara un chico a casa, con la pretensión de anunciarlo como pretendiente oficial, protestaron por nuestra juventud, que declararon excesiva; pero, ante la terquedad de que hicimos gala, y alguna lagrimilla de Alborada, el padre resolvió condescender, si bien con la salvedad de que sólo después de tres años podríamos aspirar a la condición de novios formales.

El plazo no nos importaba y la categoría de pretendiente me permitía llevarla de la mano, ocasionalmente, excepto en presencia de sus padres. El logro era para estar contentos.

Ninguno de los dos se relajó, por ello, en sus estudios, ni en el trabajo. Llevaba casi dieciocho meses en San Juan de los Reyes y leía y escribía con toda corrección, mas no me pararía ahí. Debía perseverar, igual que en el taller, donde había superado el año y don Arsenio valoraba mi dedicación.

Como prueba de su confianza, en los dos años siguientes el sastre comenzó por enseñarme a cortar, aprovechando retales, y me hizo intervenir en cada una de las faenas para que aprendiera de todas. La sastrería marchaba viento en popa y tres meses antes de mi decimoctavo cumpleaños, el propietario me asignó un sueldo fijo. No era un salario muy jugoso, pero yo lo puse a disposición de la comunidad en la persona del guardián, que lo rehusó inmediatamente. Mandó venir al despacho a fray Luis y tras ponerlo en

antecedentes, me dijo:

—Te agradecemos tu ofrecimiento, Ángel. Con sinceridad, me habría decepcionado que no lo hicieras, pero damos por pagados tu manutención y estudios con los servicios que prestas en la cocina o donde se te necesite. Ábrete una cartilla en cualquier banco y ahorra. Además, tu servicio militar está próximo y te vendrán bien esos ahorros.

—Por cierto, padre —intervino mi mentor—, ¿no cree que podríamos librarlo del servicio? Son dos años de tiempo perdido.

—¿Y dónde dejamos el servicio a la patria? ¿Olvida que es obligatorio? —argumentó—. Aparte de templar el carácter con la disciplina, aprender un oficio...

—¿Qué... qué disciplina?, ¿qué carácter ni qué zarandajas? ¡Ya está aprendiendo un oficio! ¿O se refiere al de asistente, para limpiarle las botas a algún chusquero mastuerzo con galones o llevarle la cesta de la compra a su mujer? ¡Vaya un oficio!

—¡Es usted un rebelde, padre Luis! —protestó el padre Moya.

—A mí ya me ayuda en la cocina, si se trata de eso —dijo fray Baltasar, entrando sin previo aviso, seguido de fray Antonio.

—Y a mí me va a hacer falta pronto —expuso éste—, que me han dicho que hay unas bibliotecas en La Puebla...

—¡Pasen, pasen, por favor! —estalló el superior—. ¡No se queden fuera por respeto!, ¡abajo la urbanidad! ¿Quién nos falta, el ecónomo?

—Estoy aquí. Es que no me atrevía, por prudencia —dijo fray Claudio, asomando la cabeza.

El padre Moya se dejó caer, rendido, en el sillón.

—Bien, pues ya que se ha reunido el consejo, díganme: ¿qué recomiendan sus paternidades? —cuestionó con ironía.

—¿Todavía no ha sacado conclusiones? —preguntó el cocinero—. Perdone, padre, pero parece mentira que una persona tan preparada como usted, en la que todos confiamos ciegamente, aún no haya deducido el deseo de los presentes.

El guardián se agitó enfurecido en el asiento, a punto de perder los estribos, pero el padre Zaragüeta tomó rápidamente la palabra:

—Estoy convencido de que en la cabeza rectora de la orden hay influencias suficientes. Diríjase a ella como guardián de nuestra humilde comunidad. Seguro que obtendremos una respuesta positiva.

—¿Humilde comunidad? ¡Esto no es una comunidad, no; esto es un corrillo de anarquistas! ¡Y yo, más que el guardián de ella, soy el último mono! Vamos —ordenó—, ¡a la capilla a rezar por que el asunto salga como desea el consejo!

Los monjes salían, ahora en silencio, cuando el superior me atrajo de los hombros, hacia él.

—Ángel, te has hecho un hombre con nosotros. Estamos muy satisfechos de ti.

—Pero, padre, ¿usted opina que debería cumplir con el servicio militar?

—Naturalmente que no. ¡Menuda estupidez! —soltó, dejándome de una pieza.

La exención de la milicia me benefició con un tiempo añadido extraordinario. Desde mi llegada a Toledo, a la fecha en que habría finalizado el servicio, habían transcurrido seis años. Como la formación recibida superaba la de un bachiller superior, el padre Luis se encargó de la documentación necesaria, de ponerse de acuerdo con el director del instituto en que me fuera convalidada la reválida de cuarto curso, si aprobaba la de sexto, y poco menos que me obligó a presentarme, por libre, a los exámenes.

Aprobé con una media muy alta. Alborada me regaló un beso, fray Luis y yo nos dimos el abrazo que padre e hijo se darían, y el resto de monjes me abrazaron y me felicitaron también, hasta que el fraile cocinero me recordó, anteponiendo un solemne «don Ángel», que las cebollas esperaban para ser peladas. «¡Si el abuelo, mis padres y mis hermanos supieran!», pensé tendido en el lecho. Aplasté la almohada contra la cara y lloré. Feliz, y luego triste.

Sí, esos dos años fueron cruciales en mi trayectoria, en muchos aspectos. Aunque con retraso, a los veinte años, tenía un título que no habría obtenido de haberme vestido de soldado; estaba considerado en el taller y don Leandro me propuso que lo sustituyera como representante de su empresa. De haberme

hallado marcando el paso en un cuartel, mi existencia estaría encauzada de otra manera, probablemente con menos posibilidades de las que he gozado.

La respuesta de la fábrica fue afirmativa ante las referencias que de mí había dado don Leandro, si bien querían conocerme en persona por cerciorarse de que valía para el puesto.

Don Arsenio lamentó que abandonara la sastrería; no obstante, el buen hombre me aseguró que, si me arrepentía, siempre dispondría de un hueco a su lado.

El padre Zaragüeta y fray Antonio Abad me acompañaron a la estación, donde compré un billete para Burgos con transbordo en Madrid. Subí por primera vez a un tren y me asomé a la ventanilla, como los demás viajeros, para hablar con los frailes, que me hacían todo género de advertencias, hasta que el formidable monstruo de hierro resopló. En nada, una intensa niebla de vapores en la que se difuminaron los rostros inundó el andén, y sonó el largo y ensordecedor pitido de la máquina, que anunciaba la inmediata salida.

La gente, dentro y fuera de los vagones, agitaba los pañuelos como despedida. Yo, que por efecto de los nervios no lo encontraba, blandía mi bocadillo liado en papel de estraza, mientras el ferrocarril se ponía en marcha lentamente, como si se desperezara o se doliera, entre llantos, gritos y frenéticas carreras de los que allí quedaban. Apretujada por el gentío, distinguí a Alborada, sola, que me decía adiós con su pañuelo y lo llevaba a los ojos, como si partiera a la guerra, a miles de kilómetros. Le lancé un beso, que previamente estampé en el bocadillo.

Luego del transbordo y muchas horas de viaje, bajé con mi maleta de cartón en la estación de Burgos. Un taxi me llevó a la dirección de la fábrica. El operario que me esperaba en la puerta de la enorme factoría me acompañó al despacho del director, quien, tras la amable bienvenida de rigor, llamó al jefe de personal y entre ambos se repartieron la tarea de hacerme la entrevista de trabajo, un cuestionario que duró más de una hora y en el que, a través de las respuestas, deduje, se valoraba la disposición tanto como la aptitud.

Habían pensado en un viajante que visitara a los representantes de la mitad sur de la Península, desde Toledo a toda Andalucía y Extremadura. Un empleado en nómina, con comisiones aparte. Querían saber si a pesar de mi

juventud, estaría preparado y con ánimos para viajar. Cuando les contesté afirmativamente, dijeron que, en tal caso, debía quedarme con ellos no menos de dos meses para instruirme adecuadamente en la actividad. Ellos se preocuparían del alojamiento y correrían con todos los gastos.

Muy de mañana era recogido por un coche de la empresa que me trasladaba a la fábrica. Pasé por cada uno de los departamentos de la Fabril Sedera, deteniéndome particularmente en los procesos de fabricación y tintado, pero también en la administración y almacenado, en donde las grandes piezas, enrolladas a «lomo» o a «tubo», eran apiladas en larguísimas estanterías metálicas. Recorrí todas las fases del producto; desde que llegaba un pedido, hasta que salía hacia su destino en los camiones de la empresa de transportes.

Cuando regresé a Toledo reconocía al tacto las diferencias entre alpacas, sargas o rasos, cuya urdimbre, en las primeras, tenía igual número de hilos que la trama, mientras que en los rasos, por cada hilo de urdimbre se contaban cuatro de trama. En el argot del oficio se referían a ello como «toma uno, deja cuatro», y me recreaba viendo cómo estos satenes hacían «aguas» o «azuleaban» los tornasolados.

Nombré representantes donde no los había y dirigí y motivé a los que ya existían, contagiados de mi entusiasmo, del convencimiento de estar ofreciendo un artículo de calidad incomparable y del dinamismo con que trabajaba. Tan pronto me hallaba en Toledo como en Cádiz, Málaga, Granada o Badajoz. En tres años, el volumen de ventas de mi zona se incrementó en más de un ciento cincuenta por ciento.

Ese trajín de viajes continuos, si bien requería vigor y paciencia agregados a la actividad en sí, porque los medios y las vías de comunicación eran los propios de un país por desarrollar tras una ruinoso guerra, hicieron de mí un joven de mundo, me proporcionaron amigos y el hondo conocimiento de las ciudades en las que, por su personalidad y monumentos, reconocí las huellas del pasado musulmán, pero con las especiales características de sus trayectorias y funciones, que las configuraban dentro de un tronco común y, sin embargo, distintas e inconfundibles.

Después de mi trabajo con el representante de Córdoba, paseaba hasta la

hora de la cena por la judería, donde respiraba la omnipotente autoridad de los grandes emires y califas, soberanos de un vasto número de súbditos en toda la Península, gobernados por el orden y el derecho. Era la ciudad palatina y administrativa, desde donde se regían los destinos de al-Ándalus. En cambio, Granada era la sede de una taifa, un reino surgido con posterioridad a la disgregación del califato. El último hálito del paraíso, al que pertenecían Almería y Málaga.

En esta última, que visitaba con asiduidad, mis callejeos finalizaban siempre en la puerta nazarí del mercado, construido en la antigüedad para ser astillero, las atarazanas. Fue, entonces, una población vinculada al mar, el puerto del reino desde el que se exportaban innumerables mercaderías; sobre todo sedas, especias, paños, y pasas de la Axarquía, muy apreciadas incluso antes de esa época. Luego, dormido en mi habitación del hotel Cataluña, en la plaza del Obispo, cuyo balcón daba frente a la catedral, tenía sueños tan nítidos que llegaba a escuchar las exclamaciones y el alboroto de los cargadores portuarios del siglo XIII o XIV.

Las interminables ausencias de Toledo no estorbaron nuestro amor. Había alquilado una casa por la plaza de la Cruz, dado que mi permanencia en el monasterio ya carecía de sentido. Alborada, con ayuda de su madre, la decoró y amuebló, convirtiéndola en un verdadero hogar. Cuando estuvo preparada, a su entero gusto, nos casamos. La fecha elegida se convino en el segundo domingo de septiembre de 1965.

Fue una ceremonia sencilla, que ofició el padre Antonio Abad en la capilla de San Juan de los Reyes, pues la iglesia no se consagraría hasta agosto de 1967. El papel de madrina le correspondió a su madre y el de padrino a fray Luis Zaragüeta, gracias a mi obstinación, pues él quería estar presente como uno más, pero para mí significaba tanto que no podía consentirlo e insistí hasta lograrlo, poniendo de mi parte a los monjes, que asistieron sin que faltara ni el más novato de los teólogos.

La felicidad presidió la jornada, rodeados de la familia de ella, la comunidad y todos los empleados de la sastrería, con don Arsenio y su esposa

a la cabeza.

Alborada, bellísima, era un sueño con su vestido de novia. De no haber estado enamorado, habría caído rendido aquel doce de septiembre. No obstante la venturosa celebración, estaba deseando que concluyese el festejo, por tenerla sólo para mí. Para abrazarla, para sentir su mirada en la mía sin interrupciones ni testigos; mas, a pesar del reconcomio, tuve que aguardar a la medianoche.

Refrené la fogosidad, el natural ardor del deseo, sometido a la ternura que me invadió al primer beso, en mitad del abrazo de los cuerpos desnudos. Fugazmente presentí que había placeres que podían igualar al del sexo, compatibles con él. Aspiré el cálido aroma de su aliento, mientras las yemas de mis dedos recorrían su nuca hasta el arranque del cabello, que por nacerle alto la dotaba de una especial y delicada gracia. A través de la ventana nos custodiaba la luna llena, que relucía, gozosa, estancada en la dulzura de sus ojos.

En esa incontinencia de caricias demoradas que fue la noche, descubrí, fascinado, en su espalda, en sus pechos, en su cuello y en su vientre, que no existían sargas ni rasos comparables a la sensación, insólita, del contacto de su piel. Únicamente la suavidad de las sedas orientales era equiparable; aquellas que, desplegadas al caer, el aire las detiene, vaporosas; que en la nada parecen resbalar entre voluptuosos juegos ondulantes. Y es que tenía para mí que la piel de las mujeres era más fina, pero semejante en todas ellas. Es cierto, mas hay criaturas excepcionales, creadas, tal vez, de otra sustancia más liviana, por voluntad de Aquél que todo lo puede. Mi Alborada.

Tenía concedidos unos días de vacaciones, pero como no disponíamos de dinero para hacer un viaje de novios, nos quedamos en Toledo con la ilusión de efectuarlo en un futuro próximo. Al día siguiente, lunes por la tarde, nos informaron de que el padre Luis había tenido un pequeño percance y fuimos a verlo. Tenía una gasa sujeta con esparadrapo en la sien izquierda. Nos contó que en tanto trabajaba en su celda, con la ventana de par en par, un pájaro equivocó su vuelo y entró por ella. Él escuchó el ruido del pajarillo, que aleteó desesperado por contenerse o desviar su rumbo, pero la velocidad y seguramente el aturdimiento se lo impidieron, yendo a estrellarse contra la

cabeza del fraile, a quien hirió con el pico, y de resultas del impacto se partió el cuello. La avecilla aún movió las alas, en un último movimiento espasmódico, cuando el monje derramó una gota de su propia sangre sobre el pecho de ella, al recogerla del suelo.

—Ha sido un aviso del cielo —nos comunicó, todavía impresionado.

—¿Un aviso? Un aviso... ¿de qué, padre? —le solicité que me aclarara.

—De que me queda poco tiempo aquí. Debo disponerme a morir —declaró seriamente, pero sin asomo de tristeza.

—¿Qué tonterías está diciendo? ¡El golpe en la cabeza le ha trastornado, padre! El pájaro sí que ha recibido el aviso, y no usted —manifesté indignado—. De verdad me admira que crea esas bobadas.

En gran manera consideraba una estupidez interpretar el suceso como una señal divina; pero, de otro lado, quizá sugestionado por el franciscano, me producía un íntimo malestar próximo a la pesadumbre. La incógnita quedó despejada, para pasmo de todos, cuando un mes más tarde visitó al médico, aquejado de una leve dolencia en el abdomen y de un cansancio demasiado prolongado, y éste, después de numerosas pruebas, le diagnosticó una grave enfermedad, incurable en esos años, y en estado muy avanzado.

Un hombre de temperamento tan enérgico vencería aquel siniestro mal, me decía a mí mismo, no haría mella en él. Lo resistiría para, a la postre, imponerse, victorioso. El padre Zaragüeta podía con cualquier cosa. Tendría una larga vida, el médico exageraba. No quería darme cuenta de cómo se consumía, de cómo la enfermedad lo iba debilitando semana tras semana. Conseguía engañarme hallándole justificación a su extrema delgadez, a su fatiga —«trabaja demasiado»—, a su rostro demacrado —«no habrá dormido bien»—, a la atemperación de su mal genio —«la edad lo estará moderando»—. No era más que eso, un cándido engaño del que no participaban el guardián, el padre Abad ni fray Baltasar, quienes me prevenían del luctuoso final para que me preparara, pero yo rechazaba sus consejos como si se tratara simplemente de malos agujeros, propios de viejos en plena chochez.

En casa habíamos instalado un teléfono. Terminada mi labor, recorría el centro de la ciudad en la que me hallara, por despejarme, solo o acompañado

del representante de turno, cenaba y llamaba desde la habitación del hotel a Alborada. Nos contábamos lo que habíamos hecho durante el día, me daba noticias de fray Luis, si las tenía, y nos declarábamos nuestro amor repetidamente, antes de despedirnos, deseándonos felices sueños del uno con el otro. Eran conversaciones demasiado rápidas para nuestro gusto, pero las conferencias costaban mucho y las manteníamos a diario.

Una noche de mediados de enero, en el hotel de Málaga me estaba esperando el recepcionista. En cuanto me vio cruzar la puerta, me dio el aviso:

—Don Ángel, su mujer ha dejado recado para que la llame —dijo, y añadió con gravedad—: es muy urgente.

Dejé a un lado el ascensor y subí las escaleras a toda velocidad. Un negro presentimiento se abría paso. Alborada debía estar sentada junto al teléfono, porque respondió enseguida a la telefonista.

—Cariño, me han llamado del monasterio. El médico dice que el padre Zaragüeta no pasará de mañana. Está en las últimas. ¿Podrás venir?

Lo que no quería ni siquiera imaginar estaba sucediendo. Tardé en responder, congelado por la noticia, pero prometí que llegaría como fuera.

Entre autobuses y trenes me pasé toda la noche y parte de la mañana, pero sobre las doce entraba en el convento; desaliñado, sin afeitarse y con la cara de quien no ha dormido un instante. Cuatro o cinco teólogos oraban en la puerta del fraile. Sentí que algo frío ascendía por cada una de mis venas y entré en la celda. Yacía en su camastro, enflaquecido, pálido como de cera, y desvalido ante la muerte. El guardián y los otros frailes lo rodeaban, rezando también.

—Padre, ha venido Ángel —dijo en voz baja el superior.

Abrió los ojos y señaló sus gafas, para que fray Antonio se las pusiera. Entretanto me sentaba en su lecho, los monjes salieron prudentemente.

—Padre... ¿Cómo se encuentra? —pude expresar a duras penas.

—Ya ves... me muero... —me decía con esfuerzo—. Pero no sufras, tuve el privilegio de saberlo de antemano, como ahora el de despedirme del hijo que eres para mí y que nunca me ha decepcionado.

—No esté tan orgulloso, padre —agaché la cabeza y vomité, por fin, el secreto—. Yo maté a un hombre, por eso me encontró, porque huía. Usted me ha salvado.

Cerró los párpados un momento, mas los volvió a abrir para mirarme.

—Siempre supe que ocultabas algo. ¿Por qué lo mataste?

—Por defender a mi hermana. Él quería violarla y yo lo maté, aunque no quise hacerlo, pero en el atolondramiento lo herí mortalmente.

—Volveré a salvarte, hijo mío. Arrodíllate. —Y me bendijo mientras, desbordadas e irreprimibles, me corrían lágrimas por las mejillas y él recitaba en latín—: Et ego te absolvo a peccatis tuis in nómine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amén.

Tomé la mano que me bendecía y la besé, pero él acababa de expirar.

Le retiré las gafas y obedecí al pensamiento que con tan buen sentido se alzó en mi conciencia. Me desabroché el cordón y colgué de su cuello el talismán.

Un buen fraile sería enterrado con los símbolos familiares de un morisco.

—¡Funesto pájaro...! —exclamé iracundo, de repente enloquecido de dolor.

El ímpetu del lamento hizo que los monjes acudieran a serenarme.

Preferí salir de la celda. Afuera me esperaba Alborada. Ambos, bañados los ojos y en silencio, paseamos del brazo por el claustro bajo. La campana entonaba su son lastimero.

Mi cometido se desarrollaba a entera satisfacción de la Fabril Sedera, que se plegó a concederme un préstamo, a descontar de la nómina, para comprarme un vehículo que me permitiera independencia de la esclavitud de los horarios de trenes y autobuses que, por demás, era rara la ocasión en que partían o llegaban puntuales.

Con el automóvil se hacía más dinámica mi labor, si bien casi vivía en la carretera, pero rentabilizaba la inversión. En los diferentes hoteles hice amistad con otros viajantes que, igualmente, usaban el coche como herramienta de trabajo. De ellos aprendí tácticas comerciales muy buenas y otras menos buenas que, por lo general, afectaban a sus fábricas, pero que nunca puse en práctica. Me interesaba mantener la imagen de honradez y eficacia que me había ganado y responder así a la confianza que me tenían. De los mejores

tomaba nota instintivamente, por si los necesitara en el futuro.

Los resultados de los métodos que paulatinamente impuse fueron excelentes. Reunía periódicamente a los representantes para resaltar las posibilidades de venta de nuestros productos sobre los otros géneros, a los que también se dedicaban; congregaba en hoteles a grupos de almacenistas, de propietarios de tiendas de tejidos, a sastres y a modistas de cada provincia y los invitaba generosamente a vinos con abundantes platos de jamón, mientras les metía por los ojos mi muestrario.

Con veintiséis años compré la casa que alquilamos en la plaza de la Cruz. A los treinta, adquirí un almacén cuyo dueño estaba en bancarrota y creé mi propia distribuidora, a la que denominé con el nombre de mi mujer, independizándome de la fábrica, pero sin dejar de vender sus artículos. El secreto comprendí que estaba en la calidad y en el material humano, y me procuré la colaboración de aquellos representantes que había considerado los mejores. Me entrevisté con los fabricantes de confección y los convencí de la importancia de su imagen de marca, que debía aparecer incluso en los forros de las chaquetas, y que la Fabril Sedera estamparía gustosa, siempre que los pedidos superaran los mil metros.

Con treinta y cinco años logré que Alborada, S.A. tuviera sucursales en toda Andalucía. A pesar del éxito y de los beneficios obtenidos, mi actividad continuó siendo febril durante más de una década, y mi corazón decidió darme un aviso, en forma de amago de infarto de miocardio, en 1990, a los cuarenta y ocho.

Recapacité y regresé a mí. Desde que falleciera el padre Zaragüeta me había cegado, dejándome llevar por el ansia de ganar dinero. Ya no reparaba en el color de las ciudades, ni me refrescaba la música de los arroyos o las fuentes. No tenía tiempo. Visitaba el monasterio de tarde en tarde y por compromiso, aunque fray Baltasar, en su cocina, me dirigiera miradas de reconvención que, para mis adentros, sabía que estaban más referidas a lo que estaba haciendo con mi vida que al distanciamiento con San Juan de los Reyes. Es verdad que iba a verlos si me necesitaban, y que transigía con cualquier petición del padre Antonio Abad, que sabía sacarme los cuartos para aumentar la biblioteca, pero no es menos cierto que con ello tranquilizaba la conciencia.

Sólo mantenía un istmo con el aspecto sentimental y tierno de mi existencia: Alborada, que me seguía enamorando con su sonrisa y su ternura.

Gradualmente delegué funciones y reduje los viajes. A muchos, ahora, venía ella, con lo que adquirirían doble contenido, el de negocios y el de placer, pues acabada la gestión por la que me desplazaba, cogíamos el coche para hacer excursiones por los alrededores, caminábamos por las travesías y plazas más populares y antiguas o aprovechábamos para conocer a fondo los monumentos andaluces.

La Alhambra, que recorría en todas las oportunidades que se me presentaban, se hizo asimismo familiar para Alborada. Como homenaje al amor, nos habíamos besado en el Patio de la Sultana, junto al añoso ciprés, detrás del que se escondieran Morayma y su abencerraje para ocultar el prohibido romance. Sin embargo, por una combinación de factores, realicé solo el último viaje a Granada.

Invariablemente comenzaba por la fortaleza, después entraba en los palacios y terminaba en el Generalife; mas, porque me apetecía andar o porque así lo mandaba el destino, empecé al contrario. Subí a los jardines altos para bajar por la Escalera del Agua. Había más personas, pocas, pero no presté atención. En el segundo tramo me incliné por observar más de cerca el agua, que se precipita apasionada por las tejas, colocadas del revés, de las barandas; o que, adormecida en razón del menor desnivel, se desliza con mansedumbre.

El leve toque que noté en la espalda me sacó de la abstracción.

—Buenas tardes. Perdone mi atrevimiento, pero hemos coincidido en este edén en otras ocasiones y me he sentido autorizado a abordarle. —E inmediatamente me alargó la diestra, en tanto se presentaba—. Me llamo Aurelio Huadique.

—Yo, Ángel Castaño Crespo —respondí, estrechando la suya—. Y, ¿qué desea? —le pregunté, desconfiado a pesar de la afable sonrisa que mostraba.

—Pues sólo precisarle que, si en los jardines la vista es importante, en esta escalera el oído es lo primordial.

Correctamente vestido con un traje claro, del que no había despreciado el chaleco, conservaba un aire romántico de otros tiempos. Su figura, su porte, la

canosa barba, a caballo entre cuidada y salvaje, declaraban una personalidad consolidada y firme, y de otra parte el humilde deseo de pasar desapercibido. De la misma forma que la redondeada punta de su nariz contradecía, entibiando, lo afilado de su mirada, tras las gafas circulares, libres de armadura.

—¿Cómo está tan convencido? —le pregunté, por forzarle a hablar.

—¡Es cosa de comprobarlo! —dijo, como quien responde a una simpleza—. Vuelva a inclinarse sobre el canalillo pero, ahora, acerque la oreja al agua y atienda, con la otra, el murmullo de la fuente del descansillo. Escuche ambas, a fin de conjugarlas.

—¡Es un concierto! —exclamé.

—En efecto... ¡En efecto! —confirmó—. Un concierto del agua, con distintas notas en cada tramo de la escalera. Esto supieron hacer nuestros antepasados.

—¿Se considera usted un morisco? —inquirí, sorprendido por una afirmación tan categórica.

—Morisco, judío... ¿Quién, de aquí, no tiene sangre de ellos? Dígame, si no le incomoda, ¿de dónde es usted, don Ángel?

A la vez que preguntaba hizo un gesto con la mano izquierda abierta, señalándome, la única en la que exhibía un anillo, un sello, en el anular. Sus modales eran exquisitos pero muy comedidos, por evitar el extremo de provocar azoramiento en su interlocutor; no obstante, algo me decía que podía servirse de ellos, indistintamente, para acoger, que como arma para mantener distancias.

—Nací en Las Hurdes, pero también mis ancestros fueron granadinos.

Se acarició la barba y encaró a los míos sus escrutadores ojillos, que parecían pedir disculpas por su extraordinaria agudeza.

—Su apellido... ¡Sin duda es usted descendiente de moriscos!

Por toda réplica le enseñé la copia que mandé hacer del talismán años después de la muerte del padre Luis. La observó detenidamente.

—¡Qué curioso!, ¡qué curioso! Una granada en el centro de tres estrellas de ocho puntas. No puedo tener la absoluta certeza —expuso, a continuación de meditarlo brevemente—, pero yo diría que son los distintivos de la familia

de los al-Harrás, de donde toma su nombre la Alpujarra. ¿Más tarde adoptan el apellido «Castaño»?

—Lo ignoro, don Aurelio. Quienes fueran se protegieron con este apellido, aunque bien poco les ayudó. Tuvieron que huir de todas maneras.

—¿Sabe que la granada es el símbolo del culto a la muerte? Está unida al mito de Perséfone, la diosa de la fecundidad de la Tierra, a la que Hades había dado a probar granos del fruto. Por haber comido de ella, no podía salir del mundo de los muertos, sometida a Hades. La Tierra, sin la diosa, quedó estéril, y su madre, Deméter, recurrió a Zeus para que interviniera en su beneficio. Se llegó al acuerdo de que una parte del año la pasaría en el mundo de los vivos y el resto con Hades. Así, Perséfone es el florecimiento, la primavera. Está relacionada con la muerte y, sin embargo, también con la fecundidad. Aparenta contradicción, pero ésa es la manifestación cíclica de la vida: muerte y renacimiento.

—¿Usted piensa que, algún día, renacerá aquel reino?

—Renacerán su historia y la de sus fundamentos. No será posible mantener la farsa de la reconquista en los años venideros. Ni posible, ni necesario. Es ya inexcusable el relato objetivo de lo que ocurrió y, con mayor razón todavía, de los ochocientos años de apogeo de una cultura de convivencia y de lo que significó el florecimiento de al-Ándalus, para que recuperemos la conciencia y el orgullo de nuestras raíces. No es cosa de abrir heridas, estamos a quinientos años, don Ángel, sino de reconciliarnos con la verdad, con la historia.

—Igual no me cree, pero las consecuencias, si bien indirectas, han permanecido vivas. Mi familia, mis abuelos, mis padres, incluso mis hermanos y yo mismo, somos un claro testimonio —hice una pausa para reflexionar sobre la pregunta que le haría al extraño personaje—. Conozco los motivos de la formación del reino nazarí y de la construcción de la Alhambra pero ¿hay alguna otra versión?

—Sí, claro, conoce la oficial, pero no es suficiente. Tratándose de una acrópolis, hay que rastrear el pulso de la creación en terrenos más trascendentes. Y es que Muhammad ben Nasr ben al-Ahmar soñaba. Al-Ahmar soñó con un territorio en paz, que aglutinara dentro de él todas las

ramas de la sabiduría, para ser preservada. Un reino como un cofre. Tan determinado estaba, que se encerró en la fortaleza hasta que ésta estuviera acabada. Allí pasaba sus días, soñando, y sus noches sobre una vieja estera...

»Mientras tanto, descendió la Alhambra a las tierras de Granada eligiendo la bermeja colina de la Assabica, para aposentar sus torres y murallas. En su descender portaba cielos infinitos, reminiscencia de sus orígenes, que en arremolinados torbellinos de vientos siderales, distribuyó por las cúpulas hasta que, en un estallar de estrellas, se ordenaron en equilibrios y proporciones milagrosas. Entonces, de sus arcos brocados brotaron lentas gotas de mieles albas, marmóreas que, enlazadas, crecieron en grosor y longitud exquisita; luego, torneadas, se anillaron y descansaron sobre el pavimento, sembrado ya de glorias.

»Porque hay que saber que esos palacios, mucho antes de nacer los tiempos, fueron contruidos en el libro de las palabras y los destinos, y sus alarifes sólo cumplieron aquello que estaba escrito con tintas de luz y aguas irisadas. Sin embargo, Alá premió su obra con largueza y viven en el éter, la materia de que están hechas las mucarnas, ingrávidos, prendidos del sedoso hilo de una única mirada, aunque eterna, de bellas huríes, princesas de dulzura.

Aurelio Huadique calló, pero no prendió fuego al cigarrillo sino una vez introducido en la boquilla negra que usaba. Juntos, bajamos por el Paseo de las Adelfas.

Aproximadamente al año de aquel notable encuentro, se repitió la amenaza de infarto. Vendí los negocios y compré esta casa, desde la que contemplo Toledo a mi gusto.

Obedecí a mi padre y jamás volví a la alquería. Tampoco en mi ánimo ha estado el deseo de traicionar a la aldea con esta historia, que es la mía, sino explicar el porqué de la desdicha y la miseria. He sido y soy feliz con Alborada, la de los ojos de corza; pero me acuerdo de todos. En especial, de mi hermana. Dentro de unos días, la Providencia tendrá la última palabra.

Bibliografía

ABAD ÉREZ, A., O.F.M.: «San Juan de los Reyes en la historia, la literatura y el arte», *Anales Toledanos*, Nº 11, pp. 113–206.

ARIÉ, R.: «Acerca del traje musulmán en España desde la caída de Granada hasta la expulsión de los moriscos», *Revista del Instituto de Estudios Islámicos*, 13, 1965, pp. 103–117.

BLANCO ANDRAY, J., LORENTE TOLEDO, E., Morollón Hernández, P., Vázquez González, A.: «Rutas de Toledo», Real Fundación de Toledo y Sociedad Editorial Electa España, S.A., 1993.

CASTILLA BRAZALES, J.: «Andalusíes. La memoria custodiada», Fundación El Legado Andalusí, 2004.

DE OLAVARRIA y HUARTE, E.: «Tradiciones de Toledo», 1880.

GÓMEZ MEDIANO, M. F.: «La Santa Hermandad Vieja de Ciudad Real en la Edad Moderna. Siglos XVII–XVIII», Madrid, UCM, 1992.

JANER, F.: «Condición Social de los Moriscos de España», Real Academia de la Historia, 1857.

LAFUENTE, M.: «Historia General de España», Barcelona 1887.

M. CAVIRÓ, B.: «El Monasterio de San Juan de los Reyes de Toledo», cuadernos de restauración de iberdrola, VI, Fundación Cultura y Deporte Castilla–La Mancha, 2002.

MORENO NIETO, L.: «Diccionario enciclopédico de Toledo y su provincia», 1973, pp. 347–348.

NAVASCUÉS PALACIO, P.: «La Catedral Primada de Toledo», cuadernos

de restauración de iberdrola, V, Fundación Cultura y Deporte Castilla – La Mancha, 2002.

PACHECO JIMÉNEZ, C.: «Las antiguas puertas de Talavera de la Reina. Estudio histórico y arqueológico», Excmo. Ayuntamiento de Talavera de la Reina, 2001.

PORRES MARTÍN–CLETO, J.: «El Artificio de Juanelo», temas toledanos, Publicaciones del I.P.I.E.T. Serie VI, Nº 47.

«Consideraciones y nuevos datos sobre el Artificio de Juanelo», Toletum: Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo (1999, segunda época, nº 40), pp. 119–131.

RAMÓN PARRO, S.: «Toledo en la mano», Serie IV Clásicos Toledanos Tomo 2, 1978, Publicaciones del I.P.I.E.T., pp. 113–206.

RODRÍGUEZ (Fondo fotográfico): Archivo Histórico Provincial de Toledo.

Agradecimientos

Por unas razones u otras, mi agradecimiento a:

Rvdo. P. Antolín Abad Pérez, O.F.M.

Beta y Javier Alameda

Mercedes de la Cruz Lombardo

Antonio Enrique

Miguel Fernández

Silvia Fernández

Alicia Fernández Romero

Mariano Fernández–Aller y Ruiz

Ángeles Martín

César Pacheco Jiménez

Isabel Peña Aragón

Carmen Ramos

Blanca Rosa Roca

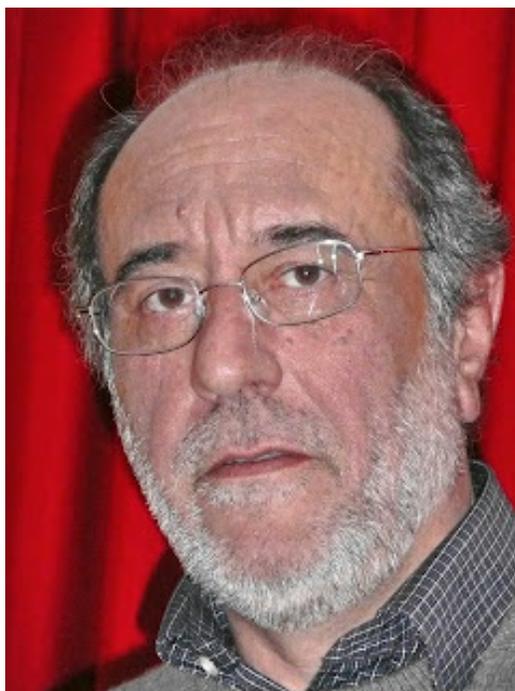
Mariano Sánchez

José Luis Serrano

Andrés Sopeña Monsalve

Pilar Villasana y José Antonio Ruiz

... y a Mukhtar... y, cómo no, a Yael.



JOSÉ MANUEL GARCÍA MARÍN, nació en diciembre de 1954 en Málaga, donde reside. En el año 2003 publica su primera obra, «al-Hamrá», un ensayo sobre el contenido místico y simbólico de la Alhambra. Ha dado múltiples conferencias sobre el tema, así como sobre las tres tradiciones místicas en al-Ándalus y sobre novela histórica. En el año 2005 sale al mercado su novela, «Azafrán», de la que se han hecho cinco ediciones más las de bolsillo, las de Planeta-Agostini y la de libro electrónico; en el 2006 se transcribe al sistema braille y, en el 2008, se traduce al ruso.

El cuento, «La lámpara de plata», que se publicó en 2006, es un homenaje a la Málaga nazarí del siglo XIV. La novela, «La Escalera del Agua», se presentó en febrero de 2008 y lleva dos ediciones más la de bolsillo y libro electrónico. La última novela: «La reina de las dos lunas», se publicó en marzo de 2012.